



SECRETOS DE HIELO

MARTA SEBASTIÁN PÉREZ

Secretos de hielo

Marta Sebastián Pérez

A todos los que luchan por hacer un mundo mejor...

A mis bichas, Sara y Lucía, mi razón de ser, mi empuje para cambiar el mundo
y luchar contra las injusticias...

PRÓLOGO

No podía parar de llorar. Intentaba secarse las lágrimas mientras conducía. El corazón jugaba con ella. De golpe parecía que se le iba a salir del pecho y, de pronto, sentía que se paraba, que dejaba de latir. Y le faltaba hasta el ire.

Conducía sin saber a dónde. O, al menos, no era consciente de hacia dónde. Hasta que se encontró aparcada justo delante del portal. Se quedó mirándolo fijamente. Esperando que su conciencia hiciera acto de presencia. Luego, al darse cuenta de que no había ningún Pepito Grillo diciéndole que parará, salió del coche y fue hasta el portal.

El portero la saludó con una sonrisa. Y no se lo pensó. Subió en el ascensor hasta el último piso y fue directa hacia su puerta.

Le abrió con cara de sueño. Con el pelo enmarañado y llevando únicamente el pantalón del pijama. Su pecho y sus brazos al descubierto. Demasiado de su piel delante de su vista.

—Preciosa, ¿qué haces aquí?

Parecía realmente sorprendido de verla. Y ella no supo qué decir. No le salían las palabras. Tampoco quería hablar. No quería pensar. Por una vez en su vida lo que quería era dejarse llevar.

Se lanzó hacia él. Se refugió en sus brazos y buscó con ansiedad su boca. Se apretó contra él. Y él reaccionó como ella necesitaba. La rodeó con su brazo. La introdujo en la casa. Cerró la puerta que daba a la calle y la apoyó contra ella, devorándole la boca.

Durante unos instantes todo desapareció. Todos los horribles sucesos de las horas anteriores se evaporaron, se diluyeron... Y una pasión hasta ese

momento desconocida tomó el mando de su cuerpo. Él la acariciaba por completo. Sus besos eran intensos. Y se apretaba contra ella, presionándola, no dejando ni un solo rincón de su cuerpo sin contacto. ¿En serio se había perdido todo esto hasta ahora?

Y, de pronto, él la detuvo. Se separó levemente de ella y la miró fijamente a los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Bésame.

Lo agarró por el cabello y se abalanzó sobre él. Sabía que antes o después tendría que asumir todo lo que había pasado, pero no quería que fuera en ese momento. No. Si hubiera querido hablar habría ido a otro sitio. Un sentimiento de culpabilidad la invadió unos instantes. Luego se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo deseando hacer eso. Ya era hora.

Para su frustración, él no parecía tan convencido.

—Preciosa, ¿qué ha pasado? Me encanta que aparezcas así en mi casa, pero...

Se echó para atrás dudando. ¿Y si se había confundido? ¿Y si todo había estado únicamente en su mente?

—Creía que era lo que deseabas.

Se dio la vuelta, dispuesta a abrir la puerta para volverse por donde había llegado. Muerta de vergüenza, llamándose internamente de todo. Él la detuvo y volvió a darle la vuelta.

—Te deseo desde la primera vez que te vi. Y lo sabes.

—Pues, entonces, aprovéchate.

1

—No os confundáis. Según la ONU, el 28 % de las víctimas de trata en todo el mundo son niños. Y de estos, el 79 % son niñas. Y pensaréis que eso solo pasa en África y América Central o del Sur. Es cierto que el porcentaje es mayor allí. Sí. Pero en Europa nos encontramos con datos de hasta el 25 %. Las niñas representan un 17 % del total de las personas sometidas a la trata. Un 17 % tienen entre doce y diecisiete años. Y no. No vamos hacia un futuro esperanzador. Todo lo contrario. En España podemos encontrar una tendencia ascendente de la trata de menores.

Paró un momento. Aprovechó para dar la vuelta a la página donde tenía apuntado su pequeño discurso y miró al auditorio. Silencio. Un silencio abrumador y, a la vez, esperanzador. Esperanzador porque había conseguido captar toda su atención, porque la gente parecía escucharla. Suspiró. Los nervios poco a poco habían ido desapareciendo. Continuó con su discurso:

—Y no. El problema no se limita simplemente a esta trata de menores. No. En un solo año en nuestro país se han detectado 13 818 menores víctimas de abusos. Lo repito. 13 818. Una cifra que nos debería poner la piel de gallina y encogernos el corazón. Y más si nos damos cuenta de que, fácilmente, hay muchísimos más casos que no han podido ser detectados. Cada día treinta y siete niños son maltratados. Este evento dura dos horas. Mientras nosotros estamos aquí, tres niños están siendo maltratados.

Vio a la gente moviéndose incómoda en su asiento. A su responsable mirándola fijamente. Le había advertido seriamente con eso. No le gustaba que la gente se molestara. Le daba igual. Ella solo estaba contando la verdad. Si ellos se sentían culpables no era problema suyo. No era un tema con el que andarse con remilgos. A ella no le gustaban este tipo de eventos. Prefería estar con sus pacientes. Pero sabía que eran necesarios. Y ya que estaba aquí, ya que le tocaba dar ese discursito, al menos removerles la conciencia y sacar

fondos.

—13 818 menores. De esos casi el 5 % fueron agresiones sexuales. ¿Parecen pocos? ¿Y si os digo que son 687 menores? Ya no parecen tan pocos, ¿verdad? 687 menores, 463 de ellos niñas, a los que se les ha robado la infancia, la inocencia. Niños que no solo han sido agredidos sexualmente, sino también emocional, psicológica y físicamente. Entre 2014 y 2015 las violaciones crecieron casi un 12 % en menores de trece años y más de un 21 % en adolescentes.

»Son datos escalofriantes, datos que nos demuestran que hemos fracasado como sociedad. Datos que deberían hacer que nos rebeláramos, que nos deberían poner de pie para buscar una solución. Una solución que pasa por visibilizar la problemática para prevenir nuevos casos, crear un registro realmente unificado de casos de sospecha de maltrato infantil, formar a más especialistas, a profesores y a los cuerpos de seguridad para que sean capaces de detectar estos casos.

»Y sí. Tener una ley que realmente proteja a estos menores. Tenemos que crear una verdadera red de apoyo. Que estos menores sepan a dónde acudir, demostrarles que, aunque su casa haya sido un infierno, existe un lugar que ellos puedan llamar hogar. Y eso, señores, amigos, está en nuestras manos. Muchas gracias por venir.

Y dicho eso se alejó del micrófono para bajar del escenario. La gente aplaudía, pero ella solo tenía ganas de huir. De huir o de tomarse una copa bien cargada para olvidar el mal rato que había pasado con todo eso. No entendía la manía de su responsable de que fuera ella quien diera esos discursos. Si luego siempre protestaba por cómo lo hacía. Lo vio acercarse a ella. Alto, moreno, bien trajeado. De esas personas a las que la ropa le quedaba como un guante. Le sonreía. Pero no era la primera vez que se acercaba a ella con esa sonrisa para, a continuación, echarle la bronca.

—Has estado increíble.

—¿Pero? —Cogió la copa de vino blanco que él le ofrecía esperando su charla.

—Hoy no hay peros. Quizás demasiados números para esta gente, pero creo que has conseguido removerles la conciencia, si es que tienen.

No pudo evitar reírse. Era todo un alivio que a su jefe le gustaran tan poco como a ella ese tipo de eventos. Con lo fácil que sería que esas personas simplemente donaran el dinero y ya está. Pero no. Tenían que montar ese circo. Tenían que hacerse la fotito pertinente. Tenían que dejarse ver. Y no dudaba que la causa les importara, pero les importaba más su imagen.

—Algún día tendrás que explicarme por qué me haces venir a mí a este tipo de eventos.

Mientras hablaban se dirigían a su mesa, donde los esperaban sus más importantes benefactores. Donde les tocaba seguir con la sonrisa y con todo ese espectáculo.

—Eso es fácil. Eres joven, emprendedora, conoces el día a día de las víctimas y eres mucho más atractiva que el resto de tus compañeras. Y, por supuesto, que yo.

Se paró, escandalizada por sus palabras. Así que estaba ahí por ser bonita.

—No te me ofendas ahora. Vivimos en una sociedad en el que un mismo mensaje dicho por una persona u otra nos afecta de diferente manera. Y todos somos más receptivos si quien nos lo dice es agradable de ver. Y eso no significa que no te considere una de las mejores trabajadoras que he tenido en la asociación.

—Me acabas de recordar una de las cosas que tenemos que cambiar de esta sociedad. —Rubén se rio. Y ella se mosqueó un poco más.

—Pues mientras lo cambias, déjame que disfrute de las vistas. —Le retiró la silla para que se sentara en su sitio. Ella le echó la bronca con la mirada y él continuó hablando en un susurro—. ¿O por qué crees, Ada, que nunca me traigo a mi mujer a estos saraos?

Se sentó en su asiento intentando hacer caso omiso a la última frase de su jefe. Sabía que bromeaba, que adoraba a su mujer. ¿Cómo no hacerlo? Era una

mujer fuerte, activa, de ideas muy claras, y que trabajaba para UNICEF. El mayor problema para su relación era que se pasaba más tiempo fuera de España que en su casa. Pero ellos parecían llevarlo bien. Ella no sabía si sería capaz de mantener una relación así.

En el fondo era mucho más tradicional de lo que le gustaría. Educada en un colegio religioso solo para niñas, su prima solía bromear y decirle que de allí solo salían «o monjas o putas o lesbianas». Y no, ella no era una monja. Aunque a veces tenía la sensación de que era la imagen que debía dar. Sobre todo en su época de universidad, cuando la mayoría de sus compañeros estaban más predispuestos a la fiesta y las borracheras que a estudiar.

Por supuesto que a ella le gustaba salir a beber y tomarse algo. Pero nunca entendió los rollos de una noche, los líos con chicos que al día siguiente si te he visto no me acuerdo. Ella necesitaba algo más. Siempre había buscado una relación seria, formal; un compañero en la vida, no un polvo en el baño de una discoteca.

Y necesitaba una relación que pudiera denominar como normal. Quería que llegaran del trabajo y, mientras preparaban la cena, charlar sobre cómo había ido el día. No tener que hacerlo vía telefónica. Admiraba a Rubén, por mucho que bromeara y coqueteara con ella, por ser capaz de tener una relación así, por no cortar las alas de su mujer aunque eso significara no tenerla a su lado.

Notó su móvil vibrando en el interior de su bolso. Rubén se acercó hacia ella para hablarle en un susurro.

—Te apuesto una noche de pasión a que es tu devoto novio.

Lo miró levantando una ceja y, sin dignarse a contestarle, respondió a la llamada tras levantarse de la mesa.

—Hola, amor, ¿qué haces?

—Acabo de salir de una cirugía y quería saber cómo te iba, si ya habías tenido que dar tu discurso.

Salió de la sala y se apoyó en una de las columnas que decoraban el hall del

hotel donde se realizaba semejante despilfarro.

—Sí. Ya me libré de él.

—Seguro que lo has hecho genial. Y que estás preciosa.

—Si vienes a buscarme podrás verlo por tus propios ojos. Además de librarme de todo esto.

—Me encantaría. Pero aún me quedan horas deambulando por el hospital. ¿Comemos mañana juntos? ¿Te paso a buscar?

—Perfecto. Entonces, ¿no hay manera de convencerte de que vengas a por mí? Te advierto que acaba de ganarme Rubén una noche de pasión.

—Acabará teniendo unas palabritas con tu jefe.

Gabriel se reía. De fondo se oyó cómo alguien requería su atención para hablarle de algún paciente. Suspiró. Esa breve conversación tocaba a su fin.

—Ada, tengo que colgar. Pásatelo muy bien. Relájate y mándame una foto para que vea lo guapa que estás.

—No curres mucho.

Y, tras mandarse un beso, colgaron. Luego se hizo una foto y se la mandó. Le hubiera gustado mandarle algún mensaje provocativo, algo que hiciera que él tuviera ganas de dejar su trabajo e ir a por ella. Sin embargo, no se le ocurrió nada.

Volvió al salón y vio a Rubén hablando con uno de los benefactores. Y no pudo evitar preguntarse cómo haría él con su mujer para mantener viva la llama. A ella le costaba hacerlo y solo llevaban poco menos de un año de relación.

2

Conoció a Gabriel casi de casualidad. Había acudido al hospital a dar una charla. A veces los médicos eran los menos receptivos a que un psicólogo fuera a decirles cómo podían mejorar en su trabajo. Pero eran una parte fundamental. Ellos eran, muchas veces, los primeros en poder dar la voz de alarma. Tenían un puesto clave. Y era fundamental que comprendieran y fueran capaces de ver algunas señales que, en muchas ocasiones, pasaban desapercibidas.

—No todos los niños que sufren maltrato vendrán a menudo a consulta. Las magulladuras, ojos morados e, incluso, quemaduras suelen ser «curados» en casa. Solo vendrán cuando el caso sea más grave. Y no podemos sospechar de cada niño con un brazo roto o una quemadura. Entonces, ¿cuándo sospechar? ¿Cuándo debemos poner a ese niño en «vigilancia»? ¿Qué señales son las que deben alertarnos?

»Los expedientes suelen darnos una serie de pautas: niños hipervigilantes, de conductas agresivas con rabietas severas; con una conducta sexual muy adelantada a su edad; antisociales... Y con padres que desprecian al niño en público, que alaban la disciplina estricta, que exhiben sus problemas familiares o de pareja. ¿Siguiendo estas pautas podemos descubrir si un niño está siendo maltratado? Por desgracia, no. Es mucho más complicado. Y por eso estamos aquí.

Suspiró. Dio un trago al vaso de agua que tenía y continuó con la charla. Algunos tomaban notas, otros solo escuchaban. Al menos ese día parecía que todo el mundo atendía. La charla terminó. No solo participó ella, por suerte. Otros especialistas dieron su opinión, su master class como parecía que se tenía que llamar ahora.

Bajó del estrado y se dirigió a la mesa donde reposaba una cafetera.

Necesitaba café, mucho café. Le pasaba siempre que tenía que ir a un curso de esos. La noche entera despierta. Los nervios le podían.

Un chico alto y desgarbado se le acercó. Debía ser algo más joven que ella y tenía una dulce sonrisa.

—Perdone, doctora, ¿podría robarle unos minutos?

—Por supuesto, pero llámame Ada. ¿Alguna duda sobre lo que hemos hablado?

—No, no es eso. Sé que no es su trabajo pero... nuestra psicóloga aún no ha llegado y... bueno, era por si nos podía ayudar con un caso.

—¿Con un caso? ¿Creen que tienen un niño maltratado?

—No. No es eso. Es una chica. Tiene quince años. Su madre la ha traído hace un rato. Dice que llegó a casa llorando y con la ropa destrozada. Le hemos hecho las pruebas y tiene signos de haber sido violada.

—¿Signos? ¿La chica ha dicho algo?

—No. Solo llora. No sé si debería pedirle esto pero... no sé qué hacer.

Asintió con la cabeza y siguió al muchacho hasta la sala donde descansaba la paciente. Su madre estaba con ella, acariciándole la cabeza, consolándola. Por desgracia, no era la primera vez que veía escenas así. Por desgracia, no era la primera vez que se encontraba con niñas a las que les habían robado un parte de ellas mismas y que eran incapaces de hablar, de afrontar en un primer momento lo que les había pasado.

—Perdonen que interrumpa. —Hacía tiempo que había dejado de dar los buenos días cuando entraba en una habitación como esa. Sería demasiado cínico por su parte hacerlo—. Me llamo Ada y me encantaría, si es posible, hablar un poquito con Susana.

El chico la había ido poniendo un poco al corriente de todos los datos que podía necesitar. La madre la miró de arriba abajo, examinándola, juzgándola. Ya estaba acostumbrada a eso.

—Mi hija es menor de edad.

—Lo sé. Si quiere puede quedarse, aunque por experiencia sé que muchas veces la presencia de los progenitores hace que teman decepcionarlos y no consigan abrirse del todo. Si se siente más tranquila, podemos grabarlo todo para que usted misma pueda comprobar después que velo por la seguridad de su hija.

La mujer asintió. Se levantó de la silla, le dio un beso en el cabello a su hija y salió de la habitación.

Se acercó a la chica y puso una grabadora en la mesilla de al lado.

—Hola, Susana. Me llamo Ada. Iba a decirte que sé por lo que estás pasando, que comprendo que no tengas ganas de hablar ni de contar por lo que has pasado pero... nunca podré comprenderte completamente porque no he pasado por lo que te ha sucedido a ti. Pero, por desgracia, he conocido a muchas chicas en tu misma situación. Chicas que se sienten culpables, cuando son víctimas. Hasta que no nos cuentes lo que ha pasado estamos con las manos atadas. Pero en ningún caso ha sido culpa tuya.

»Es posible que no quieras confiar en mí. Lo comprendo. No me conoces de nada. Pero estoy aquí para ayudarte si quieres hablar... —Esperó unos segundos, Susana no dijo nada. Era lo habitual—. Bien, te voy a contar algunas cosas sobre mí. Ya te he dicho mi nombre. Soy psicóloga. Trabajo en una asociación que intenta luchar contra, entre otras cosas, lo que te ha pasado a ti. Desgraciadamente no hemos podido evitar que te pasara... y lo siento mucho. Quiero pedirte perdón por no haber conseguido cambiar el mundo a tiempo.

—No es tu culpa.

Susana habló entre sollozos, levantando un poco la cabeza, lo suficiente para que sus ojos se cruzaran. Le sonrió con dulzura.

—Tampoco la tuya. Es culpa de quien te lo ha hecho. ¿Sabes quién ha sido?

Asintió con la cabeza. Murmuró un nombre. Estaba siendo más fácil de lo que

se había esperado. Era una chica fuerte. De pronto, la puerta de la habitación se abrió. Un hombre alto y moreno, de semblante serio, la miró desde el umbral.

—¿Puede salir un momento, por favor?

Miró a Susana. Volvía a ser un ovillo. Y maldijo internamente a ese doctor. Salió del cuarto. La madre esperaba en la puerta. Se dirigió directamente a ella.

—Me ha dado un nombre. David Gómez.

La madre se quedó blanca.

—Es su profesor de atletismo.

Y nada más decirlo entró corriendo en la habitación para volver a abrazar a su hija. Contempló la escena. El corazón siempre se le rompía un poco cada vez que conocía a una chica en esa situación.

—Espero que entienda que lo que ha hecho está completamente fuera del protocolo. —Se giró hacia el doctor.

—Y espero que usted entienda que, en estos casos, lo importante es ayudar a nuestro paciente y no un estúpido protocolo.

Se lo quedó mirando fijamente. ¿Cómo era posible que tuviera unos ojos tan claros? Parecía que fueran casi transparentes. Si examinaba cada uno de sus rasgos por separado podía sacarles muchos defectos; sin embargo, todos juntos encajaban de una manera increíble. Quizás no fuera el hombre más guapo del mundo. Quizás no, definitivamente no lo era, pero era realmente atractivo. O, al menos, eso le pareció a ella.

—Teniendo en cuenta que usted no trabaja en este hospital, espero no tener que volver a verla hablando con uno de mis pacientes sin mi permiso.

Y se dio la vuelta para irse.

—Lo siento, pero eso no se lo puedo asegurar.

Se volvió de nuevo hacia ella.

—No me gustaría tener que hablar con su responsable.

—Hágalo. Él ya sabe que soy un caso perdido. Pero también sabe que soy muy buena en mi trabajo.

Y, sin que ella se lo esperara, una leve sonrisa. Sí. Realmente era un hombre atractivo, aunque fuera un gruñón. Y, de pronto, le tendió una mano mientras se presentaba.

—Soy el doctor Merino, Gabriel Merino. ¿Y usted?

—Ada. No se preocupe, no necesita saber mi apellido. Con que le diga a mi jefe que ha pillado a una psicóloga hablando con una de sus pacientes tendrá claro quién ha sido.

—Creo que lo dejaré pasar por esta vez. Ha conseguido rápidamente que la chica diga quién la ha agredido y eso es lo importante.

Sonrió. Hizo un gesto con la cabeza y se fue. Se fue pensando que no volvería a ver a ese doctor de ojos claros. Su madre la mataría si se enterara. ¡Dejar escapar a ese partido! Aunque, pensándolo fríamente, seguro que a su progenitora no le parecía tan guapo. Siempre buscaba defectos a todos los hombres. Los únicos que no le parecían feos eran los que tenían la cartera bien repleta de billetes.

Se fue y se olvidó de todo lo que había sucedido. Bueno, de todo no. De Susana no se iba a olvidar. No se lo iba a permitir a sí misma. El resto carecía de importancia. Al día siguiente fue a su puesto de trabajo con los ojos temblorosos de Susana en el recuerdo y sin acordarse de aquel doctor de mirada cristalina.

Sin embargo, eso iba a cambiar en un instante. Un ramo de flores adornaba su mesa, acompañado de una leve nota.

Susana está mucho mejor gracias a usted.

¿Podría agradecerle su colaboración con un café?

Dr. Gabriel Merino

Su teléfono figuraba al final de la nota. Dudó solo unos instantes y luego lo llamó. Aquella había sido la primera de sus citas. La primera de muchas. Y esperaba que se alargaran hasta el último día de su vida. Gabriel era dulce, cariñoso, inteligente y divertido, muy alejado de la imagen seria que había mostrado en su primer momento. Y si no le bastaba con ser un médico entregado a sus pacientes, a los pocos meses de estar juntos empezó a colaborar como voluntario en su asociación. Era, en definitiva, el chico perfecto. Y ella no podía sentirse más afortunada.

3

—Ya me ha dicho Rubén que la presentación fue todo un éxito.

Estaba sentada con Alicia en la azotea del edificio donde trabajaba, fumando un cigarrillo a medias. Su estúpida manía para intentar convencerse de que así fumaban menos. Era un agradable día de verano. El sol abrasador que normalmente invadía Madrid en esas fechas parecía darles una pequeña tregua y corría un leve brisa refrescante. Ese día no había mucho trabajo. Y tras la jornada anterior y la maldita presentación era agradable poder tener unas horas más tranquilas y charlar con su mejor amiga.

—No sé si me gusta que hables tanto con mi jefe, sobre todo teniendo en cuenta que no trabajas aquí. Voy a tener que hablar con los de seguridad para que no te dejen entrar más.

Alicia se rio y sacudió su melena morena y ondulada. Alicia era una de esas chicas junto a las cuales siempre te sacabas mil defectos. Y aunque ella no era una chica fea, nunca tendría sus medidas de escándalo, ni su piel morena y tersa, ni ese lunar junto a la boca que tan sexy le parecía a todo el mundo. Ada estaba convencida de que, seguramente, no tenía ni un gramo de celulitis en su cuerpo. También era cierto que se machacaba en el gimnasio. Y corría. Corría mucho. Mucho antes de que se pusiera de moda. Se levantaba antes de que saliera el sol y ahí iba, todas las mañanas, a hacerse unos cuantos kilómetros.

Ella, por el contrario, prefería dormir. Sí. Era cierto que cuando se miraba sabía que le sobraba algún kilo; que debería coger, de una vez por todas, la maravillosa rutina de desmaquillarse por las noches y comer mucho mejor. Pero nunca había tenido voluntad suficiente para hacer una dieta, era muy vaga para levantarse pronto y acababa demasiado cansada para ir a correr después del trabajo. Bueno, eso y que prefería irse de cañas con los compañeros. Así que sarna con gusto no pica... pero mortificaba. Aunque más la mortificaría

tener que salir a correr todos los días.

—Primero, me tengo ganado al segurata, así que...Y, segundo, yo lo que no sé es cómo aguantas tanto tiempo al lado de Rubén sin tirártelo.

Ya no se escandalizaba por esas frases. La conocía desde el colegio. Sí. Alicia era de las que salían «putas» del colegio de monjas. No. No era justo que describiera así a su mejor amiga. Simplemente era una mujer segura de sí misma y de su sexualidad. No iba de cama en cama, como a veces le gustaba aparentar. Había tenido más de una relación seria que no había salido bien. Y en esos momentos estaba en el proceso de encontrarse a sí misma y no creer excesivamente en el amor. Ada estaba convencida de que se le pasaría cuando encontrara al chico apropiado. Aunque no acababa de imaginarse a un chico que realmente pudiera hacer feliz a su amiga.

—Teniendo en cuenta que él está casado y que yo estoy con Gabriel.

—Así cualquiera está casado. ¿Cada cuánto se ven? ¿Y cuánto tiempo están juntos? Lo justo y necesario para echarse un par de polvos, tener unas vacaciones juntos y ella vuelve a marcharse otra vez. No tienen una relación real. ¿Y en serio alguien cree sano que gente joven esté tantos meses sin darle?

—Eres increíble.

—¿Acaso no es cierto lo que digo? Dime, ¿cuánto tiempo puedes pasar tú sin...?

Ignoró su pregunta. Sabía que solo lo decía para picarla, para que se metieran en una conversación que consiguiera que se pusiera colorada. No se molestó ni en responderle.

—Se te olvida la otra parte de la ecuación: Gabriel.

Alicia suspiró y le dio otra calada al cigarro mientras miraba cómo el humo se mezclaba con el aire. Ese extraño silencio la alarmó. Se volvió hacia ella mientras le robaba el cigarro de entre los dedos.

—¿Ahora me vas a decir que no te cae bien?

—No. Me cae bien. Lo sabes. Pero... no está tan bueno como Rubén.

Se rio mucho más relajada. Y se preguntó por qué seguía necesitando el beneplácito de la gente. Era una chica adulta, independiente. Estaba con una persona a la que adoraba y tenía un trabajo que le apasionaba. Lo curioso era que todas sus dudas y todas sus inseguridades desaparecían cuando se trataba del tema laboral. En esos momentos se transformaba. A veces deseaba poder ser así siempre.

—¿Y por qué no me extraña encontraros aquí?

Se giraron. En la puerta que daba a la azotea las miraba, divertido, Gabriel. Con su traje gris, con su pelo revuelto y su mirada clara y pura. Se acercó a ellas y le dio un leve beso para, a continuación, hacerle un gesto con la cabeza a Alicia, que le devolvió el saludo de la misma manera. Estuvo atenta al comportamiento de ambos. Las palabras, o más bien el silencio, de Alicia la habían dejado con la mosca detrás de la oreja. Sin embargo, no vio nada de lo que preocuparse.

—¿No decías que ibas a dejar de fumar?

—Son solo dos caladas. No es bueno dejar las adicciones de golpe.

Le mintió. Aunque tampoco era una mentira. Ella no había dicho que lo fuera a dejar. Le había dicho que se lo pensaría. Pero más para que dejara de darle la tabarra con ese tema que porque realmente tuviera intención de hacerlo.

—Tienes un morro... ¿Has terminado ya? ¿Puedo robártela un poco?

—Por mí, perfecto. Yo voy a ver si Rubén me invita a tomar algo.

Alicia se levantó ágilmente y se despidió con un beso al aire. Ada negó con la cabeza, divertida. Apagó el cigarrillo aplastándolo contra el suelo y luego se levantó para depositarlo en la papelería. Gabriel la miraba serio. Sabía perfectamente lo que le pasaba. Se acercó a él zalamera.

—Es el único cigarro que me he fumado hoy. Y te aseguro que Alicia es una acaparadora de humo. ¿Vamos a comer? Me muero de hambre.

Se colgó del cuello de su chaqueta y le dio un beso tentador en los labios. Gabriel se hizo un poco el enfadado y luego acabó cediendo. La rodeó por la cintura y se sumergió en su boca. Besaba realmente bien. Todo lo serio y formal que parecía en su vida diaria lo abandonaba cuando la besaba, la acariciaba... La volvía loca. Se derretía.

—Vámonos a comer que si no, al final, Alicia va a acabar sabiendo por qué no te es necesario echarle un pinchito a tu jefe.

Lo miró sorprendida y luego, mientras se echaba a reír, le echó la bronca por cotillear las conversaciones ajenas.

—Entonces, ¿al final tu jefe te va a conceder algunas vacaciones o no?

Le dio un leve trago al vino que llenaba su copa. Dulce pero intenso, con un toque afrutado. No debía beber mucho. Luego le tocaba volver a trabajar. Y a ella el vino se le subía demasiado rápido. Gabriel la miraba fijamente, esperando la respuesta. Estaban comiendo en un pequeño italiano cerca de su trabajo. Era un local casi diminuto, con una decoración muy clásica o, como se decía ahora, muy rústica. El dueño era un viejo italiano adorable. Siempre salía a saludarlos y bromear con ellos. Y hacía las mejores pizzas que ella había probado. El truco era mucho amor, solía decirles, y un buen horno de leña. La pasta era también increíble y Gabriel solía decantarse por ella.

—Sí. Quince días. La pena es que no me lo haya podido decir con más tiempo. Hubiéramos podido organizar algo —dijo con cuidado.

No estaba segura de que él se sintiera a gusto en tener unas vacaciones conjuntas. ¿Estaban en ese punto? A veces Gabriel era tan cerrado que era difícil saber cuáles eran sus sentimientos, aunque eso no solía molestarle. Nunca le habían gustado las grandes escenas, los numeritos empalagosos. Sin embargo, le hubiera gustado que él le diera alguna pista de su situación. Nunca le había gustado andar por arenas movedizas.

—Bueno, seguro que el año que viene podremos. —Gabriel hablaba mientras miraba su plato de comida, jugueteando levemente con los tortellini, parecía pensativo. Hablaba casi en un susurro, como si lo hiciera para él mismo—. Pero, quizás, hasta es mejor así.

—¿A qué te refieres?

—Mis padres tienen una pequeña casita cerca de Salamanca. —La miró

fijamente—. Este año ellos no van a estar. —Volvió a respirar—. Pero podemos ir, tienen una piscina, podemos hacer excursiones...

—Suenan bien.

Durante unos segundos había pensado que él deseaba presentarle a su familia. No estaba segura si la decepcionaba o la aliviaba. ¿Estaba ella preparada para presentarle a sus padres? No, definitivamente no. Aunque no tenía muy claro el motivo. Sabía que sus padres lo iban a adorar. Sobre todo su madre, que aún vivía obsesionada con la vieja idea de que los cirujanos eran un buen partido. Pero no iba a ser ella la primera en dar ese paso. No. A no ser que él se lo pidiera.

—¿Seguro que te parece bien?

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—No sé. Parecías pensativa.

Alargó la mano hacia la de él y la rodeó con sus dedos.

—Pensaba que me parece una gran idea. Desconectar. Estar los dos solos.

—Bueno, solos no lo sé.

Lo miró extrañada. ¿No le acababa de decir que sus padres no iban a estar? Él leyó la sorpresa en sus ojos y le sonrió divertido.

—No es nada grave. No sé si vendrá mi hermano.

Su hermano. Gabriel hablaba poco de su hermano. Eran gemelos pero nunca habían tenido una relación muy íntima. No se llevaban mal, pero tampoco eran uña y carne. No le había mencionado mucho en esos meses y le picó la curiosidad.

—¿No lo sabes?

—Con Ángel nunca se sabe. En principio me dijo que iba a ir, pero en los días que quedan pueden pasar muchas cosas.

—¿Un meteorito que amenace la tierra y él tenga que salvarnos a todos? —se burló.

No acababa de comprender a qué se refería Gabriel con su hermano. Y no se le pasaba por alto el extraño sentido del humor de sus padres al llamar a uno Ángel y al otro Gabriel. Pero como estaba segura de que no sería la primera vez que alguien bromeaba con ese asunto, prefirió no decir nada. Realmente no sabía nada de su «cuñado». Ni siquiera sabía si eran gemelos idénticos o no.

—Si fuera eso... Mi hermano cambia de decisión por unas faldas.

Sonrió al oír el tono que usaba Gabriel censurando a su hermano.

—No es malo dejar que el corazón sea el que te marque el destino.

—Yo no diría que es el corazón, precisamente, lo que mueve a mi hermano.

Se puso levemente colorada. Había intentado bromear y picar a Gabriel, y ahora se ruborizaba. No se le había pasado por alto el significado de la frase. Pero no se podía imaginar a alguien que debía ser tan parecido físicamente a Gabriel y que fuera tan diferente. Y no era porque Gabriel no fuese un hombre apasionado, ella no tenía ninguna queja. Pero él era como ella. Siempre había tenido relaciones serias, siempre en su búsqueda de una pareja para siempre. Y eso le daba una seguridad que ella necesitaba para poder abrirse a alguien.

—Pero no es mal tipo.

Sonrió. Debía imaginarse que no se había formado una buena imagen de su hermano en la cabeza.

—¿A qué se dedica?

—Es abogado.

¿Abogado? Eso sí que no se lo esperaba. Gabriel miró su expresión y soltó una carcajada.

—¿Ya te habías imaginado un gigolo loco sin trabajo ni oficio ni beneficio? ¿Un gemelo malvado? Siento decepcionarte, simplemente tiene ciertas...

podríamos llamarlas... adicciones.

Bebió de su copa de vino. El camarero se acercó para retirar los platos y preguntarles si querían algo de postre. Dudó unos instantes. Le apetecía un buen tiramisú, pero ya se había pasado con la cena del día anterior y la pizza que se acababa de meter entre pecho y espalda. Ella no era de esas chicas que no se atrevían a comer delante de sus parejas. Tenía compañeras del colegio que tenían bien pensado qué pedir en cada ocasión para «no parecer unas comilonas», como decían ellas, para no comer nada que pudiera estropear su look. Alicia solía burlarse de ellas. Claro... que ella no tenía esos problemas de calorías.

Se decidió por un café cortado con azúcar moreno. No era por lo que pudiera pensar Gabriel. Simplemente se había percatado de que en unos días estaría de vacaciones, que tendría que volver a ponerse su bikini y no estaba segura de si le serviría el del año anterior. Perfecto. Le tocaba ir de compras. Eran sus primeras vacaciones con Gabriel y le apetecía estar perfecta. Luego llamaría a Alicia. No conocía a nadie que le gustasen menos que a ella las compras y sabía que la obligaría a ir directamente al grano. Y tampoco le permitiría salirse de un presupuesto marcado anteriormente. No estaban las cosas para derrochar mucho.

—Entonces, el 30 paso a buscarte al trabajo y, si quieres, salimos directamente de allí.

—¿Me vas hacer llevarme la maleta al curro?

—Tienes razón. Pasamos por tu casa y ya está. Directos a descansar y disfrutar. Ya verás cómo te gusta.

Y ella no supo si se refería a la casa, al lugar, a las vacaciones juntos o a su hermano. Un extraño presentimiento la hizo temblar y no supo por qué. Decidió ignorarlo. Esas cosas nunca traían nada bueno, solo comeduras de coco estúpidas. Se imaginaba qué era lo que le pasaba. Eran sus primeras vacaciones juntos. Y siempre decían que eso marcaba un antes y un después en cualquier relación. ¿Sería así en la suya?

5

—¿Así que un cuñado casanova?

Alicia cambió de tema de golpe y sin previo aviso. Estaban en una terraza en un centro comercial cercano a su casa tomándose unas cañas. Habían estado un rato de compras. Elegía a Alicia por su rapidez. Iba siempre al grano. Y aunque a veces su gusto era diferente, siempre la aconsejaba. Miró a su amiga, que la observaba levantando una ceja y sonriéndole con picardía.

—Ni te acerques, Ali, que te veo venir.

Alicia se rio, recostándose en su silla. El camarero que les servía las cañas le echó una mirada significativa, comiéndosela con los ojos. Si Alicia se percató o se molestó no hizo ningún signo. Estaba más que acostumbrada. Si le pasara a ella se pondría colorada desde la punta de los pies hasta la del cabello.

—¿No me digas que lo quieres para ti?

—¡Ali! Que es el hermano de mi chico.

—Su gemelo... Mmmm... Una buena fantasía.

—¡Eres imposible! Además, ¿no decías que Gabriel no estaba bueno?

—No, señorita. Lo que te dije es que no estaba tan bueno como Rubén, que es muy diferente.

Alicia la miraba divertida por detrás de su vaso de cerveza. Le gustaba hacerla rabiar. Y lo cierto era que lo conseguía con facilidad. Pero no le importaba. Detrás de su imagen de chica alocada y divertida había una amiga fiel y sincera. Era su familia. La única que no la juzgaba, que no intentaba

cambiarla. No como sus padres. No como el resto de sus amigos. A veces, incluso Gabriel. Aunque fueran pequeños detalles. Como lo de fumar. Podría comprenderlo. Él era médico, un poco obsesionado con la salud. Pero eso de esconderse para echar unas caladas como si fuera una adolescente... Podría dejarlo, pero no le apetecía. Era su único vicio y si alguna vez lo dejaba sería por ella, no por él.

Cuando tenían dieciséis años y habían empezado a fumar, sentadas en un banco del parque, cerca de su casa, Alicia le dijo, en uno de sus arranques de sinceridad, que esa era su manera de rebelarse contra sus padres. Y quizás no le faltara algo de razón. Era una chica estudiosa, aplicada, que nunca llegaba tarde a casa. Fumar era lo único que hacía que sus padres no aprobarían. Habían pasado los años, ya no tenía que rebelarse contra ellos y, sin embargo, no se había planteado en ningún momento dejarlo de verdad.

—¿Y sabes si se parecen mucho?

—No sé nada de él. Casi no he oído hablar de él en estos meses.

—Si está bueno siempre podrías presentármelo.

—¡Ali!

—Estaría bien. Seríamos cuñadas.

—Decídete, o Rubén o Ángel.

—Qué manía con tener que elegir. Además, como bien me dijiste, Rubén está casado. Y si no lo estuviera, yo nunca iría detrás de un chico que babea por otra.

Alicia hizo un gesto pícaro que ella no entendió. ¿Qué acababa de insinuar? Prefirió ignorarla.

—Tengo hambre, ¿pedimos algo de comer?

Alicia se rio. Hizo un gesto al camarero que voló hacia su posición. Y esta vez fue ella la que soltó una gran carcajada. Alicia se encogió de hombros. Pidieron un par de cosas de la carta y luego se quedaron en silencio durante

unos instantes.

—Ada, no te das cuenta de lo sexy que eres.

—Claro, por eso ese camarero no me quita la vista de encima. ¡Ah, no! Que es a ti.

—Son dos cosas diferentes. Yo llamo la atención, no lo voy a negar. Pero ser sexy, o no, no es cuestión de piernas largas o un buen cuerpo. Ser sexy es algo más. Es algo innato, algo en la manera de andar, de hablar, de mirar... Y tú lo tienes.

—Tú que me miras con buenos ojos. Eres mi amiga, qué me vas a decir.

—Podría no decirte nada.

No contestó. No había mucho más que decir. Pero la insinuación que había hecho sobre Rubén no le hacía nada de gracia. Él era un hombre casado, quizás no tenía el matrimonio que ella consideraba perfecto pero era el que él había elegido. Y encima era su jefe. No era ciega ni tonta. Era un hombre muy atractivo. Quizás no fuera uno de esos hombres que salían en las revistas y que cortaban la respiración, pero alegraba la vista muchísimo. Sin embargo, aunque estuviera soltero... era su jefe. Y era mucho mejor hacer caso al clásico refrán.

Alicia vio la turbación en sus ojos y decidió darle una tregua que ella agradeció con una sonrisa. Sabía que no lo hacía a mala idea, pero no le hacían ni la menor gracia todas esas insinuaciones.

—¿Y cuándo os vais?

—La semana que viene.

—Primeras vacaciones juntos.

—En casa de sus padres y sin saber si va a venir o no su hermano.

Al decirlo en alto se dio cuenta de que su tono no había sido, precisamente, muy alegre. Y se dio cuenta de que había decepción en su interior. Pero no

entendía por qué. O, más bien, no quería verlo.

—Ya. Lo cierto es que no es el plan más ideal para un primer viaje romántico. ¿Se lo dijiste a él?

—No. Pero es que tampoco hemos tenido mucho tiempo para organizar nada. Es una solución fácil y barata. Y ya hablamos de que el año que viene planearemos algo mejor.

—¿El próximo año? ¿Ya hablamos de planes de futuro?

Se rio. El tono rozando la alarma de su amiga le parecía muy divertido. Y, sin embargo, a ella esa sensación de saber que ya hablaban del futuro le gustaba muchísimo.

—No te preocupes, lo convenceré para que a nuestra primera hija la llamemos Alicia.

Casi se atraganta con la cerveza del susto. Luego le tiró un trozo del pan que el camarero depositaba acompañando a las tapas.

—No me des esos sustos, cabrona.

—Sabes que algún día no será una broma, ¿verdad?

Alicia la miró fijamente. Le hizo un gesto al camarero para que les llevara un par de cervezas más.

—Cuando pase te odiaré mucho y luego malcriaré a mis sobris. Pero ya no te libras de ponerle mi nombre a tu primera hija.

6

La casa era preciosa. Se había imaginado que sería el típica casa de pueblo, vieja y coqueta, en mitad de un pueblo. Sin embargo, era bastante más moderna de lo que esperaba. Estaba a las afueras de un pequeño pueblo. Tenía una pequeña valla de madera rodeándola. Las paredes eran de piedra y un tejado inclinado de tejas oscuras. Desde fuera se podían observar un par de chimeneas. Se quedó mirándolas fijamente. Una pena que fuera verano. Si no podrían acurrucarse a la orilla de alguna de ellas, tumbados sobre una alfombra, emulando alguna película o novela romántica. Ya tenía la imagen en la cabeza. Ellos dos, unas copas de vino, la chimenea, una manta... Quizás en

un futuro.

Gabriel había aparcado justo delante de la puerta. Sacaron las maletas y cruzaron la valla. El jardín estaba cuidado con delicadeza y esmero. En uno de los laterales de la casa había un porche con columnas de la misma piedra que el resto de la casa y, a sus pies, descansaba una pequeña piscina.

—La casa era de mis abuelos. Cuando murieron, mi madre compró su parte al resto de sus hermanos. En un principio quería hacer una casa rural. Sin embargo, cuando le diagnosticaron cáncer de mama todo cambió. Decidió, con buen criterio, que la vida era muy corta para seguir matándose a trabajar. Así que terminó de reformarla con tranquilidad, por puro placer, mientras mi padre se jubilaba, y ahora se dedican a viajar y disfrutar.

No dijo nada. Intentaba recordar si él le había comentado que su madre había sufrido un cáncer, pero no lo conseguía por más vueltas que le daba. Una información así no se le habría olvidado. Comprendía que no era un tema que saliera en cualquier conversación y, por muy mayores que seamos, el miedo a perder a un progenitor no es fácil de asumir. Sin embargo, le dolía el modo en que se había enterado. Era una tontería, una actitud de niña. En ese tema ella no era lo importante, pero no podía evitarlo.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien. En las últimas revisiones parecía que todo estaba en orden. Sin embargo, tenemos que ser conscientes de que el cáncer puede reaparecer cuando menos te lo esperas.

—Seguro que no lo hace.

—Soy médico, Ada, por mucho que lo desee sé que las estadísticas juegan en nuestra contra.

No supo qué decirle. Esas situaciones nunca eran fáciles. La gente tiende a recurrir a frases hechas, a palabras convencionales, en un intento de mostrar su apoyo y reconfortar. Pero Gabriel era a veces tan pragmático, tan frío, que ella se quedaba sin palabras y prefería, simplemente, guardar silencio y estar a su lado. Sabía que, en el fondo, esa era una manera como otra cualquiera de

esconder sus sentimientos, de ponerse una coraza. Esperaba que según se fueran conociendo esa coraza fuera desapareciendo y pudiera ser él mismo y ella convertirse en su confidente.

Entraron en la casa. Sabiendo que había sido la madre de Gabriel la que había reformado y decorado toda la casa, tenía que admitir que tenía muy buen gusto. Había una perfecta mezcla entre modernidad y objetos tradicionales y vintages. Gabriel la cogió de la mano para guiarla por el pasillo. Ella miraba a todos lados, intentando averiguar qué había detrás de las puertas que aparecían a ambos lados del pasillo. Él parecía tener mucha prisa por llegar a algún sitio.

—¿Te gusta?

—Me gustaría más si pudiera verlo con detenimiento.

Él se paró y se volvió hacia ella con una sonrisa. Soltó la maleta y le rodeó la cintura con una de sus manos. Con la otra le acarició la mejilla y le retiró un mechón de pelo que le caía sobre el rostro. Luego le dio un beso dulce.

—Perdona. Tienes razón. Debería enseñarte la casa. Pero es que me mandó un mensaje mi hermano que al final sí va a venir y...

—¿Y?

Se mordió el labio inferior. Un agradable cosquilleo le invadió el estómago.

—¿En serio tengo que decirte qué es lo que me apetece?

—¿Qué puede ser más importante que enseñarme la casa?

Gabriel la miró divertido y empezó a jugar con el mechón de pelo que le había retirado anteriormente.

—Pues me gustaría quitarte lentamente este precioso vestido, muy despacio, rozando con mis manos cada rincón de tu piel desnuda. Quisiera tumbarte encima de la cama y saborearte por completo. Beber de tus labios... de todos ellos. Quiero que me desnudes y me recorras por completo.

Hablaba en un susurro, muy bajito, muy grave, muy sensual. Y se acercó para besarlo. Quería hacer realidad todo lo que él le había dicho. Él se echó para atrás. Seguía teniendo esa expresión divertida en su mirada.

—Pero, si quieres, te enseño primero la casa. Es bastante grande. También, si quieres, puedo enseñarte primero el jardín. Incluso podríamos tomarnos una copa de vino mirando la piscina.

—Eres tonto.

—Entonces, ¿te enseño primero nuestro cuarto?

Gabriel ponía un tono grave y profundo cuando estaba excitado, cuando le podían las ganas. Y ella estaba encantada. Desde las primeras semanas de relación no le había sentido tan impaciente por estar con ella a solas. No era que su vida sexual fuera monótona o que le faltara algo, simplemente era más tranquila. Era lo normal, ¿no? Cuando empiezas siempre es más apasionado, más loco. Luego, ese fuego inicial pasa a algo más dulce, más íntimo. Cada época tenía sus fases y ninguna era peor que la anterior. Simplemente eran diferentes.

Gabriel le dio un beso, profundo, apretándola contra él. Luego se separó un poco. Le encantaba cuando la miraba así, con la pasión inundando sus ojos. Él empezó a guiarla escaleras arriba sin dejar de mirarla, sin perder el contacto visual ni un solo instante. Y ella, simplemente, se dejó llevar. Ni se percató de que habían dejado sus maletas en el piso de abajo. Le daba igual. Si al final el hermano llegaba antes de que ellos terminaran, no le quedaría la menor duda de qué les estaría entreteniéndolo. Se puso colorada al pensarlo pero, en ese mismo momento, Gabriel abrió la puerta del que sería su cuarto. Era amplio y luminoso. Una cama amplia, con una manta morada donde, en menos de un segundo, Gabriel la depositó sin dejar de besarla.

Y mientras las manos de Gabriel empezaban a desnudarla, una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro. Las vacaciones estaban comenzando mejor de lo que ella se había imaginado. Mucho mejor. Y todos los miedos que le habían rondado en esos últimos días desaparecieron mientras su vestido caía al suelo.

Lo que quedaba de día lo pasaron deshaciendo sus maletas y enseñándole la casa. Gabriel parecía más relajado que de costumbre. Era agradable verle en su hábitat natural, en un sitio en el que se le notaba completamente a gusto. Habían abierto una botella de vino y se habían sentado en un precioso columpio que tenían en el porche de la casa. Muy estilo americano. Lo cierto era que ella siempre había tenido ganas de tener uno así. Demasiadas películas de Hollywood...

La rodeó por los hombros y empezó a jugar con sus cabellos. Estuvieron en silencio durante unos minutos. El cielo empezó a llenarse de estrellas. Y se quedó embobada mirándolas mientras bebía de su copa.

—Esto no se ve en Madrid, ¿eh?

—Lo cierto es que no. Se está muy bien aquí. Muchas gracias por traerme.

Levantó la mirada hasta chocar con la suya. Y se besaron. Dulce, cálido, de esos besos que te llenan el cuerpo de una sensación de paz.

—A ti por venir.

Había sido un momento perfecto. De esos que siempre recuerdas con cariño, con nostalgia. Se habían ido a dormir al rato. Cayó enseguida. Le gustó tener que taparse con una sábana para mantener el calor. Acostumbrada al calor abrasador de Madrid, eso era increíble.

Levantarse y no oír los ruidos de la calle fue maravilloso. Despertarse por la mañana, refugiada en su sábana y que el silencio inundara la habitación. Se habían olvidado de bajar la persiana del todo y los rayos de luz entraban por las rendijas. Se volvió. Estaba sola en el cuarto. Ni rastro de Gabriel. Alargó su mano hasta el móvil que descansaba sobre la mesilla. Eran las diez de la

mañana. No recordaba cuánto hacía que no dormía hasta tan tarde. Se estiró en la cama, disfrutando el momento, deleitándose en cada segundo, en cada roce de la suave sábana, sintiendo los rayos de luz acariciando su piel.

Suspiró. Tenía que salir. Tenía que cambiarse y bajar. Le encantaría poder bajar en camisón, pasarse todo el día con poca ropa y no tener que vestirse. Sin embargo, no sabía si el famoso hermano estaría ya en la casa o no, si llegaría ese día o el siguiente o... Ni idea. Gabriel había mencionado que iba a aparecer, pero nada más. Ni una sola información más. Lo positivo era que, siendo así, suponía que no esperaba que ellos cambiaran sus planes por él.

Se puso unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes. Se ahuecó un poco el pelo y se miró en el espejo. La felicidad le sentaba bien. Le hacía brillar los ojos. Salió de la habitación y empezó a bajar las escaleras... cuando se quiso dar cuenta iba canturreando una canción. Hacía mucho que no lo hacía.

*Salí de casa con la sonrisa puesta,
hoy me he levantado contento de verdad,
el sol de la mañana brilla en mi cara...*

No pudo evitar ponerse a dar pequeños brinquitos mientras iba subiendo cada vez más el tono.

*Yo digo salta,
salta conmigo,
digo salta...*

Llegó al piso de abajo sin dejar de cantar. El salón estaba vacío. La cocina también. Sin embargo, la cafetera estaba llena, y el olor del café la invadió.

No podía estar muy lejos. Cogió una taza y se sirvió. El periódico reposaba en una encimera. Empezó a ojearlo mientras bebía y seguía tateando la canción.

Sintió cómo unas manos grandes y sorprendentemente suaves la rodeaban por detrás y le tapaban los ojos. Un aroma que le recordaba el olor que inunda todo justo antes de la tormenta llegó hasta su olfato, rodeándola.

—Hola, preciosa. ¿Me das un beso?

Le retiró las manos de los ojos y se volvió con una sonrisa. Moreno, ojos claros y unos rasgos que ella conocía perfectamente. Sin embargo, no tuvo la menor duda.

—Hola, Ángel.

Él soltó una sonrisa. Una sonrisa sincera y muy intensa.

—Ni un segundo. ¿Cómo has sabido que era yo y no mi hermano?

—Además de porque él nunca me llamaría preciosa... Tus ojos.

—¿Mis ojos? ¿Qué les pasa a mis ojos?

—Gabriel tiene los ojos de un color muy puro, casi transparentes. Tú tienes una veta más oscura en ellos.

Se sorprendió a sí misma siendo tan sincera con alguien a quien acababa de conocer. Quizás el parecido con su chico hacía que se sintiera cómoda en su presencia.

—¿Más oscura? ¿Y menos puros?

—Yo... No quería decir eso...

Notó cómo se ponía roja y cómo él sonreía con malicia. Y esa era una expresión que nunca había visto en Gabriel. Y, sin saber por qué, un calor intenso le invadió todo el cuerpo. La sensación de comodidad que había tenido unos segundos antes desapareció para dar lugar a un extraño desasosiego.

—No te preocupes... Me gusta.

Ángel hablaba paladeando las palabras, deleitándose con ellas. Tenía una voz grave y demasiado sensual. Demasiado sensual para ser su cuñado. Y la miraba fijamente. La única persona que la miraba de una manera tan directa era Alicia y no... No se parecía lo más mínimo. Se quedaron en silencio. No sabía qué más decir y le empezaba a costar hasta respirar. Debería estar prohibido mirar así.

De pronto un brazo le rodeó los hombros y la invadió un olor familiar. Ángel desvió, por fin, su mirada y ella volvió a sentir cómo el aire entraba en sus pulmones. ¿Qué narices pasaba? ¿Qué era ese maldito escalofrío que le estaba recorriendo el cuerpo? ¿Y ese calor? Estaba completamente descolocada y lo único que quería era alejarse de allí cuanto antes. Necesitaba volver a ser ella misma.

—¿Ya os habéis conocido?

—Sí. Y no he podido engañarla ni un segundo.

—Es que mi chica es muy lista.

Gabriel se inclinó levemente hacia ella y le dio un beso. Cerró momentáneamente los ojos, pero volvió a abrirlos al sentir la mirada de su cuñado sobre ella. ¿Por qué narices los miraba tan fijamente mientras se besaban? ¿Nadie le había explicado a ese chico que había actitudes que no eran apropiadas?

—Y muy guapa. —Notó cómo le hacía una radiografía que hizo que volviera a recorrerle el cuerpo ese extraño calor—. Siempre tuviste buen gusto, hermanito. Pero ahora te has superado. No me hubiera importado que retrasase un poquito el haber descubierto que no eras tú.

Otra vez esa sonrisa maliciosa. Y sabía a lo que se refería. Le había pedido un beso. ¿Realmente hubiera dejado que ella lo besara? No. Estaba claro que su cuñado bromeaba. Un sentido del humor que ella no acababa de pillar.

8

—Vale, vale. La casa es preciosa, los paisajes maravillosos y tienes una piscina privada a la que no me invitas. ¿No tienes nada más interesante que contarme?

Se rio. Alicia la había llamado cuando se disponía a ir a darse un baño con Gabriel en la piscina, justo después de desayunar. Se podía acostumbrar a eso. Aunque claro, llevaba solo un día. Quizás si esa fuera su rutina, acabaría volviéndose loca. Le había hecho un gesto a Gabriel para que se fuera adelantando. No le hizo falta decirle quién estaba al otro lado de la línea. Las conocía ya muy bien.

—No tardes mucho. Y dale saludos.

¿Que no tardara mucho en una conversación con Alicia? Vale, quizás no las conocía tan bien. El pobre aún era un ingenuo. Eso o no perdía la esperanza de que algún día fuera así. Alicia le había empezado a hacer un interrogatorio en toda regla, si estuvieran juntas sería hasta capaz de ponerle un foco apuntándole a los ojos. Se sentó en un taburete de la cocina y decidió servirse una nueva taza de café.

Sabía perfectamente a qué se refería su amiga, sabía qué era lo que quería escuchar. Pero para una vez que podía tomarle ella el pelo y hacerse de rogar, pensaba aprovecharse y hacerla sufrir un poco.

—Bueno, tenemos planeado ir la semana que viene a Salamanca, me apetece mucho. ¿Te acuerdas aquel finde que nos pasamos de bar en bar?

—Perfectamente. ¿Cuántas tonterías más voy a tener que escuchar antes de que me hables del gemelo malvado

—¿Gemelo malvado?

Soltó una carcajada. Dio un largo trago al café mientras meditaba qué contestarle. Lo cierto era que no tenía muy claro qué pensar sobre su cuñado. Había algo en él, en su manera de mirarla, en su manera de hablarle... Y esa veta oscura brillando en el inmenso azul de sus ojos. Y esa maldita sonrisa...

Habían estado desayunando juntos. Ángel y Gabriel no paraban de hablar. Ella intentaba fingir que prestaba atención a la conversación y fijaba la vista en Gabriel. Pero le era muy complicado. Notaba constantemente cómo Ángel volvía la vista hacia ella, cómo la examinaba, cómo repasaba cada parte de su rostro y de su cuerpo. Y las pocas veces en que ella, sin poder evitarlo más tiempo, se había vuelto hacia él... Otra vez esa mirada. La veta oscura parecía aún más brillante, más atrayente. Y le sonreía. Sonreía como estaba segura que haría un lobo si pudiera.

—Cómo te estás haciendo de rogar hoy. Cuéntame, ¿se parecen mucho?

—Bastante...

Alicia se quedó callada durante unos instantes. Eso sí que era extraño. Algo le debía estar pasando por la cabeza. Se podía imaginar perfectamente a su amiga arrugando levemente el ceño y torciendo un poco la boca.

—¿Qué pasa, Ali?

—No lo sé. ¿Y a ti?

—¿A mí? A mí no me pasa nada. Estoy de vacaciones en un sitio genial, con mi chico. En serio, estoy bien.

—¿Es un borde?

—¿Quién?

—Tu cuñado, ¿quién si no? Tu voz ha sonado extraña al hablar de él.

—¡Pero si no he dicho nada!

—Suficiente. Vamos, Ada, soy yo. ¿Qué pasa?

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé. Antes me has preguntado si se parece mucho a Gabriel y sí, se parecen, pero Ángel es más...

—¿Más qué?

—Sexual.

Lo soltó de golpe. Sin querer pensarlo, sin querer analizar por qué había sido esa palabra la que había acudido a su mente. Su amiga soltó un grito más propio de una adolescente que de alguien de su edad. Y se arrepintió al instante de haberlo dicho. Se estaba poniendo colorada. Se levantó de su taburete para coger un vaso de agua fría. Se maldijo. Y no solo por la palabra que acaba de utilizar, sino porque durante el desayuno no había podido evitar mirarlo ella también. Se había dicho que era a modo de venganza. Si él se sentía cómodo para hacerle una radiografía, pues ella también. Pero ese no era su estilo. Y se sentía incómoda por haberse dado cuenta del buen cuerpo que escondía su cuñado debajo de la ropa. Incluso había disfrutado con las vistas.

—No me puedo creer que te haya oído decir esa palabra.

—¡Ni que fuera una monja!

—No, claro que no, pero no te pega definir así a una persona. Puedo preguntarte una cosa, ¿en qué se diferencia de Gabriel?

Buena pregunta. Aunque a primera vista se parecían mucho, incluso muchos podrían decir que eran idénticos, ella ya no podía compartir esa opinión. Y no solo por los ojos. Ese detalle había sido lo primero que le había llamado la atención, pero...

—No es solo por el físico, se nota que se machaca bien en el gimnasio, pero sin ser uno de esos musculitos. Es que mira de una manera y su manera de hablar... No sé. Me incomoda un poco.

—¿Te incomoda o te pone?

—¡Ali! Es mi cuñado.

—¿Y? ¿Acaso no es un hombre? ¿Acaso tú no eres una mujer? Pues eso. Que tengas pareja no significa ni que no tengas ojos ni que no tengas instintos.

Se quedó pensativa. Sabía que tenía razón. Pero no le hacía gracia. Era el hermano de su chico. No debía sentirse atraída por él. Además, nunca le habían gustado los hombres así. No le gustaban las personas que cogían confianza tan rápido. Con ese humor que ella no acababa de pillar. Y lo acababa de conocer. Ella siempre había necesitado algo más para tener ganas de acostarse con alguien. Se paró un instante. ¿Tenía ganas de acostarse con él? No. Eran las tonterías de Alicia. Simplemente se había sentido descolocada.

—Ada, no tienes que sentirte mal. No pasa nada porque tengas algún sueño húmedo con tu cuñado.

—¡Yo no tengo sueños de esos! ¿Sabes qué te digo? Al final sí voy a tener que presentártelo porque sois idénticos.

—Pues con la descripción que me has dado, guapo, que se cuida y se machaca en el gimnasio, muy sexual... ¿Cuándo has dicho que me preparas una cita?

La carcajada debió sonar por toda la casa. Tenía la sensación de que iba necesitar hablar más de lo habitual con Alicia. Y estaba segura de que su amiga estaría encantada.

9

La jornada pasó rápidamente. Habían decidido estar todo ese día descansando y llenando la nevera. Y organizando diferentes planes para los días siguientes. Gabriel era muy metódico y perfeccionista. Suponía que esa era una de las razones por las que era tan bueno en su trabajo. Lo que para otros sería una manía fastidiosa, a ella le encantaba. Le gustaba lo organizado que era. Le daba más libertad y se podía relajar un poco sabiendo que él tomaría el control.

Volvieron a ver atardecer desde el porche. Se podía convertir en una maravillosa costumbre. Y de pronto le llegó un agradable olor desde la cocina. Gabriel no parecía extrañado. Se levantó y alzó la mano hacia ella. Luego se besaron. Estaba acostumbrándose a todos esos momentos perfectos.

Entraron en la cocina y se encontró con Ángel ultimando la cena. ¿Quién narices cocina llevando solo unos vaqueros? ¿Eso que asomaba por el borde era un tatuaje? Desvió la vista. También había preparado la mesa. Parecía que el gemelo malvado, como lo había llamado Alicia, no era tan despegado como parecía.

—Preciosa, ¿coges la botella de vino blanco que hay en la nevera?

Se volvió a mirarlo. Ya había supuesto que tendría buen cuerpo, pero una cosa era imaginárselo y otra tenerlo justo delante. Ángel sonrió. Una sonrisa de lobo que le produjo un escalofrío. Y lo peor era que él parecía darse cuenta de todo, parecía disfrutar de su nerviosismo. Sin dejar de mirarla cogió la camiseta que había dejado sobre una mesa y se la puso.

Cogió la botella y se la pasó a Gabriel para que la abriera mientras Ángel servía los platos. Risotto. Realmente era una caja de sorpresas. La cena se desarrolló con tranquilidad. Y ella se fue sintiendo cada vez más relajada.

—Bueno, Ada, mi hermano no me ha dicho siquiera a qué te dedicas.

—Soy psicóloga.

—Ufff... qué miedo.

—No te preocupes, no corres ningún peligro. Estoy especializada en casos más interesantes.

—Auch... —Se quejó entre risas—. ¿Y en qué? Si se puede saber...

—Sí, claro. Estoy especializada en víctimas de violaciones y abusos, sobre todo en menores.

Algo cambió en el rostro de Gabriel, que intercambió una mirada con su hermano.

—Qué interesante. No tenía la menor idea.

Aunque la miraba a ella, el tono que utilizaba no era para ella, sino para Gabriel. Y no supo el motivo. Y tampoco se atrevió a preguntarlo.

—Ada es muy buena en lo suyo. Defiende hasta el final sus ideas y no le importa tener que cantarle las cuarenta a nadie con tal de ayudar a una víctima.

Gabriel la cogió de la mano mientras hablaba con una mirada de ternura en los ojos. Recordando, seguramente, cómo se habían conocido.

—Lo dices por experiencia, ¿no?

Su chico se rio y procedió a explicarle a su hermano cómo se habían conocido. Ángel no retiraba la vista de ella mientras escuchaba. Y ella sentía que acabaría atragantándose.

El resto de la cena transcurrió sin más novedades, sin nada que volviera a ponerla más nerviosa. Aunque ella solo tenía ganas de irse a la cama y dejar de sentirse tan incómoda, para su desgracia después de la cena sirvieron unas copas. Cuando terminó la primera, se levantó y se disculpó como pudo.

Gabriel intentó convencerla para que se tomara otra con ellos. Ángel no dijo nada y ello lo agradeció. Tras darle un leve beso a Gabriel, se dirigió a su cuarto. No supo cuánto tardó su chico en subir a la habitación. Se quedó dormida enseguida. Estaba mucho más cansada de lo que creía.

Cuando se despertó, Gabriel tampoco estaba. Buscó a tientas el móvil. ¿Cómo era posible que hubiera dormido tanto tiempo? Las diez de la mañana. Se levantó de la cama. Se puso unos vaqueros y una camiseta, se recogió el pelo en una coleta y se miró en el espejo. Luego se echó la bronca por preocuparse por su aspecto.

Bajó las escaleras. Gabriel estaba sentado en una de las sillas de la cocina, leyendo el periódico. Debía ser la última persona en el mundo, o al menos que ella conocía, que todos los días leía el periódico. Le encantaba. Le parecía muy atractivo verlo ensimismado leyendo. Le recordaba por qué se había enamorado de él. Se acercó a él para darle un beso; sin embargo, una mano rodeándole la cintura la paró de golpe. Ángel. Siempre él. Siempre esa sonrisa. Siempre ese maldito escalofrío.

—Preciosa, buenos días. —Y, antes de que pudiera evitarlo, le dio un beso en la mejilla—. Tengo que pedirte un favor.

—¿Un favor?

Ángel se rio debido a su tono de completa desconfianza.

—Mmmm... No de ese estilo... Aunque cuando quieras.

Se alejó de él, dirigiéndose hacia Gabriel, pero la agarró por la muñeca para retenerla. Justo antes de volver a hablarle, se acercó un poco más a ella. Retrocedió lo que pudo. Y él amplió un poco más su sonrisa de lobo.

—¿No me vas a dejar pedirte un favor, cuñada?

¿Cuñada? ¿Ahora la llamaba cuñada después de haber tonteado con ella de esa manera? A ese chico no lo entendía ni su madre.

—¿Qué es lo que quieres?

—Colaboro con un centro juvenil de aquí. Ahora en verano siempre se hacen actividades. Y me ha parecido muy interesante la idea de que les puedas dar unas charlas. Ahora que se acerca la época de fiestas en los pueblos... que tomen un poco más de conciencia...

Sabía que lo miraba con la boca abierta. Eso era lo último que se esperaba. Lo cierto era que estaba de vacaciones, que no estaba segura de si a Gabriel le haría gracia su decisión de no estar todo el rato con él, pero no lo dudó ni un solo instante.

—Claro, estaré encantada.

—Hablaré con la responsable y fijamos unas fechas enseguida. Muchas gracias. —Le soltó la mano mientras hablaba y se encaminó a la mesa donde los esperaba Gabriel. Sin embargo, antes de alejarse de ella, se volvió, agachó la cabeza y le habló al oído—: Me encanta la cara que pones cuando consigo sorprenderte.

Y se puso roja como un tomate. Llegó hasta Gabriel y le dio un beso en los labios. Luego fue a servirse una taza de café. Ángel se había sentado justo enfrente de su hermano y miraba algo en el móvil.

—Hermanito, al final he conseguido engañar a tu chica.

Se volvió hacia él. ¿No se le podría haber pasado por la cabeza que prefería ser ella la que se lo dijera? Sin embargo, su chico ni siquiera levantó la cabeza del periódico mientras hablaba.

—Ya te dije que no sabe decir que no a ayudar a los chavales. —Luego la miró con esa dulzura que le solía dedicar—. Es una de las cosas por las que me enamoré de ella.

10

—¿Seguro que no te molesta que me ausente unas horitas varios días?

Estaba sentada en el borde de la piscina. Habían estado toda la mañana paseando por el pueblo. Gabriel le había estado contando anécdotas de su infancia, de sus vacaciones con sus primos. En un momento dado le había guiñado un ojo y empezó a andar más rápido, sin soltarle la mano. Ella lo siguió sorprendida. De pronto se encontraron en un pequeño parque infantil. ¿Qué hacían allí? Él no paraba de sonreír y se acercó hasta el árbol más alto.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Quieres que nos columpiemos?

—Seguro que sería divertido. Pero es que me he acordado de una anécdota que quería compartir contigo.

—¿Cuál?

—En este mismo lugar donde estamos ahora, bajo este mismo árbol, di mi primer beso a una chica. Tenía quince años. Fue mi primer amor.

Le pareció tan tierno. Se lo podía imaginar. Los nervios del primer beso. Esa sensación de inmortalidad que tienes a esa edad. Gabriel le retiró el mechón que siempre se le caía por el rostro y con el otro brazo le rodeó la cintura con suavidad.

—¿Qué pasó con esa chica?

—Simplemente, se acabó el verano. Prometimos escribirnos pero, tras un par de intercambios de cartas, todo se enfrió. ¿Recuerdas esa época en la que no había móviles? Todo era más poético.

—¿Y por qué me has traído aquí tan deprisa?

—La siguiente vez que vine al pueblo tras mi primer fracaso sentimental pasé por este sitio y me dije que era un sitio muy bonito como para estar unido a una experiencia que acabó mal, por hermosa que fuera. Y me dije que traería aquí a la chica que me hiciera perder la cabeza definitivamente.

Se le encogió el corazón. Era tan dulce e increíble lo que le había dicho. Gabriel nunca había sido tan romántico, pero desde que habían llegado a ese lugar... Y a ella, que nunca le habían gustado las escenas cursis, algo le calentó el corazón y el alma. Pasó sus manos alrededor del cuello de Gabriel y le sonrió con dulzura. Fue el beso más tierno que habían compartido desde que se conocían, casi como si fueran dos adolescentes que lo hacían por primera vez.

Luego siguieron paseando cogidos por la cintura, simplemente disfrutando. Cuando llegaron a la casa, Gabriel preparó un pequeño aperitivo y lo estaban tomando al borde de la piscina, con los pies dentro del agua. No había vuelto a pensar en las charlas hasta que oyó cómo un coche aparcaba delante de la casa, indicándoles que Ángel había llegado. Gabriel la miró con dulzura y una sonrisa tierna. La cogió de la mano y la acarició distraído.

—Claro que no. Te echaré de menos ese tiempo, pero te conozco y sé que disfrutarás. Aprovecharé para leer algunos artículos que necesito para documentarme.

—Así que ya has hecho planes sin mí... Mmmm... ¿Esto no será una estratagema para librarte de mí?

—Me has pillado. —Gabriel la besó entre risas mientras hablaba.

—Qué tiernos que sois.

Ángel estaba justo detrás de ellos. Llevaba puesto solo un bañador rojo. Definitivamente, ese chico iba al gimnasio, pero sin ser uno de esos malditos musculitos que hasta daba grima verlos. Y no puedo evitar fijarse en el tatuaje que se medio vislumbraba por encima de la goma del bañador y que se debía extender hacia abajo. No conseguía ver qué era. No podía negar que estaba

estratégicamente colocado para despertar la curiosidad y le daba un aspecto muy sexy.

Desvió la vista hacia la piscina. No era cuestión de deleitarse tanto ni con el tatuaje ni con los abdominales y los pectorales de su cuñado. Por mucho que Alicia tuviera razón al decirle que mirar no era nada malo, no le parecía ni ético ni decente. A ella no le haría gracia si viera a Gabriel mirando así a Alicia, por ejemplo. Tenía que asumir que el hermano de su novio estaba bueno y punto.

—¿Un bañito para rebajar el calor? —había sorna en su voz y mientras hablaba se zambulló de cabeza, mojándolos levemente.

—¿Tienes envidia, hermanito?

—¿Quién no iba a tenerte envidia en estos momentos? —Otra vez esa mirada fija y descarada recorriendo su cuerpo—. Bueno, ¿os animáis al baño?

Gabriel la miró, preguntándole con la mirada. Ella se encogió de hombros. Hizo el amago de ir a levantarse cuando notó cómo alguien la cogía del tobillo. Un maldito escalofrío le recorrió completamente el cuerpo. Ángel la sujetaba y la miraba divertido. Gabriel sonrió travieso y supo lo que estaban planeando.

—Estoy vestida.

—Lo hemos notado.

Antes de que pudiera hacer otro movimiento para escapar, Gabriel la agarró por detrás y Ángel cogió sus dos piernas. Al menos no tardaron mucho y no le hicieron sufrir. El agua estaba realmente buena. Cayó de golpe, hundiéndose hasta casi el suelo de la piscina. Una mano la ayudó a salir a la superficie. Ángel le retiró el pelo mojado del rostro mientras Gabriel se tiraba de bomba.

—Me habéis hecho daño.

Y era cierto. No sabía si se había dado un golpe sin querer o al balancearla

para tirarla desde dos alturas diferentes le habían torcido algo. Ángel no le hizo ni caso, se acercó hasta su oído y le habló en un susurro:

—¿Sabes que estás incluso más guapa completamente empapada?

Luego se separó de ella mientras le guiñaba un ojo y se volvía hacia Gabriel, que nadaba en su dirección.

—Me habéis hecho daño.

—Eres una gruñona. Ven, que te hago mimitos.

—Como alguno de los dos se me acerque le hago una aguadilla. Voy a secarme y a cambiarme.

Los dos se quedaron quietos. Ada se acercó a las escaleras y salió. No se volvió hacia ellos ni un solo instante y no paró hasta que entró en la casa. Allí se paró a reflexionar. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué había salido huyendo? El día estaba siendo perfecto y de pronto... Había algo en Ángel que la ponía nerviosa.

—¿Qué te pasa, Ada?

Gabriel había ido detrás de ella. Se volvió con una sonrisa que se le borró al instante cuando vio que también estaba Ángel.

—Me duele el hombro.

—Deja que te lo mire.

No reaccionó. No se lo esperaba. Ángel llegó hasta ella en dos zancadas y le puso las manos en los hombros. Aguantó la respiración hasta que, de pronto, sintió un leve pinchazo y se quejó, y se retiró bruscamente.

—Tienes razón, hermanito, tu chica es una quejica.

—Qué graciosos sois los dos.

Se separó de ellos y, sin acordarse de que estaba empapada, se sentó en uno

de los sofás. Por mucho que se lo tomaran a cachondeo, le molestaba. No era la primera vez que le dolía ese lado. Giró el cuello de un lado a otro hasta que notó que hizo un extraño clic. Maldijo por lo bajo.

—¿Por qué no dejas a mi hermano que te apañe un poco el hombro?

Levantó la vista. Sabía que en su mirada había más pánico que sorpresa. Gabriel lo había dicho con completa indiferencia, como si le hubiera pedido que le pasara la sal en la mesa. Lo miró esperando que, después de esa frase, llegara algo que le aclarara que estaba bromeando. Ángel la miraba con esa maldita sonrisa. Tragó saliva e intentó bromear.

—Y yo que pensaba que me apreciabas un poquito...

Gabriel, por fin, la miró. Parecía haberse dado cuenta de que ella no sabía por qué narices había hecho esa sugerencia.

—Mi hermano es fisio.

—¿Fisio? —Y se dirigió a Ángel, que contemplaba la escena en silencio, divertido—. ¿No eras abogado?

—Soy toda una caja de sorpresas. Soy quiromasajista. Yo solo utilizo las manos. Estaré encantado de ayudarte a relajarte.

¿Por qué todo lo que le decía parecía cargado de una tensión sexual? ¿Y por qué Gabriel no se daba cuenta? ¿Sería solo su imaginación?

—No quiero molestar.

—Estoy seguro de que a mi hermano no le molesta.

—Todo lo contrario. Encantado.

Definitivamente el mundo se había vuelto loco. Ángel se acercó hacia ella, le puso la mano sobre el hombro contracturado y, mientras le acariciaba levemente la piel, volvió a hablar:

—No tengas miedo. No muerdo. —¿Y por qué había algo en su tono que le

indicaba que eso no era verdad?—. Te espero en diez minutos, voy a prepararlo todo.

Y se fue. Salió por la puerta del cuarto, directo hacia su habitación. Y la dejó con la piel ardiendo, un nudo en el estómago y una extraña sensación por todo el cuerpo. Miró a Gabriel, no entendía qué narices estaba pasando.

—Esto no será una broma entre hermanos, ¿verdad? —Gabriel la miró extrañado.

—No te entiendo.

—¿Es quiromasajista de verdad?

—Sí, claro. Mi hermano es un culo inquieto, de esas personas que no paran de estudiar y adquirir nuevas y diferentes habilidades. Cuando terminó el bachillerato hizo varios cursos y estuvo trabajando en un centro para sacar dinero para sus gastos. No te preocupes. Seguro que te dejará como nueva. Tú solo relájate y déjale hacer.

¿Que le dejara hacer? Gabriel, definitivamente, estaba muy ciego con su hermano. Pero ella no sabía qué decirle. Quizás todo fueran imaginaciones suyas. Quizás Ángel fuera así con todo el mundo y no significara nada. Sí, se repitió a sí misma. Eso era. No tenía que darle más vueltas. Se levantó y se fue a la cocina a por un vaso de agua. Luego miró las escaleras por las que había desaparecido Ángel y se bebió el agua de un golpe, añorando que no fuera algo más fuerte.

11

Estaba en su cuarto, cambiándose de ropa. Miró la ropa empapada en el suelo. Tenía que haberse callado, haberse tomado un ibuprofeno y esperar a que terminaran las vacaciones para ir a su fisio. Pero ya no tenía remedio. ¿Cómo excusarse con Gabriel? ¿Cómo decirle que no quería que su hermano la tocara? Vale, tenía que levantarse e ir hasta la puerta de su cuarto. Respiró hondo. Echándose la bronca por sentirse así. «Es como ir al fisio», se repetía una y otra vez. Llamó a la puerta y oyó la voz de él pidiéndole que entrara. Suspiró. Y entró. De golpe. Eso tenía que ser como una tirita, fuera y a quitarse el dolor. Se quedó quieta en la puerta. Asombrada. Ángel había puesto una mesa de masajes, velas aromáticas y una luz tenue. Echó un rápido vistazo a la habitación. El ambiente que había montado era increíble.

—Bienvenida. —Se le notaba extremadamente divertido. Suponía que su cara debía ser todo un poema.

—¿Ahora ya te crees que soy quiromasajista?

—O al menos lo disimulas muy bien. —Se rio. Se relajó. Le duró poco.

—Bueno, te dejo para que te desnudes y te tumbes. Te he dejado una toalla para que te tapes.

—Perdona, ¿que haga qué?

—¿Piensas que puedo hacerte un masaje con toda esa ropa encima? Ada, quédate en ropa interior, es como cuando te veo en bikini. —Ángel se acercó hasta ella para salir de la habitación y se aproximó a su oído—: Te prometo que sabré contenerme.

Y se fue, cerrando la puerta tras él. Se apoyó en la puerta. Sabía que en el

fondo tenía razón. Una vez que había aceptado la oferta... ¿Seguro que la había aceptado? No recordaba haber dicho que sí en ningún momento. Porque ella era masoca pero no tanto.

—Vamos allá. Cuanto antes mejor.

Se quitó los vaqueros, los dobló y los dejó encima de una silla. Luego la camiseta. Y se tumbó en la tumbona. Cogió la toalla y se tapó. Para no pasar frío, se dijo a sí misma. Y él entró, con esa maldita sonrisa. Escondió la cabeza en el hueco de la camilla y cerró los ojos, intentando no pensar, intentando imaginarse que no era Ángel quien estaba a punto de tocarla.

—Te voy a bajar levemente la toalla para dejar al aire la espalda. —Mientras hablaba notaba cómo lo iba haciendo. Pero, por primera vez desde que lo conocía, no había ningún tono sexual—. Te voy a desabrochar el sujetador.

Y empezó. Maldito escalofrío que le recorrió el cuerpo. Aunque debía reconocer que él parecía completamente concentrado. Estaba siendo muy profesional.

—Pero ¿qué has hecho, preciosa? Tienes toda la espalda contracturada. Si te hago daño me lo dices.

Ella asintió con la cabeza. No podía hablar. No por el dolor, sino porque sentir las manos de Ángel sobre su piel le estaba produciendo una avalancha de sensaciones que intentaba, con todas sus fuerzas, reprimir. Se había echado crema en las manos y las deslizaba por su espalda con habilidad, directas a las zonas que le dolían.

Se quedaron en silencio. Solo se escuchaba la música de fondo. No era la típica música de ascensor que podías encontrar en muchos sitios. No. Fran Sinatra invadía el cuarto. Rodeándoles, envolviéndoles. El olor dulce y suave de las velas. La luz tenue. No podía negar que Ángel sabía preparar una sala para que alguien se sintiera a gusto.

De pronto sintió que paraba, que sus manos abandonaban su espalda. E internamente deseó que no fuera así. De pronto notó cómo le levantaba una pierna y se sobresaltó. Hizo el amago de levantarse, pero la voz de él, la

detuvo.

—Tengo que dejar reposar un poco la espalda. Volveremos a ella otro día. Pero tienes todo el cuerpo tocado debido a esa contractura que te domina. Vamos a relajarte entera.

Quería protestar, decirle que notar sus manos deslizándose por el interior de sus muslos, acercándose peligrosamente aunque sin llegar siquiera a rozarle sus partes más íntimas, era demasiado para ella. Pero lo único que salió de sus labios fue un gemido demasiado sensual. Y se puso colorada. Le pareció escuchar cómo él se sonreía levemente.

—¿Puedes darte la vuelta?

—¿Perdona?

¿Darse la vuelta? ¿Por qué tenía que darse la vuelta?

—Para descargar bien las piernas.

Ángel se lo estaba pasando bomba, de eso no tenía la menor duda. Ya no sabía si le estaba tomando el pelo o hablaba en serio. Notó cómo se movía a su lado y cómo le abrochaba el sujetador. Suspiró. Tenía que admitir que desde que habían entrado se había portado de una manera bastante profesional, pero no se fiaba nada.

—No seas niña y date la vuelta.

—¿Crees que voy a caer en eso?

—No. Creo que deberías pensar en cómo reaccionarías con otro fisio. ¿O es que nunca has ido a uno?

—Claro que sí.

—Entonces piensa que soy él.

Eso era difícil. Su fisio era una chica delgada y alta con una fuerza que no aparentaba a simple vista. Y, lo más importante, era mujer. Ese había sido el

primer requisito que había puesto. Sabía que era una tontería, pero no podía evitarlo. Quizás ese era el problema. Era la primera vez que la trataba un fisio hombre. Al menos eso se dijo a sí misma. Cogió la toalla que él había deslizado hacia la parte inferior de su espalda e intentó darse la vuelta sin que se le viera nada. Ángel se rio.

—Anda, que te me vas a matar. Me doy la vuelta.

Oyó cómo él se reía y giró la cabeza para ver si él hacía lo que había dicho. Tenía que darle la razón en que se estaba comportando como una niña. Él se estaba portando perfectamente. Estaba siendo educado y parecía otro desde que habían empezado con el masaje. Quizás había sido su mente la que le había jugado una mala pasada, quizás él se comportara así con todas las chicas y esa extraña tensión sexual era solo cosa suya. Se dio la vuelta y se tapó como pudo. Luego lo avisó. Antes de volver a comenzar, le colocó un cojín en la cabeza. Mientras lo hacía la miró fijamente a los ojos. Esa veta oscura... Y sí, eso no era su imaginación: bajó la mirada hasta sus labios. Duró solo unos segundos, luego se retiró y volvió a ponerse a sus pies. Sin darle tiempo para reaccionar, empezó otra vez con el masaje, sin dejar de mirarla. ¿Qué necesidad tenía de mirarla así mientras le masajeaba las piernas? Giró la cabeza hacia un lado intentando que él no viera la expresión de su rostro. Cerró los ojos. No quería mirarlo. Quería imaginarse que no era Ángel el que la tocaba.

Empezó a canturrear internamente una canción. Necesitaba desenchufar, necesitaba olvidar, necesitaba que el tiempo pasara volando. Y, de pronto, todo terminó. Sintió cómo las manos de Ángel se separaban de su cuerpo e, incluso, sintió cómo él daba unos pasos hacia atrás.

—Por hoy podemos parar. Porque dudo que me dejes relajarte los glúteos.

El tono de Ángel volvía a tener ese toque de diversión que tan nerviosa la ponía. Se volvió hacia él abriendo los ojos. Ángel se limpiaba las manos con una toalla.

—Haces bien dudando.

—Tenía que intentarlo.

Se sentó en la camilla mientras se sujetaba la toalla para que no se le cayera. Ángel giró sobre ella, poniéndose justo en su espalda.

—Ahora salgo para que te vistas. Usa la toalla para secarte. Por cierto, tengo dos cosas que comentarte.

—Dime.

—Si te viene bien, mañana ya puedes dar tu primera charla.

—Genial. —Respiró. Había temido que volviera otra vez a ese juego que ella no entendía. Aunque quedaba otra cosa más—. ¿Y lo otro?

De pronto Ángel se le acercó por detrás, rozando con los labios su oreja:

—En realidad podía haberte hecho todo el masaje contigo boca abajo. Pero tras ese gemido, necesitaba verte la cara.

Notó cómo se ponía roja completamente. Y, también, cómo tenía ganas de asesinarlo.

—Yo no he gemido.

—Pues si eso no es gemir... Me muero de ganas de escucharte cuando sí lo hagas. —Se separó de ella y se encaminó hasta la puerta. Antes de salir volvió a hablar—: Te espero abajo.

Tardó en reaccionar. Lo odiaba. Y odiaba que le hiciera sentirse como una adolescente.

12

Suspiró. Respiró hondo. Miró la hora. Sí. Ya era el momento. Abrió la puerta y entró en la sala. Varias decenas de adolescentes se volvieron hacia ella. Miradas curiosas, inquisidoras. Otras aburridas, indiferentes. Pero estaba más que acostumbrada a estos ambientes. Avanzó con paso decidido mientras empezaba a hablar.

—Perdonad el retraso. Estaba preparada y lista para salir, pero cuando iba a hacerlo ha llegado mi chico y... Es que se ha puesto tan pesado con que mi falda era muy corta que... —Paró. El móvil empezó a sonarle—. Aysss... Perdonadme. ¿Sí? Sí. Ya he llegado... La charla de la que te hablé... Sí. Sí te lo comenté... Pues no... No sé cuánto tardaré... No te pongas así... Ahora no puedo hablar... No me grites, por favor... —Iba dejando falsas pausas, como si alguien estuviera hablando con ella. Fingía no hacer caso a los chavales que la miraban fijamente. Al menos había conseguido captar toda su atención—. Sí... Llegaré pronto... Un beso... Te quiero.

Colgó el teléfono fingiendo que se aguantaba las lágrimas. Luego los miró en silencio, recorriendo con la vista el rostro de cada uno de los presentes. No se había dado cuenta de que Ángel la contemplaba desde el final de la sala. Sentado entre los chicos la miraba fijamente, con una sonrisa que le iluminaba los ojos. Y los nervios que tenía, los nervios que siempre le aparecían en momentos como ese, desaparecieron.

—Perdonad... Son cosas que pasan, ¿verdad? A ver... Seguro que a alguna de vosotras le ha pasado algo parecido. O alguno ha tenido una pequeña discusión con su chica por cómo iba vestida o por con quién perdía su tiempo libre en vez de estar con vosotros. A ver, levantad la mano los que me comprendan, los que habéis tenido alguna vez una discusión como la que habéis presenciado.

Poco a poco las manos se fueron levantando. No fueron muchas. Por una parte era un alivio ver cómo la gente estaba reaccionando. Por otra, sabía que habría chicas que no se atreverían a levantar la mano y chicos a los que les pasaría algo parecido. Le sorprendió ver que Ángel también había levantado la mano. ¿Intentaba animar a los chavales a levantar la mano dando ejemplo o había algo más en ese gesto? No era momento para pensar en eso. Tenía que seguir con la charla.

—No os preocupéis. No sois los únicos. En una encuesta realizada en 2015, nueve de cada diez adolescentes admitía haber ejercido violencia psicológica sobre su pareja.

Guardó silencio tras haber remarcado las últimas palabras. Los rostros que se exponían ante ella eran todo un poema. Esa era la reacción que ella quería. Siguió.

—¿Os suena muy dura esa expresión? Quizás pensáis que exagero. Quizás penséis que es normal que no quiera que salgas con esa ropa que tanto te gusta pero con la que él considera que vas provocando, como si necesitaras buscar algo fuera; quizás penséis que preguntarte dónde y con quién estás, que te controle cuánto tiempo estás fuera de casa es porque te echa de menos; que ya lo dice el refrán, quien no cela, no ama. Pues siento deciros una cosa: quien os ama, no os intenta cambiar. Me gustaría que antes de continuar hablando, viéramos un pequeño spot que hicieron hace unos años en Argentina, que pensarais en lo que habéis vivido y lo que vamos a ver... Y luego seguimos.

Hizo un gesto con la cabeza y se apagaron las luces.

Tres de cada diez adolescentes denuncian que sufren violencia en el noviazgo.

Que te controle... no es amor.

Que te haga escenas de celos... no es amor.

Que no te deje hacer lo que te gusta... no es amor.

Que te obligue a hacer cosas que no quieres... no es amor.

Si te grita, te insulta o te amenaza... No te culpes.

Tras el vídeo empezó a preguntar por sus opiniones al respecto, por los sentimientos que les había provocado. Les costó arrancar. Pero eso era lo normal, lo esperado. Por mucho que cuando uno diseña esas charlas desea chavales activos, comunicativos y participativos desde el primer segundo, lo cierto era que tenías que ganártelos. Por suerte, a ella se le daba bien eso. Cuando acabó la charla se sentía muy feliz. El tiempo se le había pasado volando y había conseguido captar toda la atención de esos chicos. Y eso era todo un logro. Adolescentes hormonados que lo que menos desean es estar quietos en un aula escuchando un rollo y un discursito sobre lo que tienen que hacer y lo que no.

—Ada nos acompañará un par de días más y trataremos de temas como la violación y los abusos sexuales. Y no, chicos, no penséis que eso solo es un asunto de las chicas. Cualquiera puede ser víctima de estas barbaridades, ¿verdad, Ada?

No sabía si era ya por defecto de su profesión, pero mientras Ruth hablaba ella examinó a los alumnos, esperando alguna reacción diferente, distinta. No sabía qué buscaba, pero fue su instinto, o simplemente una casualidad, que cuando las palabras «violación» y «abusos sexuales» habían salido de la boca de la monitora una chica que se había mantenido en un segundo (o incluso tercer) plano, levantara la cabeza.

Ada le sostuvo la mirada, con tranquilidad, con serenidad. Había tanta tristeza en esos ojos, tanta desesperación escondida, que sintió que se iba a ahogar en ellos. Cuando Ruth mencionó su nombre le costó reaccionar de lo centrada que estaba en esa adolescente que parecía tan perdida.

Ruth era la coordinadora del campamento y responsable del centro juvenil. Debía tener cerca de cuarenta años, aunque aparentaba muchos menos. Llevaba el pelo muy corto, los ojos perfilados con un lápiz negro y poco maquillaje. Le había caído bien desde que se la habían presentado horas antes.

Tenía una de esas sonrisas abiertas y sinceras que encandilaban a todo el mundo y que, seguramente, le era muy útil para ganarse la confianza de esos chicos.

—Es cierto, entre un treinta y un cuarenta por ciento de las víctimas de violaciones son hombres. Y no, no quiero escuchar la bromita de las duchas en las cárceles. —Paró unos segundos para que se silenciaron las risitas ahogadas. No se sorprendió nada al ver que Ángel también se tragaba la suya —. Las violaciones en mujeres siguen siendo mayoría, pero es un tema que nos atañe a todos. Aunque de eso ya hablaremos otro día.

—Y ahora al comedor.—Ruth dio por terminada la charla.

Los chicos empezaron a levantarse, como movidos por un resorte. En grupitos. Algunos se le acercaron para hacerle unas últimas preguntas, la mayoría chicas. Aún quedaban unos cuantos en el aula cuando otra chica se le acercó y le habló por la espalda.

—¿Profe?

Se giró. Era la chica de la mirada triste, la que había reaccionado cuando habían mencionado el tema de la siguiente charla, la que, momentáneamente, había despertado todas sus alarmas. Estaba muy delgada y aunque se maquillaba se podían percibir unas ojeras impropias de su edad. Llevaba ropa ancha. Pero más que para intentar ocultar su cuerpo, tuvo la sensación de que lo que le sucedía era que había perdido peso en los últimos meses de una manera radical. Bajó la mirada. Llevaba las uñas pintadas pero descuidadas. Y unas marcas en los nudillos. Volvió a subir la mirada y le sonrió.

—No soy profe. Llámame Ada. ¿Y tú eres?

—Lourdes.

—Encantada, Lourdes. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Solo quería saber... —Su voz temblaba y ella sintió ganas de abrazarla. Había algo en esa chica que activaba todos sus instintos.

—¡Lourdes! ¿Vienes?

Una chica la llamó desde la puerta. Lourdes la miró y luego se volvió otra vez hacia ella.

—Vas a volver, ¿verdad?

—Sí, volveré un par de veces más.

—Gracias.

Lourdes se despidió con la cabeza y luego se fue con su amiga. La miró mientras se marchaba. Se fijó en la mochila que llevaba en su espalda, muy sencilla, llena de firmas de compañeros. Parecía una chica popular o que, al menos, lo había sido. Cuando la había visto en la silla no daba esa impresión. Parecía que no, pero la colocación en las aulas decía mucho más de lo que los adolescentes querían mostrar.

—Lo has hecho genial, preciosa.

Ángel, que había estado hablando en la puerta con algunos chavales, se acercó a ella en cuanto solo quedó ella en el aula recogiendo sus cosas. Llegó hasta ella y la abrazó.

—Me alegra que te haya gustado. Espero que los niños digan lo mismo. Y Ruth...

—A los chavales les ha encantado y a Ruth también. Pero yo no tenía la menor duda. Anda, te acerco a casa. ¿Vamos?

—Sí. Gracias.

Salieron de la sala. Sin embargo, no pudo evitar volverse unos instantes hacia la mesa ya vacía donde antes se había sentado Lourdes.

13

—Estás muy pensativa.

Le pareció una manera curiosa de preguntarle qué era lo que le pasaba sin mojarse del todo. Quizás dándole la libertad de responderle si quería o quizás sin tener que mostrar que le picaba la curiosidad. Acababan de dejar el campamento y volvían a su casa. No habían intercambiado ni una sola palabra desde que habían salido. Ángel conducía tranquilamente, no parecía tener ninguna prisa por llegar. Ella miraba por la ventana, su mente seguía puesta en Lourdes. Se encogió de hombros y habló casi en un murmullo, intentando no dar importancia a sus pensamientos y a ese presentimiento que la tenía alerta.

—Una chica del campamento... me ha dejado un poco preocupada.

—¿Quién? ¿Sabes su nombre?

Siempre había tenido una memoria privilegiada, pero para esas cosas aún más. Solo había oído su nombre una vez, pero dudaba que se le fuera a olvidar.

—Lourdes.

—Ya. Lo ha pasado muy mal últimamente. Su madre se murió hace unos nueve meses y su padre no lo ha acabado de superar...

—¿Cómo es que sabes tanto de la vida de los chicos?

—A algunos los conozco desde que eran niños. Todos los años soy voluntario en el campamento. Me devuelve un poco la fe en la humanidad.

—Supongo que después de un año entre pleitos y demás siempre viene bien el contacto con la inocencia.

Ángel guardó silencio unos instantes. La miró fijamente antes de volver a poner la vista en la carretera.

—No sabes cuál es mi especialidad, ¿verdad? ¿Mi hermano nunca te ha hablado de mí?

—No. Y es curioso. Siendo gemelos, ¿no deberíais estar más unidos?

—Supongo que es culpa mía. Mis padres son muy competitivos. Nuestra vida siempre ha sido una carrera entre los dos. Hasta que un día me di cuenta de que nunca podría superar a un cirujano. Y mucho menos a uno tan bueno como Gabriel. Un día me di cuenta de que no quería pasarme la vida así...

—Eres abogado. ¿Qué pega podrían poner tus padres a eso?

—Mis padres tienen un amigo que es director ejecutivo de una gran multinacional...

—Y querían que trabajaras para la empresa...

Ella sabía muy bien lo que era aguantar las expectativas de unos padres que nunca estarían completamente satisfechos ni orgullosos de su hija.

—No me apetecía tirarme la vida buscando como unos tíos a los que les sobra la pasta pudieran pagar menos a hacienda.

—¿Y qué elegiste?

Ángel volvió a quedarse callado unos instantes y no lo entendía. ¿Por qué le costaba tanto decirle en qué trabajaba? Se puso en lo peor. Y él debió identificar la expresión de su cara y soltó una carcajada.

—¡A saber qué acabas de pensar de mí! Abre la guantera. Hay un tarjetero. Ahí lo puedes ver.

Hizo lo que le dijo, con la curiosidad gobernando su cuerpo. No se lo podía creer. Miró varias veces la tarjeta, releyéndola entera.

—¿Conoces mi bufete?

—Claro... Pero si hemos trabajado varias veces con vosotros. No lo entiendo, ¿por qué no me dijo tu hermano que defiendes a menores víctimas de abusos?

Estaba completamente desconcertada. El bufete en el que trabajaba Ángel era de los más implicados en ese tema. Ella había hablado personalmente con el dueño más de una vez. Se dio cuenta de que era posible que hasta ellos dos hubieran hablado en algún momento. ¿Por qué Gabriel no le había dicho que su hermano trabajaba en el mismo mundillo que ella? Y, de pronto, recordó la mirada que Ángel le había echado al enterarse de cuál era su trabajo. ¿A qué venía tanto secreto?

—No se lo tengas en cuenta. Lo comprendo.

—Pues yo no.

El desconcierto estaba pasando a convertirse en enfado.

—Yo me lo puedo imaginar. Conoces a una chica guapa, dulce, cariñosa, sexy y apasionada en su trabajo, y quieres conquistarla. ¿Cómo vas a decirle que tienes un gemelo con el que comparte esa profesión que le apasiona?

—Yo no soy sexy.

Estaba abrumada por todos los cumplidos que le había hecho y no supo cómo reaccionar. Ángel echó una carcajada. No entendía por qué se reía y frunció el ceño, gesto que él vio claramente.

—¡Ah! Que dices esa tontería en serio.

—No es ninguna tontería. Tengo muchas virtudes, pero esa no está entre ellas.

—¿Me haces el favor de poner la canción número doce en la radio?

—Sí, claro. —No entendía por qué le pedía eso.

—Esa canción me recuerda a ti. Llevaba mucho tiempo sin escucharla y ayer, al oírla, me viniste a la mente.

Se quedaron callados. Las notas de música empezaron a inundarles. Vio cómo

subía el volumen desde el mando del coche y esperó ansiosa. Notó cómo las mejillas se teñían de rojo a medida que avanzaba la canción.

Ella es un ciclón que hace girar

Una sensación verla pasar

Él canturreaba al ritmo de la canción de Comando 9mm que hacía siglos que ella no escuchaba.

En la calle la fiebre va subiendo

Cuando ella va a pasar

Ella es un ciclón en tu ciudad

Desvió la vista hacia la ventana. Sabía que él esperaba una respuesta pero no sabía qué decirle. Que Ángel se hubiera acordado de ella al escuchar esa canción era algo para lo que no estaba preparada y se sentía completamente abrumada. Intentó salir del paso bromeando.

—Eso se lo dirás a todas.

No se volvió hacia él en ningún momento. Aunque intentara aparentar tranquilidad, la realidad era bien distinta. No se volvió hacia él ni cuando notó su mirada puesta en ella. Oyó cómo bufaba y cómo hablaba entre dientes.

—Claro, porque me encanta pensar que la novia de mi hermano es realmente sexy.

Prefirió fingir que no lo había escuchado. Miró la tarjeta que tenía entre sus

manos y decidió usarla como si de una tabla de salvamento se tratara.

—Es curioso que no hayamos coincidido antes.

Él asintió con la cabeza. Tenía la vista puesta en la carretera y el semblante serio. Se quedaron en silencio unos minutos. No acababa de entender qué era lo que había pasado, pero una extraña tensión se había adueñado del coche, aunque muy diferente a la que había sentido desde que lo había conocido. Lo miró. Apretaba con fuerza el volante, tenía los nudillos blancos por la presión. Los músculos de los brazos se le marcaban perfectamente y el rostro parecía también enfadado. Y no lo comprendía.

—¿He dicho algo malo?

Su voz había salido más triste de lo que ella pretendía, pero él se volvió hacia ella y todo su gesto serio y rígido desapareció. Luego volvió a mirar hacia delante.

—No. No te preocupes. ¿Por qué te has preocupado por Lourdes? ¿Has visto algo raro?

Aceptó el cambio de tema. Incluso lo agradeció. Suspiró y, mientras volvía a mirar hacia la carretera, empezó a contarle todas las impresiones y sensaciones que le había provocado.

No se volvió a cruzar con Ángel hasta la cena. Y lo agradeció profundamente. No entendía su juego ni qué era lo que pretendía. Recordó la conversación que habían tenido en el coche sobre sus padres, sobre ese afán de comparación, de rivalidad, y se preguntó si ella no era ahora una pieza de ese extraño sentido de ver la vida. Una retorcida partida que habían iniciado sus progenitores y que, por mucho que ellos se rebelaran contra ella, se había convertido en una parte intrínseca de su forma de ser. Tenía que ser eso. Y no supo si esa conclusión la aliviaba o le producía tristeza. No porque ella sintiera algo por su cuñado, sino porque a todo el mundo le gustaba sentirse admirado y deseado por otras personas.

Sacudió la cabeza y bajó las escaleras. Tras un baño en la piscina con Gabriel donde habían compartido risas, besos y bromas, necesitaba darse una ducha. Estuvo tentada de decirle que la acompañara, pero él se había dirigido directamente al salón para seguir leyendo uno de los estudios que utilizaba para documentarse. Le encantaba lo aplicado que era, sus ganas de mejorar siempre. Era cierto que no le gustaba esa filosofía en la manera de educar a sus hijos que según Ángel tenían sus padres; pero habían convertido a Gabriel en una persona que aspiraba a ser el mejor en lo suyo y eso le parecía muy atractivo.

Se lo encontró en el mismo sitio donde lo había dejado, completamente absorto en lo que leía. Tenía un bloc de notas al lado, donde iba apuntando diferentes frases y apuntes.

—¿Te falta mucho? Puedo ir preparando la cena mientras.

Gabriel levantó la vista de sus papeles y la miró con una sonrisa.

—No hace falta. Ángel me ha escrito diciéndome que traía la cena. Creo que

será japo.

Qué bien. Otra cena en familia. Otra cena en la que seguro que, en algún momento, conseguiría hacerle sentir incómoda. Gabriel la miró extrañado. Dejó todo sobre la mesa y se acercó a ella.

—¿Qué te pasa, Ada?

—Nada. Me apetecía algo tú y yo solos.

—Y a mí. ¿Sabes qué vamos a hacer? Conozco un restaurante superromántico cerca de aquí. ¿Te parece si reservo para mañana por la noche?

—Suenan genial.

Respiró hondo. El sonido de un coche aparcando les indicó que ya no estaban solos en la casa. Ángel apareció unos segundos después cargado con diferentes bolsas que depositó en la mesita que había delante de los sofás; y ella, con la excusa de ir a por el vino, se fue a la cocina. Eso de que cada cena se convirtiera en una pequeña lucha de rivalidades fraternales no le hacía ninguna gracia. Ahora que comprendía lo que había pasado cuando habían estado hablando de su trabajo, no acababa de gustarle nada. Quizás debería haberlo hablado con Gabriel, decirle cómo se sentía y que no comprendía por qué no le había comentado a qué se dedicaba su hermano. No podía parar de pensar en qué hubiera ocurrido si ambos hubieran coincidido por algún motivo laboral. Pero algo le decía que, a pesar de esa relación aparentemente fraternal, los dos esperaban la menor chispa para iniciar una pequeña batalla campal. Y no. Ella no pensaba ser esa chispa.

Volvió al salón. Ángel y Gabriel estaban sacando los platos en silencio. Se quedó mirándolos, examinando sus gestos. Un gran defecto profesional, lo reconocía. Pero no podía evitarlo. Y menos cuando no entendía esa extraña relación. Eran gemelos y en vez de estar unidos... Ángel había culpado a sus padres y sus ganas de hacerles competir siempre. Sin embargo, estaba segura de que había algo más.

—Hemos decidido cenar aquí, sentados en el suelo, como si estuviéramos en Japón.

La cara de Gabriel dejaba claro que la idea no era suya. Se aguantó las ganas de reír.

—Con tal de cenar, me da igual.

Abrió el vino y lo sirvió en las copas. Se estaba acostumbrando a beber vino todos los días. Cuando se acabaran las vacaciones lo iba a echar de menos. O no. Siempre podría tomarlo como un buen hábito. Una copa de vino al volver del curro para olvidarse de todo.

Empezaron a cenar. Le encantaba la comida japonesa. Y pensar que durante mucho tiempo no se había atrevido a probarlo, todo por el prejuicio de «eso es pescado crudo». Ya no se cerraba a probar cosas nuevas. Y todo gracias a su chico.

—Esta tarde he estado hablando con Ruth sobre Lourdes.

—¿Y qué te ha comentado? ¿Le has hablado de mis sospechas?

—No. Creo que es mejor saber algo más antes de dar la voz de alarma.

—Tienes razón.

—Perdonadme, pero ¿de quiénes habláis?

Gabriel la miraba con cara de desconcierto. Lo cogió de la mano para pedirle perdón. Ángel se rio levemente.

—Es una chica del campamento. Ada teme que sufre algún tipo de abuso.

—¿Y eso no deberíais informarlo a los servicios sociales?

—¿Y qué les decimos? Ahora mismo solo tenemos mi intuición. Es cierto que la chica tiene algunos síntomas. Tiene pinta de sufrir alguna alteración de la alimentación, seguramente bulimia; ha pasado de ser popular a estar más encerrada en sí misma. Pero teniendo en cuenta que perdió a su madre hace poco tiempo...

La pregunta de Gabriel era normal, ella llevaba toda la tarde pensando en lo

mismo. Sin embargo, las cosas no eran tan fáciles.

—Los servicios sociales de la zona están desbordados. Muchas veces, además, por falsas alarmas. Hemos pasado de no denunciar nada a denunciar cualquier moratón de un niño pequeño. Y los casos reales a veces pasan desapercibidos entre tanto papeleo. —Ángel hablaba mientras le daba un trago al vino.

—Y eso por no hablar de la poca formación en este sentido que tienen profesores y médicos.—Continuó Ada.

—Ese discurso ya lo he oído.

—Y lo que te queda.

Gabriel se rio. Sabía que eso era una batalla perdida. Por mucho que le doliera tenía que admitir que la mayoría de los médicos y enfermeros no estaban lo suficientemente preparados en ese campo.

—Entonces, ¿qué podéis hacer?

—La mayoría de los casos van a servicios sociales tras una visita al médico o al hospital o si se atreven a denunciarlo. La tercera opción, y es la que vamos a tener que intentar, es que Lourdes confíe en nosotros y nos lo cuente. —Ella misma era consciente de lo difícil que era lo que estaba diciendo.

—¿Qué edad decís que tiene?

—Cumple diecisiete a finales de año.

—Hacer que un adolescente confíe en un adulto no es misión fácil. Sobre todo con esos temas.

Lamentablemente, Gabriel tenía razón. Pero no pensaba darse por vencida, tenía que intentarlo. No podía abandonarla. No se lo perdonaría nunca.

15

—¿Escondida para fumar?

Dio un pequeño bote al escuchar su voz. No se lo esperaba. Se había subido a la terraza superior para estar a solas. Necesitaba pensar, necesitaba desenchufar de todo lo que estaba pasando en esos días. Y, encima, la última conversación con Gabriel la había sacado de sus casillas.

—Tienes que comprender que lo primero es mi trabajo.

—Lo entiendo, pero estamos de vacaciones. Unas vacaciones que tú me pediste que solicitara.

—¿Piensas que es algo que tenía previsto? ¿Piensas que no prefería estar aquí contigo a tener que irme a Madrid por esa operación?

Estaban en la habitación que compartían. De pie el uno frente al otro. Y ella solo sentía cómo el cuarto parecía empequeñecer, y la invadía una agobiante sensación de claustrofobia. Se sentía una maldita egoísta, pero no podía evitarlo. Gabriel había recibido una llamada urgente de su hospital. Y todos sus planes se habían ido al garete. Y se enfadaba como una niña pequeña. ¿O no tan pequeña? Ya bastante les costaba acoplar sus agendas cuando estaban en Madrid. Ahora ni siquiera durante las vacaciones estaban libres de sus malditas urgencias.

—Entonces, me vuelvo contigo.

—No, te mereces unas vacaciones. Y yo volveré enseguida.

—¿Y qué hago yo aquí sola en casa de tus padres?

—No estarás sola. Está Ángel aquí.

«El que faltaba». ¿Cómo decirle que la presencia de su hermano no la tranquilizaba precisamente? Solos en esa casa. No. No le parecía el mejor plan. Y no era porque ella temiera caer en la tentación. Aunque después del masaje prefería evitarle todo lo posible.

—¿Sabes qué puedes hacer? ¿Por qué no llamas a Alicia y que venga a pasar unos días aquí contigo?

Eso aún se lo esperaba menos. Sí que debía sentirse mal por dejarla allí tirada que le ofrecía la opción de llamar a la loca de su amiga para que estuvieran las dos en su casa. Decidió ceder. Por mucho que Alicia y Gabriel se empeñaran en fingir delante de ella, sabía que no era que se llevaran precisamente bien. Aunque se respetaran y comprendieran la importancia del otro en su vida, eran completamente diferentes. Cedió y le dio un leve beso. Luego salió de la habitación y le dejó haciendo la mochila que se iba a llevar.

Había subido a la terraza del piso de arriba con la intención de estar a solas; se encendió un cigarrillo mientras sentía el sol jugueteando con su piel. Localizó una tumbona y se tumbó. Los ojos cerrados, deseosa de que el humo que echaba por su boca se llevara también todos sus miedos y comeduras de coco.

—¿Escondida para fumar?

Se incorporó un poco y se volvió para mirarlo. Llevaba solo un bañador azul del que caían un centenar de gotas. Suspiró internamente intentando que sus ojos la obedecieran y no siguieran recorriendo todo su cuerpo... Pero no le hacían caso y mucho más con esos pectorales delante de ella, ese pelo mojado cayéndole sobre su ojo derecho. Suspiró. Tenía que respirar y contestar antes de que empezara a ser más que evidente que estaba babeando con la visión de su cuñado con tan poca ropa.

—No me escondo. Necesitaba estar sola.

—¿Quieres que me vaya entonces?

—No hace falta.

¿Cómo que no hacía falta? Se dijo a sí misma que no quería parecer descortés. Ángel sonrió y se sentó en el borde de su tumbona. Demasiado cerca para su gusto.

—¿Mi hermano sabe que fumas?

—¿Se lo vas a decir?

—¿Yo? ¿Y quitarme el gusto de verte llevarte el cigarro a la boca?

Se volvió hacia él mientras sus mejillas se teñían de rojo. Necesitaba cambiar de tema, necesitaba no pensar en el doble sentido de esa frase.

—¿Fumas?

—Soy el hermano malvado, ¿no? ¿Cómo no iba a hacerlo?

Lo miró fijamente. No tuvo la menor duda de que había escuchado su conversación con Alicia pero ¿cuánto? Se puso colorada. Notó cómo le ardían las mejillas. Tenía dos opciones, echarle la bronca por espiarla mientras hablaba con su amiga o cambiar de tema. Optó por la segunda.

—¿Quieres uno?

—Prefiero solo unas caladas, si te parece bien.

Y sin darle tiempo a responder acercó su mano a la de ella, le quitó el cigarrillo de entre los dedos y luego se lo acercó a los suyos. Ella se sentó. Mala opción. Se quedó demasiado cerca de él. Rápidamente se echó para atrás para alejarse de él. Le pareció vislumbrar una divertida sonrisa en los labios de Ángel.

—¿Puedo preguntarte por qué estás aquí?

—Ya te dije que necesitaba estar a solas.

—Y, sin embargo, no quieres que me vaya... —Ángel levantó una ceja

mientras le hablaba.

—No seas tan creído.

Las risas de él lo invadieron todo. Luego alzó la mano y le retiró el mechón de pelo de la cara. Le devolvió el cigarrillo. La miraba fijamente, esperando una respuesta real. Ella no creía que él fuera la persona más adecuada para hablar de ese tema, pero no había nadie más.

—No pasa nada. He tenido una pequeña discusión con tu hermano.

Tampoco lo llamaría discusión. Ellos no discutían. Nunca subían la voz, nunca se irritaban. Y eso le gustaba. Nunca había soportado los gritos. Esas parejas que perdían la cabeza y se acababan diciendo de todo.

—¿Qué ha sucedido? —Ángel desvió su mirada y la posó en algún rincón del horizonte.

—Lo han llamado del hospital para una operación de urgencias.

—¿Te vas?

La voz de Ángel sonó más disgustada de lo que ella esperaba. También se percataba de que no había hablado en plural. Bueno, tenía aún pendiente varias charlas en el campamento y estaba Lourdes. Era lógico que quisiera saber a qué atenerse en esos temas.

—No. —Volvió a pasarle el cigarro. Se dio cuenta de que había resquemor en su voz. Y Ángel también se dio cuenta a juzgar por la mirada que le echó—. Quiere que me quede aquí, esperándolo, disfrutando de vuestra piscina y de mis vacaciones. Incluso me ha dicho que invite a una amiga. —De pronto se dio cuenta de que también era la casa de Ángel y quizás a él no le pareciera bien que dos desconocidas se alojaran allí—. Bueno, si te parece bien, claro.

—¿Yo solo con dos chicas? No creo que conozcas a ningún chico hetero al que ese plan no le pareciera un sueño.

Tuvo ganas de golpearlo, pero se contuvo, y la sonrisa de Ángel se volvió aún más intensa.

—Alicia y tú os vais a llevar estupendamente.

Ángel sonrió, apagó la colilla del cigarro, se acercó a ella y le dio un leve beso en la frente. Antes de que ella pudiera reaccionar, se levantó y se dispuso a salir de la terraza.

—Me alegro de haber conseguido que sonrieras un poco.

Iba a decirle que no estaba sonriendo cuando se dio cuenta de que era verdad. Miró la puerta por la que se marchó y luego buscó el móvil en su bolsillo. No sabía si se arrepentiría de eso pero, al menos, seguro que sería entretenido juntar a su amiga y a su cuñado en la misma casa.

16

Estaba sentada al borde de la piscina, disfrutando del sol acariciando su piel, con los pies sumergidos en el agua. Leía un libro. La lectura siempre la ayudaba a desconectar, a hacer que el tiempo pasara a toda velocidad. Y eso era lo que ella necesitaba. Que el tiempo volara y ya fuera por la noche. Estar en esa casa a solas con Ángel era lo que menos le apetecía. Por suerte no lo había visto en toda la mañana. Debía haberse ido al campamento. El móvil le vibró en el bolsillo. Era Alicia.

No hagas nada que yo no haría.

Se sonrió. Había pocas cosas que Alicia no hiciera (dentro de la legalidad, claro). Iba a contestarle pero pasaba de darle celos a su amiga. Bastante había tenido con la conversación del día anterior.

—Así que me propones un fin de semana con piscina privada, mi mejor amiga y un tío bueno. Mmmm... Déjame que me lo piense.

—La oferta caduca en un minuto.

—¿Quieres quedarte con el buenorro solo para ti?

Miró a su alrededor. No le apetecía que Ángel volviera a escuchar su conversación con Alicia. Como había previsto, su amiga estaba encantada de pasar un par de días con ella.

—Un día de estos voy a dejar de llamarte.

—¿Y qué harías? ¿Llamar a una de nuestras viejas compis? Seguro que Clotilde y Leonor tienen una vida superinteresante. Podrían contarte cómo se rompieron una uña en su clase de pilates, a la que van para olvidarse de que sus maridos están liados con la secretaria.

—¿Todos con la misma?

No podía parar de reír. Aunque lo cierto era que sí se imaginaba la vida de sus viejas compañeras de esa manera. Esa era la vida que su madre había deseado también para ella. No lo de los cuernos, claro. Aunque ese era un mal menor si el marido era rico y tenía una buena posición social. Seguramente hubiera acabado así si Alicia no se hubiera cruzado en su camino años atrás. Alicia siempre la provocaba, siempre le hacía pensar, no le permitía dejarse llevar por lo fácil, por lo que los demás esperaban de ella.

—¿Cuándo se va Gabriel?

—Mañana por la mañana.

—Y yo llegaría por la noche... ¿Qué vas a hacer hasta entonces en una casa a solas con...?

—¡Para! En serio. Bastante tengo con sus juegucitos como para aguantar también tus bromitas.

—Lo que no entiendo es que, si es tan descarado como me cuentas, cómo es posible que Gabriel no se dé cuenta. O es que está acostumbrado a que Ángel se porte así o... no sé.

—¿Qué insinúas?

—Nada. Que para ser cirujano no se fija mucho en lo que pasa a su alrededor.

—Supongo que es porque sabe que no tiene que preocuparse de nada.

—¿Seguro?

—¡Dios, tú y Ángel estáis hechos el uno para el otro!

—Uy, no me van los que son iguales que yo No suele haber buena química. Ya sabes, los polos opuestos... Aunque, bueno, seguro que para un revolcón...

—Aysss... Me lo he buscado yo solita. Hasta mañana, Alicia.

Y así estaba ella en esos momentos. Pensando en cómo Gabriel no se daba cuenta de que su hermano le tiraba los trastos. ¿Sería su imaginación? Al principio había pensado que Ángel se portaría así con todas, pero tras verle hablar con Ruth... Tenían buena relación, pero en ningún momento había visto ninguna insinuación ni miradita ni nada.

—Si sigues frunciendo el ceño mientras piensas te van a salir unas arruguitas.

Dio un brinco del susto. No se lo esperaba. No lo había visto cuando había bajado con Gabriel para despedirle. Ni un solo ruido. Aunque lo cierto era que no se había fijado en si estaba o no su coche, al no oír ni un solo ruido en la casa a lo largo de todo el tiempo que había estado desayunando y limpiando la cocina se había convencido de que no estaría.

—Creía que te habías ido ya.

—Así que echándome de mi propia casa...

Ángel se sentó a su lado, se descalzó y sumergió los pies en la piscina.

—No. No es eso. Es que no te oí.

—Estaba estudiando unas cosas que quizás nos puedan ser útiles. —Ángel sacó un paquete de tabaco y le tendió uno de los cigarrillos—. Ahora no tienes que esconderte. ¿Ves cómo siempre hay algo bueno?

—¿Qué cosas? ¿Y en qué nos pueden ayudar?

Mientras hablaba cogió el cigarrillo, se lo llevó a los labios y Ángel se lo encendió. Era agradable no tener que esconderse para fumar.

—Hablé con una amiga de servicios sociales y me pasó algunos casos en los que las víctimas no habían admitido el abuso.

—Pero supongo que tendrían pruebas físicas.

—Sí. En casi todos. Menos en dos.

—¿Y cómo se solucionaron?

—Tuvieron que cerrar el expediente. En uno de los dos casos no volvieron a saber nada...

—¿Y en el otro?

No le contestó. Le dio una larga calada a su cigarrillo y perdió la mirada en el horizonte. No le hizo falta que se lo dijera.

—No entiendo de qué nos sirven entonces...

—Para aprender, preciosa. Para ver en qué fallaron. Para no volver a cometer los mismos errores.

Se quedaron en silencio mirando el agua de la piscina, consumiendo lentamente los cigarrillos. Sabía que, en el fondo, Ángel se sentía igual de frustrado. Sí. Estaba bien aprender de los errores, pero necesitaba soluciones, algo a lo que agarrarse. Algo que fuera más que especulaciones. Y eso era lo único que tenían, solo su instinto. Miró a Ángel y él le devolvió la mirada.

—¿Qué pasa por esa cabecita?

—Gracias.

—¿Gracias?

—Sí. Por creer en mi intuición de golpe, sin más pruebas que mi instinto.

Ángel se encogió de hombros. Luego apagó el cigarrillo y se levantó. Le tendió la mano y ella la aceptó para ponerse en pie.

—¿Te vienes al campamento?

—¿No le molestará a Ruth?

—¿Un par de manos más? Estará encantada. Y así tú puedes hablar un poco más con Lourdes. Tenemos trabajo por delante.

Alicia llegó como el torbellino que era. Aparcó su coche justo delante de la casa y tocó la bocina. Habían llegado poco antes del campamento. Se fue directamente a su habitación, a darse una ducha. Se lo había pasado muy bien. Era agradable pasar el tiempo con adolescentes normales, alegres, sin problemas... Estaba tan acostumbrada a charlar y trabajar con niños que habían pasado un infierno... Y escuchar esas risas tan puras la llenaba de una manera increíble. Ahora comprendía realmente por qué Ángel gastaba parte de sus vacaciones en ese lugar.

Pero había algo que le preocupaba. Lourdes no había aparecido ese día. Había preguntado por ella a la chica con la que se había ido el día anterior. Se llamaba Lucía. Era una chica morena y de ojos claros. Tenía una cara dulce y una sonrisa sincera. Le cayó bien desde el primer momento.

—No lo sé. Lourdes suele faltar de vez en cuando.

—¿El motivo?

—No lo cuenta. Desde que murió su madre... Todo ha cambiado mucho... Su padre...

No continuó hablando. Estaba nerviosa. Era normal. Debía estar sintiendo que traicionaba a una amiga. Le indicó con la mano que se sentaran. Estaban en el patio, debajo de un árbol. Un pequeño rincón un poco más discreto donde poder relajarse y que nadie escuchase.

—¿Qué le pasa a su padre?

La notó dubitativa. La cogió de la mano.

—No te preocupes. Es normal. Pero si le pasa algo a Lourdes...

—Su padre no asume la pérdida de su madre, de la madre de Lourdes, me refiero... Bebe mucho. Lourdes tiene que ocuparse de todo, desde hacer la compra, limpiar, todo...

—Ya. ¿Y ella cómo lo lleva?

—Mal. No habla de eso, nunca habla de nada...

—¿Siempre fue así?

—No. Antes era muy feliz, muy alegre, muy popular. Ahora mucha gente le ha dado de lado.

—La muerte de una madre para una chica de vuestra edad siempre nos cambia. Se pierde un referente, un apoyo... Y se necesita poder llorarla, poder pasar por todas las fases del duelo. Pero me temo que tu amiga ha retrasado su duelo para ocuparse de su padre.

—Sí.

—¿Y su padre cómo se comporta con ella?

—No lo sé. Es un capullo. Por muy mal que lo esté pasando... Es su hija y le está destrozando la vida.

Se temía que su amiga no sabía cuánto. Pero estaba claro que Lourdes no había hablado con nadie. Lo único que sabía seguro era que ella había tenido que asumir el rol de cabeza de familia, había adoptado el papel de su madre. La pregunta era: ¿hasta qué punto?

La bocina del coche de Alicia la sacó de sus recuerdos. Bajó las escaleras a toda velocidad. Por una parte eran las ganas de ver a su amiga. Por otra, tampoco tenía muchas ganas de que Ángel y Alicia se conocieran antes. Dos huracanes en la misma casa y ella en medio.

Alicia bajó de su coche como si de una estrella de Hollywood se tratara. Y sabía que lo había hecho aposta. Llevaba un pañuelo claro y unas gafas de sol

amplias. Sonrió al verla y la abrazó.

—Siempre tan teatral.

—Ya sabes que sí. Dime que no me parezco a Grace Kelly.

—Me niego a decirte un cumplido así.

—Bueno, ¿y dónde está el gemelo malvado?

—Creo que ese soy yo.

Ángel estaba apoyado en el quicio de la puerta, mirándolas divertido. Se puso colorada. Alicia, sin embargo, se acercó a él con una amplia sonrisa y le dio un par de besos.

—Un placer, señor malvado.

—El placer es todo mío. Un fin de semana con dos chicas guapas.

—¿Ya se te han activado todas tus fantasías?

Ada negó con la cabeza. Empezó a pensar que la idea de Gabriel de que invitara a Alicia era un modo de castigo. Pero ¿por qué iba a querer castigarla? ¿Y si lo que pretendía es que Alicia y Ángel se liaran? ¿Y si sí había sido consciente de las miradas y las frases de su hermano hacia ella y quería quitárselo de en medio de una manera sutil? Lo miro fijamente. Lo cierto es que eran tal para cual. Recordó lo que le había dicho sobre los polos iguales, aunque también le había dicho que no le importaría irse a la cama con él. Sacudió la cabeza para borrarle la imagen y volvió a centrarse en la conversación que mantenían.

—Bueno, ¿entramos ya o pensáis quedaros aquí toda la noche?

—Uy, Ada. ¿Y alguna habitación en particular?

Ada miró a Alicia con resignación. Los dos se reían. Pasó entre los dos y se volvió un segundo hacia su amiga.

—Cuidado, que al final acabarás como Isadora Duncan.

—Ella llevaba el pañuelo en el cuello.

—Eso es lo menos importante.

Entró en la casa mientras oía que los otros dos se reían. Iba a ser un fin de semana largo.

Alguien llamó a su puerta. Estaba tirada en la cama, leyendo los informes que Ángel le había dejado. Se los había encontrado encima de la cama al volver, con una nota.

«Quizás tú puedas ver algo que yo no pude. Sé que sabes que esto es confidencial. No confiaría en otra persona».

Lo primero que pensó al ver los informes en su habitación fue que cuándo habría entrado allí y si habría cotilleado o no. Se lo imaginó allí de pie, en mitad de su cuarto, contemplando las sábanas revueltas, su camión tirado sobre la cama, algo de ropa encima de una silla... ¿Había llegado más allá que simplemente observar lo que estaba a simple vista? No. No habría corrido el riesgo de haber sido sorprendido. Sobre todo teniendo en cuenta que, si hubiera querido cotillear, lo hubiese podido hacer en cualquier ocasión en la que ella no estuviera en la casa, aunque eso no la consolaba ni lo más mínimo.

La cena había sido muy agradable y mucho más relajada de lo que ella había temido. Ángel había cocinado. Ellas se habían sentado en la cocina a tomar una copa de vino. Habían hecho el amago de intentar ayudarlo pero él, entre risas, las había alejado de los fogones por miedo a que le quemaran la comida. Alicia tomó el mando de la conversación, como solía pasar, y ella lo agradeció. Ciertamente había conseguido encontrar un tema de conversación con el que él no bromeaba, se mostraba serio y trabajador. Se sintió egoísta, preferiría no tenerlo si eso conllevaba que Lourdes no sufriera.

Cogió un cuaderno y un boli y empezó a leer los informes. Se levantó, cogió la botella de agua que tenía en la mesilla. El vino le nublaba un poco la mente y quería tenerla bien despejada. Luego se puso a trabajar. No era ingenua. Sabía que era muy difícil. Sabía que solo el dieciséis por ciento de los casos de abusos llegaban a juicio y una de las razones principales era la falta de

pruebas. Y sin el testimonio de Lourdes... Se paró y miró al techo. ¿Por qué estaba tan segura de que lo le pasaba a esa adolescente no era el luto por la pérdida de su madre y la falta de apoyo de su padre? Solo eso ya era bastante grave. Pero no... Era esa maldita mirada que ella ya había visto tantas veces.

Alguien llamó a la puerta y, sin darle oportunidad de decir nada, entró. Alicia sonreía y, tras cerrar, se lanzó hacia la cama. Tenía una botella en una mano y unos vasos de chupito en la otra. Sonrió, recogió los papeles y los dejó encima de su mesilla. Sabía que era inútil discutir con ella ni decirle que estaba ocupada. Además, tenía ganas de estar con ella. Hacía mucho que no se tomaban unos chupitos a solas.

—¿Qué haces trabajando a estas horas?

—Esperando a que llegara la loca de mi amiga a seguir emborrachándome y llevándome por el mal camino.

—Así que ahora soy la serpiente malvada del paraíso.

Alicia se reía mientras servía un par de chupitos que había dejado encima de la mesilla que estaba libre. Un líquido negro relleno los vasos.

—¿Ahora? Creía que era algo que ya sabías.

—¿Y cuál es la tentadora manzana que te ofrezco?

—El alcohol, ¿cuál si no? —Mientras hablaba cogió uno de los vasos y lo alzó hacia ella, que la imitó y saboreó el contenido.

—Mmmm... Está rico, pero no sé si es lo suficientemente tentador. ¿Dónde está el peligro en unos vasos de licor?

—¿Además de emborracharme y acabar haciendo el gilipollas como aquella vez que acabé subida encima de unos bidones de cerveza, bailando como si fuera una gogó?

—Pero no vas a perder el acceso al paraíso por eso.

—¿Qué estás tramando?

Su alarma interna se disparó de manera escandalosa. Alicia tenía ese gesto de niña traviesa que siempre la acompañaba cuando, sobre todo estando bebida, iba a hacer una gamberrada.

—¿Yo? ¿Nada? Solo pensaba, ¿qué puede haber por aquí lo suficientemente tentador para que morderlo fuera un auténtico pecado?

El tono de su amiga se lo dejó muy claro. No podía creerse lo que le estaba proponiendo. Por muy alocada que siempre hubiera sido, había líneas que nunca le había incitado a sobrepasar. Y ser infiel a su pareja era una de ellas.

—Es el hermano de mi novio.

—¿Y cómo sabías que me refería a él?

—Porque nos conocemos.

Alicia se rio y volvió a llenar los vasos de chupito. Antes de volver a pasárselos, empezó a hablar con un tono un poco más serio del que estaba utilizando.

—Gabriel es guapo, lo reconozco. Es inteligente, de eso no hay duda. Le apasiona su trabajo hasta el punto de renunciar a unos días de vacaciones por salvar una vida. Y eso no se dice fácilmente. Está salvando una vida.

—¿Pero?

—No hay peros. Solo describo. Ángel es inteligente; por lo que tú me has contado, también es apasionado en su trabajo y es guapo. ¿Cómo no serlo si es casi idéntico a Gabriel pero con mejor cuerpo?

—Así que como Ángel está más bueno, ¿qué me sugieres que haga?

Notó cómo el enfado crecía en su interior. No podía creerse que Alicia le insinuara ciertas actitudes. Una cosa eran las bromas y otra... Su amiga se empezó a reír a carcajada limpia.

—Ada, yo nunca te diría que hicieras nada que no pensara que es bueno para ti. Tengo que confesarte que Ángel me parece una versión mejorada de su

hermano porque no es tan serio, pero a ti siempre te gustaron los serios. Y si es realmente a quien quieres...

—Claro que sí.

Quería que su voz hubiera sonado con más decisión de lo que lo hizo, pero fue imposible. Decidió darle la vuelta a la conversación antes de que Alicia, consciente de su tono débil, volviera al ataque.

—¿Sabes una cosa? Creo que Gabriel quiere que tú y Ángel... Ya sabes.

Alicia la miró asombrada unos instantes y luego volvió a reírse.

—Qué grande tu chico. Así que sí se ha dado cuenta del peligro. ¿Y Ángel estaría al corriente de las maquinaciones de su hermano?

—Supongo que no.

No los veía hablando de un tema así. Aunque lo cierto era que no se los imaginaba hablando entre ellos de un tema que no fuera superfluo, a no ser que otra persona estuviera en la conversación.

—Eso podemos solucionarlo ahora mismo. —Antes de que se lo pudiera impedir, Alicia se levantó de un salto y fue hacia la puerta. Protestó, le dijo que no lo hiciera, pero abrió la puerta y gritó el nombre de Ángel. Oyó cómo se abría una puerta—. Ey, gemelo malvado, ¿te apetece tomarte un chupito con nosotras? Ven.

—¿Me propones a estas horas de la noche ir a tomar alcohol con vosotras en una habitación?

—Ni en tus mejores sueños, ¿verdad? Coge un vaso del congelador. Te esperamos.

La mataba. Definitivamente la mataba. Oyó las risas de Ángel y cómo se dirigía, escaleras abajo, hacia la cocina. Y sin poder evitarlo, se miró en el espejo. El reflejo le devolvió una imagen que, aunque en otras ocasiones le hubiese encantado, no la consideraba apropiada. El camisón, de pronto, le pareció muy corto.

—No me habías dicho que tenía un tatuaje.

Mierda. Encima iba sin camiseta. Cerró los ojos unos instantes. Intentó controlar su respiración y ralentizar los latidos de su corazón. Era su cuñado e iban a tomarse algo tranquilamente en compañía de su mejor amiga. Nada más. Con poca ropa. En su cama. Abrió los ojos y se bebió de un trago lo poco que le quedaba en su vaso. Se echó la bronca. ¿Y ese comportamiento? Vale, tenía que reconocer que su cuñado estaba muy bueno, pero ella no era una de esas personas que se dejaban llevar por sus instintos sexuales. No. Ella obedecía a su cabeza. Mientras siguiera así no habría problemas.

Ángel apareció. Llevaba solo un pantalón fino de pijama, un vaso de chupito helado en una mano y una tableta de chocolate en la otra mano. Y esa maldita sonrisa de lobo...

—Señoritas, ¿se puede?

—Por supuesto. Tú y la tableta de chocolate sois bienvenidos.

El tono de Alicia insinuaba que no se refería a la que tenía en la mano precisamente. La vio recorrerle el pecho y los abdominales con la mirada. Ella intentó no mirarlo, pero cuando notó la mirada de él sobre ella no pudo evitarlo. Se volvió y supo que él se estaba fijando en el límite de su camisón. Intentó estirarlo un poco más y la sonrisa lobezna de Ángel se hizo más profunda. Definitivamente, ese camisón era demasiado corto.

Le costó reaccionar cuando abrió los ojos. Maldito licor. Abrió levemente los ojos sabiendo perfectamente qué pasos tenía que dar antes de que la resaca la atacara sin piedad. De pronto, un ruido a su lado en la cama le llamó la atención. Se le quitó el sueño de golpe y se volvió al instante. Durante un segundo, el corazón se le paró. Luego volvió a latir al ver que era Alicia la que dormía a su lado. Suspiró, se levantó de la cama y, tras coger su ropa, se fue a la ducha. Miró hacia la habitación de Ángel. Se sonrió. ¿Cómo se le había pasado por unos segundos la duda de que fuera él quien estaba durmiendo a su lado?

Se metió debajo del agua. Necesitaba limpiarse de toxinas. Definitivamente, Alicia no era una buena influencia. Se rio. Nadie la había obligado a beber tanto y, lo cierto era que, pasados los primeros momentos de tensión, se lo había pasado bastante bien. Demasiado bien. Ángel se había sentado entre las dos. Bebieron. Rieron. Todo normal. Hasta que, de pronto, notó cómo la mano de él se posaba encima de su tobillo desnudo. Se volvió hacia él pero ni siquiera la miraba. Tenía la vista puesta en Alicia, que contaba una vieja historia de las dos. Sus dedos empezaron a acariciarle levemente la piel, como quien no quiere la cosa, como distraído. Ella debía pararle o, simplemente, retirar el pie. Pero no lo hizo. En contra de todo lo que le decía su cabeza, ese roce era demasiado agradable como para rechazarlo. Y no era nada malo, solo era un gesto mecánico.

Salió de la ducha, se secó y se vistió. Tenía que comer algo. No esperaba encontrárselo en la cocina. Llevaba el mismo pantalón de pijama, pero el pelo aún húmedo le indicaba que se había dado una ducha o, al menos, había metido la cabeza debajo del agua. De acuerdo con que hacía mucho calor, pero ¿era necesario que se paseara por la casa sin camiseta? Recorrió su espalda con la vista, fue bajando desde los hombros hasta el límite del pantalón y

luego bajó un poco más.

—Hola, preciosa, ¿quieres café?

Se puso colorada. ¿Habría notado cómo le hacía una radiografía o simplemente su presencia?

—Sí, por favor.

—Bien cargado, ¿no?

—Imagino que como el tuyo. —Ángel se volvió hacia ella con una sonrisa divertida. Se dirigió a la nevera. Necesitaba comer algo con urgencia—. ¿Tú no duermes?

—No mucho.

Cogió unas piezas de fruta y se acercó hasta donde estaba Ángel para coger un plato. Él la detuvo, le subió la cabeza para que lo mirara y le retiró uno de los mechones aún húmedos del rostro. Un recuerdo de esa noche le vino a la mente. Alicia se había ido al baño y ellos se quedaron en silencio.

—Tu amiga está un poco loca.

—Sí.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

—Toda la vida.

—Será por eso...

Se volvió hacia él, sin saber qué significaba eso. Él le devolvió la mirada. Luego rellenoó su vaso y el de ella. Lo alzó para brindar.

—Ojalá algún día estés tan relajada conmigo como cuando estás con ella.

Y le dio un largo trago, vaciando el vaso. Ella le imitó algo descolocada. Notó cómo unas gotitas del licor se deslizaban por un lado de sus labios. Y antes de

que ella pudiera limpiárselas, Ángel alzó la mano y se las limpió con un dedo que, directamente, se llevó a su boca. El roce de los dedos de él permaneció en sus labios demasiado tiempo. No dejaron de mirarse...

—¿Bebiendo sin mí, parejita?

Rompió el contacto visual. Se separó de Ángel y se dirigió al fregadero a coger un vaso de agua. Maldita noche de borrachera.

—¿Dónde está Alicia?

—Durmiendo.

—Una noche divertida... Lo cierto es que cuando me dijiste que vendría tu amiga no imaginé que la primera noche acabaría emborrachándome en tu cama contigo y otra chica guapa.

No le respondió. Se puso a cortar la fruta para hacer una macedonia. Y recordó cómo, entre risas, Alicia lo había invitado a que se quedara a dormir con ellas. Recordó su mirada, cómo se había posado en ella; luego sonrió, se levantó de la cama y las dejó a solas.

De pronto notó cómo él se ponía justo detrás de ella y posaba su mano encima de la suya. Dejó de cortar. Él le habló al oído, dejando sus labios a solo unos milímetros de su oreja:

—¿No quieres saber por qué rechacé la oferta de quedarme a dormir con vosotras?

—¿Porque la cama era muy pequeña para los tres y temías que te pateáramos?

Intentó bromear, que él no notara el nerviosismo que le causaba. De pronto un dedo de Ángel se posó justo en la parte superior de su columna y empezó a bajar muy lentamente, produciéndole un escalofrío.

—Porque no quiero compartirte en nuestra primera noche juntos. Eso ya lo dejamos para más adelante, para otra ocasión.

—Sigue soñando.

¿Por qué su maldito corazón parecía que le iba a explotar? Oyó cómo él se reía y notó cómo cogía uno de los trozos de fruta cortada para alejarse de ella y dirigirse hacia la cafetera.

—Lo haré, no te preocupes. Entre tu manera de gemir y tu camisón...

No se volvió hacia él. Prefirió ignorarlo. Estuvieron un rato callados, en silencio. Estaba tan incómoda en esa situación. Casi prefería sus bromas.

—Hola, niños. ¿Tenemos café?

Alicia hizo acto de presencia. Si había notado algo tenso entre ellos dos, no lo dijo. Ángel sirvió tres tazas de café mientras Alicia se encendía un cigarrillo y les ofrecía uno.

—Lo tuyo ya es grave. Come algo antes.

—Vale, mami. ¿Me das un poco de tu fruta?

—Con tal de que tengas la boca llena... ¡No respondas!

Ángel se reía levemente mientras se sentaba en la mesa.

—¿Tenéis algún plan para hoy o podemos seguir con este trío y os llevo a hacer turismo por la zona?

Alicia la miró fijamente. Sabía que le daba la oportunidad de decidir qué hacer. Lo mejor sería alejarse de él. Sin embargo, era cierto que no tenían ningún plan y seguro que Alicia se cachondeaba de ella si se negaba a estar con él.

—Me parece un buen plan.

Y, aunque se centró en su café, no pudo evitar fijarse en la sonrisa que decoraba el rostro de Ángel.

No sabía cuántas veces se había mirado en el espejo. Llevaba un vestido corto. El pelo suelto. Se había maquillado suavemente. Alicia entró en la habitación sin llamar. Se volvió hacia ella. Estaba impresionante. No era justo. Llevaba un vestido negro que se le ajustaba completamente.

—Me encanta tu vestido.

—¿Mi vestido? Tú sí que estás impresionante.

Alicia se rio. No era una chica que se deleitara en una falsa modestia. Ella era consciente de sus atractivos, y los lucía y sacaba partido. Sin embargo, no era nada egocéntrica ni presumida. Y sabía, también, que no soltaba cumplidos porque sí.

Se estaban preparando para salir de fiesta. Habían llegado una hora antes. Cuando esa mañana, antes de salir, Ángel les había dicho que cogieran el bikini y toalla les extrañó. No les dijo a dónde iban y el viaje en coche se les hizo eterno. Tanto que acabaron bromeando ella y Alicia, imitando a unas niñas pequeñas, sin parar de decir: «¿Hemos llegado ya?». Cuando por fin aparcaron y salieron, las protestas se desvanecieron. Ante ellas había una preciosa cascada. Avanzó lentamente hasta la orilla del lago que se extendía a sus pies, maravillada.

—¿Ha merecido la pena el viaje?

Ángel hablaba justo detrás de ella. Simplemente asintió con la cabeza. Notó cómo él le acariciaba suavemente la cintura. Ella hizo como si no lo sintiera, como si no se hubiera dado cuenta. Le sorprendía que no hubiera nadie más en esa zona. Era imposible que un sitio así fuera desconocido.

—¿Cómo es posible que estemos solos?

—Es una zona cerrada al turismo.

—¿Nos hemos colado?

Alicia se había quitado las sandalias y metido los pies en el agua. Ángel se rio mientras seguía jugueteando en su cintura.

—No. El responsable de la zona es amigo de la infancia.

—Así que... tráfico de influencias... Irás a la cárcel.

—Merece la pena por ver la cara que has puesto. ¿Me llevarás una lima?

—Escondida en una barra de pan.

—¿Después de un vis a vis?

—Para eso mejor te mando a Alicia, ¿no?

Ángel la miró con extrañeza. Luego miró hacia Alicia y volvió a mirarla a ella.

—Ya te dije que eso para nuestra segunda vez...

No pudo evitar reírse. Alicia se volvió hacia ellos.

—Bueno... ¿Nos bañamos?

—Claro...

Ángel se quitó los zapatos, la camiseta y los pantalones, quedándose en bañador. Luego corrió hacia la posición de Alicia y empezó a salpicarla. Alicia se libró de su vestido con un solo movimiento y lo lanzó hacia ella mientras le guiñaba un ojo divertida. Los observó un rato en silencio. Reían y bromeaban y la llamaban a gritos. Con una sonrisa decidió quitarse lentamente la ropa y dejarla colocada en la hierba.

Estuvieron un rato nadando, salpicándose, bromeando... Se estaba realmente bien. El agua estaba fresquita pero se agradecía con ese calor. No sabía cuánto tiempo llevaban cuando vieron que una furgoneta paraba justo al lado de su coche. Ángel salió del agua con una sonrisa y se acercó. Lo siguió con la mirada. Oyó las risas de Alicia detrás de ella, pero decidió ignorarla y se tumbó en el agua para hacer el muerto con los ojos cerrados. Era una sensación maravillosa. Tumbada, notando el agua meciéndola, los rayos de sol acariciando su piel. La voz de Ángel llamándolas la sacó de su pequeño mundo. Salieron. Ángel les había acercado las toallas y pudieron comprobar que había puesto otra toalla a modo de mantel.

—Unos productos típicos de aquí. Un buen vino y un buen queso.

Tenía que reconocer que cuidaba los detalles. Mientras hablaba y ellas se sentaban en la hierba, envueltas en sus toallas, fue sirviendo el vino en unas copas de plástico que llevaba en su mochila. Se las pasó y brindaron.

—¿De qué conoces este lugar? Es increíble.

—Como ya le expliqué a Ada antes, el responsable de la zona es amigo de la infancia, aunque ya venía cuando era joven. Me lo enseñó mi primera novia.

—Así que era tu nidito de amor...

Ángel se reía pero había algo de melancolía en su voz. Algo normal al recordar el primer amor. El primer romance, la primera vez que te enamoras. Tenía algo que se nos graba por dentro, que nos marca, para bien o para mal. Y sin saber por qué, tuvo la sensación de que era para mal.

—¿Por qué acabó?

Ángel sacó un cigarrillo. Les ofreció otro a cada una y dio una calada. Definitivamente, había tristeza en su voz.

—Un día la pillé con otro chico de la pandilla. Ella me dijo que había sido un gran error, que me quería, pero nunca pude volver a confiar en ella.

—¿Y qué pasó con tu amigo?

—Nos liamos a hostias hasta que consiguieron separarnos. La traición de ella me dolió mucho, pero la suya...

Ángel se encogió de hombros. Lo cierto es que no se imaginaba a alguien poniéndole los cuernos, más bien todo lo contrario. Aunque también recordaba que Gabriel le había dicho que su hermano era un enamorado. Bueno, no había dicho eso exactamente.

—Estuve mucho tiempo sin volver aquí. Hasta que, un día, dejó de doler. Y llegó un momento en el que decidí volver a llenar este lugar de bonitos recuerdos.

—Y por eso nos ha traído a nosotras aquí —respondió, coqueta, Alicia.

Todos se rieron. Y era justo lo que necesitaban. Alicia era especialista en romper la tensión. El resto del día pasó entre risas y diferentes anécdotas. Alicia había sido la que había propuesto salir a cenar y bailar. Y ella, envuelta en el ambiente de risas y bromas, había accedido. Y ahí estaba, mirándose en el espejo, sin estar muy segura de lo que estaba haciendo. Se decía a sí misma que lo que le sucedía era que no le parecía bien estar de marcha mientras Gabriel trabajaba. Pero al ver a Alicia haciendo el tonto delante de ella para animarla se echó la bronca. ¿Por qué iba a sentirse mal por divertirse? Si él había decidido irse a trabajar, ella no iba a quedarse aburrida. Estaba de vacaciones. Gabriel había tomado su decisión, ¿creía que era imprescindible en su trabajo? Sí. Era egoísta. Pero ¿cuántas veces se encontrarían en esa situación? Esas eran sus primeras vacaciones juntos, y el segundo día recibía una llamada y la dejaba tirada. Ni siquiera lo había discutido con ella. Había dicho que sí y luego la había informado. Y ya. Volvió a enfadarse.

—Vamos, ¿estás bien?

—Sí. No te preocupes... Vamos.

—Si no te apetece, cancelamos misión. Le digo a Ángel que no me encuentre bien y ya está.

—No. Vamos a salir. A disfrutar.

Alicia la miró fijamente y luego la abrazó con fuerza.

—Vamos. Pero si, por casualidad, quieres que nos vayamos, solo tienes que silbar.

—Lo sé.

21

Se apoyó en el quicio de la ventana, mirando hacia el interior del local. Alicia bailaba en mitad de la pista, absorta en sus propios pensamientos, moviéndose al son de la música. Y seguramente consciente de que la mayoría de los hombres del local no paraban de mirarla.

—Tu amiga es muy sexy.

Se le cortó la respiración. ¿Qué hacía tan cerca de ella? Sintió su cuerpo casi pegado al suyo y le hablaba al oído. Sin embargo, esa frase, ¿a qué venía decirle un cumplido dirigido a otra mujer tan pegado a ella, con esa voz tan sensual? Tragó saliva e intentó aparentar que no le afectaba ni su presencia ni la imagen que se había formado de su mejor amiga y él.

—Pues ya sabes...

—¿Qué es lo que sé?

Y como quien no quería la cosa, Ángel empezó a jugar con el límite de su falda, rozando con sus nudillos la piel de sus muslos... Y ese gesto que parecía despreocupado por su parte, a ella le produjo un hormigueo que le recorrió todo su cuerpo y se centralizó en una parte muy concreta. Tenía que irse, alejarse. Tenía que huir de él, de ese sitio, de todas esas sensaciones que él le provocaba.

—Deberías estar ahí, invitándola a una copa.

—Debería...

Notó cómo él aspiraba su olor. ¿Qué narices estaba haciendo? Y en vez de pararlo, se encendió un cigarrillo.

—Pues ve...

—Prefiero quedarme aquí.

Ángel elevó la mano que no jugueteaba con su falda y le cogió el cigarrillo que tenía aún en los labios. Se giró hacia él. Y se arrepintió. Porque se perdió en sus ojos, en esa veta oscura que le atraía sobremanera.

—¿Por qué?

¿Qué hacía ella preguntando esas cosas? Él sonrió. Una sonrisa pérfida, malvada, y que dejaba aún más claras sus intenciones.

—Ya lo sabes.

Cogió el cigarrillo que él sostenía entre los dedos. Y, haciendo caso omiso a ese lado suyo que ella no conocía y que no estaba dispuesta a que la dominara, decidió parar ese juego.

—¿Quieres conocer un poco más a la novia de tu hermano para ver si soy adecuada o no para él?

Puso el gesto más chulo que pudo. Y él se rio. Le dieron ganas de empujarlo, de alejarlo de ella, de quitarle esa estúpida sonrisa que se le colaba hasta lo más profundo de su ser.

—Eso ya lo tengo claro.

No entendió esa frase, pero él se acercó un poco más a ella y la mano que jugueteaba con su falda subió un poco más. Y lo paró. Bajó su mano y sujetó la muñeca de él.

—Deberías irte.

—¿Es lo que realmente quieres?

—Sí.

Mintió. Supo que mentía. Y que a él tampoco lo engañaba. Pero era lo

correcto. Era lo que tenía que hacer. No comprendía por qué él no lo veía igual. De pronto, él se acercó demasiado y pegó su cuerpo al de ella para hablarle al oído:

—Me iré. Iré a ligar con tu amiga. Y te recomiendo que esta noche te pongas tapones si no quieres escuchar cómo grita mi nombre entre gemidos. Aunque quizás te guste.

Lo empujó. Lo empujó con toda la fuerza que tenía. Él apenas se movió unos milímetros. Y otra vez esa sonrisa...

—¡Eres un egocéntrico! ¿Te crees que todas las tías nos morimos de ganas de que te metas entre nuestras piernas?

—No todas...

—Pero... Pero ¿tú quién te crees que eres? ¡No eres más que un chulo! ¡Y yo estoy más que satisfecha con tu hermano, que es diez veces más hombre que tú!

—Y yo que pensaba que la dulce Ada nunca gritaba...

—¡Vete a la mierda!

Y, de pronto, se apretó contra ella. Toda el espacio entre ellos desapareció. En un solo segundo.

—¿Sabes que estás irresistible tan excitada?

Sabía que no se refería a sus gritos. El problema era que tenía razón. ¿Qué narices le estaba pasando?

—Yo no estoy excitada.

—No, claro... Ni yo.

La miró a los labios. Y vio cómo se mordía levemente el labio inferior. Quiso volver a alejarlo, mandarlo bien lejos. Pero su cuerpo no le respondía. Un ruido les distrajo. El móvil de Ángel empezó a sonar dentro de sus pantalones. Él pareció dudar un poco, volvió a mirarla con esa intensidad. Luego echó un

vistazo rápido al móvil. Y todo cambió. Se echó para atrás y respondió. Y ella volvió a respirar, al menos durante unos segundos.

—Hola, hermanito, ¿a qué debo el honor de su llamada? —Y mientras hablaba no dejaba de mirarla—. Sí, la tengo aquí mismo... ¿No te cogía el móvil? Culpa mía, la estaba entreteniéndolo. —Maldita sonrisa diabólica—. ¿Cuándo vuelves? Ya... Entiendo. Te la paso.

Y le pasó el móvil. No sin sujetarle la mano durante unos segundos de más y acariciarla con intensidad. Y ella le retiró la mano como si le ardiera.

—Hola, amor, ¿qué tal todo?

—Trabajando. Así que de fiesta con mi hermano...

—Y con Alicia. —No supo por qué necesitaba aclararle que no habían salido ellos dos solos.

—No sé si eso me alivia o no.

—¿Cuándo vas a volver? Te echo de menos.

Y mientras le decía esa última frase miró a Ángel, que se había separado de ella y se estaba encendiendo un cigarrillo. ¿Pensaba quedarse ahí esperando? Vale que era su teléfono, pero también debería respetar que era una conversación privada. Aunque, pensándolo bien, lo de respetar...

—Pues me temo que se va a tener que retrasar mi vuelta... Ha habido complicaciones y aún no hemos podido operar a la paciente. Pero no te preocupes. Antes de que te des cuenta...

—No sé qué pinto yo aquí si no estás tú.

—Pues disfrutar de una piscina estupenda, de buen tiempo; ahora, encima, tienes a tu amiga contigo. Disfrutar de unas vacaciones pagadas y hacer el loco, aunque no mucho. Que recuerda que tengo un espía en la casa.

¿Un espía? Si él lo supiera...

—No tardes mucho.

—No lo haré. Mañana te llamo.

—De acuerdo.

Colgó y le pasó el móvil de nuevo a Ángel. Rápidamente. Haciendo todo lo posible para que sus dedos no volvieran a tocarse.

—Me voy para dentro.

Temió que él la detuviera, que quisiera seguir con esa extraña e intensa conversación que habían tenido, pero ni siquiera le contestó. Se quedó allí, quieto, mirando cómo desaparecía por la puerta, camino a reunirse con su amiga en el centro de la plaza. Y ella, que ya no estaba acostumbrada a esas actitudes, notaba cómo le ardía cada parte del cuerpo en el que él estaría posando su vista.

Se despertó envuelta en sudor. Encendió la luz y bebió de la botella de agua que tenía sobre la mesilla. Se levantó y se miró en el espejo que había en la puerta del armario. Luego se dejó caer otra vez en la cama. ¿Qué narices le estaba pasando? ¿Y por qué no se le había borrado ese sueño como se le solían borrar todos? Había sido tan vivo, tan real...

Estaba en la ducha. El agua sobre ella, refrescando su piel. Y de pronto le sintió justo detrás de ella. Notó sus manos acariciando su espalda, empezando por la nuca y bajando, lentamente, a lo largo de su columna. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Quiso volverse, mirarlo, perderse en su mirada. No había necesitado que él hablara para saber quién era. Quiso hacerlo, volverse, pero empezó a besarla. Su boca se deslizó por su cuello y sus manos rodeándole el cuerpo, pasando de su espalda a su tripa, apretándola contra él.

Sentirle contra ella, su erección contra su trasero. Un gemido salió de sus labios. Y rápidamente le devoró la boca. De pronto notó cómo jugueteaba con sus labios inferiores. Unos dedos habilidosos. Y la giró.

No dijeron nada. Se miraron unos instantes. La respiración entrecortada y los instintos saliendo por cada poro de su piel. Y todo se descontroló. Manos, besos... Sus cuerpos enteros buscándose, como sedientos en el desierto...

Y se despertó. Odiándose a sí misma por ese sueño. No era la primera vez que tenía una fantasía húmeda mientras dormía, ni sería la última. Ese no era el problema. El protagonista de su sueño lo era. Todo eso se estaba descontrolando.

«Echas de menos a Gabriel. Eso es todo. Y es normal que traslades tus deseos en alguien tan parecido a él», se dijo. Y se lo tuvo que repetir un par de veces más. Siendo consciente de que eso simplemente era engañarse a sí misma.

Pero la otra opción no le gustaba lo más mínimo.

Reptó por la cama hasta volver al lado de la mesilla y miró el móvil. Las cinco de la madrugada. A esa hora él estaría durmiendo, pero le dio igual. Ya lo leería al despertarse.

Tu cama es enorme sin ti. Me cuesta dormir sin tenerte al lado. Vuelve pronto.

Dejó el móvil otra vez en la mesilla y se escondió entre las sábanas. Se sentía realmente mal por lo que acababa de hacer. Se sentía incluso peor por lo que había soñado, aun sabiendo que los sueños no se podían controlar. Pero sí habría podido, o al menos haber intentado, parar a Ángel esa noche cuando se había apretado contra ella. Y no lo había hecho. Durante unos segundos todo su cuerpo le pedía otra cosa. Si no hubiera sido por la llamada de Gabriel, no sabía qué hubiera podido pasar.

Todo había sido culpa del alcohol, decidió. Ella no se comportaba así. Y Ángel, aunque siempre estaba con bromitas e insinuaciones, tampoco. Eso era cruzar la línea. Y a lo bestia. Mejor sería hacer como si nada hubiese pasado. Aunque después de la escenita que montaron y el sueño que acababa de tener, no estaba segura de poder mirarlo a la cara sin ponerse colorada como un demonio.

Tenía que dormir. Cerrar los ojos y descansar. Aunque temía volver a soñar con él. El cansancio pudo más y enseguida cayó en un sueño profundo del que no recordaba nada cuando se despertó. Y durante unos instantes, solo unos instantes, no recordó nada de lo sucedido horas antes. Tuvo la tentación de quedarse en la cama todo el día. Podría ser un gran plan si no fuera porque Alicia aún estaba en la casa.

Primero una ducha. Dudó. Rápidamente los recuerdos de su sueño volvieron a ella y notó cómo todo su cuerpo reaccionaba. De acuerdo, una ducha rápida y fría. Tras esta se miró en el espejo, dejando caer las gotas resbalando por su

rostro, su cuello, sus hombros... Luego sacudió la cabeza. Tenía que parar. Tenía que centrarse. Los sueños no podían controlarse. Ni siquiera tenían que significar algo. Ángel y Gabriel eran casi idénticos, y ella lo echaba tanto de menos...

Se secó el pelo y se lo sujetó en una coleta. Vaqueros viejos y una camiseta ancha. Y no pudo evitar reírse. Se había puesto lo que consideraba su ropa menos sexy de manera inconsciente. Bajó las escaleras de mejor humor del que tenía cuando se había levantado. No había nadie ni en el salón ni en la cocina. Quizás aún estaban durmiendo. Se preparó un café y salió al porche. Se sentó en el columpio, dejó el café en una mesita y se tumbó con los ojos cerrados, notando el suave balanceo, el rumor de los pájaros, la suave brisa que jugueteaba traviesa con las copas de los árboles. Iba siempre tan corriendo a todas partes que a veces se olvidaba hasta de sentir.

Unas risas la sacaron a patadas de su momento de relajación. Se sentó mientras prestaba atención. Las risas no venían del interior de la casa sino de la calle, pero conocía muy bien ese tono, sobre todo el de ella. ¿Qué narices pasaba allí?

—Hombre, la bella durmiente ya se ha despertado.

Ángel y Alicia aparecieron por la esquina. Llevaban ropa de deporte y unas pocas gotas de sudor corrían por la piel de ambos. Se encogió de hombros. Tampoco le pareció que fuera tan tarde; sobre todo teniendo en cuenta que esa noche habían salido. El recuerdo de cómo Ángel se había apretado contra ella, con el deseo emanando de cada poro de su cuerpo, la invadió y tuvo que retirar la vista de él. El resto de la noche él casi ni se le había acercado y cuando lo había hecho ni rastro de las insinuaciones de minutos antes.

—¿Qué tal has dormido, Ada?

Alicia se sentó a su lado en el columpio mientras se encendía un cigarrillo.

—Lo de salir a correr y luego fumar no creo que sea lo más sano.

—¿Y quién te ha dicho que vengamos de correr?

Alicia le guiñó un ojo divertida. Intentó poner cara de póquer ante la insinuación de su amiga. Sin embargo, le entró la duda... La última vez que los había visto fue cuando volvieron a casa, pero las frases de Ángel diciéndole que se iba a acostar con ella... Notó cómo Ángel posaba su vista en ella, suponía que esperando su reacción. Pero en eso no podía pillarla. Más de una vez se había tenido que mantener fría ante actitudes hostiles de pacientes suyos. Es lo que tenía que hacer, sacar la seguridad que tenía en su trabajo y llevarla al resto de las facetas de su vida. Ya estaba cansada de sentirse insegura.

—Sea cual sea el ejercicio que se practique, y por mucho que digan lo contrario, el cigarrito de después no es positivo.

Tanto Alicia como Ángel se rieron, ella volvió a encogerse de hombros y fue a coger su café. Se le había quedado frío. Ángel le quitó la taza de entre los dedos.

—Deja. Voy a preparar café.

—Gracias.

No había terminado de darle las gracias cuando llamaron a la puerta. Ángel se dirigió a ella extrañado. No esperaban a nadie a esas horas. En un segundo volvió con la cara muy seria y sujetando una caja grande entre sus manos. La caja llevaba atado un globo con forma de corazón. La dejó en la mesa del porche.

—Para ti.

—¿Para mí?

Se levantó extrañada y la abrió. Era una de esas cajas de desayuno a domicilio. Tenía una nota.

*Te echo de menos. Te prometo que te compensaré a mi vuelta. Te quiero.
Gabriel.*

—Todo un detallista mi hermano.

No quiso ni pudo comprender el tono de Ángel. Ella no podía parar de mirar cada una de las cosas de la caja. No estaba acostumbrada a esos actos románticos. Alicia le rodeó por los hombros.

—Pues parece que ya tenemos desayuno.

Ella, simplemente, asintió en silencio.

—Siento mucho lo de ayer.

Había subido a la terraza. Alicia había vuelto a Madrid tras un leve almuerzo. Ángel había estado desaparecido desde el desayuno y ella lo había agradecido. Le había dado tiempo para estar con su amiga. Alicia no era tonta. Sabía que le pasaba algo pero no la presionó, no le preguntó, simplemente estuvo a su lado, haciéndole reír. Y ella, como siempre, lo agradecía.

Alicia se fue. Le había dado un fuerte abrazo, le había acariciado el cabello y luego le habló al oído: «Cualquier cosa que necesites, llámame. A cualquier hora». No le dio tiempo para responderle, aunque tampoco hubiera sabido qué decirle.

Vio cómo montaba en su coche y cómo desaparecía por la calle. Se quedó quieta durante unos minutos, sin saber qué hacer. Luego volvió a mirar hacia la casa. Suspiró. Su amiga se había ido, dejándola sola, y se refugió en la terraza. Como si hubiera un lugar donde esconderse. Quizás su cuarto, pero no quería quedarse encerrada. No. Eso sería un triunfo para él. Ángel la desconcertaba. En un momento se comportaba de una manera dulce y caballerosa, y luego... luego hacía cosas como la noche anterior. Y ella lo odiaba. Lo odiaba por atraerla de esa manera. Tenía razón Alicia. Era la maldita manzana que la condenaría.

Se volvió a escuchar su voz. El silencio se hizo el dueño del aire. Estuvo tentada de mandarlo a la mierda, de decirle todas las barbaridades que se le pasaban por la cabeza y nunca se había atrevido a materializar, a pronunciar en voz alta. Pero no lo hizo. Se lo quedó mirando durante unos instantes y luego volvió a mirar hacia delante. Notó cómo él se acercaba y se sentaba justo a su lado; sin embargo, toda esa seguridad que él siempre emanaba parecía haber desaparecido.

—¿Puedo echarle la culpa al alcohol? —hablaba mirando al frente, sin volverse hacia ella. Y Ada lo agradecía—. No sé lo que me pasó por la cabeza. Comprendo que estés enfadada conmigo. Yo solo quería pedirte perdón. Aunque sé que eso no cambia las cosas.

—Reconocer los errores y pedir perdón es un paso.

Notó la frialdad de su propia voz y casi ni se reconoció. Suspiró. Ella no era así. Claro que tampoco solía gritar. Tampoco solía ponerse tan nerviosa delante de las personas. Ángel la ponía de los nervios. Pero también había confiado ciegamente en ella en el caso de Lourdes. Y cuando no era un chulito era realmente agradable y divertido.

Se quedaron en silencio. Ángel sacó la cajetilla de cigarros, se encendió uno y se lo pasó para a continuación encenderse otro para él. Fumaron sin decir nada. Cerró los ojos. Notó cómo la mano de él se deslizó por la tumbona hasta llegar hasta la suya. Pero no había nada de sexual en ese gesto. Simplemente buscaba algo de consuelo. Algo que le dijera que ella no lo odiaba o que lo perdonaba...

—Te he preparado una cosa.

Abrió los ojos y lo miró extrañada. Él seguía pareciendo nervioso y avergonzado, parecía realmente arrepentido.

—¿Me has preparado algo?

—Para pedirte perdón. —Se puso de pie, apagó el cigarrillo y luego le tendió la mano para ayudarla a levantarse—. ¿Vienes?

—Vale.

Estaba completamente desconcertada. Se puso de pie sin acceder a cogerle la mano. No se sentía preparada para volver a sentir su piel. Había sentido demasiadas cosas la noche anterior cuando él se había apretado contra ella y no quería que se repitiera. Por mucho que Alicia le dijera que era normal sentirse atraída por diferentes personas, ella no veía normal que fuera su cuñado el que le provocara esas sensaciones. Sintió cómo Ángel sonreía

levemente. Luego empezó a andar hacia el interior de la casa y ella lo siguió extrañada. Y más extrañada se quedó cuando vio que se dirigían a uno de los baños. ¿Qué era lo que pretendía?

Se quedó parado delante de la puerta y le indicó que la abriera. Obedeció en silencio. Y se quedó con la boca abierta. Había llenado la bañera, había hecho espuma... Y todo el baño estaba iluminado con velas aromáticas. Un dulce olor a rosa invadía todo. Música suave. Y en una mesita al lado de la bañera había una copa de vino tinto y un libro. Se volvió hacia él. Una dulce sonrisa iluminaba su rostro. Nunca había visto ese gesto en él. Y se quedó mirándolo fijamente. Estaba realmente guapo. Y eso no era nada bueno...

—¿Y esto?

—Quiero compensarte. Te traté fatal y... No sé.

—No hacía falta.

—Lo sé.

—Gracias.

—No tienes que darme. Luego nos vemos. Disfruta.

Ángel se dio la vuelta y se fue por el pasillo. Ella se quedó quieta, mirando cómo se iba. Suspiró y entró en el cuarto de baño. Era increíble. Nunca nadie le había preparado un detalle así. Claro que era una manera de pedirle perdón, pero la había dejado sin palabras. Se acercó a la mesilla y vio el título del libro. Un par de días antes habían estado hablando sobre él. Sonrió. No podía creerse que se acordara de que hubiera dicho que quería leerlo. ¿Lo habría comprado aposta o lo tendría ya en casa?

Buscó el móvil que tenía en el bolsillo e hizo una foto al baño. Luego escribió a Alicia. La iba a matar. Sabía que tenía que haberle contado lo del día anterior en persona y no con un wasap. Era un cobarde. Por fortuna, sabía que Alicia comprendería su actitud. Se lo contó y le mandó la foto. Luego se desnudó, se metió en la bañera... El agua estaba estupenda. El móvil vibró encima de la mesilla donde lo había dejado. Un mensaje de Alicia.

Serás zorra. Voy en el coche. Cuando llegue a casa te llamo y me cuentas. Disfruta de tu baño... Aunque yo te invitaría a que no lo hicieras sola.

Sonrió. Su amiga no cambiaría. Dejó el móvil. Cogió la copa, dio un leve trago. Luego se recostó en la bañera, cogió el libro y simplemente pensó en disfrutar.

Apagó el proyector donde aún salía la última imagen. Había querido acabar la charla con datos objetivos. Y los había dejado allí, en grande, mientras charlaba y debatía con los chicos. Y cuando alguno se ponía gracioso, ella volvía a señalar el número que había en la pantalla.

2016 = 1127 violaciones denunciadas

Y les repetía: una violación cada ocho horas. Y las risas se acababan. Había sido una charla dura. Lo sabía. Pero había realidades que no se podían dulcificar.

«Si está borracha, no consiente. Aunque se haya acostado contigo antes, no tiene por qué volver a hacerlo. Porque se haya acostado con otros, no tiene por qué hacerlo contigo. Incluso aunque ella en un principio quisiera, incluso aunque se haya desnudado... En el momento que dice no, es no. Es más... Si no dice nada, es no. La única palabra que es sí, es SÍ. El resto es violación».

Los chavales se quedaron en silencio durante un tiempo. Lo comprendía. Eran adolescentes. El sexo había sido tabú durante parte de su vida y en esos momentos los deseos, las ganas, las hormonas... Les costó entrar en el tema, iniciar el debate... La vergüenza a hacer preguntas y el miedo a provocar las risas de sus compañeros.

Así que había pedido que las mesas se pusieran en forma de U para debatir, para mirarse todos a la cara. Y ella se movía por el interior de la U. Intentaba no posar demasiado la vista donde estaba Lourdes, no quería ni que ella se diera cuenta de que la vigilaba ni ponerse paranoica. Además, ya había quedado con Ángel que sería él quien la observara durante esa charla. Ella tenía que concentrarse. Había muchos chicos, no solo una. Y era importante que todos captaran el mensaje, que se concienciaran con lo que ella les

contaba.

—También parece estar de moda grabar esos abusos y pasarlos por WhatsApp o subirlos por las redes sociales. Y quiero que sepáis una cosa. Si sabéis de esas violaciones, si veis una de esas grabaciones, tenéis que denunciarlo. No pasarlo. No difundirlo. Sé que a veces las hormonas nos ciegan —notó cómo algunos chicos se rieron por lo bajo—, pero si alguna vez veis un vídeo así, pensad que podría ser vuestra hermana, vuestra novia, vuestra amiga, la chica que tenéis al lado ahora mismo...

Notó cómo los chavales se retorcían en sus asientos, nerviosos, incómodos... Y, de pronto, uno de los chicos levantó la mano. Era moreno y tenía esa pinta de romper muchos corazones. Era un momento clave. O le hundía la charla con alguna broma o animaba a los demás compañeros a imitarle y unirse a un debate. Se volvió hacia él con una sonrisa. Sabía que todo el mundo estaba pendiente de ellos y se sintió algo incómoda.

—¿Cómo podemos denunciarlo?

—Lo primero, avisad a un mayor. A vuestros padres o a nosotros mismos. Luego... Os movéis por las redes sociales, ¿verdad? La policía también. Tienen perfiles a los que podéis acudir.

—Somos críos, ¿nos harán caso?

—No sois unos críos. ¿Por qué dices eso? A los niños se les dulcifican las historias. ¿He hecho yo eso? Sois adultos. Nadie os considera críos.

El chico sonrió. Se lo había metido en el bolsillo. Y no solo lo sabían ellos dos, sino todos. Poco a poco las manos se fueron levantando. Preguntaban, escuchaban las respuestas y, poco a poco, sin darse cuenta, estaban debatiendo entre ellos, sin intromisión de ella. Ada se retiró hacia la mesa donde estaba sentado Ángel y se sentó encima para contemplar, desde un lado, cómo los chicos hablaban entre ellos, compartían sus ideas...

—Eres asombrosa.

Ángel había hablado casi en un susurro. Se volvió hacia él, que se había

inclinado sobre la mesa para estar más cerca de ella. Ada apoyó la mano en la silla para inclinarse también y hablar en voz baja.

—¿Por?

—Tienes una facilidad increíble para meterte a la gente en el bolsillo. Un par de días más y vamos a acabar todos enamorados de ti.

Se rio suavemente mientras negaba con la cabeza. Sin embargo, notó un extraño calor que le invadía el cuerpo. Volvió a mirar hacia los chavales. Y sus ojos se posaron en Lourdes. No participaba. Garabateaba algo en su cuaderno. Parecía intentar evadirse de todo lo que les rodeaba. No escuchar lo que sus compañeros decían...

—¿Cómo sabemos si alguna amiga sufre algún tipo de abuso?

Lourdes levantó la vista de golpe. Y lo vio claro. Miedo. Ese sentimiento no era una ilusión suya. No. Estaba allí. Y quien había preguntado era Lucía. No podía ser casualidad. Ella también sospechaba algo. ¿O Lourdes se lo habría contado? Notó la mano de Ángel apretando la suya durante unos segundos.

—Ojalá hubiera un manual perfecto donde se especificara cuáles son los síntomas correctos... A veces ni siquiera los vemos, pero si en algún momento sospecháis que un compañero, que una compañera, que uno de vuestros amigos está sufriendo abusos, la única manera de ayudarlos es dando la voz de alarma.

—¿Y si nos confundimos?

—¿Y si no?

Todos se quedaron en silencio unos instantes, su última frase parecía revolotear alrededor de ellos. Suspiró y volvió a ponerse de pie y a pasear por el interior de la U que formaban las mesas.

—Comprendo las dudas. Comprendo la indecisión. Comprendo el miedo a marcar a alguien para siempre por algo que puede no ser cierto. Pero somos nosotros los que más conocemos a nuestros amigos, los que mejor podemos

ver el miedo en sus ojos, su cambio de carácter... Y tenemos nuestra intuición. No os digo que os vayáis corriendo a la policía. Pero, por favor, si sospecháis que alguien necesita ayuda, decídnoslo.

»Hablad con uno de vuestros mayores. Porque quizás acertéis, o no... Pero si notáis que algo le pasa a vuestro amigo, seguro que algo está sucediendo. Sea un abuso o no. Y los amigos están para eso, para ayudarse unos a otros, incluso cuando no os han pedido esa ayuda. Muchas veces porque no saben cómo hacerlo.

Subió las piernas dobladas al columpio del porche. Se acomodó entre los cojines y posó su vista en las estrellas, que parecían contemplarla al mismo tiempo. Estaba agotada. Llevaba unos días muy intensos y le pasaban factura. ¿Quién decía que las vacaciones eran para descansar? Miró el móvil. Había intentado llamar a Gabriel pero no había recibido respuesta alguna. Posiblemente estaría en el hospital. Esperaba que liado con la operación para que pudiera volver pronto. Si no, vaya vacaciones...

Suspiró. Esas iban a ser sus primeras vacaciones juntos y todo se había ido al traste. ¿Cuánto tiempo habían estado realmente juntos? No podía culparlo. Ella tampoco había dudado ni un solo instante ni lo había consultado con él cuando Ángel le había propuesto dar las charlas en el campamento. Y él había decidido volver a Madrid sin hablarlo primero con ella. ¿Qué tipo de relación era esa en la que no contaban el uno con el otro?

«Está salvando una vida». Esas habían sido las palabras de Alicia y tenía razón. Esas cosas no se podían decir todos los días. Ella sabía a lo que se ateníala cuando empezó a salir con él. No la dejaba tirada para irse con sus amigos ni cosas de ese estilo. No. Lo hacía para hacer del mundo un lugar mejor. Y eso era a lo que ella misma aspiraba.

Se acordó de Rubén, de su relación con su mujer. Sacrificaban parte de su vida en común por ayudar a los demás. Y habían conseguido llegar a un punto en el que las cosas parecían funcionarles. Eso era... ellos simplemente tenían que encontrar su propio modo.

Notó cómo alguien la tapaba con una manta y le tendía una copa de vino. Ángel le sonreía con dulzura.

—He pensado que quizás te apetecería...

—Gracias.

Algo había cambiado en él desde lo que había pasado la noche del sábado. Ella sentía que se le escapaba algo, pero era agradable que se comportara así.

—¿Me acompañas?

Iba a retirar las piernas para dejarle sitio cuando él se las cogió, las elevó, se sentó y las acomodó encima de las suyas. Luego las volvió a tapar con la manta. Ella se acomodó los cojines para estar más sentada y poder tomarse bien la copa de vino. Se sorprendió al notar cómo no le incomodaba el gesto de Ángel, la cercanía de su cuerpo y que mostrara esa intimidad con ella. Todo lo contrario.

—Nunca me has contado por qué elegiste tu especialidad. Sé que no querías trabajar en una multinacional haciendo que los ricos pagaran menos impuestos, pero hay muchas opciones.

Llevaba preguntárselo desde su conversación en el coche. Ángel le pegó un trago a su copa de vino mientras la miraba a través del cristal.

—Te lo cuento si tú luego me cuentas tus motivos.

—Yo no tengo ningún motivo oculto u oscuro...

—Entonces, ¿por qué crees que en mi caso sí lo hay?

Se rio.

—Touché. Pero empiezas tú.

Ángel la miró durante unos segundos, luego posó la vista en las estrellas, pensativo.

—Fue en la universidad. Fui a una fiesta. Un grupo de chavales querían emular las típicas fiestas que vemos en las películas americanas... Ya sabes. Una casa. Música. Mucho alcohol. Todo el mundo. Gente que ni conoces, con los que ni te has cruzado una sola vez en las aulas.

Mientras hablaba, con la vista puesta en el horizonte, sujetaba con una mano la copa; la otra la coló por debajo de la manta y le acariciaba el tobillo. No era un gesto sensual, no implicaba nada sexual. Era un gesto casi distraído. Pero, realmente, placentero. Sin embargo, había algo en el gesto de Ángel que le preocupaba. ¿Qué habría pasado en esa fiesta?

—Yo había ido con unos colegas pero al poco cada uno fue perdiéndose por la fiesta. Yo me encontré con una compañera, coincidíamos en una optativa y habíamos tonteado un poco. La noche fue pasando, tomamos demasiadas copas...

—¿Te liaste con ella?

No quiso saber por qué a una parte de ella le molestaba que él hubiera estado con esa chica que ni conocía... ¡y hacía años de eso!

—Sí. Nos liamos y empezamos a buscar una habitación libre para... Bueno, ya sabes. Era un chalet adosado, así que subimos al piso de arriba. Ella se fue un momento al baño y yo subí a la azotea. La fiesta estaba siendo muy productiva en el tema de parejas... Y fue cuando lo vi. En la azotea había una pequeña sala de estar. Un sofá, una tele... esas cosas.

A Ángel le temblaba la voz. Ella se incorporó un poco más y le acarició el brazo, animándolo a continuar.

—Al principio no me di cuenta. Oía risas pero no se veía nada. Hasta que mis ojos se adaptaron a la luz. Eran varios chicos, tres... sujetaban a una pobre muchacha entre los tres. Ella se intentaba zafar de ellos...

—¿Estaban...?

No se atrevía ni a decirlo en voz alta. Él, simplemente, asintió con la cabeza. La mano que le estaba acariciando el tobillo dejó de hacerlo para agarrárselo con fuerza. Dudaba que él, siquiera, se hubiera dado cuenta de ese gesto.

—¿Qué hiciste?

—Me quedé paralizado. No sabía qué hacer. Uno de ellos la penetraba sin parar mientras otro la sujetaba y el otro la manoseaba. Ella gritaba, pedía ayuda... Y yo no podía ni moverme... De pronto, el que la sujetaba se volvió hacia mí, me llamó por mi nombre y me dijo que me uniera a la fiesta.

—¿Los conocías?

—Sí. Los había llevado yo a la fiesta. Y, entonces, reaccioné. Me abalancé hacia ellos, le di un puñetazo al que la estaba violando, cogí a la chica del brazo y la saqué de allí. La pobre no paraba de llorar, no conseguía articular palabra... Y la llevé a un hospital.

—Hiciste lo correcto.

—Pero tardé más de lo que debía. Me quedé paralizado...

—Es normal... Es una escena que dejaría en shock a cualquiera.

Subió la mano con la que le estaba acariciando el brazo y le acarició la mejilla. Él se volvió hacia ella sorprendido por ese gesto. Centró su mirada en la suya. Era tan difícil no refugiarse en sus ojos. Y más con esa expresión llorosa que los gobernaba.

—Tampoco eres culpable por haberlos llevado tú a la fiesta. Tú no sabías lo que podía pasar. Y ayudaste a la chica.

—Lo sé. Pero nunca conseguiré quitarme esa imagen de la cabeza.

Lo abrazó. No pudo evitarlo. No lo pensó. Simplemente lo abrazó y notó cómo él le devolvía el abrazo, teniendo cuidado para no derramar el vino. Sabía que el abrazo estaba durando más de lo apropiado, pero se estaba demasiado bien allí y se autoengañaba diciéndose que lo hacía por consolarlo. Porque algo dentro de ella le gritó que ese abrazo era como llegar a casa y eso daba tanto miedo que tenía que pararlo. Se separó de él y se echó para atrás con la excusa de beber un trago de vino. Él se quedó mirándola fijamente unos instantes para luego posar su vista en el cielo estrellado.

Ángel rellenó su copa. Habían dejado el porche y estaban cenando tranquilamente en el salón. Nada del otro mundo. Una tabla de quesos y patés. La tristeza de un rato antes había dado paso a las risas y anécdotas de infancia y adolescencia. Se quedó mirando a Ángel. Había cambiado tanto en tan solo horas... Nadie diría que era el mismo chico que la había arrinconado contra la pared para decirle burradas.

—Al final me has hecho trampas...

—¿Trampas? —No caía en qué se podía referir.

—Sí. No me has dicho por qué elegiste esta especialidad.

—Ah, eso...

Se quedó parada. Tras la confesión de Ángel era lo justo. Pero lo cierto era que nunca nadie le había preguntado por sus motivos para especializarse en ese tema. Nunca había tenido que hablar de eso. Claro que después de lo que le había contado él, ya todo parecía una tontería.

—Lo mío no es... —No se atrevía a definir la experiencia de Ángel. Él le echó una mano.

—¿Tan traumatizante?

—Exacto.

—Anda, dale un trago al vino y empieza a desembuchar.

Le hizo caso. Dio un largo trago y lo miró.

—Yo siempre quise estudiar psicología. Alicia decía que lo que pasaba era que quería psicoanalizar a mis padres, aunque realmente lo decía para no recordar mis verdaderos motivos.

—¿Y eso?

—Ya te he contado que Ali y yo nos conocemos desde el colegio. Ella siempre fue diferente al resto de las chicas...

—¿Ya estás intentando hacer de celestina otra vez?

Se volvió hacia él intentando mostrar cara de sorpresa.

—Lo siento, pero eso fue idea de tu hermano.

Ángel levanto una ceja mitad divertido, mitad pensativo, y ella se arrepintió de haberlo dicho. Estaba convencida de que había pensado en lo mismo que Alicia. Había querido que Alicia y él se cayeran bien porque lo veía como un posible rival. Siguió con lo que le estaba contando:

—Íbamos a un colegio de monjas, un colegio de niñas bien, donde nos educaban para ser unas buenas señoritas... Una educación casi retrógrada.

—Pues les habéis salido un poco ranas.

—Yo iba por el camino de ser así... No era lo que me gustaba, pero la idea de disgustar a mis padres... Ali llegó al colegio y desde muy pequeña ya era una rebelde. Al principio ninguna nos atrevíamos a acercarnos a ella... Menos María. María era la chica más dulce y cariñosa que podrías imaginar. Tenía una sonrisa siempre colgando en sus labios. La conocía desde que éramos bebés. Así que, poco a poco, empezamos a ir las tres juntas.

—¿Qué pasó?

—Un verano todo cambió. Teníamos trece años. Al volver de las vacaciones, María ya no sonreía, casi ni hablaba...

—¿Qué le había pasado?

—Lo supimos demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde?

—Un día dejó de venir al colegio. Había intentado suicidarse. En el campamento uno de los monitores había abusado de ella. No se había atrevido a decir nada. Estuvo ingresada mucho tiempo... Sus padres tenían miedo de dejarla sola... Ella entró en una depresión... Al final acabaron mudándose...

»Y no volvimos a saber mucho más de ella. Fue todo un shock. Cuando eres niña crees que nada malo te puede pasar, que los mayores, tus profesores, tus monitores, están para ayudarte... Y fue... Creo que ese fue el momento. Porque no lo entendía. Porque necesitaba averiguar cómo y por qué alguien podía hacer esas cosas.

—¿Y lo has conseguido? ¿Sabes por qué?

—No. Ojalá. Aunque, quizás mejor... Porque, para eso, con quien tendría que charlar es con ellos y no con sus víctimas, y es algo que no creo que soportara.

—Yo creo que sí lo harías, eres más fuerte de lo que aparentas a simple vista.

Levantó la mirada y la posó fijamente en él, que se la devolvió. No conseguía saber qué era lo que pasaría por la mente de su cuñado. Se encogió de hombros y le dio un largo trago al vino.

—Quizás. A lo mejor, simplemente, no quiero escucharlos, no quiero que intenten justificar lo que no tiene justificación. Son monstruos. No me interesa saber nada más de ellos.

—Eres psicóloga, ¿no crees en la reinserción?

Miró levemente el vino mientras movía con suavidad la copa.

—Supongo que debería... Pero he escuchado demasiados casos, demasiados testimonios... Niñas aterradas, consumidas en vida, a las que les han robado la inocencia... En estos temas no puedo ser objetiva, no puedo ser racional... Solo quiero se pudran en la cárcel, que vivan el resto de sus vidas privados de

libertad. Quizás eso hace que sea mala psicóloga. No lo sé.

—Creo que por eso eres tan buena en lo tuyo. —Ángel se había levantado de su silla y se había sentado justo a su lado para cogerle la mano—. Somos humanos, no máquinas. Nuestra labor no es juzgar con imparcialidad. Nos dedicamos a intentar que las niñas superen un infierno, no se puede ser imparcial con estas cosas. Si lo consiguieras te transformarías en alguien que acabarías odiando con el paso de los años.

—Supongo...

Se encogió de hombros y se levantó de la mesa. Anduvo por el salón, mirando los objetos que los rodeaban. Buscaba algo, cualquier excusa, para cambiar de tema sin que sonara forzoso. De pronto se había sentido incómoda. No por contar su historia, sino por la persona a la que se lo estaba contando. Y, sobre todo, porque se acababa de dar cuenta de que Gabriel nunca le había hecho esa pregunta, que su pareja no sabía la historia que había marcado su adolescencia y la había llevado a ser quien era en esos momentos. Ángel notó que estaba incómoda y nerviosa. No le preguntó el motivo. Seguramente pensara que se debía a todos los recuerdos que la habían invadido. Se levantó y empezó a recoger las cosas. Ella se acercó a la mesa.

—Deja, lo hago yo. Siempre te ocupas tú.

—No pasa nada. Esta es mi casa, tú eres la invitada. ¿Te apetece un helado de postre?

—Sí, genial. Los cojo yo.

—Vale, cabezota.

Y así, entre risas, desapareció, al menos un poco, toda esa sensación de agobio que la había dominado segundos antes.

Salió de la ducha. Su tripa sonaba con hambre. ¿Se habría despertado Ángel? Quizás podría preparar ella el desayuno. Siempre cocinaba él. Iba a bajar las escaleras cuando oyó que salía música de la habitación de Ángel. No pudo evitar dirigirse hacia su puerta, que estaba entreabierta. No debería cotillear. Su cuñado estaba de espaldas a ella, solo con el pantalón del pijama. Debería haberse acostumbrado a contemplar su tronco desnudo, pero no. Seguía perturbándola completamente. Platero y tú sonaba a todo volumen desde el teléfono móvil. Hacía mucho que no escuchaba esa canción. Le recordó a su adolescencia, a las noches de fiesta con Alicia y otras compañeras en esos antros que sus padres hubieran odiado. Más bien les hubiera dado un infarto solo de verlos. Quizás por eso le gustaban tanto. Y porque allí podría ser ella misma. Ahí no tenía que seguir el rol establecido.

Ángel estaba haciendo su cama mientras se movía levemente al ritmo de la música. Era un alivio saber que no solo las chicas hacían esas cosas cuando creían que nadie las vería. Sin darse cuenta entró dentro de la habitación mientras sus labios empezaron a moverse como si tuvieran voluntad propia y empezó a cantar la canción.

Y creo que muero

si no siento el roce de tu cuerpo junto a mí.

Recuerdo tus labios

y esos ojos que al mirar casi hacen daño.

Se giró al escuchar su voz cantando la canción. La sorpresa se reflejaba completamente en su rostro. Se rio.

—¿Y esa cara de asombro?

—¿Te das cuenta de que has entrado en mi habitación sin pedirme permiso?

El tono mitad jocosos, mitad pícaro de Ángel la provocó. Avanzó, sin dejar de mirarlo, y se sentó en la cama que estaba a medio hacer.

—Te recuerdo que tú entraste en la mía cuando yo no estaba.

—Claro, ¿cómo iba a cotillear en tu ropa interior si no?

Abrió la boca y se quedó unos instantes así, mirándolo con los ojos entrecerrados sin saber si él decía la verdad o le estaba tomando el pelo. La sensatez acabó haciendo presencia.

—No te atreverías...

—Ponme a prueba.

Lo miró, retándole con los ojos. En silencio. Sin retirar la vista el uno del otro. Luego él soltó una profunda carcajada y se sentó a su lado en la cama.

—¿Te gusta Platero?

—Me trae muy buenos recuerdos de mi adolescencia.

—Eres toda una cajita de sorpresas.

Ángel se la quedó mirando fijamente, tan cerca... que de pronto se percató de que estaban los dos allí, sentados en una cama... Desvió la mirada y siguió con la conversación.

—No te imaginabas que los conociera, ¿verdad?

—Lo cierto es que no. No te imaginaba escuchándolos.

—Déjame que aциerte. ¿Me imaginabas escuchando a Alborán y compañía?

Las risas de Ángel invadieron toda la sala. Lo miró de reojo, intentando mostrarse indignada, sin conseguirlo.

—¿No me digas que la tierna y romántica Ada no se derrite con esas canciones de amor?

No le contestó. Lo miró airada. ¿Tierna y romántica? El tono que había usado estaba lleno de ironía y no le hacía la menor gracia. De pronto notó cómo él se movía de su lado y se ponía justo detrás de ella. ¿Qué narices hacía? Y cuando sintió su aliento rozando su oreja, no pudo hacer otra cosa que contener el aliento.

—Dime, ¿no te gustaría que alguien te cantara al oído algo como esto?

Ángel empezó a susurrarle palabras de una canción que ella desconocía pero, sin darse cuenta, se le iban clavando en lo más profundo de su ser. Y de pronto el estribillo...

No vaya a ser que te quiera y te vuelvas a ir,

no vaya a ser que me enamore aún más de ti.

No vaya a ser que me equivoque y te vuelva a perder,

no vaya a ser que me caiga otra vez.

Y se hizo el silencio. Y se dio cuenta de que había cerrado los ojos mientras él le recitaba esa canción al oído. El resto de las cosas habían desaparecido. Expulsó en un suspiro todo el aire que se había almacenado en sus pulmones. Ese extraño escalofrío la dominaba por completo. Y, de pronto, sintió ganas de volverse y besarlo. Solo tendría que girarse y podría probar esos labios llenos

de pecado, llenos de tentaciones.

Se levantó de golpe. Necesitaba irse, salir de esa sala, de ese ambiente que se había adueñado de la habitación y de ellos mismos. Huir de esos pensamientos, de esas ganas, de todo lo que Ángel le provocaba. Eso no era normal. No era bueno. No era coherente.

No dijo nada. Solo se levantó y se dirigió hacia la puerta. No tenía ninguna excusa decente para darle. Y, en esos momentos, tampoco le importaba. Solo necesitaba estar lejos, muy lejos. Pero él se lo impidió. Sintió cómo los dedos de él rodeaban su muñeca, parándola en seco. Se giró. Y se perdió en esa veta oscura que brillaba aún con más intensidad. Y bajó la vista hacia esos labios carnosos que respiraban entreabiertos, dejando ver que él tampoco estaba muy tranquilo.

No supo cuánto tiempo estuvieron así, mirándose, sin atreverse a decir nada, con su muñeca ardiéndole en el lugar que él la estaba sujetando. No lo hacía con fuerza, todo lo contrario. Una suavidad extrema gobernaba sus dedos. Y ella podría haberse liberado del amarre si hubiera querido. Pero allí estaba, de pie, sin atreverse a dar ningún paso en ninguna de las dos direcciones.

Fue él quien la soltó de pronto, como si ardiera, como si su piel le hubiera dado un escalofrío. Dejó caer su mano y, tras balbucear unas frases que ella no consiguió entender, se fue de la habitación dejándola completamente descolocada, sin saber qué decir ni qué hacer. Y, mucho menos, qué pensar.

Se había sentado en la cama de Ángel. Las piernas le temblaban y en esos momentos no sabía qué hacer. ¿Qué narices le estaba pasando? ¿Y esas malditas ganas de besarlo? Se levantó. Eso solo había sido una estúpida consecuencia de la intimidad que se había creado entre ellos la noche anterior. Sí. Tenía que ser eso. Echaba de menos a Gabriel y la noche anterior se habían abierto de una manera brutal. ¿Echaba de menos a Gabriel? ¿Estaba segura? Tampoco era que en las últimas horas hubiera pensado mucho en él y no se había sentido sola ni un solo instante.

Se echó para atrás en la cama tapándose los ojos con el antebrazo. Y el olor de Ángel la invadió. Se levantó de un salto. Definitivamente, algo no iba bien, no funcionaba correctamente en su cabeza. Estaba hablando de su cuñado, no de un chico cualquiera. Era el hermano de su novio. Tenía que empezar a verlo, de una vez, como lo que era, un pariente y nada más.

Pero, y eso era lo más difícil, necesitaba que él la ayudara en eso. Porque la escena que habían protagonizado minutos antes no había sido solo culpa suya. No había sido ella la que le había dicho que una canción le recordaba a él, no era ella la que le había estampado contra la pared, no era ella la que había empezado ese tonto tan peligroso. No. Pero tampoco lo había impedido. Se sentía fatal. Sentía como si hubiese traicionado a Gabriel.

Decidido. Tenía que hablar con Ángel, aunque le costara, aunque no supiera qué iba a decirle. Tenía que decirle que no podían seguir así, que debían mantener un poco las distancias. Que iban a ser familia y había ciertos comportamientos que no eran aceptados en ese ámbito.

¿Y si él le decía que solo eran fantasías de ella? ¿Y si para él no había pasado nada fuera de una relación normal? Se moriría de vergüenza. Salió de la habitación y se dirigió al piso de abajo, donde suponía que estaría. No. No

había sido su imaginación. Solo se decía eso a sí misma para echarse atrás y no enfrentarse a una conversación que iba a ser difícil.

Bajó las escaleras. Le empezaba a doler la tripa. Eran los nervios. Pero ella estaba acostumbrada a lidiar con esos nervios. Eso es lo que tenía que hacer. Esa situación no se diferenciaba mucho de cuando tenía que lidiar con personas de su trabajo. Si era una mujer segura a la hora de exponer y defender su trabajo, a la hora de luchar por sus chavales, ¿qué le impedía serlo también en su vida personal?

Llegó a la cocina. ¡Mierda! No recordaba que Ángel se había ido de la habitación sin ponerse nada que le cubriera el torso. Se echó la bronca a sí misma. ¿Ahora se había convertido en una adolescente que se desconcentraba al ver a un chico sin camiseta?

—Ángel...

Se volvió. Tenía el gesto serio. Mucho. Eso no se lo esperaba. Una cosa era que no se sintiera cómodo con lo que estaba surgiendo entre los dos y otra esa expresión. ¿Pasaba algo más que ella desconocía?

—¿Podemos hablar?

—Estoy haciendo café. ¿Quieres?

¿Por qué cambiaba de tema? ¿Por qué la ignoraba?

—Sí, pero...

—No es buen momento, Ada.

Se quedó paralizaba. Nunca le había hablado con un tono tan frío y seco. ¿Había hecho algo y no se había dado cuenta? Y, de pronto, sintió cómo alguien la abrazaba por detrás, rodeándole la cintura y elevándola en brazos. No pudo evitar pegar un grito. Cuando lo hizo, la volvieron a dejar en el suelo. Gabriel... ¿Cuándo había llegado? ¿Por qué no la había avisado?

—Sorpresa... ¿No me dices nada? Vaya bienvenida me das. —Gabriel no dejaba de bromear. Parecía realmente feliz. ¿Y ella? Estaba sorprendida. Era

eso...

—Yo... Perdona, no me lo esperaba. ¿Por qué no me avisaste antes? —Se dio cuenta de que su pregunta podría malinterpretarse—. Podía haber organizado algo para hacer hoy, para darte la bienvenida...

—Siempre tan detallista... No te preocupes, ahora organizamos algo para que sea inolvidable.

Gabriel la cogió por la cintura y le dio un beso en la frente. Hablaba con dulzura y cariño. Al notar el calor de sus labios en su piel se percató de que aún no se habían besado. ¿No tendría que haber sido eso lo primero? Era la sorpresa, se repitió. A ella no le gustaban. Nunca le habían gustado. Por eso no sentía la ilusión que se suponía que debía de sentir al volver a ver a su novio, ¿verdad?

Se acercó a Gabriel y lo besó. Tampoco es que fuera el beso más apasionado del mundo, pero era un beso de bienvenida. ¿Por qué no dejaba de sentir la mirada de Ángel sobre ella? Eran paranoias. Seguro que ahora que volvía a estar Gabriel con ellos la situación se normalizaba y todo volvía a su carril.

—El café está listo, ¿queréis?

¿Había interrumpido Ángel su beso aposta? No. Definitivamente estaba paranoica. ¿Por qué iba a hacerlo? Se lo estaba creyendo mucho. Sin embargo, al volverse para responderle, la mirada profunda con la que la recibió le hizo volver a dudar, hizo que le temblaran las piernas.

—Claro que sí, hermanito. ¿Qué tal has cuidado de mi chica?

—Creo que no puede tener queja.

Ángel había dejado de mirarla para servir el café y ella lo agradecía. Realmente era una situación muy incómoda. Ella había bajado decidida a hablar con su cuñado y aclarar todo lo que estaba pasando. Y no era tonta. Sabía que sentía algo por él, por mucho que se lo negara. Pero estaba enamorada de Gabriel. Era él con quien quería estar. Sí. La ponía de los nervios que recibiera una llamada del hospital y se fuera corriendo, dejándola

tirada. Pero ella haría lo mismo en su situación. No podías querer a alguien por la pasión que pone en su trabajo y criticarle por lo mismo. Y hasta que no le había tenido otra vez delante de ella no comprendió que había estado muy enfadada con él por algo que no era justo.

—¿Ada?

Se había sumergido en sus pensamientos y ahora tenía a los dos hermanos mirándola fijamente.

—Perdonad... Estoy aún medio dormida.

—No te preocupes. Tómate el café y luego te despierto yo...

Las palabras y el tono de Gabriel no dejaba lugar a dudas de cómo quería despertarla. Le sonrió levemente.

—Y luego... he reservado una sesión de spa en Salamanca... y tenemos hora para comer en mi restaurante favorito de la zona... Un día solo para ti y para mí, para resarcirte por abandonarte.

Gabriel le acarició el rostro y la besó. ¿Cómo no quererlo?

Mientras volvía a casa se quedó medio dormida. Estaba realmente agotada. Había sido un gran día. Primero el spa: circuito, masaje y un zumo recién exprimido tumbados en una preciosa sala de relajación, intercambiando besos y caricias inocentes. Luego el restaurante. Un precioso y coqueto local donde disfrutaron de un menú de degustación acompañado de un buen vino. Había sido una gran velada. Gabriel le había estado hablando de la operación. Y daba gusto oírlo hablar con esa pasión. Se le notaba que disfrutaba de su trabajo, que se desvivía por él. En eso se parecían. Y cada uno salvaba vidas a su manera. Era bonito pensar que luchaban por hacer del mundo un lugar mejor.

—Te he echado de menos estos días. —Estaban con el postre y él había alargado la mano para sujetar la suya entre los dedos.

—Y yo a ti.

—Sé que tengo un trabajo que es... Bueno, no es fácil compaginar una relación con él... Y comprendo que no eran las vacaciones que esperabas... Pero sé que me entiendes y entiendes los sacrificios que tenemos que hacer... Y eso te hace ser una persona increíble.

—Gracias... pero creo que todo el mundo comprendería...

—No. No es así. No te quites méritos... Eres maravillosa. Y no he parado de pensar en la suerte que tengo de tenerte a mi lado. Y no quiero que eso cambie. Todo lo contrario. Quiero que siga evolucionando y creciendo juntos...

—Y yo...

La conversación se estaba poniendo muy profunda y se sentía un poco

agobiada. Gabriel parecía estar dando vueltas y no sabía a dónde quería llegar. Su mente empezó a formular miles de ideas, la mayoría no le acababan de hacer gracia.

—No soy muy dado a grandes actos, ya lo sabes. Ni me gusta saltarme pasos... Así que quiero dar uno más contigo. Toma.

Gabriel dejó, en la mano que tenía vacía, un manojito de llaves. Ella se las quedó mirando fijamente.

—Quiero que puedas entrar y salir de mi casa siempre que quieras, que si un día hemos quedado y me retraso por una urgencia, puedas esperarme en casa o... no sé... cosas así. Que si te quedas a dormir una noche en casa, no tengas que despertarte pronto porque tenga turno... Y así, poco a poco, ver si estamos hechos para vivir juntos.

Dio un trago al poco vino que le quedaba ya en la copa. Gabriel le daba las llaves de su casa. Pero tampoco comprendía por qué tanta ceremonia. También tenía llaves de la casa la chica que iba a limpiar. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no le parecía importante? ¿Quizás, acaso, había creído que le iba a pedir que vivieran juntos después de las vacaciones? ¿Le hubiera dicho que sí si se lo hubiera pedido? Era inútil plantearse esa pregunta, no estaban en ese momento. Además, era tierno que quisiera ir dando los pasos marcados. Y le había hecho una copia de sus llaves. Le abría la puerta a su hogar.

—¿No dices nada?

—Yo no tengo una copia de llaves para ti.

Sabía que era la respuesta más tonta del mundo. Se puso colorada nada más decirlo. Sin embargo, Gabriel se rio y le dio un beso en la mano.

—No hay prisa. No tienes que sentirte presionada para hacerlo. Además, así tengo una excusa para que seas tú la que vengas a mi casa.

—Lo tenías todo calculado —bromeó.

—Siempre, ya me conoces.

Sí. Había sido una gran velada. Realmente la necesitaban para volver a encauzar su relación. Por mucho que él le dijera que era maravillosa por comprenderle, por entender la importancia de su trabajo, lo cierto era que había estado muy enfadada con él y, sobre todo, muy decepcionada. Una cosa era saber en qué consistía y las obligaciones que conllevaba el trabajo de tu pareja, y otra que te golpearan tan de improvisto. Y se planteó si todo el acercamiento a Ángel no había sido una especie de venganza por haberla dejado sola. Se planteó si, inconscientemente, su mente no había querido castigar a Gabriel tonteando con su hermano.

No quería pensar en eso. No quería pensar en Ángel. En esos momentos solo quería pensar en Gabriel y en ella, en disfrutar de lo poco que les quedaba de vacaciones juntos. Luchó lo que pudo para no dormirse en el coche de camino al pueblo pero la comida, el vino y la relajación del spa eran mucho más fuertes que ella. Y cerró los ojos y cayó en los brazos de Morfeo.

Se despertó al notar que el coche se detenía. Remoloneó un poco en su asiento antes de abrir definitivamente los ojos. No recordaba qué había soñado pero se encontraba tan a gusto y se había quedado con una sensación tan agradable que quería disfrutarlo un poco más.

—Bella durmiente, ya hemos llegado.

La voz de Gabriel le llegaba casi entre sueños. Y, de pronto, sintió cómo la besaba dulcemente en los labios, como si fuera la princesa Aurora en su cuento. Sonrió y abrió los ojos.

Esperaba encontrarse en la puerta de la casa, pero no era así. Estaban aparcados en una de las arterias principales del pueblo. Miró a su alrededor sorprendida.

—¿No íbamos a casa?

—Íbamos. Pero mientras dormías me llamó Ángel, que estaba tomando unas cañas con unos amigos del pueblo. Y me gustaría que los conocieras.

Amigos del pueblo... Su grupo de vacaciones... Eso siempre era buena señal, ¿no? No solían salir con amigos. Normalmente sus citas eran de ellos dos.

Nunca le había dado mucha importancia. Siempre era debido a los horarios locos que tenían, que los llevaban a hacer planes a última hora.

Le daba las llaves de su casa, le presentaba a sus amigos del pueblo, y había planeado una mañana y mediodía increíble. No podía negar que su chico estaba luchando por compensarle la ausencia en esos días. Y se sintió culpable por todas sus dudas, por sus indecisiones.

Salieron del coche y cogidos de la mano entraron en el bar. Era un típico bar de pueblo, la barra a una lado, las mesas llenas de clientes de lo más variopinto —desde los jubilados jugando al dominó, obreros celebrando el final de la jornada— y un grupo de jóvenes de aproximadamente su edad. Entre ellos estaba Ángel, que los saludó para indicarles dónde estaban. Gabriel le presionó la mano que sujetaba. ¿Le infundaba fuerzas o se las infundaba a él mismo?

Se estaba riendo mucho. Los amigos de Gabriel y Ángel no paraban de contarle anécdotas sobre su infancia y adolescencia y, por supuesto, hacían hincapié en las más divertidas y vergonzosas. Era tan agradable ver a Gabriel en ese ambiente... Tan lejos del hospital, de su pose seria y formal, tan alejado de los problemas diarios y de los casos difíciles... Incluso era diferente a cuando estaban los dos solos. Le gustaba verlo relajado y riendo sin parar... No era normal verlo así. Le gustaba.

No se dio cuenta de cómo iba pasando el tiempo a gran velocidad hasta que empezaron a hablar de pedir algo de cenar. Algunos compañeros decidieron irse y el grupo quedó reducido a solo seis personas: Gabriel, Ángel, Rocío, Sergio, Sandra y ella. No pudo evitar fijarse en que Rocío no le quitaba los ojos de encima a Ángel y en cuanto podía lo tocaba con alguna excusa. No quiso hacer caso a ese pinchazo de celos que sentía. Y se excusó a sí misma pensando en que le gustaba que le hiciera caso, ¿a quién no le gustaba ser el centro de atención de un chico atractivo? No había nada más. Pero no le gustaba sentirse así. Y de pronto se cruzó con la mirada de Ángel. Un extraño brillo le iluminaba los ojos. Se dio cuenta de que se había percatado de que había observado cómo Rocío se colgaba de su brazo con la excusa de mirar la carta de comidas. Intentó fingir indiferencia. Pero supo que él no se lo había tragado.

Pidieron algunas tapas y siguieron hablando y riendo. El bar estaba bastante lleno. Había mucho movimiento. Más de lo que ella había esperado al ver el bar por fuera. El día estaba siendo increíble. Una gran velada íntima con Gabriel y ahora estaba rodeada de un grupo de chicos que, aunque los acababa de conocer, la habían acogido entre risas y gestos amistosos.

El camarero les pidió si podían moverse a una mesa más pequeña ya que habían reducido el número de personas y el local se iba llenando. Iba a

sentarse cuando notó la mano de Ángel sujetándola por la cintura y sintió cómo él se acercaba a ella para hablarle al oído:

—¿Me haces un sitio a tu lado?

Lo miró extrañada pero no dijo nada. Se iba a sentar al lado de Sandra, con la que había entablado una divertida conversación. Intentó bromear.

—¿Quieres sentarte al lado de Sandra?

—No quiero sentarme al lado de Rocío. —Eso sí que no se lo esperaba.

—Pues se te veía muy a gusto con ella —intentó bromear.

—Deberías fijarte un poco más. Pensaba que a estas alturas ya sabrías distinguir cuándo estoy a gusto con una chica.

Se separó de él. No quería pensar en las palabras de Ángel, pero se echó a un lado para que se sentara entre ella y Sandra. Y él se sentó demasiado cerca de ella. Sus piernas se chocaban constantemente. Se giró, dándole casi la espalda, con la excusa de hablar con Gabriel. ¿Excusa? Era su pareja, era su chico, no debería ser una excusa para ignorar la presencia de su hermano.

Una voz llamó su atención. Procedía de la barra, muy cerca de donde estaban ellos. Buscó con la mirada. Un hombre de mediana edad le gritaba algo al camarero. Estaba borracho. Mucho. Había algo en él que le llamaba la atención y no sabía muy bien qué era. De pronto, el hombre golpeó la barra con el puño. Admiró al camarero, que siguió manteniendo la calma e intentaba tranquilizarle sin levantar la voz.

Dio un brinco al notar la mano de Ángel sobre la suya. La sacó de sus pensamientos. Se había quedado concentrada mirando fijamente la escena que se desarrollaba ante sus ojos. No sabía por qué le llamaba tanto la atención, por qué había algo que le decía que tenía que fijarse en los detalles. Lo supo al momento. Ángel se había acercado a ella y le hablaba al oído:

—Es el padre de Lourdes.

Todo le encajó. Al saberlo se dio cuenta del parecido y comprendió por qué le

había llamado tanto la atención.

—Está completamente borracho.

No supo por qué lo hizo. No lo pensó. Se levantó y se dirigió hacia él. Sintió cómo Ángel se levantaba detrás de ella y la sujetaba de la muñeca.

—¿Qué haces?

—Solo quiero hablar con él.

—¿Y qué vas a decirle?

—No lo sé... —y no lo sabía—, pero necesito hacerlo.

—Voy contigo.

Sonrió. Lo curioso es que no había tenido la menor duda de que él lo iba a hacer. Se acercó al padre de Lourdes.

—Buenas tardes.

Estaba nerviosa, pero no lo expresó en su voz. Él se volvió hacia ella. Notó su mirada sobre ella y cómo la recorría de arriba abajo, seguramente preguntándose quién sería y por qué se acercaba a su lado. Se giró y se apoyó en la barra. Vio cómo se relamía y sintió asco.

—Buenas tardes, preciosa.

Alargaba las letras. El alcohol inundaba su voz y los gestos de su rostro.

—Solo quería presentarme... Estoy trabajando en el campamento donde va su hija...

—¿Por qué no le dices a tu guardaespaldas que se retire y te tomas una copa conmigo?

Percibió cómo Ángel se ponía nervioso detrás de ella. Tampoco sabía qué era lo que pretendía al acercarse a él. Quizás, simplemente, psicoanalizarle,

intentar ver si era capaz de hacer lo que sospechaba.

—Muchas gracias, pero...

No le dejó continuar. La cogió del brazo con fuerza. Le llamó la atención que estuviera tan borracho y tuviera esa energía.

—No me seas estrecha. Has sido tú la que has venido con una excusa tonta. Ya somos mayorcitos para que seas una caliente.

—Creo que se está confundiendo... Solo quería hablarle de su hija.

Intentaba mostrarse serena. Que los insultos de ese hombre no le afectaran. Pero lo hacían. Sabía que tenía a Ángel a su lado. Buscó a Gabriel con el rabillo del ojo, pero estaba sumergido en una conversación con sus amigos. No podía culparlo. Ella no le había avisado de por qué se levantaba.

—Eso es aburrido. Tengo un plan mejor.

Se le acercó un poco más y ella retrocedió. Temió su reacción.

—Carlos, deberías calmarte.

El camarero se metió en la conversación. Estaba convencida de que no debía ser la primera vez que lo había visto en esa situación.

—¡Sírvenme otra puta copa y deja de decirme lo que tengo que hacer!

El grito resonó en todo el bar. Gabriel se giró hacia ellos y se levantó de golpe. En dos pasos estaba con ellos.

—Mirad, joder, si la caliente tiene dos guardaespaldas.

Gabriel se encaró con el hombre. Tenía una expresión dura. Temía que se fuera a organizar una pelea. Ángel se puso al lado de su hermano.

—No merece la pena. —Intentaba calmarlo.

—Carlos, deberías salir, que te diera el aire... Has bebido mucho.

Carlos se volvió para mirar al camarero. Luego se giró hacia Gabriel y Ángel. Y debió darse cuenta de que no saldría bien parado si tenía una pelea con ellos. Tiró el vaso que tenía en la mano al suelo, rompiéndolo en mil pedazos, y salió del bar. Cuando pasó a su lado le golpeó el hombro con el suyo, con fuerza, casi haciéndola caer.

—¿Quién era ese tío?

Gabriel estaba furioso.

—El padre de Lourdes.

—No quiero que vuelvas al campamento.

Se volvió hacia él al escuchar esa frase. Acababan de llegar a la casa y habían subido directamente al dormitorio. Se habían ido del bar minutos después de que el padre de Lourdes se marchara. Ninguno tenía muchas ganas de fiesta tras el espectáculo que acababan de protagonizar.

No habían intercambiado ninguna palabra durante el viaje de vuelta. Ella no paraba de darle vueltas a todo lo que había pasado y, además, tenía un miedo atroz a lo que pudiera pasarle a Lourdes. ¿A dónde se habría ido tras salir del bar? ¿Habría vuelto a su casa? ¿Pagaría con su hija su borrachera y su enojo? Solo pensarlo le dolía en el alma, le revolvía el estómago y le producía náuseas.

Se volvió hacia Gabriel y lo miró fijamente. ¿Qué le acababa de decir? Tenía que haber escuchado mal. No podía haberle dicho lo que había oído. Decidió hacer como si hubiera sido su imaginación y empezó a descalzarse. Estaba agotada y quería irse a dormir. Ese día no había acabado como ella pensaba, como ella deseaba.

—Ada, lo digo en serio.

Levantó la vista y lo miró fijamente. No había sido su imaginación. Siguió quitándose los zapatos mientras meditaba qué decirle sin que su frase les llevara a una discusión. Aunque, si así fuera, había sido él quien la había comenzado al decirle que no quería que siguiera con algo que él sabía que le apasionaba.

—Vamos a dormir, Gabriel.

Buscó el camisón y empezó a cambiarse. Esa había sido una gran jornada hasta el momento con Carlos. Prefería quedarse con los buenos momentos, no empañarlos.

—Hablo en serio. No vas a volver al campamento.

Se acababa de pasar. Una cosa era que le dijera que no quería que fuera (cosa que ya le parecía mal) y otra que encima se lo ordenase. No. Por ese punto no iba a pasar.

—¿Desde cuándo decides a dónde puedo o no puedo ir? No soy una hija a la que puedes ordenar cosas.

—¡Ese tío está zumbado y a ti solo se te ocurre ponerte delante de él! ¿Qué era lo que buscabas?

—Hacer mi trabajo.

—¡Tu trabajo está en Madrid! Aquí estás de vacaciones.

—¿Y precisamente tú me lo dices?

—No es lo mismo. Me llamaron por una emergencia.

—Y a mí tu hermano me pidió un favor... Y tú estabas encantado. Si no te hubieras ido, dejándome tirada y sin saber cuándo ibas a volver, no me hubiera comprometido a más charlas y a echarles una mano.

Gabriel empezó a pasear por la habitación mientras se mesaba el cabello. Ella estaba de pie, firme, recta, y muy enfadada. Podía comprender que se preocupara por ella, que temiera que ese hombre le hiciera algo... Eso, incluso, le enternecía... Pero ¿decirle que no podía hacer algo? ¿Que no podía ir a ayudar a esos chicos? No. Él no era su dueño.

—Ese tío no me gusta.

—Ni a mí. Por eso me dedico a lo que me dedico. ¿Acaso crees que los casos que trato en Madrid son seguros del todo? Ayudo a chicas a salir adelante, a atreverse a declarar contra las personas que les han hecho daño... Es mi

trabajo, pero es también mi vocación.

Gabriel no dijo nada. Seguía paseando por la habitación. Sabía que él la comprendía, que sabía lo importante que era para ella su trabajo. Él había atendido casos de chicas a las que les habían dado una paliza tan grande que habían tenido que operarlas de urgencia.

—Joder, Ada...

—Antes me has dado las gracias por comprender tu trabajo. Ahora te toca a ti comprenderme a mí.

—No es...

—Sí es lo mismo...

—Yo no pongo mi vida en peligro. Yo no me pongo delante de un presunto maltratador cuando está borracho. ¿Cómo se te ocurren esas cosas?

—No estaba sola. No soy tan tonta. Y necesitaba mirarlo a los ojos, necesitaba verlo...

—Te fías demasiado de tu instinto...

—No es instinto... Es experiencia.

Estaba intentando explicárselo pero sentía que chocaba contra un muro. Comprendía sus miedos, su instinto de protección... Se quedaron en silencio. Demasiado tiempo para su gusto. Nunca habían estado tanto uno frente a otro sin decirse nada... Y, lo peor, sin saber qué decirse. Era uno de esos momentos que marcaban una relación... O la destruían o la hacían más fuerte. Y ella deseaba que fuera la segunda opción. Pero sabía que para eso tenía que hacerle comprender que no iba a cambiar, que en eso no iba a ceder. Si ella debía asumir que en cualquier momento podían llamarlo para una urgencia, ahora le tocaba a él.

—Mañana voy a ir al campamento.

—¿Nada de lo que te diga va a hacerte cambiar de opinión?

—¿Algo de lo que te dijera haría que no acudieras a una urgencia?

Sentía que estaban sumergidos en una conversación de besugos. Y una enorme necesidad de huir de esa habitación la invadió. Gabriel se acercó a ella y la abrazó.

—Tienes razón... Me enamoré de ti por tu pasión, por volcarte en tu trabajo y en esas niñas... Pero no puedo evitar sentirme preocupado.

Se sumergió en su abrazo. Sintió cómo su corazón se relajaba y su enfado disminuía.

—Tienes que confiar en mí.

—De ti me fío, es del resto... Prométeme una cosa.

Levantó la vista y lo miró.

—Dime.

—En estos días, no te quedes sola. Si lo necesitas, si mi hermano no puede acercarte a casa tras el campamento o lo que sea, me llamas.

Se rio.

—Gabriel, no eres mi padre. Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto... Si fuera tu padre no haría esto...

Le levantó la barbilla con un dedo y la besó. La besó con fuerza, con pasión... Y ella se dejó llevar... Y mientras se besaban y se desnudaban intentó no pensar en que, en realidad, no habían solucionado el problema de fondo. Se dijo a sí misma que ya lo harían, que las cosas iban despacito... En una relación, las personas implicadas tienen que adaptarse a la otra persona, y no es fácil. Seguir siendo uno mismo pero aceptar que hay cosas en las que tienes que ceder no es fácil. Y no se hacía de un día para otro. Al menos, eso fue lo que se dijo para intentar borrar esa mancha negra que se había instalado en su corazón.

—Lourdes, ¿por qué no me ayudas a llevar el proyector y el portátil a su sitio?

La chica lo miró fijamente con esos ojos temblorosos y luego asintió con la cabeza. Cogió el maletín del proyector y comenzó a seguirla en silencio. Había estado contándoles casos que habían sido famosos, que todos habían escuchado y, seguramente, no habían podido comprender. Había aprovechado la experiencia de Ángel en el tema legal. Le maravillaba cómo el grupo se había volcado con ella y con todas las actividades que les planteaba. Normalmente no era tan fácil. Esos adolescentes la purificaban, le devolvían la fe en su trabajo... Tal y como Ángel le había dicho días antes, comprendía por qué lo hacía cada año. Y sintió un punzón en el corazón al saber que le quedaban pocos días... en nada estaría de vuelta en Madrid.

Las vacaciones siempre se pasaban muy rápido pero, en aquella ocasión, aún más. Y sabía que una de las razones por las que no quería irse era esa chica que andaba a su lado, en silencio. Ella la observaba por el rabillo del ojo. Llevaba maquillaje, pero en el cuello; si se prestaba atención, se podía ver una pequeña marca. A ojos inexpertos podría pasar como un pequeño chupetón, nada extraño en una chica de su edad. Pero estaba segura de que era el resultado de que alguien la había cogido por el cuello. No era la primera vez que veía esa marca en una persona... Tenía diferentes colores... Diferentes estados de evolución... Por mucho que hubiera intentado ocultarlo, no era un accidente puntual. Sin embargo, seguía sin ser una prueba consistente. Seguía necesitando que fuera ella la que lo reconociera.

—¿Qué tal te lo estás pasando en el campamento?

—Bien...

—¿Hay algo que no te guste? ¿O que te preocupe?

Lourdes se encogió de hombros mientras desviaba la vista hacia otro lado. Y ella sintió unas ganas enormes de abrazarla, de consolarla, de mimarla, de decirle que ella estaba ahí, que podía ayudarla... Pero sabía que el tema del contacto físico era muy complicado... Y costaba, costaba mucho contenerse.

Pensó en si debía comentarle o no que había conocido a su padre. Y supo en el mismo momento en que la cuestión se le pasó por la cabeza, que era una mala idea, que la pondría más tensa. Estaba convencida de que elevaría un muro entre las dos. Y eso era lo último que ella quería.

—Ya sabes que si hay algo que te preocupe... Aunque creas que soy una vieja, no hace tanto que tenía tu edad...

—No eres una vieja...

Se rio. Y aprovechó la broma para pasarle el brazo por los hombros. No sintió que Lourdes se pusiera tensa con ese gesto amistoso ni que la rechazara. Sin embargo, no mantuvo el contacto mucho tiempo, solo un breve toque, un breve abrazo para que ella supiera que ella estaba allí, para romper la barrera física pero que no le incomodara.

—Muchas gracias.

—¿Cómo eras cuando tenías mi edad?

Le sorprendió la pregunta. Lourdes se puso levemente colorada. Era tan tierna, tan dulce...

—Pffff... No sé... Era una adolescente normalita, con mis miedos e inseguridades. No me gustaba llamar la atención...

—¿Eras feliz?

—Sí. Aunque no me daba cuenta. Cuando tenía tu edad me agobiaba con los pequeños dramas, pensaba que nadie me comprendía, que nadie me entendería, que mis problemas eran solo míos. Pero un día abrí los ojos y me di cuenta de que siempre hay gente a nuestro lado, gente que nos entiende, que nos da una salida que no solemos ver...

Lourdes se quedó en silencio. Pero sabía que sus palabras habían hecho mella en ella. Sabía que le rondarían la cabeza. La semilla estaba dentro y poco a poco germinaría. Aunque deseaba que fuera pronto.

—¿Tú eres feliz?

—Antes lo era...

—Antes de que muriera tu madre...

Lourdes asintió con la cabeza. No le extrañó que ella lo supiera. Debía estar acostumbrada a que todo el mundo lo supiera.

—Sé que la gente te lo habrá dicho mil veces pero... puedes contarme lo que necesites...

—Gracias.

Sabía que era un gracias automático. Había aprendido a reconocerlos al primer instante. No podía culparla. Era la reacción normal y más comprensible.

—¿Por qué te dedicaste a esto?

Esa chica no hacía más que sorprenderla. Detrás de esa imagen de niña delicada, detrás de esos ojos tristes, había una chica con ganas de salir, con ganas de confiar, de creer en los demás. La miró fijamente. Sabía que le estaba tendiendo una cuerda y sabía cómo hacerlo. Una sonrisa mental se dibujó en su interior. Tantos años sin hablar con nadie de los motivos por los que se dedicó a intentar ayudar a víctimas de abusos... y en unos días lo había contado dos veces. «Y ninguna de ellas a Gabriel». Se sorprendió por tener ese pensamiento. Era culpabilidad, seguro. No le dio más vueltas. Era normal. Con Ángel compartía un nexo laboral. Y Lourdes necesitaba confiar...

Le indicó que se sentaran en un banco y allí le contó toda la historia. Lourdes la escuchaba en silencio, sin mirarla, pero no hacía falta. Notaba cómo temblaba levemente. Oía su corazón latiendo a gran velocidad. Le contó su historia, la historia de su compañera de clase... Muy lentamente. Con calma.

—¿Sabes qué pasó con ella al final?

—No mucho. Fue a terapia. Lo pasó mal mucho tiempo... Pero encontró la felicidad.

—¿Crees que lo superó?

—Creo que sí. Le costó... Decir lo contrario sería una tontería... Pero lo consiguió. Y volvió a ser feliz...

Lourdes no dijo nada. No tenía que hacerlo. No necesitaba que lo hiciera. Sabía que tenía que retener la historia en la cabeza y darse cuenta de que no era la única que pasaba por un infierno. La semilla estaba plantada. Ahora solo debía esperar. Aunque se temía que no tenía el tiempo suficiente.

—Ya estoy yendo para casa... Me lleva tu hermano.

Estaba enfadada. No comprendía que Gabriel estuviera tan controlador con ella. Entendía que se preocupara, entendía que no le hiciera gracia su encontronazo con el padre de Lourdes, pero no era una niña pequeña. No necesitaba un guardaespaldas. Esperaba que lo comprendiera con el tiempo. Que se diera cuenta rápido o acabarían teniendo una discusión importante, mucho mayor de las que habían tenido hasta ese momento. Vaya racha llevaban... Casi se atrevería a decir que habían discutido más veces en esas vacaciones que en toda su relación. Claro que era normal... Unas vacaciones juntos conllevaba muchas cosas positivas, pero también algo en lo que ella no había pensado hasta ese momento: adaptación el uno al otro. Colgó el teléfono. Esperaba que esas discusiones les llevaran a un buen futuro. Aunque en ese instante le clavaría algo en la cabeza para que dejara de portarse como si fuera su padre. Ella ya había tenido un padre controlador, no necesitaba otro. Deseaba que él se espabilara y reaccionara.

Tiró el móvil dentro del bolso en un gesto que mezclaba furia y algo de tristeza.

—¿Estás bien?

Le sorprendió la pregunta de Ángel, esperaba que hiciera caso omiso de la conversación que acaba de escuchar. Desde que Gabriel había vuelto no habían tenido una conversación real ni nada que durara más de un par de minutos, y la última escena que habían vivido en la habitación de él aún daba vueltas a su alrededor.

—Perfectamente, me encanta que quieran saber cada paso que doy.

No debería haberle dicho nada y se arrepintió en el mismo instante en que lo hizo. Miró hacia la ventanilla, intentando perder su vista en el paisaje. Los segundos que Ángel estuvo en silencio se le hicieron eternos. ¿Qué pretendía diciéndole eso? ¿No se daba cuenta del compromiso en que la metía?

—Está preocupado, es normal.

—Pues si se preocupa por esas cosas, se va a pasar toda la vida igual.

Debió ser su imaginación, le pareció que él había repetido entre dientes sus últimas cuatro palabras: «toda la vida igual». No. El tonto que habían tenido esos días era un simple juego para Ángel, no debía buscar nada más. No tenía sentido. ¿Qué le iba a aportar? Solo comerse la cabeza y rayarse con algo que no era real.

—En fin, supongo que es solo porque es aquí. Cuando he tenido encontronazos en Madrid, en mi trabajo, nunca se había puesto así. Así que seguro que cuando volvamos a la normalidad...

Hablaba más para ella que para él. Aunque estaba segura de que él estaba pendiente de todo lo que ella decía a pesar de tener la vista puesta en la carretera. Lo miró por el rabillo del ojo y vio que tenía los nudillos blancos de apretar con fuerza el volante.

—¿Cuándo te vuelves?

Se dio cuenta de que hablaba en singular. Y volvió a excusarse en el campamento y en Lourdes. Ninguna otra opción debía pasar por su cabeza. No se lo podía permitir.

—Cuatro días. Tu hermano no quería salir el último día, así descansar en casa antes de volver al trabajo.

—Cuatro días... Qué rápido han pasado las vacaciones... Y, sin embargo, parece que te conozco desde hace mucho más...

Se volvió hacia él sorprendida por su confesión. Pero, sobre todo, sorprendida porque eran las mismas frases que se le habían pasado a ella por

la cabeza. Aprovechó que él había posado la mano encima del cambio de marchas para cogérsela con delicadeza. Él no se sorprendió con este gesto, al menos no lo mostró. Incluso, aprovechó para enredar sus dedos con los suyos. Ella no había pensado, solo había actuado.

—Lo bueno es que podrás asistir a la fiesta del campamento.

—¿Cuándo es?

—El 13.

Asintió. No podía dejar de pensar en el campamento y en Lourdes.

—Sería una gran manera de terminar las vacaciones...

Notaba que sus frases eran forzadas. La naturalidad que habían disfrutado días antes había desaparecido. Y lo echaba de menos. Mucho.

—Me gustaría que no te fueras aún...

—Y a mí.

Silencio. Se miraron unos instantes y luego Ángel volvió a centrarse en la carretera retirando, también, su mano de entre sus dedos con la excusa de coger el volante con las dos manos. Ada se echó la bronca mentalmente. ¿Y esa sinceridad? ¿Por qué no había permanecido con la boquita callada? ¿Por qué narices él le había dicho eso? Soltaba la bomba pero luego se separaba de ella, marcando otra vez la distancia.

—¿Pongo la radio?

Él asintió con la cabeza. Parecía igual de aturdido que ella. ¿Dónde estaba su eterno sentido del humor, sus ganas de bromear con todo? Tampoco se lo podía echar en cara. Le gustaría echarle la culpa a él de todo lo que estaba pasando entre ellos, pero sabía que no sería justa. Quizás él lo había empezado, lo había provocado, pero ella no había huido, no había marcado los límites.

¿Quién no hizo alguna vez

Locuras por una mujer?

¿Quién no quiso alguna vez

Algo que no pudo tener?

¿Quién no hizo alguna vez

Promesas a una mujer?

¿Quién no hizo alguna vez...?

Si pudiera...

Si pudiera

Desterrar de mí

La esperanza de verte...

Tragó saliva. A veces la música tenía muy mala idea. Notaba cómo él la miraba de reojo y cómo también suspiraba. Y dentro de ella dos sentimientos contradictorios luchaban. Uno, la necesidad de irse de allí, de volver a su normalidad, a su relación con Gabriel... Otra, una angustia al saber que se iba a alejar de Ángel. ¿Qué narices le estaba pasando? Ella nunca había sido así.

Cuando llegó a la casa se fue directamente a su habitación con la excusa de darse una ducha. No habían vuelto a intercambiar ninguna palabra desde que había sonado la canción. No vio a Gabriel, seguramente estaba en el salón leyendo. Lo agradecía. Seguía enfadada con él. Cogió la ropa de estar por casa, su toalla y se fue a la ducha.

Esa era la cuestión. Estaba enfadada con Gabriel, primero por dejarla sola en sus vacaciones; también porque le costaba comprender que no iba a esconderse de un maltratador. Y luego aparecía Ángel, que tanto se parecía a él, y compartía su misma pasión, comprendía sus nervios, sus dudas, sus miedos... Era normal que confundiera sentimientos.

Entró en el cuarto de baño, se desnudó, abrió el grifo y, sin esperar a que se calentara el agua, se sumergió en la ducha. Apoyó las manos en la pared y dejó que el agua le golpeará la espalda. No podía ignorar esa tentación de quedarse más tiempo. Pero no solo por Ángel. En unas pocas conversaciones se había sentido unida a esa chica de ojos temblorosos que, poco a poco, se estaba abriendo a ella. Pero no tenía tiempo. Se daba cuenta. Era muy consciente. Cuatro días no eran suficientes para que Lourdes le confesara lo que le pasaba. Necesitaba que Ángel tomara su lugar, pero sabía que había una gran dificultad, un obstáculo para que eso pasara: Ángel era un hombre. Y había cosas que eran más fáciles de confiar a otra mujer. Tenía que ver cómo lo hacía.

De pronto oyó cómo la puerta del baño se abría. Se giró. A través de la mampara observó la figura de un hombre, pero no conseguía distinguir mucho más.

—No te he oído entrar, Ada.

Suspiró. Gabriel. ¿Quién iba a ser si no?

—Necesitaba ducharme. Me duele algo la espalda.

Se quedaron callados unos instantes. Ella no tenía ganas de hablar con él y él parecía no saber qué decir.

—¿Te ha vuelto a mirar mi hermano la espalda?

Lo que le faltaba. ¿En serio eso era lo primero que se le ocurría?

—No.

Su respuesta había sido seca y dura. Gabriel se dio cuenta. Tendría que ser sordo y tonto para no darse cuenta. Volvió a darle la espalda con la excusa de ducharse. Él se acercó a la mampara y apoyó la cabeza en ella.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No puedes tratarme como si fuera una niña.

—Lo sé... Sé que lo he gestionado mal. ¿Me perdonas?

Suspiró... Él parecía realmente preocupado.

—Claro que sí...

—Estaba pensando... ¿Y si me ducho contigo y te compenso por haber sido tan tonto estos días?

Sonrió y sin decirle nada abrió levemente la mampara. Él entendió perfectamente su invitación y comenzó a desnudarse. Ella observó cómo él se quitaba la ropa y cómo la colocaba, doblada, encima de la encimera del lavabo. Soltó una carcajada. Solo a un cirujano se le podría ocurrir esas cosas en un momento como ese. Él entró en la ducha y la rodeó, a la altura de la cintura, con sus brazos.

—¿Te estás riendo de mí?

—¿Yo?

—Sí, tú...

Mientras hablaban él empezó a besarle el cuello; una de sus manos se deslizó de la cintura hasta su trasero y empezó a acariciarlo, aumentando la fuerza por segundos.

—No puedes dejar al cirujano fuera nunca...

Gabriel se extrañó y se echó para atrás para mirarla fijamente a los ojos. No la soltó en ningún momento.

—¿Y eso?

—Te invito a la ducha y te dedicas a colocar toda tu ropita.

Él se rio y la volvió a acercar de golpe contra él.

—¿No insinuarás que no soy apasionado?

Ada levantó una ceja, provocándole. La reacción de él no se hizo esperar. Le dio la vuelta y la aplastó contra la pared. Subió una de sus manos a uno de sus pechos y la otra hacia sus labios inferiores, mientras le mordía la nuca.

—Cuando termine contigo, dudo que tengas quejas sobre mi pasión hacia ti.

—Menos lobos...

Él no la dejó continuar. La interrumpió con sus dedos y ella, simplemente, se dejó llevar.

Vio cómo todas las chicas salían del vestuario y se dirigían al borde de la piscina. Iban riendo y cotorreando entre ellas. Las miró con una mezcla de ternura y nostalgia. Recordaba esos años, recordaba esa inocencia, cómo cualquier tontería era un drama, cómo una sonrisa del chico que te gustaba te cambiaba el día. Contempló las miradas que se echaban las chicas y los chicos. En el fondo no deseaba volver a esa época; la había pasado, la había disfrutado, pero también la había sufrido. Todas las inseguridades, todas las dudas, todas esas mierdas...

De pronto, se dio cuenta. Lourdes todavía no había salido del vestuario. Se levantó de su asiento y se acercó hasta el grupo de adolescentes, que la saludaron con una sonrisa. Era un gran grupo. A esas edades podías encontrarte gente muy desagradable, pero estos eran voluntariosos y se apuntaban a un bombardeo.

—¿Lourdes aún no ha salido?

—No. Siempre suele ser la última. ¿Quieres que vaya a buscarla?

—No te preocupes, voy yo.

Les sonrió y se fue directa al vestuario. Quizás estuviera exagerando. Quizás había visto demasiados casos de niñas que habían sufrido abusos y ya veía fantasmas donde no había nada. Pero esa mirada... No. Ese brillo roto no tenía más explicaciones... Lo había contemplado tantas veces que ya sabía identificarlo a primera vista.

Entró en el vestuario y la llamó. No quería que pensara que estaba espiándola. No. Quería ganarse su confianza, que ella supiera que podía contar con ella. Oyó un ruido de algo cayendo al suelo. Al girar por uno de los pasillos se la

encontró a medio vestir recogiendo una bolsa que se le había caído al suelo.

—¿Te he asustado?

Se acercó a ella y se agachó para ayudarla.

—No. Yo no me lo esperaba y...

—Lo siento. Como tardabas me preocupé por si te pasaba algo.

—No... Gracias.

La miró fijamente. Con una sonrisa dulce. Y examinándola con cuidado. Tenía claro lo que buscaba pero no quería que ella se sintiera vigilada. Estaba a punto de rendirse, de asumir que quizás se había confundido. Pero de pronto vio una marca que hubiera deseado no ver. Un moratón pegado en la ingle, medio tapado por las bragas. Sintió cómo una lágrima luchaba por escapar de sus ojos. A ella no podían engañarla diciéndole que se habían dado un golpe o tonterías y excusas por el estilo.

Tenía que hablar con ella. Tenía que descubrir quién le había hecho eso. No quería culpabilizar a nadie sin ninguna prueba, aunque le era difícil. Con lo que poco que sabía de su padre... Era un fuerte candidato. ¿Cómo alguien podría hacerle eso a su propia hija?

—Lourdes, date prisa, que empezamos la actividad.

Ruth había entrado en el vestuario y los interrumpió. En un principio la odió, pero sabía que no lo había hecho aposta. No sabía lo que pasaba y ella tenía un campamento que guiar.

—Sí, ya voy.

Lourdes cogió la bolsa y sacó el bikini. Ada se levantó también y acompañó a Ruth fuera del vestuario. No podía quedarse allí, aunque no pudiera examinar el moratón. Salió a la piscina y lo buscó con la mirada. Tenía que hablar con él. Tenía que explicarle que empezaba a ser algo más que un mal presentimiento.

Lo vio echándose unos largos. Nadaba muy rápido y con mucho estilo. Se acercó al borde de la piscina. Notó cómo varias adolescentes observaban a Ángel entre risas y bromas. No era la primera vez que se daba cuenta de que varias chicas suspiraban por su cuñado. Y es que era el prototipo de amor platónico para quinceañeras. Él llegó hasta el borde donde ella se había parado y se apoyó en el bordillo.

—¿Has acabado de lucirte?

Él sonrió mientras se echaba el pelo hacia atrás. Así que era muy consciente de los suspiros que provocaba en esas chicas...

—Deberías ponerte el bikini y darte un baño. ¿Te atreves a echar unas carreras?

—¿Puedes salir? Tenemos que hablar.

Ángel apoyó las manos en el bordillo y, tras darse impulso, salió de la piscina. ¿Para qué utilizar las escaleras si así podía presumir de fuerza y músculos? Miró hacia otro lado. No le apetecía desconcentrarse. El tema que la preocupaba era demasiado importante como para entretenerse en mirarlo. Aunque no pudo evitar echar un rápido vistazo a ese tatuaje que medio escondía tras el bañador.

—A ver, gruñona, ¿qué es tan urgente para que no podamos echar unas carreras y permitirme verte en bikini?

—Es sobre Lourdes.

El rostro de Ángel cambió de golpe, el tono pícaro que había utilizado hasta ese momento desapareció. Cogió su toalla y mientras se secaba la cogió de la mano para llevarla a un lado menos concurrido y más escondido para hablar tranquilamente.

Le contó rápidamente lo que había visto, veía la cara de incredulidad en los ojos de Ángel. Era comprensible. Costaba hacerse a la idea de que alguien a quien conocías pudiera estar sufriendo esa bestialidad. Incluso costaba aún más pensar que alguien a quien había abrazado al darle el pésame por la

muerte de su mujer pudiera hacer cosas así. Sin embargo, le explicó las características, la situación del mismo... Le contó sobre la marca en el cuello que le había visto el día anterior.

—Yo comprendo que a no ser que Lourdes le denuncie o nos lo cuente, no se puede hacer nada. Pero esa chica necesita ayuda. Tenemos que hacer algo.

—¿Estás segura de que es su padre?

—No puede ser otra persona. No tiene pareja. Me dijo que de aquí va directa a casa. Viven solos... Y tú mismo lo viste el otro día. Borracho e, incluso, violento...

Se sentía culpable. No podía evitarlo. Lo habían visto un par de noches antes. Cuadraba perfectamente con el color de las marcas del cuerpo de Lourdes. Si hubieran conseguido calmarle, si le hubieran convencido para tomarse un par de cafés, que dejara de beber, quizás ahora no tendría que ver esas marcas en ese pequeño y frágil cuerpo.

—Ada, no pudiste hacer nada.

—Yo ya sospechaba... Incluso con solo impedirle coger el coche tras beber, quizás...

Y, de pronto, él la abrazó. La cogió entre sus brazos y la apretó contra su pecho desnudo. Aún no estaba completamente seco pero no le importó. Notó cómo él le acariciaba el pelo. Se dio cuenta de que estaba temblando por la tensión y la rabia. Y sintió cómo el corazón de Ángel latía acelerado. Por mucho que él intentara parecer tranquilo, su cuerpo no respaldaba a sus palabras.

—Haremos algo... No lo dudes —le temblaba la voz.

La apretó contra él aún más. Ella le rodeó con sus brazos y cerró los ojos, intentando controlar la respiración. Daba igual la cantidad de casos que conociera, siempre le afectaban igual. Pero ese incluso más. Estaba realmente frustrada y perdida. Normalmente se encontraba a chicas hospitalizadas o que acababan de denunciar. Chicas en las que las pruebas de lo que les había

sucedido eran más que evidentes, no una suposición. Y ahora tenía delante a una chica que presentaba todos los síntomas, que lo sufría en silencio y no sabía qué hacer para que se atreviera a contarles lo que le pasaba, para dejar que la ayudaran.

Y en ese abrazo se sintió en paz. Era curioso. Desde que se habían conocido su relación había estado marcada por una extraña y potente tensión sexual, pero en ese momento no había nada de ella. Solo un consuelo mutuo y un intento de infundirse energía el uno al otro.

—Chicos, no es por incordiaros, pero me estáis distrayendo a todo el campamento.

Ruth los miraba divertida. Al separarse se dieron cuenta de que no estaban tan escondidos como ellos pensaban y gran parte de los chicos los miraban mientras sonreían. Sintió que se ponía colorada y Ángel soltaba una carcajada. Ella le dio un codazo y él se rio aún más fuerte.

Se soltó de sus brazos, que aún la sujetaban levemente, y se encaminó hacia una de las paredes del edificio. No le hacía nada de gracia que la gente pensara que tenía algo con el hermano de su pareja.

Miró a los chicos que comenzaban su actividad en la piscina. Ignoró la mirada de Ángel sobre ella y buscó a Lourdes con la mirada. Llevaba un bikini estilo años 50. En otro momento le hubiera encantado. En ese solo podía pensar que lo llevaba para tapar la marca de la ingle con esa parte de abajo como si fuera un pantaloncito. Por el rabillo del ojo vio cómo Ángel miraba también a Lourdes con gesto serio. «Haremos algo», le había dicho. El problema era que qué podían hacer.

Se despertó muy pronto, dio un par de vueltas sobre la cama en un intento de volver a dormirse. Gabriel ni se inmutó. Miró el móvil que reposaba en la mesilla de mesa. Luego aplastó su cabeza contra la almohada. Ni siquiera habría amanecido aún. Cerró los ojos suplicando a Morfeo que la llevara de nuevo al mundo de los sueños. Nada.

Se levantó con cuidado. Cogió los pantalones del chándal y la sudadera y se los puso. Lo normal era que no hubiera nadie despierto a esas horas, pero no le apetecía que la casualidad hiciera que Ángel volviera a verla en camisón.

Salió de la habitación, bajó al piso inferior y salió al jardín para sentarse en el columpio del porche. Buscó el paquete de tabaco que tenía en uno de los bolsillos. El sol empezaba a aparecer y algunas estrellas con ganas de fiesta seguían iluminando el cielo.

Su último día allí. Los días habían pasado tan rápidos... Y, sin embargo, habían sido tan intensos. Miró cómo el humo del tabaco ascendía por el cielo. Subió las piernas al columpio, doblando sus rodillas y abrazándolas. Hacía fresco, pero no se había acurrucado por el frío.

Ya sabía por qué no había podido dormir más. Una gran angustia vivía en su interior. No quería irse. Sentía que su tiempo en ese lugar no había llegado a su fin. Tenía aún tantas cosas por hacer.

Cerró los ojos y dos rostros le vinieron a su mente. Descartó rápidamente uno de ellos. No. No estaba así por él. Y era necesario que empezara a eliminarle de sus obsesiones.

Esa era una parte positiva de irse. Estaba haciendo demasiadas tonterías y ya era hora de que volviera a centrarse y darse cuenta de qué era lo que

realmente quería. Su vida antes de esas vacaciones era lo que ella quería, lo que deseaba... Era feliz, con sus momentos buenos y malos, lógicamente. Pero era feliz. Y no iba a arriesgarlo todo por un estúpido juego que se les había ido de las manos. No.

La otra cara era la de Lourdes. Se sentía una bruja al abandonarla. Pero sabía que había hecho todo lo posible. El día anterior se habían reunido con Ruth. No le hacía mucha gracia, pero no le quedaba más remedio. Ella era la que se iba a quedar en el pueblo, la que tenía contacto con esos chicos. Al principio se había mostrado escéptica, no la culpaba. Luego su rostro fue cambiando. Aún tenía dudas, pero le había prometido estar atenta a cualquier síntoma y que la mantendría informada.

¿Qué más podía hacer? Tenía que volver al trabajo, otras muchas chicas esperaban que las ayudara a seguir con sus vidas.

—No deberías fumar tan temprano.

Se dio la vuelta. Gabriel estaba en la puerta mirándola serio. En un gesto innato, apagó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Qué haces despierta tan pronto?

—No podía dormir.

—¿Algo que te preocupe?

Gabriel se acercó a ella, cogió una manta y mientras se sentaba a su lado, la tapó tanto a ella como a él. Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él para que se refugiara en su pecho.

—Lourdes...

—No puedes atormentarte con eso. Ya hablaste ayer con la monitora. Te dijo que iba a estar pendiente. Has hablado con todos ellos sobre los abusos, sobre cómo denunciar... Has intentado acercarte a ella... Incluso casi te peleas con su padre.

—No puedo evitarlo. No sé si estoy cometiendo un error al no denunciarlo.

Quizás si fuera a la policía, Lourdes lo contaría todo...

—¿Y si no es así? Si aún no está preparada, si el miedo que siente hacia su padre es aún más fuerte que el instinto de supervivencia, y todo queda en nada. A ti te denunciarían por falsa acusación... Incluso el campamento podía quedar en vilo. Te recuerdo que no había ningún contrato ni documento permitiéndote dar esas charlas.

—Odio cuando eres tan realista y sincero.

—A uno de los dos le toca ser realista, Ada. Es parte de mi trabajo, saber analizar las cosas en frío, desvincularme emocionalmente de los pacientes. El tuyo, sin embargo, es todo lo contrario...

—Pues a veces es una mierda...

Gabriel se rio, la abrazó con más fuerza y le dio un leve beso en la frente.

—No te preocupes, no se queda sola. Están la chica esta y Ángel. Ellos la cuidarán, seguro.

Ángel... Sí. Sabía que cuidaría de ella. Sabía que estaba igual de implicado que ella. Pero un pensamiento la invadía al pensarlo. Ella quería seguir informada del estado de Lourdes, pero eso significaba seguir en contacto con su cuñado. «¿A qué le temes, Ada?». No. Ella no le temía a nada. O, al menos, no se lo iba a reconocer a sí misma.

—Vamos... Ya que has decidido que nuestro último día empiece tan pronto, ¿qué tal si desayunamos y disfrutamos de la jornada hasta que me abandones por la fiesta?

La fiesta del campamento...

—Sabes que puedes venir...

—No, no pinto nada allí. Ve, desenchufa y yo te esperaré en casa para terminar de celebrar el fin de las vacaciones. No te preocupes por mí.

¿Preocuparse por él? No. Y se volvió a sentir egoísta. No lo había invitado

para que no se quedara solo. No. Era para no estar sola ella. Sabía que esa noche iba a estar más sensible de lo normal y que habría demasiados sentimientos volando en el aire. Y no. Ella no quería replantearse nada. Lo tenía ya todo decidido.

—Espero que estéis disfrutando de esta fiesta de final de campamento. Sí, lo sé. Algunos seguiréis la quincena que viene, pero... cualquier excusa es buena para celebrar, ¿no? Y ahora empezamos con nuestro tradicional karaoke. Y sí, sé que todos los años empiezo yo con la misma canción, pero este año quiero cambiar un poco. —Notó cómo la miraba fijamente y ella se temió lo peor a raíz de la sonrisa pícaro que adornaba su rostro—.

»Sabéis que siempre os animo a seguir a vuestro corazón, sin descuidar lo que la cabeza os dice. Y sí, lo sé, es difícil, pero normalmente la recompensa vale la pena. A veces los sueños no se pueden alcanzar, pero lo importante es el camino para conseguirlos.

Se quedó mirando hacia el escenario donde Ángel agarraba el micrófono y daba su pequeño discurso. Retiró la vista con la excusa de ir a beber de su vaso de plástico. La velada festiva había comenzado entre risas y bromas con los chavales. Todos parecían emocionados y mucho más relajados. Y ella los observaba con nostalgia. Vio a las chicas mirar entre risas a los chicos, a estos intentando fingir que eran más duros de lo que en realidad eran. A veces le gustaría volver al pasado. Claro que le gustaría volver a esa edad con los conocimientos y la experiencia que tenía en esos momentos. Aunque suponía que entonces no sería justo.

La había llevado Gabriel. Ángel había ido unas horas antes para prepararlo todo. No la había dejado ir con él. «Disfruta de tu últimos días de vacaciones». El tono que había utilizado para decírselo escondía algo. Su tono jocosos brillaba por su ausencia y ella se había quedado pensando en por qué la trataba así.

No era justo con ella. Se había ofrecido a ayudarlo. ¿O es que acaso esperaba que se quedara más tiempo? No podía. Tenía que ir a trabajar. La gente tenía

obligaciones. Y él lo sabía perfectamente. Estaba segura de que en su bufete tampoco le dejarían estar de vacaciones todo el tiempo que quisiera. Había llegado a la fiesta con la intención de ignorarle todo el tiempo que pudiera. Se sentía bastante triste como para que, encima, le tocaran las narices.

Sin embargo, cuando entró en la sala notó su mirada recorriéndola entera. No se volvió. Pero sabía que era él. Nadie la miraba como lo hacía Ángel. Y nadie le producía dos sentimientos tan contradictorios. Pero no, no iba a mirarlo. En ese momento solo iba a estar con los chavales. Era lo único que le importaba.

Lo que no se esperaba era que Ángel subiera al escenario. Y tenía que haberlo previsto. Con lo que le gustaba llamar la atención... Y, de pronto, unas notas de música empezaron a llenarlo todo y él, antes de empezar a cantar, siguió con su particular discurso, con una voz grave y profunda. Y por mucho que lo había intentado evitar, ella subió la mirada al escucharlo.

—La música siempre nos acompaña en grandes momentos... Esta canción me acompañó a mí cuando vi por primera vez a la mujer más fascinante que he conocido.

Se había quedado helada. Parada en el sitio. Ángel empezó a cantar una canción que ella conocía muy bien, Salta de Tequila. No. Esa canción no podía ir por ella. Aunque fuera la canción que ella estaba cantando la primera vez que se habían visto. Sin embargo, él no dejaba de mirarla mientras cantaba. Y ella sentía que necesitaba un buen trago pero, por supuesto, en esa fiesta no había nada de alcohol. Ni tampoco se podía fumar, y ella se fumaría tres seguidos en esos momentos.

Todo el mundo saltaba y cantaba a gritos. Y Ángel desafinaba mucho. Y saltaba en el escenario. Y ella, a pesar de todo, no podía parar de reír. Sin embargo, las palabras de Ángel le revoloteaban en la cabeza: «la mujer más fascinante que he conocido». Lo cierto es que no podía negar que era todo un cumplido.

—Es un gran tío. —Se volvió. Ruth estaba a su lado.

—Sí. —No sabía qué contestar a esa afirmación. Tampoco sabía qué esperaba

que le dijera.

—Cuando te conocí pensé que eras su novia.

—Es mi cuñado.

—Me lo dijo...

No entendía a qué venía esa conversación. ¿Qué le quería decir? Se terminó de un trago el refresco, maldiciendo, otra vez, que no pudiera echarle un buen chorro de whisky.

—Hubierais hecho una buena pareja.

¿Qué responder a esa afirmación? Decidió ignorarla y cambiar de tema.

—¿Y tú, tienes pareja?

—Sí. Llevamos dos años juntas.

—¿A qué se dedica?

—Es profesora de universidad.

—Está guay que las dos os dedicéis a la educación.

—Sí. Lo cierto es que nos comprendemos. Con sus diferencias, claro. Pero creo que es importante encontrar a alguien que sabe por lo que pasas, que comprende tus motivaciones e, incluso, tus obsesiones.

Y mientras escuchaba a Ruth hablar de su chica y de lo compenetradas que estaban, no podía evitar pensar si eso era necesario. Conocía muchas parejas que eran muy diferentes entre sí. Ese no era el problema. No pasaba nada por tener diferencias, lo importante era tener un objetivo en común. Saber a qué punto querían llegar. Cómo querían que fueran sus vidas. Recordó una de esas frases que se solían escribir en las carpetas cuando era adolescente: «El amor no era mirar uno a los ojos del otro, sino mirar hacia el mismo punto». Y se paró unos instantes a pensar. ¿Cuál era el futuro que querría Gabriel? ¿Habían llegado a ese punto? ¿Quería estar en ese punto? ¿Y era en realidad

necesario tener una charla sobre ese tema? ¿Esas cosas no surgían, no se sabían? Definitivamente, necesitaba un buen trago.

Se acercó a la mesa donde estaban los refrescos y se sirvió un poco de Coca-Cola en un vaso de plástico. El karaoke había dado paso a una especie de discoteca y los chavales bailaban y hacían el tonto. Se apoyó en la mesa mientras, sin poder evitarlo, lo buscaba. Llevaba evitándole desde la canción que había cantado.

—¿En serio te vas mañana?

Se giró hacia el lado del que venía esa voz dulce y tímida, con ese temblor que nunca la abandonaba. Lourdes se había acercado a ella. Llevaba unos vaqueros y un top azul. Miraba al suelo mientras hablaba.

—Tengo que volver a Madrid. Tengo que volver a currar.

—Claro...

Parecía que realmente lo sentía. Le sirvió un vaso de refresco y se lo pasó. Levantó la vista del suelo y una leve sonrisa le iluminó el rostro.

—¿Te acuerdas dónde trabajó? —Esa era su última oportunidad.

—Eras psicóloga.

—Sí. Ayudo a chicas jóvenes que han sufrido o sufren cualquier tipo de abuso.

Le dio un trago a su bebida mientras la miraba. Lourdes también bebió y luego se quedó mirando sus manos. Pensativa.

—¿Cómo las ayudas?

—Depende de los casos... Lo primero es hacerles comprender que no es culpa suya. —No le quitó la vista de encima mientras hablaba—. Luego hay personas que necesitan asistencia jurídica, o un sitio donde estar..., lo que cada uno necesite. Estamos para ayudar, para ser sus amigos e intentar que su vida sea mucho mejor.

—¿Y cómo hacen esas personas para que... ?

—¿Para qué las ayudemos? —La ayudó a terminar la frase. Lourdes asintió. Parecía que le costaba hasta hablar, pero una luz de esperanza inundó el corazón de Ada—. En algunos casos nos llaman los servicios sociales, la mayoría, pero cualquier chica puede acudir a nosotros. —Buscó en su cartera, sacó una de sus tarjetas y se la tendió a Lourdes. Ella la cogió con timidez—. Esta es mi tarjeta. En ese teléfono estoy disponible las veinticuatro horas.

—Gracias.

—Si alguna vez necesitas hablar... de cualquier cosa... ni lo dudes. Cualquier cosita que te inquiete, aunque creas que es una tontería. Estoy aquí, ¿vale?

—Gracias.

Había tanta fragilidad en su voz. Se la notaba tan rota por dentro... Y ella solo quería recomponer todos sus trozos. Pero no podía forzarla. Y maldijo al destino que la obligaba a tener que irse en esos momentos, cuando Lourdes parecía ir abriéndose.

—Sé que no es lo mismo, que hay cosas que siempre prefieres hablar con mujeres, pero Ángel estaría realmente encantado de ayudarte en lo que necesites.

Notó cómo Lourdes se ponía colorada. Otra de las admiradoras de Ángel. Se sonrió al notar que, a pesar del infierno que esa chica estaba pasando, seguía fijándose en un chico. Estaba tan acostumbrada a que muchas niñas tuvieran actitudes de rechazo absoluto al otro género (cosa que le parecía normal).

—¿Qué hacen las dos chicas más guapas de todo el campamento aquí, sin bailar?

Se volvió hacia Ángel, echándole la bronca por utilizar una frase tan clásica con ellas. Él le guiñó un ojo mientras le robaba el vaso de Coca-Cola y le daba un trago.

—Eso se puede solucionar rápido. ¿Por qué no sacas a bailar a Lourdes?

Lourdes se puso roja como un tomate. Ángel le tendió una mano como un perfecto caballero y se llevó a la adolescente hacia la pista de baile. Vio cómo muchas otras chicas miraban a Lourdes con envidia, suspirando por ser ellas las elegidas. Sonrió. Quizás tuviera suerte y le tuvieran toda la noche entretenido.

No fue así. Y no porque ella no pusiera todo su empeño en conseguirlo. Pensaba que había conseguido darle esquinazo, la fiesta estaba terminando y llevaba tiempo sin verlo. Y de pronto notó cómo su mano se deslizaba por su cintura. No necesitaba volverse para saber que era él. A medida que avanzaba el roce, un escalofrío de placer le recorrió el cuerpo. Y notó cómo él se acercaba, pegándose a ella para hablarle al oído:

—¿En qué momento vas a dejar de huir de mí?

Se volvió hacia él. Estaba demasiado cerca. Sus rostros se quedaron solo a unos centímetros. No pudo evitar contemplar sus labios, entreabiertos, provocadores.

—Yo no huyo de ti...

—Entonces, no me rechazarás este baile...

Ángel sonrió con malicia, esa maldita sonrisa pícaro que la desarmaba y que solía invadir su rostro cuando sabía que la había llevado al punto que él deseaba. Como en esta ocasión. Había caído en la trampa como una niña. Y no podía decirle que no sin que él tuviera la oportunidad de preguntarle el porqué de su rechazo. Él no esperó su respuesta. Le tendió la mano, y ella posó la suya para que él se aferrara, y la llevó hasta el centro de la sala. Y se paró allí, enfrente de ella, en silencio, mirándola, quieto, inmóvil. No comprendía por qué no se movía. El pincha anunció que la fiesta se terminaba, que comenzaba con las últimas canciones. Ángel le cogió la mano que tenía suelta,

elevó las dos manos y se las puso alrededor del cuello. Y mientras las primeras notas de la canción empezaban a invadir toda la sala, él rodeó su cintura con las manos y la acercó hasta él.

Estaban demasiado cerca. Y ella debería decirle que no quería bailar así con él. Que no quería rodear su cuello con sus manos, que no quería sentirse invadida por su olor; no quería notar cómo los dedos de él rozaban levemente, como si no fuera nada, la parte superior de su trasero... Y, sin embargo, cuando la voz de Ben E. King llegó a sus oídos, lo único que hizo fue apoyar su cabeza en el hombro de él y cerrar los ojos, mientras se dejaba llevar por la música.

Estaban en silencio. Pero no era uno de esos incómodos. No. Se sentía en paz. Y, de pronto, Ángel empezó a cantarle al oído, rozando con sus labios su oreja:

Oh, I won't be afraid

Just as long as you stand, stand by me

So darling, darling

Stand by me, oh, stand by me

Oh stand, stand by me

Stand by me.

No se atrevió a separarse de él para mirarlo. Le daba miedo leer en sus ojos lo que la canción, lo que su voz susurrándosela al oído, le insinuaba a gritos. No, no estaba preparada para pensar que quizás, solo quizás, los actos de Ángel no habían sido un juego sino una realidad.

El baile terminó y con él la fiesta. Sin embargo, se quedaron unos instantes en la misma posición. Ninguno de los dos parecía querer romper el contacto. Y Ada no se atrevía ni a mirarlo a los ojos, muchísimo menos a decirle nada. ¿Cómo actuar? ¿Fingir que no se había percatado del significado de la canción? ¿O simplemente no darle importancia a que él le cantara esa canción al oído? Sentía una presión en el corazón y cómo sus piernas temblaban...

La salvó una de las chicas del campamento. Venía acompañada de gran parte de los chicos y se dirigieron, en tropel, hacia ella.

—¿Señorita?

Se separó de Ángel y se volvió hacia los chicos sin levantar la mirada para no ver a su cuñado.

—Ada —les repitió. No le gustaban esos apelativos que, supuestamente, demostraban respeto. El respeto no se demostraba con llamarla de usted, se demostraba con los actos.

—Queríamos darle las gracias por sus charlas...

Se mordió el labio inferior para contener la emoción. Era tan bonito que esos chicos valoraran su trabajo... Se sintió llena.

—Ha sido todo un placer, gracias a vosotros por escucharme, por participar tanto...

—Es una tontería pero... le hemos firmado una tarjeta... para que no se olvide de nosotros.

Una de las chicas le dio una tarjeta de gran tamaño. Eso sí que no se lo esperaba. Le entregaron la tarjeta y ella solo pudo acercarse a cada uno de los chicos para darle un abrazo y un beso. Contenía las lágrimas.

—Gracias...

Solo le salían esas palabras. Ella, cuando parte de su trabajo era hablar y soltar buenos discursos, no sabía qué decir. Le costó mucho separarse de ellos. Y cuando abrazó a Lourdes, y notó cómo ella le devolvía el abrazo con un leve temblor en sus brazos pero con mucha más fuerza que un abrazo normal, alargó ese contacto. Aunque, en esos momentos, no sabía cuál de las dos lo necesitaba más.

—Gracias... te llamaré.

La apretó con más fuerza. En un primer momento tuvo miedo de que no hubiera sido real, que hubiera sido su imaginación, sus propias ganas. Pero no. Al retirarse levemente para mirarla a la cara lo vio en sus ojos, en su mirada triste y temblorosa.

—Esperaré tu llamada. A cualquier hora...

Y no dijeron nada más. Solo una mirada. Intensa. Luego Lourdes se retiró de su lado y se fue con sus amigos. Y ella se sintió algo vacía pero, a la vez, esperanzada. «Te llamaré», se repitió mentalmente.

—Son unos chicos estupendos.

Ángel había vuelto a ponerse a su lado. Se había quedado a un lado durante esos instantes. Sabía que en ese momento la protagonista era ella. Ella y esos adolescentes increíbles.

—Comprendo por qué decías que te devolvían la fe en la humanidad.

Ángel la miró fijamente. Y ella, por primera vez desde que habían terminado el baile, levantó la vista para posarla en sus ojos. La retiró rápidamente. No quería leer lo que sentía que su mirada le estaba gritando. Por suerte, Ruth se acercó también a despedirse. Una sonrisa divertida se le dibujaba en los

labios y en el rostro. Y recordó su conversación anterior.

—Ada, ha sido todo un placer tenerte con nosotros.

—Muchas gracias por dejarme participar en este campamento. Ha sido una experiencia increíble. Muchas gracias... —La emoción aún pendía de su voz.

—Cuando quieras volver, ni lo dudes. Esta es tu casa.

—No me lo digas dos veces o no te librarás de mí.

—Te tomo la palabra.

Se dieron un abrazo. Definitivamente ese día iba a acabar llorando. Luego Ruth y Ángel se despidieron como habitualmente. Ellos se verían el lunes. Y sintió envidia. En ese momento le gustaría tanto poder quedarse allí, seguir trabajando con Lourdes... De pronto, una frase de Ruth le llamó la atención. Iba dirigida a Ángel.

—Cuídala. Vale mucho.

—Lo sé.

Se puso colorada. Y notó cómo Ángel la rodeaba con el brazo. Se puso tensa, pero intentó disimular. No era el momento. Se despidieron definitivamente de Ruth y los pocos chicos que aún quedaban en la sala.

—Vamos...

Le costaba salir de allí pero sabía que tenía que hacerlo. Como una tiritita. De golpe. Sonrió y salió de la sala.

Iban andando uno al lado del otro. Sin decir nada. Demasiada tensión... Tenía que romperla.

—He hablado con Lourdes.

Se sintió mal al utilizar a esa chica para romper ese horrible momento.

—Creo que has conseguido llegar a ella mucho más de lo que creías.

La voz de Ángel era fría. Seria. Demasiado profesional para su gusto.

—Sí. Ahora, en el abrazo, me ha dicho que me llamaría. No quiero emocionarme pero... creo que es un gran paso.

—Lo es.

Llegaron al coche. Y otra vez el silencio... Notó un nudo en el estómago... No. Esa sensación no la iba a echar de menos.

No hablaron durante el camino que les separaba del campamento a la casa. La radio iba emitiendo diferentes canciones que ella ni escuchaba. Había entrado en el coche y directamente se había puesto a mirar por la ventanilla. Apretó la tarjeta contra su pecho y Ángel pareció querer respetar su momento de tristeza y nostalgia. Pero los dos sabían que estaban utilizando el suceso anterior con los chavales para no hablar, para no enfrentarse a lo que había pasado durante el baile y, sobre todo, para no enfrentarse a lo que tenía que pasar a continuación: la despedida.

Sí. Oficialmente se despedirían al día siguiente. Pero allí no estarían solos. Todo sería mucho más formal, mucho más educado. Y ella no sabía qué hacer... ¿Cómo saberlo si ni siquiera sabía qué era lo que sentía?

Ángel aparcó el coche y, sin intercambiar ni una sola palabra, salieron. No supo por qué pero, en vez de dirigirse hacia la puerta principal, giró y fue hacia el porche con el columpio. Él la siguió en silencio. Y mientras, su cabeza no paraba de volverla loca. Oía al angelito diciéndole que se metiera ya en la casa, que buscara a Gabriel y se dejara de tonterías... El diablo... El diablo le decía cosas que no admitiría nunca.

Pero no hizo caso a su voz buena. No. Se quedó parada en mitad del porche, cruzó los brazos a la altura de su pecho, como si tuviera frío, y posó la vista en la piscina. Y, de pronto, él se puso justo detrás de ella y posó las manos en sus brazos, a la altura de sus codos, rozando sus dedos... Y sin darse cuenta, apoyó su espalda en el pecho de Ángel. Cerró los ojos, inspiró su olor. Y sintió cómo una lágrima solitaria le recorría la mejilla.

—Tengo que irme —dijo en un susurro, pero sabía que él la había escuchado.

Lo había dicho no solo para que lo oyera él, también para repetírselo a sí

misma. Y no sabía tampoco muy bien si lo decía por ese momento, porque tenía que entrar en la casa, o por su marcha al día siguiente...

—No tienes por qué.

Él le había hablado casi al oído. Y ella sintió cómo un nudo enorme se le agarraba en el estómago. Abrió la boca pero las palabras no salieron de su garganta. Tampoco sabía qué decir. Nunca le había pasado. Dentro de ella vivían dos personas distintas. Dentro de ella existían dos corazones latiendo por diferentes sentimientos... Y no. No le gustaba. Todo lo contrario. En esos momentos se odiaba a sí misma. Ella nunca había jugado con una persona. Y tampoco creía que fuera algo que estuviera haciendo aposta.

—Quédate aquí, quédate conmigo...

Tragó saliva. Su voz penetró en lo más profundo de su ser y notó cómo le temblaban las piernas. Ángel le dio la vuelta suavemente, pero ella no se atrevió a subir la mirada. Sintió que si lo miraba, si se sumergía en esa veta oscura, perdería definitivamente la cabeza.

—Yo...

Y él le levantó la cabeza hasta que sus miradas se cruzaron. Su corazón iba a mil por hora, tan rápido que hasta dolía. Ángel rompió el contacto visual y posó su mirada en sus labios. Sintió cómo se le secaban y, sin darse siquiera cuenta, se mordió levemente el labio inferior, humedeciéndolo. Ángel volvió a mirarla a los ojos, con las pupilas aumentadas por el deseo.

No pensaba. Su mente se había quedado bloqueada. ¿Qué narices le pasaba? ¿Por qué se estaba comportando así?

—Ada...

Y, de pronto, una luz le llamó la atención. Se echó para atrás, rompiendo el contacto con Ángel. Era solo la luz del baño de la casa. La casa donde la esperaba Gabriel. ¿Qué narices estaba haciendo? Bajó la cabeza mientras la movía de un lado a otro, negando. Notó cómo él avanzó un paso hacia ella y huyó. Empezó a andar, esquivándole, hacia la casa. No se volvió hasta que

llegó a la puerta. Él la había vuelto a llamar por su nombre. Una parte de ella le dijo que lo ignorara, pero no podía hacer eso. Se giró y lo vio, quieto en el mismo sitio donde lo había dejado, pero vuelto para mirarla. Y en sus ojos había tristeza. Mucha. Nunca lo había visto así. Ni siquiera un poco.

—Yo... tengo que irme...

—Ya.

Su voz seca, dura, la destrozó por dentro. Y no sabía qué decirle. Deseaba que esa escena se terminara, que toda la tensión desapareciera, pero, por otra parte, no sabía cuándo volvería a verlo. Probablemente pasaría mucho tiempo. Y esa certeza dolía.

—Cuida de Lourdes, por favor.

Una leve sonrisa, llena de melancolía, se dibujó en el rostro de Ángel mientras asentía con la cabeza. No aguantó más. Abrió la puerta y entró en la casa. Ángel se quedó fuera. No la siguió. Y ella no sabía qué prefería.

Suspiró. No podía quedarse ahí, quieta. Gabriel podría aparecer y no sabía cómo iba a explicarle por qué estaba allí.

Gabriel... ¿Qué narices estaba haciendo? ¿Qué era lo que había estado a punto de hacer? Oyó ruidos en el piso de arriba. Gabriel debía haber vuelto a su habitación. Se metió en uno de los baños de abajo, se encerró y lloró. No sabía por qué lloraba, pero no podía evitarlo. Quizás sí lo sabía.

Lloraba porque se sentía la peor persona del mundo.

Volver al trabajo después de las vacaciones siempre era duro. O al menos eso era lo habitual. Pero ese día, cuando Ada traspasaba las puertas del edificio donde se encontraba la asociación, se sentía relajada y aliviada. El día anterior lo había pasado tirada en el sofá de su casa. No le apetecía ver a nadie. No le apetecía hacer nada. Solo ver películas y series. Cosas que no le hicieran pensar, que no le hicieran recordar.

La imagen de Ángel en el porche, pidiéndole que se quedara con él, su voz cantándole la canción... volvían una y otra vez a su mente. Y no podía ser. No. Esos quince días tenían que desaparecer de su mente. Todo lo que había sentido tenía que quedarse guardado en un cajón que nunca más volvería a abrir. Ángel y Gabriel no tenían una relación muy íntima, así que no tenían por qué volver a verse en mucho tiempo. Y con el tiempo se daría cuenta de que su decisión había sido la acertada. No tenía la menor duda de eso.

Entró en la asociación. Sin embargo, al momento notó que algo no iba bien. Algo no funcionaba como de costumbre. Montse no la recibió con la sonrisa habitual, parecía demasiado concentrada en su ordenador. Pero no era solo eso. Mucho silencio. ¿Qué había pasado en su ausencia? Se acercó a Montse.

—Hola. ¿Qué pasa?

Había hablado en un tono normal, incluso más bajo de lo normal. Había tanto silencio que tenía la sensación de que todo el mundo podría escucharla. Montse dio un bote. No se lo esperaba.

—Ada, ya has vuelto. Menos mal.

—¿Menos mal? ¿Qué pasa? ¿Por qué está todo el mundo tan serio?

Montse miró a su alrededor varias veces. ¿A quién buscaba? ¿Quién temía que las escuchara?

—Anda, dejo las cosas y nos vamos a tomar un café y me cuentas.

—Mejor no. Rubén se podría cabrear si me ausento de mi puesto.

—¿Rubén?

¿Hablaban del mismo Rubén? Si su jefe nunca había puesto pegas porque tomaran los descansos que necesitaran, siempre y cuando el trabajo saliera... Eso era lo importante.

Definitivamente, algo había pasado durante esos días y ella no sabía muy bien qué era. Pero estaba claro que el causante era Rubén. Lo mejor sería acudir a la fuente del problema y averiguar qué era lo que le había sucedido.

Se dirigió hacia el despacho de Rubén. Le sorprendió encontrarse la puerta cerrada. ¿Estaría reunido? Llamó a la puerta y un «pase» seco le respondió al otro lado. No sabía qué se iba a encontrar, pero nada le llamó la atención en un primer momento. Rubén estaba sentado en su mesa, concentrado en unos papeles. Sin embargo, enseguida empezó a fijarse en ciertos detalles... Llevaba barba de varios días y en su papelería se podían ver los restos de varios vasos de cartón, señal de que no se había tomado el café en la sala de descanso como solía hacer. Además de que había subido su consumo de cafeína.

—¿Ya se acabaron tus vacaciones? —Lo miró extrañada.

—A no ser que me quieras regalar unos cuantos días más... —Intentó bromear. No estaba acostumbrada a ese tono y esa actitud distante.

—Sí, claro... Lo que nos faltaba...

Rubén no la había mirado ni un solo instante. Seguía con la vista puesta en los documentos. Lo observó en silencio. Algo fallaba en esa imagen y no sabía qué era. Pasó la mirada por toda la sala. Echaba en falta una cosa y no se daba cuenta, pero esa sensación la dominaba y había activado todas sus alarmas.

Cerró la puerta tras de ella y se acercó a la mesa.

—Rubén, ¿qué te pasa?

Él la miró fijamente unos instantes y luego volvió a centrarse en esos papeles que le tenían, o al menos fingía que le tenían, absorbido. No le respondió. Ada puso su mano derecha encima de los papeles. Sabía que se estaba arriesgando a que la mandara a la mierda o le montara un buen pollo. Pero tenía que hacerlo. Y al apoyarse encima de la mesa, vio qué era lo que faltaba en esa escena, lo que no le cuadraba. Faltaba el marco de fotos que siempre tenía encima de la mesa. Se quedó helada. ¿Qué había pasado?

—¿Ha pasado algo con Irene?

Una mirada helada la penetró de golpe y supo que había acertado en su suposición. Pero ¿qué había sucedido? ¿Por qué ya no estaba la foto de los dos que siempre había estado encima de su mesa?

—Mi vida privada no te incumbe.

Esa respuesta no era normal. Debería no hablar más, dejarlo pasar hasta que él decidiera contárselo. Seguro que en el descanso algún compañero se lo diría. Pero no... Estaba claro que Rubén necesitaba hablar con alguien, aunque no quisiera.

—Cuando afecta al trabajo, sí.

—No sé a qué te refieres con que afecta al trabajo...

—Rubén, tienes a todos los compañeros acojonados. No se atreven ni a hablar un poco más alto. ¡Pero si hasta me ha dado la sensación de que Montse es capaz de mearse encima con tal de que no la pilles fuera del lugar de trabajo!

Rubén se quedó callado y pensativo.

—Sé que no es lo que quieres... Eres un gran jefe. Siempre has motivado un buen ambiente en la asociación... Este no eres tú. No sé qué ha pasado, pero no puedes permitir que te apague.

Rubén la miró fijamente. Dejó el bolígrafo encima de la mesa. Se levantó y salió de detrás de la mesa.

—Anda, te invito a un café.

Ella simplemente asintió y salieron del despacho.

Pensaba que irían a la sala de descanso de la asociación, pero no fue así. Rubén tomó camino a la calle y ella lo siguió en silencio. Intercambió una rápida mirada con Montse, que parecía aliviada, no solo porque el jefe saliera un rato del edificio, sino porque se dignara a hablar con alguien.

Salieron del edificio y, nada más poner un pie en la acera, Rubén se sacó del bolsillo el paquete de tabaco y le ofreció uno. Sabía que no debería pero lo cierto era que le apetecía bastante. Utilizó de excusa que no era bueno rechazarle el cigarrillo cuando estaba a punto de abrirse con ella. Pero, en realidad, ni se molestó en engañarse a sí misma. Ella no quería dejar de fumar. Por muy bueno que fuera para su salud, no quería. Y, sobre todo, no quería que sus motivos fueran no tener bronca con Gabriel.

Tenía la sensación de estar jugando a ver cuál era el límite de su chico. Quizás sí debería admitir que el hecho de que la dejara sola en vacaciones le había molestado más de lo que demostraba y que el conocimiento de que no sería la última vez que pasaría le irritaba sobremanera. Ella quería parecer comprensiva, pero no era tan fácil.

Se acercaron a la cafetería más cercana y se sentaron en la terraza. La camarera acudió rápido a atenderlos y luego se quedaron en silencio, fumando. No quiso presionarle. Rubén parecía pensativo rememorando algo que no le gustaba, metido en su propio mundo. La camarera les trajo los cafés mientras seguían en silencio.

—Me ha dejado... —Se quedó callado mientras contemplaba el líquido que descansaba en su taza—. Por otro.

Eso sí que no se lo esperaba. Ella que siempre había admirado su relación. ¿Lo dejaba por otro? No sabía qué decirle.

—Lleva más de un año engañándome con un compañero de la ONG... Un año.

Acercó su mano a la de él, rodeándosela con los dedos.

—Cada vez que la llamaba y no me lo cogía, y luego me decía que estaba trabajando o que habían tenido una emergencia...

—No sabes si...

—Lo sé.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No me lo negó cuando se lo pregunté.

Su voz era dura y triste. En una parte llena de odio. Otra con una melancolía profunda. Y ella no sabía muy bien qué decirle. Era psicóloga y se encontraba en una situación en la que le faltaban palabras, en la que no sabía cómo actuar.

—No sé muy bien qué decirte...

—No tienes que decir nada...

Rubén le dio un largo trago al café, acabándoselo de golpe, y luego empezó a jugar con el paquete de tabaco.

—Hace unos meses empecé a mirar viajes a Islandia. Quería llevarla por nuestro aniversario. Aprovechar que ella volvía casi un mes... Siempre había querido ir allí... Lo tenía todo preparado. Iba a ser una sorpresa. Solo me faltaba concertar las fechas... Y la llamé. Días antes me había dicho que hablaría con su responsable para ver cuándo podía volver... Me había dicho que me echaba de menos...

—¿Rompió por teléfono?

Sabía que no debía haber hecho esa pregunta, que solo conseguiría remover la herida... Pero en esos momentos no hablaba la psicóloga, hablaba la amiga.

No se lo esperaba, Rubén nunca había sido así, siempre era el chico fuerte y divertido que hacía bromas sobre las cosas más serias... Y, de pronto, se puso a llorar. No era un lloro desconsolado. Solo lágrimas silenciosas que recorrían su rostro... Se levantó y aproximó su silla a la de él para abrazarlo. No hacían falta palabras. Tampoco podría encontrar las adecuadas para ese momento. Nada de lo que ella pudiera decir le calmaría el dolor, nada le haría olvidar que su mujer, que la mujer que amaba, lo había engañado, lo había abandonado por otra persona.

—Ayer le mandé los papeles para el divorcio.

—¿Tan rápido?

Sabía que era lo más práctico, pero le costaba hacerse a la idea de que una pareja que ella creía solida se acabara tan rápido, tan de golpe.

—No tiene sentido alargarlo. Y no tenemos niños... No tiene sentido...

Lo repitió varias veces. «No tiene sentido». No quiso decirle que lo único que intentaba era creérselo él mismo. Sabía que él lo sabía y que no engañaba a nadie.

—¡Pero será hija de puta la tía!

Alicia parecía realmente enfadada mientras se levantaba de golpe y empezaba a dar vueltas por la sala. Le había contado la separación de Rubén y llevaba un buen rato soltando improperios por la boca. Casi parecía que ella había sido la cornuda. Estaban en su salón, tomando unas cervezas. Habían quedado para tomar un café, esa era la excusa. Pero la noticia era demasiado importante como para contarla con un simple café en el cuerpo.

Alicia había llegado a su casa con ganas de hacerle un interrogatorio. La había llamado nada más llegar a Madrid, pero no tenía energía suficiente como para hablar de sus vacaciones. No. No era falta de energía. Era un cúmulo de sentimientos que la invadían y no sabía controlar.

El día de su marcha no había visto a Ángel. No salió de su habitación. Ella no podía culparlo. No quería verla. Normal. Le había pedido que se quedara con él y ella había huido. Le había dicho que tenía que irse y lo había dejado tirado en mitad del jardín.

El día de su marcha se quedó en casa, descansando. Sola. Necesitaba pensar, necesitaba meditar sobre lo que había pasado. Y se había descubierto mirando el móvil esperando una llamada o un mensaje que sabía que no llegaría. Y se odiaba por hacerlo. Ella había tomado su decisión. ¿Qué hacía esperando que él diera señales de vida?

Alicia llegó a su casa y las dos sabían perfectamente qué era lo que quería que le contara. Cambió de tema. La historia de Rubén le servía perfectamente para distraer la atención sobre su vida sentimental.

Aún no se creía que esa relación se hubiera roto. Y más de esa manera. Ella

había visto alguna vez a Irene. Era una chica atractiva. No como Alicia, no de las que te vuelves por la calle para mirarlas. Pero tenía un rostro dulce y, aunque era muy delgada, sabía vestirse para destacar sus curvas. Y cuando la oías hablar de su trabajo con esa pasión, con la emoción colgando en su voz, era imposible no enamorarse de ella. Y ella los veía juntos, contemplaba cómo Rubén miraba a Elena, cómo ella parecía estar también loca por él... Y ahora le costaba creérselo.

Alicia tampoco. Era algo que nunca hubieran esperado. Por mucho que se vieran poco, por mucho que vivieran gran parte del año a miles de kilómetros el uno del otro...

—Ya no existe el amor. —Alicia se sentó mientras sentenciaba categóricamente. Ada la miró fijamente—. Rubén e Irene siempre han sido un referente... Yo no quería una relación así, ya sabes que siempre he creído que no era sano...

—Pero porque te querías zumar a mi jefe...

Se rieron las dos. Lo necesitaban.

—También. En serio... A pesar de que no era una relación para mí, yo necesito el contacto diario... Me parecía que eran admirables, que se debían querer y respetar mucho. Eran como un modelo... Y ahora...

—Ahora me vas a decir que has perdido la fe en el amor por su culpa. Y yo que creía que ya la habías perdido hacía mucho.

No podía parar de reír. Quién le iba a decir que iba a estar riéndose mientras hablaban de ese tema.

—Me quedaba un pequeño resquicio. Ahora ya solo me quedas tú...

Bajó la mirada. Una manera estúpida de que ella no leyera las dudas en sus ojos. Le dio un trago a la cerveza e intentó bromear.

—Ahora voy a ser yo la responsable de que no sepas elegir a los tíos... — bromeó. Intentó fingir que no sentía que ella fuera, en esos momentos, el mejor

ejemplo de amor. Pero, por desgracia, Alicia la conocía muy bien. Se la quedó mirando fijamente.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Nada. Estoy sorprendida por la noticia. Rubén estaba destrozado y con una mala leche increíble. Tenía a todos los compañeros atemorizados. Lo convencí para que hiciera una reunión y les pidiera perdón. Y menos mal, porque trabajar en ese ambiente hubiera sido horrible.

—¿Te va mal con Gabriel?

Vale. Cambiar de tema no había servido para nada.

—No. Estamos bien... Es cierto que siento que sigo enfadada con él por abandonarme en vacaciones. Y que luego, encima, le costara tanto comprender por qué quería seguir yendo al campamento.

Alicia levantó una ceja mientras sus labios formaban una media sonrisa pícaro. Ella también la conocía perfectamente como para saber qué era lo que estaba pensando.

—Lourdes se estaba abriendo a mí y me dio tanta rabia abandonarla en ese momento... Estaba tan cerca.

—Ya... ¿Solo Lourdes?

—Bueno, todos los chicos han sido increíbles. El último día, en el baile, me regalaron una tarjeta gigante con dedicatorias. Casi me echo a llorar.

—Ada, podemos tirarnos así horas, pero las dos sabemos que antes de las vacaciones estabas loquita por Gabriel y ahora se ven las dudas en tus ojos. Y no creo que sea solo porque se tuviera que ir a operar a alguien...

Cogió su bolso, cogió el paquete de tabaco, le ofreció uno a Alicia, que la miró sorprendida, y se encendió uno ella sola.

—¿Ya no quieres fumar uno a pachas para no fumar tanto? —Se encogió de hombros.

—Tampoco fumo tanto, no llego ni a medio paquete al día. Estoy cansada de sentirme culpable por un vicio que tengo...

—A mí me parece bien. No voy a ser yo, precisamente, la que te juzgue.

Y sabía perfectamente a qué se refería. O, mejor dicho, a quién.

—Alicia, ¿a ti te gusta Gabriel?

Llevaba tanto tiempo dudando sobre ese tema que se sorprendió a sí misma cuando lo dijo.

—Eso no es lo importante.

—No me estás contestando.

—Creo que es inteligente, adicto al trabajo y que está loco por ti.

—Pero no te gusta...

—No es que no me guste. Es que me parece muy serio y formal.

—¿Y eso qué tiene de malo?

Sabía que se había puesto a la defensiva. Se echó la bronca. No podía pedirle su opinión y luego enfadarse con su amiga por hacer lo que le había pedido. Sin embargo, Alicia no parecía ofendida.

—Nada, niña. Ya te he dicho que lo importante es que te guste a ti. Simplemente que es demasiado «el yerno perfecto».

Y supo a qué se refería. Anotó esa frase en su cabeza: «el yerno perfecto». También era consciente de que su amiga sabía dónde dar.

—¿Por qué me preguntas eso ahora? ¿Qué es lo que te ha hecho dudar?

—No dudo. Tengo clara que mi decisión ha sido correcta.

—¿Tu decisión?

Vale. Había metido la pata. Le dio un trago a la cerveza, acabándola. Y luego comenzó a contarle a Alicia todo lo que aún no sabía. Su amiga escuchaba atentamente.

Estaba en su despacho, sentada en el sofá donde solía acomodarse cuando tenía una consulta, cuando hablaba con alguno de sus pacientes. No podía parar de escribir en su cuaderno. La sesión anterior había sido muy dura, demasiado como para guardárselo dentro. Había descubierto hacía mucho tiempo que escribir todos sus pensamientos y sentimientos la ayudaba a que los casos no se adueñaran de ella y no la destrozaran. Sin embargo, tenía muchas dudas de poder conseguirlo con ese caso.

Llevaba ya varias sesiones con Almudena y en la última había tenido que hacer esfuerzos sobrehumanos para no llorar. Desde el primer momento en que Rubén le había pedido que fuera ella la encargada supo que las palabras que se escucharan en esa habitación la acompañarían durante mucho tiempo.

Almudena tenía dieciséis años. Era una chica joven, bonita, a la que le gustaba salir con sus amigos, bailar y pasarlo bien. No descuidaba sus estudios. Era inteligente y tenía una gran memoria que la ayudaba en sus exámenes.

Miró las fotos de su expediente. La madre de Almudena les había prestado algunas fotos para que conocieran a la anterior Almudena, para que fueran conscientes de cómo se había apagado su mirada.

No solo era la mirada la única diferencia que notó desde el primer instante en que la conoció. Estaba más delgada y había dejado atrás la larga melena que se podía ver en las fotos. En esos momentos llevaba el pelo negro muy corto.

—Me lo he cortado. Cada vez que lo veía recordaba cómo uno de ellos me agarró con fuerza por él, enrollándose un mechón en su mano, mientras me decía lo mucho que le ponían las tías con el pelo tan largo.

Almudena había ido a una fiesta en casa de unos amigos de una amiga suya. O,

al menos, ella creía que era amiga suya. Lo que no podía imaginar era que la habían vendido, que la iban a traicionar de la peor manera posible. Su amiga le había dicho que a la fiesta iba el chico que le gustaba y que uno de sus amigos le había pedido que por favor la llevara también a ella, que la había visto en el instituto y le encantaba. A ella le pareció una buena manera de pasar la tarde. No tenía motivos para dudar. Si el chico no le gustaba, al menos echaba una mano a su amiga para ligarse al chico por el que estaba colgada.

Lo que no se podía imaginar era que una vez allí comenzaría un auténtico infierno. Cuando Ada leyó el informe no podía ni creérselo. Su amiga se había ido a una habitación con el chico que le gustaba y la había dejado en el salón. Ella sola y tres chicos más. No era algo que le hubiera hecho mucha gracia. Se imaginaba que a lo mejor tendría que ponerse borde con alguno de ellos. Pero fue mucho peor: la drogaron poniéndole algo en la bebida y luego abusaron brutalmente de ella. En un momento dado hasta perdió el conocimiento. Cuando se despertó estaba sola en el salón.

—Sentía un dolor tremendo. Bajé la mano y al llevarla a la entrepierna me di cuenta de que estaba sangrando... Estaba allí, tirada en una habitación, sola, con la ropa media rota y sangrando...

Se había puesto a llorar, desconsolada, perdida y avergonzada. Y, de pronto, había aparecido su amiga. No parecía sorprendida. Todo lo contrario. Le tiró algo de ropa mientras le hablaba con frialdad.

—¿Por qué lloras? ¿Ahora te vas a hacer la estrecha?

En ese momento comprendió que había sido su amiga la que la había vendido, que ella sí sabía lo que iba a pasarle. En ningún momento le preguntó, en ningún momento pareció sorprendida. Había cogido la ropa que le había tirado y se fue al baño. Y, desde allí, llamó a su madre.

—Llamar a mi madre para contarle lo que me había pasado fue horrible... Me sentía sucia, rota por dentro...

—Fuiste muy valiente.

Le sorprendía cómo Almudena se había atrevido a hablar con ella casi desde el primer momento. No era algo que soliera pasar. Tampoco había sido en su primera sesión. En esa casi ni habló; sin embargo, poco a poco había conseguido que se abriera, que confiara en ella. Siempre se sentía honrada porque personas que habían conocido lo más horrible del ser humano confiaran en ella. Y estaba convencida de que ellos lo notaban, que se daban cuenta de que para ella era algo más que un trabajo.

Y el caso de Almudena era aún más grave de lo normal. Si no fuera suficiente con el infierno que había pasado, lo peor no había terminado cuando su madre apareció en la casa donde todo había sucedido acompañada de la policía. No. Estuvo varios días sin ir al instituto. No tenía fuerzas para nada. Se decidió a volver cuando su madre le dijo que tendría que ir a un psicólogo. Tenía prejuicios sobre ellos.

Sin embargo, volver a las clases se convirtió en una pesadilla. De pronto, se había convertido en una fulana que había participado en una orgía y que luego destrozaba la vida de unos pobres chicos inocentes y, encima, culpaba a su amiga, que ni siquiera había estado presente.

No se lo podía creer. El primer día que llegó a su aula había una pintada en su mesa que gritaba «PUTA». Nadie le hablaba, a no ser que fuera para insultarla. En la hora del recreo se fue a su casa, llorando.

—Mi madre fue a ver al director. Me convertí en la puta, en la chivata, en la llorona. Volví solo dos días más... Me insultaban por los pasillos, me hacían el vacío... Una chica, que estaba colgada por uno de los tíos que me violó, me arrinconó en el baño, me dijo de todo, y luego me amenazó con destrozarme la vida si yo no retiraba la denuncia y decía que me lo había inventado todo... Destrozarme la vida... Como si no la tuviera ya destrozada...

»Luego mi madre decidió cambiarme de instituto. Creí que todo se habría acabado, que podría empezar a rehacer mi vida, a intentar superarlo... Y, de pronto, el mail, el Facebook... se empezaron a llenar de fotos, insultos... Cerré todo. Sin embargo, de pronto, un compañero de mi nuevo instituto, me enseñó un vídeo... Los muy cabrones habían grabado parte de mi violación.

Eran solo unos niños, chavales de dieciséis años que podían ser tan malvados,

que tenían tanta falta de empatía. Y ella no podía evitar pensar que algo estábamos haciendo realmente mal en el mundo para que ocurrieran casos así.

—Es divertido verte tan nerviosa.

—¿Nerviosa? Yo no estoy nerviosa. Simplemente estoy sorprendida.

Sabía que no la engañaba. Podía intentar mentirse a sí misma, pero a Alicia... Si la conocía mejor que su propio reflejo. Y aunque siempre se le pasaba por el pensamiento la pregunta de por qué la llamaba, si muchas veces la dejaba aún peor, necesitaba su dosis de sinceridad, su bocanada de realidad, que la espabilara.

Contempló su cama, llena de ropa y mientras suspiraba se sentó en un borde para no aplastar ni arrugar nada. Sí, tenía que reconocer que estaba nerviosa y se odiaba a sí misma. Cuando se había despedido de Ángel en el porche de la casa de sus padres, lo hizo pensando en que pasaría mucho tiempo antes de volver a verlo. Por eso la había pillado desprevenida.

Habían estado comiendo en su italiano de costumbre. El trabajo les tenía muy ocupados pero Gabriel no descuidaba el buscar un hueco para ir a verla. Estaban tomando el café hablando de cómo les había ido el día cuando soltó la bomba.

—Ada, este sábado no teníamos ningún plan, ¿verdad?

—No, no recuerdo nada, ¿por?

—Ángel está en Madrid este finde y nos ha invitado a cenar en su casa.

Casi se atragantó con el café. No lo entendía. Si ellos dos nunca habían tenido una relación cercana. Intentó disimular su expresión de sorpresa y, sobre todo, ese desasosiego que la había invadido. Durante los días que habían

transcurrido hasta el sábado había intentado no pensar en él ni en todos los sentimientos que despertaba en ella.

Pero se había enfrentado de golpe a todos ellos cuando, después de ducharse, empezó a pensar en qué ponerse. Y nada le gustaba, nada le parecía apropiado. Así que, tras darle mil vueltas, había cogido el teléfono y había llamado a Alicia.

—Siempre puedes ponerte ese vestido negro tan sexy que tienes, el que te deja la espalda al aire.

—No quiero estar sexy. Quiero ir bien vestida, pero sin pasarme. No quiero que Gabriel crea que no quiero arreglarme y que le hago un feo.

—Ya... Gabriel.

—Sí. Gabriel. Mi novio. ¿Lo recuerdas? Es alto, moreno. Es médico y estoy enamorada de él.

—Hombre, quererle sí que debes de quererle porque dejar escapar a un chico como Ángel.

—Es su hermano, joder. ¿No lo entiendes?

—Yo sí, Ada. Entiendo perfectamente lo que pasa y el porqué de tus acciones y reacciones. Y lo que me gustaría es que tú te pararas a reflexionar y darte cuenta de lo que realmente pasa y sientes.

—Ahora no, ¿vale? En nada va a llegar Gabriel y estoy en ropa interior.

—Bueno, seguro que si lo recibes así no tendrá muchos reparos en retrasar la cena.

Se rio e intentó volver al tema que les ocupaba. No tenía fuerzas para contarle a su amiga que su vida sexual había decaído considerablemente y que ella era la culpable de eso. Podría poner de excusa motivos de trabajo, de que estaban siempre ocupados, pero ella sabía que había algo más. No podía evitar sentirse culpable por desear mil veces más a Ángel que a su pareja. Se sorprendía al recordar que un día le parecieran casi idénticos. Y le

atormentaba soñar con el que, en un futuro, podría llegar a ser su cuñado. Y, sin poder evitarlo, su vida sexual con Gabriel había ido disminuyendo.

—No me estás ayudando.

—Vale, veo que no está el horno para bollos. Ponte el vestido azul y blanco. El que tiene escote en barco, ajustadito en el pecho y luego con mucho vuelo.

Se mordió el labio inferior. Ese era el típico vestido que habría llevado en una primera cita. Era bonito, le sentaba bien y, más que enseñar, insinuaba lo justo. Lo había descartado precisamente porque no quería asociar ese concepto a lo que iba a suceder esa noche.

—Póntelo y deja de darle vueltas a todo. ¿Quién sabe? A lo mejor Ángel quiere presentaros a una chica para que salgáis los cuatro en plan parejita. ¿No sería tierno?

—Adiós, Ali.

Colgó mientras oía las risas de su amiga. Cogió el vestido azul y se lo puso, haciendo caso omiso a ese desgarró que había sentido al imaginarse la escena que le había descrito. Era una egoísta. Ella estaba con Gabriel. Era feliz con él. Era ella la que había decidido no ahondar más en sus sentimientos hacia Ángel ni en los sucesos que habían compartido en los últimos días juntos. Ya estaba bien de comportarse como una cría. Había tomado una decisión y debía empezar a llevarla a cabo.

Gabriel llegó puntual. Ella terminaba de ponerse el rímel. No le abrió para que subiera y bajó a toda velocidad. No le apetecía que viera que tenía toda su ropa tirada por encima de la cama ni que se diera cuenta de que estaba más nerviosa de lo que quería aparentar. Para ella esa era una cena como cualquier otra. O, al menos, eso se repetía mil veces.

—¿Sabes? Alicia dice que a lo mejor nos va a presentar a una chica.

Salían del coche cuando decidió soltar lo que llevaba tiempo mascullando. Gabriel la cogió de la mano y se dirigió hacia el portal más cercano a donde habían aparcado.

—Mi hermano nunca me ha presentado a ninguna novia oficial. Aunque sí es raro no haberle visto en los quince días que estuvimos en el pueblo ligando con nadie. ¿No se lio con nadie la noche que salisteis juntos?

—No. Hizo un poco el tonto con Ali, pero creo que es porque ambos son parecidos.

—Bueno, ahora saldremos de dudas.

Gabriel llamó al telefonillo y a ella se le encogió el estómago esperando volver a oír su voz. No llegó. El timbre les anunció que la puerta estaba abierta y ellos pasaron.

Ángel vivía en el último piso y cuando llegaron delante de su apartamento la puerta estaba abierta. De dentro salía la voz de Ella Fitzgerald llenando el ambiente. Recordó la primera vez que lo había visto cocinando y deseó con todas fuerzas que esa vez estuviera completamente vestido.

—Estoy en el salón. Entrad.

Gabriel entró y giró directamente a la izquierda. Estaba claro que no era la primera vez que iba a casa de su hermano, cosa que ella no había podido asegurar hasta ese momento. Ángel terminaba de poner unas copas de vino en la mesa. Y sí. Pudo respirar. Estaba vestido. Con unos vaqueros que le sentaban demasiado bien y una camiseta. Se volvió al sentirles entrar y notó cómo recorría con la mirada todo su cuerpo. Iba a ser una noche muy larga.

—Hermanito, tan puntual como siempre.

—Las buenas costumbres no hay que perderlas.

Llegó hasta ellos en dos zancadas y le dio la mano a su hermano. Por mucho que ellos dijeran, esa falta de gestos cariñosos no eran normales. Luego se volvió hacia ella y, antes de que pudiera reaccionar, le dio dos besos y la cogió por la cintura. No la soltó cuando terminó con los besos. Dejó su mano en su cintura como si fuera lo más natural del mundo.

—Me tienes que decir, hermanito, cómo es posible que tu chica cada día esté

más guapa.

—Tratándola bien. Quizás deberías probarlo alguna vez.

—¿Tratar bien a tu chica? Creo que no puede tener muchas quejas. —Se rio. Y ella seguía muda, mirándolos con una sonrisa, disimulando todos los sentimientos que la invadían y controlando sus mejillas sonrojadas. Ángel seguía con la mano en su cintura y no parecía tener mucha intención de soltarla —. ¿O te refieres a otras? Si el problema es que son ellas las que me rompen el corazón.

Gabriel se rio y su hermano lo acompañó en las risas. Ninguno parecía darse cuenta de que no había abierto aún la boca.

—He traído un vino. ¿Por qué no le enseñas la casa a Ada mientras lo abro? ¿O tienes algo en el fuego?

—No. No te preocupes. ¿Vamos, preciosa? Bueno, creo que no hace falta indicarte que esto es el salón.

Salieron por el pasillo. En frente estaba la cocina, al otro lado de la puerta de entrada. Empezaron a avanzar por el pasillo y él abrió la primera puerta que se encontraron a la derecha. Era un baño. No hablaron. No sabía qué decirle y temía que su voz sonara temblorosa. Intentaba concentrarse en la casa, en cómo estaba decorada y esas cosas. Pero solo notaba cómo le ardía la piel debajo del vestido, justo donde él la tocaba.

—¿Vas a estar toda la velada en silencio? —Él parecía estar disfrutando de su situación—. Aunque espero que esta habitación te haga hablar.

Abrió la puerta y la empujó con suavidad hacia dentro. Era una sala de tamaño mediano con una gran ventana. Debajo de la ventana un hermoso escritorio de madera y, a ambos lados, estanterías completamente llenas de libros y discos de música.

—Es increíble. Me encanta.

—Por fin vuelvo a escuchar tu voz.

—Lo siento, yo... Estoy desconcertada.

—¿Desconcertada? ¿Por? —Le retiró un mechón de pelo que le caía por encima de su ojo. Eso no ayudaba mucho.

—En todos los meses que llevo con tu hermano casi ni sé de tu existencia y ahora... ¿Por qué nos has invitado?

Él no respondió. Se quedó mirándola fijamente. Primero a los ojos, luego a los labios. Avanzó un paso más hacia ella, eliminando el poco espacio que les separaba. El corazón le latía a una velocidad que no comprendía, que no asimilaba... Y ella no conseguía pensar en nada más que en esos ojos en los que se había perdido, esos labios entreabiertos, ese cuerpo que con solo alzar la mano podría acariciar.

No supo qué fue lo que la hizo reaccionar pero, sin mediar palabra, se alejó de Ángel y salió del pequeño despacho, dejándole solo. Giró rápidamente y, sin mirar atrás, fue directamente al salón. Gabriel servía el vino y se volvió hacia ella con una sonrisa.

—¿Ya conoces la guarida de mi hermano?

—No del todo, pero tenía sed.

Cogió una de las copas de vino y le dio un trago, intentando fingir una sonrisa relajada. Notó cómo Ángel entraba detrás de ella y les indicaba que iba a servir la cena. Su voz no delataba que estuviera enfadado, decepcionado o desconcertado. Se sonrió mientras se llamaba estúpida. Para él todo eso era un juego morboso en el que flirteaba con la novia de su hermano. Deseó, por unos instantes, ser como Alicia. Ser más desenfadada, más segura de sí misma, para seguirle el juego, para conseguir que fuera él el que se sintiera cómo se sentía ella en esos momentos.

Se sentaron y empezaron a cenar. Ángel y Gabriel se enfrascaron en una conversación sobre sus padres y otros parientes. Ella tenía la sensación de estar bebiendo más vino de lo que estaba acostumbrada. Echó la copa para un lado. No quería acabar diciendo algo de lo que se arrepintiera.

—Antes Ada me ha preguntado algo que me ha hecho pensar.

Levantó la vista de su plato al oír su nombre en los labios de Gabriel. Notó la sonrisa pícaro de Ángel sobre ella. ¿Pregunta? ¿Qué pregunta? No. No sería capaz de decirle que había preguntado por su vida amorosa.

—¿No hay ninguna chica en tu vida?

La mirada de Ángel sobre ella se hizo aún más intensa y notó cómo se ponía roja por segundos.

—Fue Ali la que me preguntó.

Sacando balones fuera. Aunque sí era cierto que había sido su amiga quien había hecho la insinuación de si estaría con alguien.

—Me cae bien tu amiga.

Ángel volvió a relajarse en su silla y le dio un trago largo a su copa. La miraba pensativo, como meditando qué decir a continuación.

—Ángel, no te hagas de rogar. No creo recordar haber estado tanto tiempo sin verte con alguna chica del brazo.

—Hay una chica... —No pudo evitar subir la mirada hasta cruzarse con la suya. Él la sostuvo unos instantes y luego se giró hacia su hermano—. Pero es un imposible.

—¿Imposible? ¿Por?

—Porque está con otro.

Casi se atragantó. ¿A qué estaba jugando? No. No podía estar hablando de ella.

—Bueno... ¿Desde cuándo eso te ha importado?

—Yo nunca me he liado, al menos siendo consciente, con la chica de otro. Además, por mucho que me vuelva loco, aprecio mucho al chico.

—Entonces... Ya sabes. Tienes que pasar página. Hay muchas chicas guapas en el mundo. Quizás Ada podría presentarte a alguna amiga.

¿Ella? ¿Presentarle un ligue a Ángel? Lo que le faltaba. Estaba buscando alguna excusa cuando su cuñado acudió en su ayuda.

—Mejor no meterla en esos líos. Si luego la cosa no cuaja no quiero malos rollos. Además, por mucho que sepa que tengo que pasar página, dejar de verla, no puedo evitarlo y busco cualquier excusa para poder volver a verla. Al final resulta que soy un masoca emocional.

Ángel la miró. Ahí tenía la respuesta a la pregunta que le había hecho en el despacho.

—Pues sí que debe estar buena.

Gabriel bromeó y todos se rieron. El ambiente se estaba cargando demasiado y ella notaba que iba a explotar. Ese era un buen momento para cambiar de tema y empezó a contarles una anécdota sin importancia que le había sucedido días atrás. Sin embargo, no pudo evitar escuchar a Ángel murmurando entre dientes:

—Es un ciclón.

Habían acabado la cena y mientras recogían un poco la mesa y Ángel les preparaba unas copas, el teléfono móvil de Gabriel empezó a sonar. Lo miró advirtiéndole. Por una parte si él se tenía que ir a trabajar, ella tendría la excusa perfecta para poder irse y terminar con esa velada surrealista. Pero tampoco quería volver sola. Necesitaba estar a solas con su chico. Necesitaba comprobar que lo que sentía por Ángel era solo algo instintivo, algo sexual. Y lo suyo, lo que ellos dos tenían, era mucho más. Sabía que si se quedaba sola no pararía de darle mil vueltas a la cabeza. Necesitaba una charla con Alicia de manera urgente.

—No te preocupes. Aunque fuera una urgencia llevo demasiado vino encima para operar. Será una consulta.

Asintió con la cabeza mientras veía cómo Gabriel salía del salón y se perdía por el pasillo. Ángel se cruzó con él llevando unos vasos anchos y una cubitera llena de hielos en las manos. Volvían a quedarse a solas. Se miraron durante unas milésimas de segundo y ella temió que él le dijera algo por haber huido antes del despacho. Sin embargo, el gesto de él no parecía relajado ni divertido. Lo vio acercarse a los sofás y dejar los vasos en la mesita que había delante. Suspiró y fue donde él. Se sentó en uno de los sofás en silencio, observando cómo sacaba diferentes botellas.

—¿Te das cuenta de que no me has preguntado por Lourdes en ningún momento?

¡Lourdes! Mierda. Tenía toda la razón del mundo. No se había acordado de ella desde que Gabriel le había hablado de esa cena. ¿Por qué se comportaba así? ¿Cómo podía haberla sacado de sus pensamientos? Y no iba a excusarse con que tenía mucho trabajo, muchas chicas que sufrían lo mismo que Lourdes. Ni siquiera iba a hablarle de Almudena y de cómo su caso la había absorbido

por completo. Porque no. No era excusa. Le había prometido que la ayudaría y ahora...

—Tienes razón. No tengo excusa. Yo debería haberte llamado para preguntarte pero...

¿Cómo decirle que ya bastante le tenía en los pensamientos como para encima volver a escuchar su voz?

—Da igual. Lo comprendo.

Ángel no la miraba. ¿Ahora estaba molesto porque no lo había llamado? No iba a abrir esa puerta. Aunque, en su interior, una vocecita le pedía que lo hiciera.

—Ángel, ¿le ha pasado algo a Lourdes?

—No. Supongo que te alegrará saber que el padre está unos días fuera del pueblo por motivos laborales. Al menos por estos días está a salvo.

—Por estos días... Tenía que haberme quedado. Si hubiera hablado con Rubén seguro que habría entendido el motivo. Ella estaba a punto de abrirse a mí. Ahora mismo podría estar a salvo para siempre. Y sin embargo...

Ángel dejó las botellas en la mesa y se acercó a ella. Se arrodilló a su lado y le cogió las manos para consolarla. La frialdad que antes había mostrado había desaparecido. Inclino la cabeza y la apoyó en el hombro de Ángel.

—No te atormentes. Hiciste lo que creías mejor. Por desgracia, Lourdes no es la única chica que te necesitaba.

—Le prometí que la ayudaría... Que estaría ahí.

—Cuando ella esté lista... No podías forzarla... Ada, siento haber sido un borde antes. Yo... Supongo que la frustración por no poder ayudarla... me pudo.

No le contestó. En el fondo sabía que era una excusa, que su enfado era por otros motivos, pero así era más fácil descargar todo lo que sentían. Y también

sabía que él era consciente de que no la había engañado. Siguió hablando, apoyada en él, con sus manos entre las suyas.

—¿Vas a volver? ¿Cuándo acaba el campamento?

—Esta semana termina. Luego iré los fines de semana que me permita el trabajo. No te preocupes, la vigilaré.

—Quizás pueda ir yo algún fin de semana...

—Muy bonito. Me voy unos minutos y me encuentro a mi hermano intentando robarme la novia.

Gabriel los miraba divertido desde la puerta del salón. Ada era consciente de que no estaban haciendo nada malo y que su novio no había visto amenaza alguna ni se había mosqueado por la escena que se dibujaba ante sus ojos. Sin embargo, no pudo evitar alejarse de golpe de Ángel y sacar su mano de entre los dedos de él.

—Hablábamos de Lourdes.

—¿La chica del campamento? ¿Le ha pasado algo?

—No. Bueno, aparte de...

No sabía cómo contestar sin quitarle toda la importancia a lo que sufría diariamente Lourdes en su casa. Ángel se levantó y se alejó de ella sin mirarla. Ella, sin embargo, no pudo retirar la vista de él hasta que Gabriel se acercó y se sentó a su lado.

—Ha sido una pregunta tonta.

Gabriel la abrazó y la rodeó con un brazo para atraerla hacia él y besarla con suavidad en el cabello. Y ella volvió a sentir una necesidad enorme de huir, de alejarse de esa casa y de su propietario.

—Tengo sus olores grabados en mí... A pesar de ser varios... A pesar del tiempo... Hay días que sigo sintiendo su olor pegado a mi piel... Y necesito ducharme... A veces siento que me voy a arrancar la piel de tanto frotarme...

Almudena parecía aún más agotada, si era posible, que de costumbre... Tenía las ojeras más marcadas e incluso parecía más delgada. El vídeo que el compañero le había enseñado parecía que iba a ayudar a condenar a los cabrones que le habían hecho eso. Sin embargo, el suceso había llegado hasta las noticias. El vídeo había corrido como la espuma.

Ada estaba horrorizada. ¿Cómo era posible que el morbo de la gente fuera tan grande? No podía creérselo. Todo el mundo se sentía escandalizado por las imágenes, pero se las pasaban a otro... Hasta conocía a gente que lo había hecho, incluso habían querido enseñárselas a ella. Lógicamente no sabían que ella conocía a Almudena. Tampoco se lo iba a decir. Y cuando les había recriminado que lo hicieran, que difundieran esas imágenes, lo único que habían dicho era: «Si todo el mundo lo hace», «Si no lo ven ahora lo verán en la televisión». Ni siquiera habían cambiado de opinión cuando les preguntó que cómo se sentirían si la chica de las imágenes fuera conocida de ellos. Por desgracia, la gente solo sentía verdadera empatía cuando esos horrores le sucedían a alguien de su círculo cercano. Era realmente vergonzoso. Pero ya nada le sorprendía. La gente había perdido la capacidad de ponerse en el lugar del otro y acababan frivolizando todo.

Contemplaba a Almudena y le rompía el alma. No solo había sufrido una brutal violación, sino que también había sido atacada a nivel personal por gente a la que llamaba amigos. Y la habían obligado a salir de su entorno, a cambiar de instituto, y ni aun así le habían dejado en paz y le habían perseguido. ¿Qué clase de jóvenes eran?

Recordó a los chicos del campamento y la sensación de paz que le habían dejado. Y su mente viajó hasta Lourdes... No había llamado a Ángel en ningún momento. Después de la velada en su casa no se sentía con fuerzas para encontrárselo de nuevo. Pero no quería olvidarse, otra vez, de esa chica que la necesitaba. Tenía el teléfono de Ruth, podía llamarla a ella. Sí. Eso haría.

—Al principio no podía creérmelo... ¿Cómo podían haberme hecho eso? Eran mis amigos, mis compañeros... Cuando la gente empezó a insultarme, a aislarme, me planteé si había sido culpa mía, si podía haber hecho algo, mostrar más resistencia...

Ya habían hablado de ese tema en más de una ocasión. Sabía que no era necesario decirle que no era culpa suya, que no podía haberlo evitado. Por mucho que se lo repitieran, hasta que ella no estuviera preparada para enfrentarse al hecho de que no tenía el poder de decir qué era o no lo que pasaba en su vida. Eso no era fácil... Nos crían diciéndonos que nuestra vida es nuestra, que nuestro destino está en nuestras manos y, de pronto, pasan sucesos que te marcan para siempre. Y no podías evitarlo. Lo que sí podías hacer era no rendirte, era seguir luchando por tus sueños y que aunque algo te marcara, no te impidiera vivir como te gustaba.

—Pero si eso fue un infierno... Despertarme con la ropa rota, con sangre, con leves recuerdos... pero con la consciencia de lo que había pasado... Lo que pasó después... Lo que está pasando... Me costó no creermelo que todo lo que decían era verdad... Si todos opinaban lo mismo, ¿no sería yo la equivocada?

La dejaba hablar... Notaba que era lo que necesitaba. Ya habían tocado todos esos temas en más de una ocasión. Pero la repercusión del juicio cercano, el maldito vídeo corriendo como la espuma... Almudena necesitaba hablar, necesitaba divagar y soltar todo lo que tenía dentro. No iba a ser ella la que la interrumpiera.

—Ya no tengo ni Facebook, ni Twitter, ni siquiera el mail... No veo la televisión... Pero no puedo huir. No me libero de este tormento. El otro día un tío, un capullo, se acercó a mí y me dijo que él sí me haría disfrutar... Salí corriendo mientras lloraba. No pude decirle nada... Ya no puedo más... He perdido a mis amigos. Ya nadie me respeta. Me insultan, me dicen burradas por la calle... Y yo solo quiero llorar. Solo quiero que todo acabe de una vez.

Sentía ganas de asesinar al imbécil que se había acercado para decirle aquello. Pero ¿qué era lo que le pasaba a la gente? ¿Ese era el mundo por el que luchaba? No. Era todo lo contrario.

Se levantó y se sentó a su lado para abrazarla. Sabía que no era profesional pero le daba igual. ¿Cómo actuar en esos casos? ¿Cómo permanecer estática en esos momentos? No. Ella estaba allí para ayudarla, para conseguir que Almudena volviera a sonreír, y eso no lo iba a conseguir poniendo barreras entre ellas.

—Me condenan por ser mujer... por haber sido una chica alegre pero algo tímida... Mi supuesta amiga creía que tendría tan poca autoestima como para no atreverme a denunciar lo que había pasado... Recuerdo cuando puse la denuncia... Una de las primeras preguntas que me hizo el policía fue: «¿Qué ropa llevabas?». ¿Acaso importaba?

Hizo una pequeña anotación en su cuaderno. Nunca había pensado en la policía cuando habían planeado charlas para formar en el trato con las víctimas. Lo lógico era que el propio cuerpo tuviera su propia formación interna. Y suponía que era así, que solo sería un individuo aislado. Sin embargo, podría salir algo interesante de una colaboración. No sabía si podría, pero haría todo lo posible porque nadie más tuviera que sufrir preguntas de esa índole. Bastante infierno tenían ya, bastante se comerían la cabeza como para les hicieran sentir mínimamente culpables.

—Ada, ha llegado el abogado de Almudena. Y vas a flipar cuando lo veas.

Montse le habló por el intercomunicador. Recogió los informes que tenía encima de la mesa mientras le decía que le hiciera pasar a su despacho. Sacó el informe de Almudena mientras oía cómo se abría la puerta. No supo por qué no se lo había imaginado pero, al levantar la vista, se quedó con la boca abierta. Estaba increíble con ese traje oscuro estrecho. No estaba acostumbrada a verlo tan bien vestido.

—¿Qué haces aquí?

Era una pregunta tonta, pero no se le ocurría nada más. Bastante tenía con no seguir babeando por él. Ángel parecía divertido, con esa sonrisa chulesca que ya conocía tan bien.

—Hola, preciosa.

¿Por qué su voz la acariciaba en la distancia? ¿Y por qué narices le tocaba estar en ese caso? Toda una vida sin coincidir y ahora, cuando necesitaba olvidarse de él y de los sentimientos que le provocaba, no paraba de reaparecer en su vida. ¿Y si no era una casualidad? ¿Y si él había decidido participar en ese caso al ver que era su asociación la que estaba tratando a Almudena? No. No debía ser tan egocéntrica. La vida estaba llena de esas casualidades, ¿verdad?

Se levantó y se acercó para darle dos besos. No iba a dejar que él se diera cuenta de lo mucho que le afectaba su presencia. Además, tenían algo más importante entre manos: Almudena. Solo tenía que centrarse en ella y todo saldría bien.

—Hola, cuñado. ¿Llevas el caso de Almudena?

Si a Ángel le había molestado que le recordara su relación familiar, no lo mostró. Y ella no paraba de recordárselo mentalmente: «Es el hermano de tu novio, es el hermano de tu novio». Ángel la rodeó por la cintura y le dio dos besos, uno en cada mejilla. Besos demasiado largos, demasiado cerca del borde de sus labios, demasiado sensuales.

—Estás preciosa. Nunca te había visto vestida de psicóloga.

—¿Vestida de psicóloga?

Se rio ante la definición de Ángel. No la había soltado del todo, había relajado el brazo pero seguía con la mano posada en su espalda. Ella sabía que debía alejarse con delicadeza, romper el contacto que le ardía y la alteraba... pero le gustaba demasiado.

—Sí. Con esta falda y la blusa... estás realmente sexy.

—Tú tampoco estás nada mal con el traje.

¿Qué narices estaba haciendo? ¿Flirteaba con su cuñado? ¿Le seguía el juego a alguien que sabía que estaba prohibido, que no podía dejar que se le acercara demasiado?

Ángel sonrió. Con esa sonrisa llena de malicia que le hacía estremecer. Y lo peor era que era consciente de que él se daba cuenta del efecto que producía en ella. Ángel subió la mano que no tenía en su espalda y le retiró un mechón de pelo y, con la excusa, aprovechó para rozarle la mejilla.

Eso no era nada profesional. Cualquiera podría entrar en su despacho y encontrarlos en esa situación. Tenía que reaccionar, aunque sus piernas le temblaban y un oscuro pensamiento invadido por el deseo empezaba a cobrar fuerza en su interior.

Se separó levemente de él y se dirigió, de nuevo, a su mesa. Le indicó que se sentara y ella puso todo el mueble entre los dos. Suspiró internamente. Ese era su trabajo y en él no había nadie mejor. De eso no tenía la menor duda.

—¿Qué es lo que necesitas de mí?

—Estuve leyendo el informe que mandaste...

Ángel, de pronto, tenía el rostro serio y formal. Parecía que él también había entendido que debían centrarse en su trabajo y no hurgar en una herida que sangraba con demasiada facilidad. Le empezó a preguntar por una serie de apuntes que no le quedaban claros. Era realmente intuitivo y serio. Tomaba notas de sus respuestas y luego le preguntaba detalles que solían pasárseles por alto a los abogados. Se le notaba la experiencia y que se había preparado muy bien el caso antes de ir a verla. No pudo evitar preguntarse si lo que quería era impresionarla. Se echó interiormente la bronca. Era un gran abogado. Lo haría con todos sus casos. Ese no era especial porque estuviera ella. Era especial por todo lo que había sufrido, y estaba sufriendo, Almudena.

Y al pensar en Almudena no pudo evitar recordar la historia que le había contado Ángel de por qué quiso dedicarse a ayudar a víctimas de violaciones. Estaba segura de que ese caso le traería muy malos recuerdos: una fiesta, una violación en grupo... No. No debía ser fácil para él.

—Estoy preocupada por ella.

—¿Crees que no aguantará la presión del juicio?

Suspiró. No era fácil. Tenía miedo. No iba a negarlo. Llevaba desde la última sesión sin poder parar de darle vueltas. Había mucha desesperación en su voz. Nunca la había visto tan hundida desde que la había conocido. Y comprendía su tristeza, que le costara ver una salida de ese túnel...

Pero estaría a su lado hasta el final. Lo tenía muy claro.

Estaban en el bar que había al lado de su trabajo. Rubén la había invitado a unas cañas. Quería agradecerle que le hubiera espabilado cuando lo necesitaba, cuando había perdido el norte. Y ella sentía que era ella la que tenía que invitarlo a algo por haberla salvado.

Rubén había entrado en su despacho cuando su reunión con Ángel estaba terminando y ella empezaba a temer que su cuñado quisiera alargar su encuentro en un lugar más relajado. Sí. Huía de él. Pero era lo mejor que podía hacer.

Su jefe había interrumpido la pequeña reunión con la excusa de informarla de que Almudena había cambiado el horario de su próxima cita. Le extrañó. Primero le extrañó que fuera Rubén quien entrara y no dejara que fuera Montse la que se lo comunicara. No era algo tan urgente. También le sorprendió que Almudena, tan puntual como era, cambiara su cita.

—Hola, tú debes ser el hermano de Gabriel. Os lo habrán dicho mil veces, pero sois idénticos.

Rubén se había plantado delante de Ángel y le había tendido la mano. El segundo pareció dudar unos instantes, pero enseguida se levantó y apretó su mano contra la de Rubén. Con fuerza. Se les notaba a los dos. ¿Por qué los hombres tenían que hacer ese extraño ritual de marcar el territorio? ¿Y qué territorio estaban marcando esos dos? Ada cada vez comprendía menos a los hombres.

—Encantado. Me llamo Ángel. Y, bueno, hay algunas personas que nos distinguen a la primera.

Le guiñó un ojo, divertido. Y ella supo que se había puesto colorada. Por eso

agradeció cuando Rubén le recordó que habían quedado justo después de esa reunión. El rostro de Ángel parecía decepcionado y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrar que no tenía ni la más remota idea de que habían quedado después del trabajo.

Despedirse de Ángel era algo que le aterrorizaba y no se había dado cuenta hasta ese momento. Pero no era por la despedida en sí, ni siquiera era por el temor a no verlo más —estaba asumiendo que sacarle de su vida y romper el contacto con él, limitándolo a lo mínimo imprescindible, iba a ser imposible —, sino a la intimidad que se formaba entre ellos cada vez que estaban solos, hablando de algo que no fuera trabajo.

Rubén ya no había salido de la sala y eso provocó que Ángel no se sintiera cómodo y se fuera pronto. Y ahora estaban allí, en el bar de al lado, tomando algo, hablando... Bueno, sobre todo hablaba Rubén, pero era algo que había previsto.

—Llevo media vida con ella... Más de media vida. Es imposible levantarse una mañana y olvidarlo todo. Mi rutina estaba llena de pequeños detalles que se relacionan con ella. Y mi casa se me cae encima... Todo me recuerda a ella.

—Quizás sea el momento de un cambio.

—No quiero vender mi casa, me gusta mucho...

—No hace falta. Simplemente, cambio de look, como cuando las mujeres vamos a la pelu tras una ruptura. Pues lo mismo con tu casa. Aunque solo sea una mano de pintura y algunos muebles nuevos. ¿Nunca te ha pasado que no has comprado algo porque sabrías que a ella no le gustaría? Pues ahora ya sabes...

—¿Y eso no es un parche?

—Eso es, simplemente, una fase del luto. Y hay que pasar por ellas, si no acabarás sufriendolas a destiempo.

Rubén la cogió de la mano.

—Gracias... Mil gracias por estar aquí. Primero por ponerme las pilas el otro día y no rendirte conmigo.

—¿Rendirme contigo? Pero si eres un trozo de pan.

Rubén, de pronto, subió una de sus manos y la posó en su nuca. Luego acercó su cara y apoyó su frente sobre la suya. Durante unos instantes aguantó el aire. Luego ya se relajó. No había nada sexual en ese gesto. Solo una necesidad de consuelo. Rubén subió el rostro y le dio un dulce beso en la frente. No. Definitivamente no comprendía cómo alguien podía ponerle los cuernos...

—¿Y tú qué?

—¿Yo?

Esa pregunta la pilló por sorpresa.

—La mirada que me has echado cuando he entrado en tu despacho ha sido bastante significativa.

No sabía de qué le estaba hablando. No recordaba haberlo mirado de ninguna manera especial.

—¿A qué te refieres?

—¿No te llevas bien con tu cuñado?

—¿Por qué piensas eso?

Esa conversación estaba a punto de convertirse en una conversación de besugos... Uno preguntando y la otra ignorándole, sin responder y contratacando con otra pregunta.

Rubén levantó una ceja inquisidor, echándole la bronca solo con la mirada. No necesitaba nada más.

—Me llevo bien con él. Ese no es el problema...

No quería hablar con Rubén sobre ese tema. No quería hablarle de las dudas

que le provocaba... Acababan de dejarlo por otro. No era la persona más adecuada para decirle que se había sentido tentada de engañar a su pareja con otra persona... Además, ella no era así. No. Ella no era capaz de estar con dos personas a la vez. Nunca había entendido que pudiera haber gente que llevara una doble vida.

Y no, no iba a dejar a Gabriel por Ángel. Ya no solo por la tesitura de que fueran hermanos —que eso ya era excusa suficiente—, sino porque no conocía realmente a Ángel. Solo de quince días... Por muy intensos que pudieran haber sido. No iba a echar por la borda una relación estable por un quizás...

—¿Cuál es el problema entonces? ¿Te llevas demasiado bien?

El tono de Rubén era claro y directo. Y no ocultaba lo mucho que podía molestarle su respuesta.

—No es eso... Ya sabes que yo nunca...

Se quedó callada unos instantes. ¿Qué iba a decirle? ¿Que nunca se portaría como había hecho su mujer? ¿Para qué meter el dedo en la llaga? Porque aunque lo dijera con otras palabras, eso sería lo que le llegaría a él.

—Creo que Gabriel se siente amenazado. Está algo celoso y no me apetece que piense cosas que no son.

Esa fue la primera vez que mintió a Rubén. Nunca lo había hecho hasta ese momento y se sintió realmente mal.

Tamborileó con los dedos sobre su mesa. Volvió a mirar el reloj. No. No era nada normal. Quizás habían pillado algún atasco, aunque a esas horas no era lo habitual. Suspiró. Esperaría un poco más antes de llamarlas. No quería dar la voz de alerta o montarse historias sin motivo alguno.

Llevaba todo el día con el estómago revuelto, con una extraña sensación en todo el cuerpo. Era de esos días que te despertabas sintiendo que algo no iba bien.

Y no quería dejarse llevar por ese malestar, no quería ver fantasmas donde no los había. Pero era tan raro que Almudena llegara tarde a una de sus sesiones...

Se cansó de esperar. No iba a estar tranquila hasta que supiera qué le había pasado para no estar a la hora en su consulta. Se levantó de la silla y salió de su despacho. Fue directa a la mesa de Montse.

—¿Ha llamado Almudena o su madre para decir que llegarán tarde o anular la cita?

—No. ¿Quieres que las llame para ver si ha sucedido algo?

Pensó unos instantes. No quería parecer una exagerada.

—No. Esperaré un rato...

Montse la miró fijamente. Notaba su nerviosismo. Descolgó el teléfono con una sonrisa.

—No te preocupes. Así salimos de dudas.

Sonrió. Le encantaba trabajar con gente que la conocía tan bien y que era tan eficiente. Rubén salió en esos momentos del despacho y fue directamente hacia ella.

—¿No tenías consulta?

—Sí. Pero no ha aparecido. Montse está llamando para ver qué ha sucedido.

Se volvieron hacia ella y se quedaron helados. La eterna sonrisa de Montse había desaparecido y había perdido hasta el color del rostro. Notó cómo la mano de Rubén rodeaba la suya. Ya no era solo ella la que tenía un mal presentimiento. Montse colgó y la miró. Sus ojos estaban llorosos...

—¿Qué ha pasado?

—Su madre ha ido a buscarla para venir a la consulta... La ha encontrado en su cama...

No quería interrumpirla. Tenía claro lo que había pasado, lo que había hecho Almudena... Lo único que esperaba era que hubieran llegado a tiempo.

—Parece ser que se ha tomado todas las pastillas para la tensión de su madre y unas que le habían recetado para que durmiera... Creen que las ha mezclado también con alcohol...

Apretó la mano de Rubén, que no la había soltado. No podía ser... Recordó que la última vez que la había visto la notó más triste y cansada. Las cosas, en vez de ir a mejor, habían ido empeorando gracias a los comentarios en la prensa y la opinión pública, que se atrevían a juzgar a las personas sin conocer toda su historia.

—Dime que han llegado a tiempo...

Era una súplica. Algo se estaba rompiendo en su interior. Una lágrima recorrió el rostro de Montse mientras negaba con la cabeza. Las palabras ya casi no le salían...

—Han tenido que llevar al hospital a la madre con un ataque de ansiedad... He hablado con un familiar... Los médicos no han conseguido...

Alargó la mano que tenía libre y cogió la de Montse. Sabían perfectamente a lo que se dedicaban, sabían que se enfrentaban a enormes fantasmas que destrozaban la vida de jóvenes que se sentían indefensos, perdidos... Pero siempre mantenían la esperanza de poder ayudarlos a salir de ese pozo, a que se convirtieran en fuertes sobrevivientes... Almudena ya nunca sería una de ellos... Y se echó a llorar.

Las lágrimas caían por sus mejillas, silenciosas, imparables... Había fracasado. Y en su fracaso, una inteligente, dulce y preciosa niña había perdido la vida.

—Yo... Necesito...

No sabía ni lo que necesitaba. Rubén la cogió por los hombros para tranquilizarla.

—Te acerco a casa si quieres... Ahora llama Montse para cancelar tu última consulta...

—Gracias...

En esos momentos no estaba como para hablar con otra adolescente. Se sentía egoísta. Dejaba tirada a una persona que la necesitaba, pero algo se había roto en su interior y de poca ayuda sería ella en esos momentos. Pero no quería quedarse sola. Si lo hacía se pondría a llorar y no pararía hasta el día siguiente.

—Creo que voy a llamar a Gabriel e irme a su casa.

—No creo que sea bueno que cojas el coche ahora mismo...

—Estoy triste y... —¿Cómo decir que se sentía culpable por no haberse dado cuenta de lo que iba a hacer Almudena?—. Pero puedo coger el coche. No te preocupes. Solo necesito...

No estaba siendo coherente en sus frases. Y cuanto más tiempo permaneciera allí, menos lo sería. Y menos posibilidades habría de que Rubén la dejara irse sola. No era una niña pequeña. No tenía que tratarla como si se fuera a

romper...

Se dio la vuelta y se fue a su despacho para coger la chaqueta y el bolso. Era consciente de que Rubén la había seguido.

—No es culpa tuya. Nadie podía haberlo previsto.

—Tenía que haberlo hecho... La experiencia por la que ha pasado es brutal... Nadie está preparado para soportar algo así... Y menos una adolescente...

Miró el informe que tenía encima de la mesa. Contempló el nombre de Almudena y sintió un enorme nudo agarrándole con fuerza el pecho, sin casi dejarla respirar.

El móvil que estaba encima de la mesa empezó a vibrar, dándole un pequeño susto. Era Ángel. Se habría enterado de la noticia y la llamaría para decírselo. Tarde... y lo odió. Él también era culpable de no haberse dado cuenta de lo que podía pasar... No se lo cogió. Dejó que sonase hasta que saltó el contestador. Rubén no dijo nada, pero estaba segura de que se había dado cuenta de su comportamiento.

—Te llamo esta tarde. Iré al tanatorio.

Rubén asintió en silencio. Analizando la situación. En unos días le tocaría charla, de eso no le cabía la menor duda; pero en esos momentos necesitaba irse de allí y refugiarse en los brazos de su pareja para intentar sentirse un poco menos culpable de todo lo que había pasado.

Era la primera vez desde que le había dado las llaves que las usaba. Siempre que había ido o él ya estaba en la casa o iba con ella. Había intentado localizarle mientras conducía hacia su casa, pero le había sido imposible. Estaría operando o en alguna consulta. Le había dejado un mensaje indicándole lo que había pasado y que lo esperaba en su casa. Pensó en ir al hospital, pero tampoco le parecía muy apropiado. Él estaba concentrado en su trabajo y si no podía cogerle el teléfono menos aún podría consolarla. Lo esperaría en su casa y ya está.

También podría haber ido a la suya, pero no quería relacionar su hogar con la sensación que la invadía en esos momentos. «¿Y sí la de tu pareja?». Sí. Eso era distinto. Aunque pasaban muchas noches juntos, aún pasaba más tiempo a solas en su casa que con él. Y no quería que en esas veladas en soledad el recuerdo de Almudena y lo que había pasado la atacara y no tuviera a nadie con quien consolarse.

La casa estaba en silencio. Entró y dejó la chaqueta en el precioso perchero de madera que adornaba un pequeño y cuadrado recibidor. La casa de Gabriel era lo que se podía esperar de un cirujano. Ordenada, limpia, blanca, con pocos adornos. Demasiado impersonal para su gusto. Pero, por otra parte, lo veías reflejado en esos muebles caros y elegantes, de líneas finas y ágiles. Si la casa hubiera sido de otra manera no sería de él.

Sacó el móvil. Tenía varias llamadas de Ángel y un wasap pidiéndole que lo llamara cuando pudiera. Le contestó brevemente. «Ya sé lo de Almudena. Hablamos». Sabía que no era justa con él, pero no podía evitarlo.

No esperó a que él le contestara. Apagó el teléfono móvil. Sabía que era contraproducente porque Gabriel podría llamarla para hablar con ella cuando viera sus llamadas y su mensaje, y podría preocuparse al ver que no le

contestaba. Pero necesitaba aislarse de todo y de todos.

Fue a la nevera, cogió una Coca-Cola de la nevera y se quedó apoyada en la encimera. No podía parar de darle vueltas a las frases que Almudena en la última sesión. Lamentó haberse dejado todos los informes en su despacho. Sabía que ya no podía hacer nada. No paraba de repetirse que no era culpa suya, que Almudena estaba rota por dentro y que las probabilidades jugaban en su contra. Pero no podía evitar pensar que algo se le había escapado.

No sabía a qué hora llegaría Gabriel. ¿Qué iba a hacer hasta entonces? Podría ver alguna película o leer algún libro, algo que le permitiera desenchufar. Había ido para eso, ¿no?

Sin embargo, ahora le aparecía una necesidad diferente. Miró el móvil que descansaba en su bolso. No. No quería encenderlo. Seguramente Ángel le habría respondido y no le apetecía ver qué le quería decir o cómo la consolaba. ¡Ella quería el consuelo de Gabriel, quería sus mimos! Y no hablar otra vez con ese maldito contestador. A veces tenía la sensación de que hablaba más con esa máquina que con su pareja.

Se sentó en el sofá del salón y miró a su alrededor. ¿Esa era la vida que quería? ¿De verdad era tan comprensiva como había querido mostrar cuando decía que entendía el trabajo de Gabriel? Una cosa era decirlo y otra no saber cuándo podía contar con él.

Suspiró. Se volvió a levantar y deambuló por el salón. No quería pensar en eso. Miró el teléfono fijo que estaba en la mesilla. Lo cogió y llamó a la asociación. Montse descolgó casi al segundo toque.

—Hola, Montse, soy Ada.

—Ada, ¿cómo estás?

—Mejor. Estoy en casa de Gabriel. ¿Puedes hacerme un favor?

—Por supuesto.

—Creo que me dejé mi ordenador encendido. Tengo una carpeta con el

nombre de Almudena. ¿Puedes reenviármelo por mail?

Montse dudó unos instantes.

—Montse, estoy bien. Solo necesito comprobar unas cosas. Aún no ha llegado Gabriel y necesito trabajar.

—De acuerdo. Te lo mando.

—Gracias. Un beso.

Colgó el teléfono y se fue al despacho que Gabriel se había montado en la casa. Era el único lugar de la casa que tenía un poco más de decoración, con varios diplomas y viejos utensilios médicos. Había varias cosas bastantes curiosas...

Se sentó en el amplio asiento. Gabriel se había dejado el ordenador encendido, cosa que le llamó la atención. No era propio de él. Con todo lo que le gustaba a él ahorrar y lo mucho que cuidaba el medioambiente... Seguramente se hubiera quedado trabajando hasta tarde y ni se habría dado cuenta al irse a dormir.

Abrió el navegador y entró en Gmail. La página la dirigió, directamente, al correo de Gabriel. Fue a cerrarlo para abrir el suyo y esperar el mail de Montse cuando algo le llamó la atención.

Dudó unos instantes. No debía cotillear los mails de su chico, pero ¿por qué había uno con un «tengo ganas de ti» en el asunto? Le tembló la mano mientras dirigía el ratón al mail. Mientras pudo observar que había varios correos de la misma chica y con títulos incluso peores...

No. No podía ser verdad. Sería alguna broma entre colegas o... No. Las palabras que medio leyó no dejaban lugar a dudas... Y si no hubiera tenido bastante con eso, la fotografía de una de las enfermeras del hospital, muy ligera de ropa y en una pose más propia de una actriz porno, la golpeó en el alma.

Se levantó, salió del despacho dejando el ordenador con el mail abierto, cogió

la chaqueta y el bolso que reposaban en el perchero... Lo miró fijamente. Sabía lo mucho que le gustaba a Gabriel y no lo pensó. Lo agarró y lo tiró contra el suelo con toda la fuerza que pudo. Luego se fue de la casa.

No sabía qué hacer. ¿Qué narices le había pasado al karma ese día? ¿Tan mala había sido en el pasado para que ese día la castigara tanto? Entró en un bar que estaba medianamente lleno, sobre todo de personas que salían del trabajo y quedaban para tomar algo y desenchufar de la dura jornada laboral.

¿Dura jornada laboral? Ahora se la cambiaba sin dudar a cualquiera de ellos. Se sentó en la barra y se pidió un bourbon. El camarero la miró dudando. No lo culpaba. No debía ver a muchas chicas, a esas horas, pidiendo una bebida tan fuerte. Ella le devolvió una mirada fría, casi con rabia... Pero no quería cargar contra él toda la rabia que sentía, en esos momentos, contra los de su género. El chico, un muchacho rubio, delgado y bastante mono le dedicó una dulce sonrisa y le sirvió su copa.

—¿Necesitas algo más?

—No. Gracias.

No quería ser borde. Intentó fingir una sonrisa pero no pudo... solo una leve mueca triste... Y bebió. Tampoco se volvió loca. Una parte de ella quería olvidarse de todo, sumergirse en el licor y curar sus heridas con el alcohol. La otra, la racional, le recordaba que su coche seguía aparcado muy cerca de la casa de Gabriel.

Gabriel... ¿Cómo había podido hacerle eso? ¿Desde cuándo llevaba engañándola? ¿Era una aventura aislada o la última de muchas? Todas esas noches en las que le decía que tenía que trabajar, ¿era verdad o estaba con la enfermera? ¿Y con una enfermera? ¿No podía ser más tónico?

Salió del bar unas horas después. No bebió mucho, aunque sí más de lo habitual para ella. La noche ya había llegado y una brisa fresca la sacudió. Le

vino bien. Anduvo un poco y se detuvo en la acera de enfrente al portal de Gabriel, subió la vista hacia sus ventanas. Seguían apagadas. Aún no habría llegado.

Ella había ido a esa casa, buscando consuelo, buscando cariño, buscando apoyo en uno de los momentos más difíciles de su vida laboral... Y, para ella, también personal... Y él, probablemente, estaría con la otra... Las lágrimas empezaron a recorrer su rostro. Habían aguantado mucho sin salir. No iba a quedarse allí, llorando, esperando a ver cuándo él se dignaba a aparecer... No. Se dirigió a su coche y, sin pensarlo, empezó a recorrer las calles de Madrid.

No podía parar de llorar. Intentaba secarse las lágrimas mientras conducía. El corazón jugaba con ella. De golpe parecía que se le iba a salir del pecho y, de pronto, sentía que se paraba, que dejaba de latir. Y le faltaba hasta el aire...

Conducía sin saber a dónde. O, al menos, no era consciente de hacia dónde. Hasta que se encontró aparcada justo delante del portal. Se quedó mirándolo fijamente. Esperando que su conciencia hiciera acto de presencia. Luego, al darse cuenta de que no había ningún Pepito Grillo diciéndole que parara, salió del coche y fue hasta el portal.

El portero la saludó con una sonrisa. Y no se lo pensó. Subió en el ascensor hasta el último piso y fue directa hacia su puerta.

Le abrió con cara de sueño. Con el pelo enmarañado y llevando únicamente el pantalón del pijama. Su pecho y sus brazos al descubierto. Demasiado de su piel delante de su vista.

—Preciosa, ¿qué haces aquí?

Parecía realmente sorprendido de verla. Y ella no supo qué decir. No le salían las palabras. Tampoco quería hablar. No quería pensar. Por una vez en su vida lo que quería era dejarse llevar.

Se lanzó hacia él. Se refugió en sus brazos y buscó con ansiedad su boca. Se apretó contra él. Y él reaccionó como ella necesitaba. La rodeó con su brazo. La introdujo en la casa. Cerró la puerta que daba a la calle y la apoyó contra

ella, devorándole la boca.

Durante unos instantes todo desapareció. Todos los horribles sucesos de las horas anteriores se evaporaron, se diluyeron... Y una pasión hasta ese momento desconocida tomó el mando de su cuerpo. Él la acariciaba por completo. Sus besos eran intensos. Y se apretaba contra ella, presionándola, no dejando ni un solo rincón de su cuerpo sin contacto. ¿En serio se había perdido todo esto hasta ahora?

Y, de pronto, él la detuvo. Se separó levemente de ella y la miró fijamente a los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Bésame.

Lo agarró por el cabello y se abalanzó sobre él. Sabía que antes o después tendría que asumir todo lo que había pasado, pero no quería que fuera en ese momento. No. Si hubiera querido hablar habría ido a otro sitio. Un sentimiento de culpabilidad la invadió unos instantes. Luego se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo deseando hacer eso. Ya era hora.

Para su frustración, él no parecía tan convencido.

—Preciosa, ¿qué ha pasado? Me encanta que aparezcas así en mi casa, pero...

Se echó para atrás dudando. ¿Y si se había confundido? ¿Y si todo había estado únicamente en su mente?

—Creía que era lo que deseabas.

Se dio la vuelta, dispuesta a abrir la puerta para volverse por donde había llegado. Muerta de vergüenza, llamándose internamente de todo. Él la detuvo y volvió a darle la vuelta.

—Te deseo desde la primera vez que te vi. Y lo sabes.

—Pues entonces, aprovéchate.

Lo besó con furia, con pasión, dejándose llevar por todas esas ganas contenidas, por esa necesidad primaria de él. Y él respondió a sus besos con la misma intensidad, apretando su cuerpo contra él, recorriendo con las manos su piel, volviéndola loca. Se oyó a sí misma gemir con solo sentir sus caricias y le pidió más...

Y, de pronto, Ángel volvió a parar. La separó de él levemente y le cogió la cara entre las manos. La miró fijamente. Los ojos inundados de pasión, las pupilas dilatadas de deseo, las respiraciones agitadas...

—Ada...

Nunca le había parecido su nombre más intenso, más sensual, más bello. Quiso volver a besarlo, pero él la detuvo. Y no entendió el motivo.

—¿Esto es por Almudena? He llamado a tu trabajo y me han dicho que te había afectado mucho, que habías cancelado la última sesión. Siento mucho que te hayas enterado así... Te llamé en cuanto me lo comunicaron...

Sintió cómo su pecho volvía a encogerse al pensar en Almudena. En esa pobre niña que nunca más volvería a sonreír, que nunca descubriría lo que era el amor...

Y hubiera preferido estar así por ella, por esa mirada noble y perdida... y no por ser una estúpida que no veía más allá de lo que se encontraba en frente de sus ojos.

—No...

—¿Entonces?

Se miraron. Y algo cambió en el gesto de Ángel. Algo oscureció su rostro. Se separó de ella y pareció comprender qué le pasaba.

—¿Lo sabes?

Esa pregunta fue una puñalada en lo más profundo de su ser. ¿Ángel sabía que su hermano la engañaba? ¿No se lo había dicho? Vale que era su gemelo, pero entre ellos había algo... O eso pensaba ella. Y descargó su furia contra él. Se acercó y le golpeó el pecho con los puños.

—¿Sabías que me engañaba? ¿Sabías que tu hermano estaba liado con una enfermera y no me dijiste nada?

—No, Ada...

La sujetó por los brazos, con cuidado. Ella seguía golpeándolo cada vez con menos intensidad. Pero él parecía inmune a sus embestidas.

—No lo sabía... Pero lo sospechaba.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Volvía a llorar. Él le acarició el rostro, secando sus lágrimas.

—No estaba seguro... ¿Por qué iba a romperte el corazón sin saber si mis sospechas eran ciertas o no?

Se alejó de él. Necesitaba pensar. Y solo tenía ganas de que se acabara el día. El peor día de su vida... Al menos eso le parecía a ella en esos momentos.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Cuándo empezaste a sospechar?

Él dudó.

—Ángel, merezco saberlo. ¿Desde cuándo?

—La noche que salimos con Alicia.

Recordaba esa noche como si hubiera sido el día anterior... Recordaba cómo

él la había aprisionado, cómo se había odiado por cómo había reaccionado su cuerpo... Y todas las palabras que le había dicho...

—¿Desde ese día?

—Sí. ¿Te acuerdas de que llamó a mi móvil? —Ella simplemente asintió con la cabeza—. Hubo algo en su voz, algo en el ruido de fondo... No sé... Lo sospeché...

—Pero ese día... Esa noche... te dije cosas muy feas. Te dije que tu hermano era más hombre que tú...

—Ada... —Volvió a acercarse a ella y le acarició el rostro—. No había nada que me dijeras que no me mereciera.

—¿Por eso cambiaste? ¿Por eso el baño?

—No sabía si era verdad o si era una excusa que me buscaba yo mismo para no sentirme culpable... Y no quería... No podía creerme que alguien te pudiera hacer eso... Era mi manera de compensarte, por si acaso.

Se separó de él. Se sentía una estúpida... Todo lo que llevaba repitiéndose desde que lo conoció, desde que Ángel había irrumpido en su vida... todo era mentira. Había estado tan confundida con todo...

—Mejor me voy...

Se volvió a dar la vuelta para irse. Le empezaba a doler la cabeza. Demasiadas cosas le martilleaban por dentro. Y necesitaba irse. Necesitaba llamar a Alicia, ir a su casa y tirarse toda la noche llorando y hablando con su amiga. Ángel apoyó su mano en la puerta para impedir que la abriera. No quiso volverse hacia él. Bastante avergonzada estaba ya. Bastante perdida...

—¿Por qué has venido aquí?

—Creo que es evidente lo que quería que hiciéramos...

Se sentía tan avergonzada... Aún le palpitaba el deseo en los dedos, aún sentía sus labios contra los suyos y cómo, con solo tocarla, la había vuelto

completamente loca. ¿Por qué necesitaba que se lo dijera?

—No te he preguntado para qué... Eso ha quedado claro. Te pregunto por qué. ¿Por qué yo? ¿Para vengarte de mi hermano o por mí?

—Yo... No lo sé.

—De acuerdo.

Ángel quitó la mano de la puerta. Retrocedió unos pasos y la miró fijamente. Ella no se volvió. No estaba preparada para enfrentarse a su mirada.

—Cierra la puerta cuando salgas, por favor.

Sintió cómo él abandonaba el pasillo para irse hacia la cocina. ¿Por qué estaba haciendo las cosas tan rematadamente mal? Comprendía su mosqueo. ¿Ahora lo utilizaba? Esa no era ella.

—Ángel, espera.

—¿Qué quieres ahora, Ada?

Ángel se quedó quieto, y apoyó su mano en el quicio de la puerta como si necesitara apoyarse en algo. No se volvió en ningún momento.

—Yo no quiero que esto acabe así... yo... lo siento.

—Ada, vete a casa. Ya sabes dónde estoy.

—No, por favor... así no.

Ángel se volvió de golpe y llegó hasta ella en dos zancadas. La cogió por la cintura y la estampó contra la puerta de la calle. Ada se quedó paralizada. No se esperaba esa reacción.

—¿Y cómo pretendes que acabe? Vienes a mi casa y, sin mediar palabra, te tiras a mis brazos. Me dices que me aproveche... ¡joder! Uno no es de piedra. Y yo en lo único que pienso es en arrancarte toda la ropa y follarte aquí, contra la puerta, sin parar. Y luego llevarte a mi cama y recorrer todo tu

cuerpo con mi boca y hacer que te corras; y luego hacértelo de todas las maneras con las que llevo soñando desde la primera vez que te vi. Te aseguro que te haría disfrutar como nunca lo has hecho...

Las respiraciones de ambos estaban completamente alocadas, se había apretado contra ella y sentía completamente su erección contra su ingle. Él, de pronto, la besó con rabia, con dureza. Un beso intenso pero muy corto, que no le dio ni tiempo a ella para reaccionar. Luego la soltó y se separó de Ada, que ya no sabía ni qué hacer ni decir.

—Pero cuando se te pasara el cabreo, te arrepentirías de todo lo que habíamos hecho. Y quizás con otra me daría igual, pero contigo no. Y sé que en cuanto salgas por esa puerta me arrepentiré de haber perdido mi oportunidad. Pero si algún día tengo otra, quiero que sea por mí, no como venganza. Haznos un favor a los dos... Vete y llama a Alicia.

Se quedó quieta unos instantes, luego se giró y a toda velocidad se fue de la casa.

No se detuvo hasta llegar a casa de Alicia. No se detuvo en ningún momento. Ni siquiera había encendido el móvil. No quería encenderlo y enfrentarse a las llamadas de Gabriel o, lo que era peor, al silencio que le demostraría que aún estaba con la otra.

No había avisado a Alicia y ya empezaba a ser tarde, pero sabía que no la molestaría. Llamó al telefonillo y se sorprendió al sentir que Alicia parecía esperarla. Subió hasta su piso. La puerta estaba entreabierta y oyó la voz de Alicia. Parecía hablar con alguien por teléfono.

—¡Sí, ya está aquí! Tú ya has hecho tu parte... Déjame a mí... Sí... ¡Que te he dicho que sí!

Se quedó en la puerta. ¿Con quién hablaba? ¿Hablaban con Ángel? ¿En serio? No se lo podía creer... ¿Y qué le habría contado? Alicia se volvió hacia ella y la miró con una dulce sonrisa.

—Te voy a colgar... O eso o te paso a ti el teléfono y hablas tú con ella... Vale, hasta luego.

Alicia dejó el teléfono encima de una mesa y se acercó a ella para darle un abrazo.

—¿Hablabas con Ángel?

—Estaba preocupado. Se sentía culpable por haberte dejado irte así de su casa...

—Él no es el culpable de nada... Nunca lo ha sido.

—Ven... Siéntate... Cuéntame...

Alicia la dirigió hacia el salón. Ella lo contempló en silencio. Había pasado tanto tiempo en esa sala, había compartido tantos momentos en el precioso y coqueto apartamento de su amiga. Ese siempre había sido su segundo hogar...

Se sentó en el sofá y Alicia lo hizo a su lado. Y volvió a llorar. Volvió a dejarse llevar... Y Alicia la abrazó en silencio, dejando que se desahogara, que echara todo lo que tenía que expulsar, y dándole ese apoyo que tanto había necesitado desde que ese día había empezado a estropearse.

—¿Por qué te ha llamado Ángel? ¿Qué te ha dicho?

Se sentía avergonzada por haber ido a su casa y haberse lanzado a sus brazos. Eso no era propio de ella. Y mucho menos entregarse a alguien solo por venganza.

—Ya te he dicho que estaba preocupado. Dice que has ido muy alterada a su casa, que se había muerto la chica que estabas tratando y...

—Y que he descubierto que Gabriel me pone los cuernos.

El rostro de Alicia se desencajó. Ángel no se lo había contado. Había esperado para que fuera ella la que le contara la parte más vergonzosa del día. Bueno, no, la parte más vergonzosa era que había acudido a su casa.

—¿Que Gabriel qué?

Suspiró... Salió de los brazos de Alicia y miró a su alrededor como si necesitara algún apoyo, algo que la ayudara a contarle a su mejor amiga todo lo que le había pasado en esas fatídicas horas. Sabía que Alicia la apoyaría siempre, que no la juzgaría con dureza. No la temía a ella, se temía a sí misma.

Le contó toda la historia. Desde que habían llamado para enterarse de lo que le había pasado a Almudena hasta que había salido de la casa de Ángel. Los ojos de su amiga iban cambiando de expresión según lo que le iba contando. Y cuando terminó, Ada bajó la cabeza, avergonzada. Alicia le levantó el rostro

con sus manos.

—¿Por qué agachas la mirada?

—Yo...

—Nada de lo que ha pasado es culpa tuya. Y no has hecho nada de lo que te debas sentir avergonzada. ¿Has sabido algo de Gabriel?

—No he encendido aún el móvil. No quiero hacerlo...

—¿A qué le temes? ¿No se te pasará por la cabeza...? ¿No irás a perdonarlo?

—No...

—¿Ada?

—No te preocupes, Alicia. Me da igual lo que me diga. Y sí, puede que no sea yo la más indicada para decirlo, pero...

—¿Y por qué no ibas a ser tú la más indicada para decirlo? ¿Acaso le has sido infiel alguna vez?

—Físicamente no, pero...

—¿Pero qué? ¿Que te has sentido atraída por otra persona? ¿Y qué? ¡Bastante penitencia te has infligido a ti misma por sentir algo por Ángel! Podías haberte liado mil veces con él y no lo hiciste.

—Ya... Pero sí es cierto que desde que Ángel apareció, mi vida sexual ha bajado bastante...

—¿Y? ¿O me vas a venir acaso con la tontería esa de que los hombres tienen más necesidades sexuales que nosotras? Porque nada de lo que hicieras o dejaras de hacer justifica que te pusiera los cuernos. Si no quieres estar con alguien, lo dejas. Pero lo que le pasa a ese hijo de su madre es que te quería a ti como novia, como cara visible, y a esa zorra como amante...

No le gustaba definir a una mujer de esa manera. Ella no era la que le debía

fidelidad, no sabía si tenía o no pareja. Si la respuesta era la segunda, ella era libre de tener una relación con quien quisiera. Otra cosa era elegir como amante a alguien que sabes que tiene pareja. ¿Qué ganaba siendo la amante?

—¿Qué piensas?

—No entiendo a esa chica. ¿Cómo te lías con alguien que sabes que tiene pareja? ¿Le prometería Gabriel que me dejaría? No lo entiendo... Por el sexo no sería.

Alicia echó una larga carcajada a raíz de su comentario. Ella lo había hecho en plena divagación pero, tras escucharse a sí misma y provocar esa reacción en Alicia, no pudo evitar echarse a reír ella también.

—Así que encima de aburrido, malo en la cama...

—Con solo decir que he sentido mil veces más con un beso de Ángel que en todas mis relaciones con él.

Alicia volvió a reírse y, al momento, subió las dos piernas al sofá y la instaba a que le contara muchos más detalles de su encuentro con Ángel. Si le llegan a decir unos minutos antes que estaría riéndose a carcajadas tras el horror del día que había pasado, no se lo hubiera creído. Esa era la magia de la amistad, que compartían sus malos momentos y, siempre que podían, convertían las lágrimas en sonrisas.

Pasó la noche en casa de Alicia. Primero porque ya era tarde para estar volviendo a la suya y, segundo, porque no consideraba que irse fuera una buena idea. Ya no porque Gabriel fuera a aparecer por allí, aunque tampoco lo descartaban, sino para que no se rayase más de la cuenta.

Era consciente de que antes o después tendría que quedarse sola y todos esos fantasmas la atormentarían y se comería muchísimo la cabeza. Eran fases inevitables... Pero, por mucho que le hubiera dicho a Alicia que en ningún momento se planteaba perdonarlo, tenía miedo. Miedo a enfrentarse a él y que él la engatusara con sus palabras... O que le hiciera sentir culpable por esa situación. ¿Sería capaz de echarle la culpa a ella?

Se despertó por la mañana cuando oyó la puerta de la entrada cerrarse. Al principio le costó recordar dónde estaba. Durante unos instantes todos los acontecimientos del día anterior no habían sucedido... Solo por unos instantes... Luego todo volvió. Notó una presión en el pecho y una lágrima volvió a recorrer su mejilla. Y ya no sabía por qué lloraba. Si por Almudena y por haber fracasado con ella; por descubrir que Gabriel le era infiel y no haberse dado cuenta antes; por haberse lanzado a los brazos de Ángel y que él la hubiera rechazado...

—¡Vamos dormilona! El café se está haciendo. Y tengo unas barritas en la tostadora.

Alicia había abierto la puerta y le gritaba alegre. Llevaba puesto su chándal y los cascos de música. Debía haber salido a correr. Se tapó la cabeza con la almohada. Se cansaba solo de mirarla. Alicia le quitó la almohada.

—¡Vamos! Vigila que no se salga el café mientras me ducho. Arriba, que tienes que ir a currar...

—Jo, mamá... Cinco minutos más.

Alicia se rio y salió de la habitación. Ella remoloneó un rato más en la cama y luego se levantó. Esas cosas tenían que ser como una tiritita. Fue a la cocina y observó la cafetera. En más de una ocasión le había dicho a Alicia que le iba a regalar una máquina de cápsulas, pero ella siempre se negaba, siempre decía que el café en una italiana, en su vieja italiana, sabía diez veces mejor. Y, en el fondo, sabía que tenía razón. Alicia era una hermosa mezcla entre tradición y modernidad. Sirvió los cafés. Alicia apareció perfectamente vestida, secándose el pelo con una toalla y esa increíble sonrisa en los labios.

—¿Cómo haces para estar tan perfecta siempre?

—Anda, no digas tonterías. Por cierto, te he sacado un vestido para que te lo pongas para ir a trabajar. No es cuestión de que aparezcas con la misma ropa...

—La ropa...

De pronto cayó. Todas las cosas que tenía en casa de Gabriel. No era mucho, pero sí un pijama, algo de ropa de repuesto...

—¿Qué te pasa?

—Las cosas que tengo en casa de Gabriel...

—Por eso no te preocupes... Yo puedo ir a buscarlas. Le mandaremos un mensaje diciéndole que iré a recogerlo todo y ya está.

—Un mensaje... Debería encender el móvil.

—Lo puedes encender cuando a ti te apetezca. No hay plazos. Y quien quiera encontrarte sabe perfectamente cómo hacerlo.

Asintió en silencio. Sabía que tenía razón. Y una nueva sombra la inundó. Si Gabriel se hubiera realmente preocupado por ella, hubiera llamado a Alicia... Y no lo había hecho.

Notó cómo Alicia volvía a abrazarla. Una leve sonrisa iluminó su rostro. ¿Qué

le importaba lo que ese capullo que había demostrado que no la merecía hiciera o dejara de hacer?

Desayunaron y se fue a vestir. Contempló el vestido que Alicia le había dejado encima de la cama. Desde que se lo había dicho había temido por cómo le quedaría. Ella no tenía el cuerpo de su amiga y no quería parecer un adefesio. Sin embargo, tenía que reconocer que Alicia siempre pensaba en ella. Un precioso vestido azul, simple, discreto y de corte justo por debajo del pecho.

—Si fuera por ti, irías de luto. Pero no te lo voy a permitir.

—Gracias.

Se vistió, se arregló y luego se despidió de Alicia con un largo abrazo. Se sentó en el coche, cerró los ojos y suspiró. El día anterior había sido terrible, pero era consciente de que ese día no iba a ser mucho mejor.

Montse se levantó nada más verla entrar en la asociación y se dirigió a ella.

—Hola, Ada, ¿cómo te encuentras? Te intenté llamar cuando salí pero...

—Sí. No me funciona, creo que le di algún golpe.

No le gustaba mentirle, pero tampoco le apetecía contarle toda su vida. Al menos hasta que lo hubiera asumido ya del todo.

—Ha llamado el abogado de Almudena.—Tragó saliva y aguantó un poco la respiración—. Hoy ya llevan a Almudena al tanatorio.

—Gracias. ¿Está Rubén?

—Sí. En su despacho.

Le dio las gracias y se dirigió al despacho de Rubén. No llamó y entró directamente. Él sonrió al verla y se levantó para ir a darle dos besos.

—¿Cómo estás, niña? Te llamé. Luego le mandé un mensaje a Alicia y me dijo que estabas bien, que ibas a ir a su casa.

Esa información no se la había dado su amiga. Y no le molestaba que no le hubiera comentado esos mensajes; podría comprenderlo, para no preocuparla por tonterías... Lo que no sabía era por qué Rubén tenía el teléfono de su amiga. Estaba segura de que ella no se lo había dado. Al final iba tener que ponerse seria con Alicia con ese tema...

—Estoy bien... Ayer fue un día duro.

—Nadie se esperaba que Almudena...

—No es solo eso...

Rubén la miró fijamente y luego le indicó que se sentara en el sofá que tenía en el despacho. Iba a empezar a contarle todo lo que le había pasado desde que se había ido de allí la tarde anterior cuando, de pronto, Montse apareció por la puerta. Parecía alterada.

—¿Qué pasa?

—Ada, está Gabriel y... —Aguantó la respiración. Notó cómo Rubén la miraba fijamente, preguntándole con la mirada—. Está muy raro. Le he dicho que estabas reunida y no me ha hecho ni caso. Se ha ido directo a tu despacho y se ha puesto a gritarme al ver que no estabas.

—¿Dónde está ahora?

—Sigue en tu despacho.

Suspiró. Se levantó del sofá y se dispuso a irse a enfrentarse con él. Rubén la sujetó.

—¿Qué pasa, Ada?

—Te lo digo luego. No te preocupes.

Sabía que Rubén no estaba convencido, pero la dejó ir. Y ella sentía que le temblaban las piernas según se acercaba a su despacho. Gabriel se volvió nada más oír la llegar.

—¿Qué haces aquí?

Empezó a hablar ella antes de que él dijera una sola palabra. Cuanto menos dijera él, mejor. No tenía el menor interés en escuchar las excusas que querría decirle.

—Te he llamado al móvil... Y a tu casa... No me respondes...

—¿Qué pensabas que haría al enterarme?

—Yo... Ada, todo ha sido un error... Yo no...

—¿Tú no qué...? No quiero escuchar tus excusas... No me interesan... Esta tarde irá Alicia a por mis cosas. Te agradecería que no estuvieras en tu casa. Ella dejará mis llaves allí.

—¿Y ya está? Tengo que dejar que una zorra que nunca ha querido que estuvieras conmigo entre en mi casa y ya...

—¡No vuelvas a insultar a mi amiga!

—Ada, por favor, déjame que te explique...

Gabriel se acercó a ella y la cogió de los brazos. Ella intentó zafarse, de pronto sentía asco al sentir esas manos tocando su piel...

—¡No vuelvas a tocarme con tus manos!

Algo oscuro invadió los ojos de Gabriel. ¿Encima iba a ser él quien se enfadara? Lo que le faltaba. Sintió cómo él la apretaba aún con más fuerza.

—Gabriel, creo que deberías irte.

Rubén y Montse estaban en la puerta de su despacho junto con otros compañeros de la asociación. Gabriel la soltó y luego se fue enfurecido. Vio cómo se alejaba lleno de furia. ¿Qué había pretendido con esa visita? ¿Y, encima, el enojado era él?

Montse y Rubén la miraban fijamente, esperando una respuesta a esa escena que acababan de presenciar. El resto de los compañeros volvieron a sus despachos o a la sala de descanso; seguro que para cotillear tranquilamente.

—¿Nos tomamos un café?

Prefería contarles todo sentados y con un vaso entre las manos. Era curioso como ese simple gesto la ayudaba a concentrarse y a confesar todo lo que le pasaba por la mente. Bueno, todo no. La parte de Ángel mejor se la quedaba para ella. Para ella y para Alicia.

¿Y Ángel se lo contaría a alguien? No acababa de comprenderlo. Le tiraba los trastos, le decía que se quedara con él, pero luego no le decía que sospechaba que Gabriel le ponía los cuernos. Realmente no entendía su comportamiento. ¡Y luego decían que las mujeres eran complicadas!

Bajaron a la calle. Le sorprendió que Montse los acompañara. No porque quisiera que lo hiciera, sino porque a Rubén no solía gustarle quedarse sin la recepcionista demasiado tiempo. Se los veía bastante preocupados por ella.

Se sentaron en una terraza. Ya quedaban pocas jornadas de disfrutar de ellas. Se sentaron, pidieron unos cafés y ella se quedó mirando el paquete de tabaco que habían dejado encima de la mesa. Curiosamente ese día no tenía ganas. Tantas veces fumando a escondidas y ese día no le apetecía. Al final iba a tener razón Alicia y simplemente fumaba como método de rebeldía.

Montse y Rubén esperaban expectantes, aunque estaba segura de que se podían imaginar lo que había pasado. Y mientras se lo contaba no podía volver a sentirse culpable porque ella se había sentido tentada por el que era su cuñado. Pero se había quedado ahí. En tentación. Y bastante mal se había sentido por sus pensamientos. ¿Cómo podía alguien ser infiel a una persona y luego estar con ella como si nada, y encima pensar que lo podría perdonar? ¿Qué imagen tenía Gabriel de ella? Ella siempre había sido más indecisa en su vida personal que en la laboral pero ¿tanto? No. Si esa era la imagen que daba, iba a luchar por cambiarla. Decían que todo pasaba por algo, que los errores eran menos errores si se aprendía de ellos, y ella había aprendido mucho.

Llegó a su casa más tarde de lo habitual, terminó las consultas y luego se quedó revisando todas sus notas de Almudena. Sabía que era un poco de masoquismo, que no tenía la mente suficientemente fría como para analizar sus apuntes y sacar conclusiones que le fueran útiles en un futuro. Pero no podía evitarlo.

Tenía miedo de ir al tanatorio. Temía encontrarse allí con Ángel y tampoco estaba preparada para eso. Se había pasado todo el viaje de camino con temblor de piernas y unas enormes ganas de dar la vuelta y largarse. Seguramente si no hubiera ido acompañada de Rubén lo habría hecho.

Pero sus miedos e inseguridades fueron en vano. Ángel ya no estaba allí. El padre de Almudena les dijo que se había marchado poco antes. La madre había sido dada de alta tras su ataque de ansiedad pero casi ni se movía del sillón donde estaba sentada. Era la imagen en vida de la desesperación y la tristeza. Verla rompía por dentro. Eso no era natural. Ningún padre debería tener que pasar por todo eso. Primero ver cómo unos salvajes violaban a su hija, cómo sus compañeros en vez de apoyarla y ayudarla la insultaban y aislaban... Ver que el video de cómo destrozaban la vida de su hija pasaba de mano en mano... Y, luego, perderla. Si ella se sentía culpable por no haber podido darse cuenta, el infierno que debía inundarles a ellos el alma no tenía nombre...

No estuvieron mucho tiempo en el tanatorio y lloró en más de una ocasión... No se avergonzaba de esas lágrimas, se avergonzaría el día que esas situaciones dejaran de afectarle.

Llegó a su casa agotada. Se quitó los zapatos, dejó el bolso y el abrigo en el recibidor, y se fue a la cocina. No tenía ganas de cocinar mucho. Cogió una pizza del congelador, encendió el horno y la metió dentro. Mientras se hacía

decidió pegarse una ducha.

Estaba con el albornoz y secándose el cabello con una toalla cuando empezaron a llamar a la puerta. Tragó saliva. Se le cortó la respiración. Y agradeció internamente no haberle dado nunca sus llaves a Gabriel.

¿Y por qué no lo había hecho? Él se las había dado a modo de demostración de amor —ironías del destino— y ella nunca había devuelto ese gesto. ¿Había algo en su interior que le gritaba a voces que no era una buena idea?

Avanzó por el pasillo y miró por la mirilla. Era su madre. Eso sí que no se lo esperaba. Sus padres habían ido muy pocas veces a su casa. No, eso no podía ser una casualidad. Abrió la puerta. Su madre se sorprendió de verla en albornoz.

—Mamá... ¿Qué haces aquí?

—¿Una madre no puede venir a visitar a su hija?

—Sí, claro... Simplemente me ha sorprendido que no me avisaras...

Su madre entró y cerró la puerta. Estaba muy extrañada.

—Voy a ponerme algo de ropa. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Te espero en el salón.

Se fue a paso ligero a su habitación. Ella que solo quería ponerse el pijama, comer cualquier cosa para cenar e irse pronto a dormir, y que ese día acabara rápido. Se decidió por un sencillo vestido. Ella nunca llevaría eso para estar por casa, pero no quería sufrir la mirada reprobatoria de su madre.

Su madre no se había sentado y miraba por la ventana. Parecía realmente seria. Se quedó de pie en mitad del salón, esperando que le dijera los motivos por los que había ido a verla a esas horas y sin avisar.

—Esta tarde ha llamado Gabriel a casa.

Eso sí que no se lo esperaba. Pero si ni siquiera se conocían. ¿Cómo había

conseguido su teléfono? ¿Y por qué los había llamado? ¿Cómo se le ocurría?

—Lo cierto es que no era la manera en que imaginaba que me enteraría de que mi hija salía con un cirujano...

—Ya no salgo con él.

¿A qué había ido? ¿A recriminarle que no se lo contara o a intentar convencerla de que volviera con él?

—Parecía realmente arrepentido. Dice que cometió un error. Que se dejó llevar por un estúpido instinto...

—Mamá...

—Déjame que termine, por favor. —Su madre la miró fijamente. Había algo extraño en sus ojos, algo que nunca había visto en ellos—. Estoy muy orgullosa de ti.

Eso sí que no se lo esperaba. ¿Estaba orgullosa de ella? Notó como una lágrima le recorría la mejilla. Su madre se acercó a ella y se la limpió con la mano.

—Sé que no he sido una madre fácil. Me educaron para ser todo lo que se esperaba de una señora de alta posición. Y yo solo... Creo que he cometido muchos errores contigo. Pero te aseguro que siempre lo hice pensando en qué era lo mejor para ti.

—Lo sé, mamá...

—Cuando esta tarde ha llamado Gabriel a casa me he dado cuenta de varias cosas... La primera es que no te habías atrevido a presentarnos a tu pareja...

—No es eso, mamá...

—No te estoy juzgando, Ada, no es eso. Ni muchísimo menos. No eres tú la que ha fallado, soy yo. La segunda cosa de la que me di cuenta era que Gabriel estaba convencido de que, a pesar de haberte engañado, nosotros nos pondríamos de su parte simplemente por el hecho de ser un cirujano de buena

posición.

Asintió en silencio. Sí. Esa habría sido la conclusión de Gabriel. Y ella era la culpable de que pensara así. Ella era la que le había hablado de sus padres. Y se sintió avergonzada por dar esa imagen de ellos. Aunque fuera cómo ella se había sentido siempre, eran sus padres.

—Mamá... Yo...

—No tienes que justificarte. Es la educación que recibí. Era lo habitual en mi círculo social. Pero ¿sabes lo más importante, la conclusión más importante a la que he llegado?

—¿Cuál?

—Que a pesar de todo, algo debí hacer bien. Porque eres una mujer fuerte y segura que no deja que ningún hombre la mangonee. Y estoy, como ya te he dicho antes, muy orgullosa de ti.

Abrazó a su madre como nunca lo había hecho. Y volvió a llorar pero, esa vez, de pura felicidad. Tantos años con una imagen de su madre y estaba muy equivocada. Quizás, después de tanto tiempo, podían tener una buena relación madre e hija. Al menos, ya sabía que no tenía que avergonzarse de sus actos ni de sus sentimientos.

Al final, un mal día, un horrible descubrimiento, había sido el pistoletazo de salida para algo mucho más valioso: una buena relación con su madre.

—¿Y no has vuelto a saber nada de Ángel?

Estaban sentadas en la azotea de su trabajo, fumando un cigarrillo a medias. Habían pasado unas semanas desde la muerte de Almudena y su último encuentro con Ángel.

Tras la marcha de su madre y saber que contaba con su apoyo, se había atrevido a encender el móvil. Los mensajes de Gabriel los borró sin ni siquiera leerlos. No le interesaba nada de lo que pudiera decirle. De Ángel tenía varios mensajes, la mayoría de antes de que fuera a su casa, pidiéndole que lo llamara. Luego dos después de irse de su casa. Sencillos, amistosos, evitando hablar de lo que había pasado entre ellos. El primero, de esa misma noche. «Ya me ha dicho Alicia que estás con ella. Eres una mujer increíble, no lo dudes nunca»; el segundo, ese mismo día, poco antes de que su madre apareciera en su casa: «Me han dicho que has ido al tanatorio. Siento no haber coincidido. Ya sabes dónde estoy». No le había contestado. No sabía qué decirle.

—No.

No se sentía cómoda hablando de ese tema. Aún no sabía qué sentía por él ni por qué se había comportado de esa manera.

—¿Le has contestado?

—No. —Alicia iba a protestar, se le adelantó—. No tengo nada que decirle. Me porté como una estúpida. Y lo mejor es que cada uno vaya por su lado.

—¿Lo mejor para quién? Porque yo el único beneficiado que veo aquí es el amigo Gabriel.

—Alicia, yo no estoy preparada...

—Eso es otra cosa. Y no voy a ser yo la que te presione, pero tampoco quiero que pierdas la oportunidad de ser feliz por el simple hecho de conocer primero al hermano equivocado.

—Un simple detalle. ¿Te imaginas las comidas familiares?

—Lo seguro es que no serían aburridas.

Le dio un codazo y le robó el cigarrillo entre risas.

—¿Y del amigo has sabido algo?

—No. Le bloqueé en el móvil y en todas las redes sociales. Y le tienen prohibido el acceso a la asociación... No sé si ha intentado o no volver, tampoco me importa.

—Es un capullo. Mira que siempre hubo algo que no acababa de gustarme, pero siempre pensé que era porque era muy aburrido. No me di cuenta de que, en realidad, era un cerdo.

Alicia había ido a recoger sus cosas tal y como le había dicho a Gabriel. Sin embargo, él no le había concedido su petición de no estar en la casa. Suponía que tenía la esperanza de que fuera con ella. Alicia no le había contado todos los detalles de su encuentro con él. Le había dicho que él la había insultado y seguido durante todo el proceso de guardar sus cosas en una bolsa. Pero estaba segura que le quitaba importancia a las cosas que le podía haber dicho. No temía que le hubiera levantado la mano. Gabriel nunca se atrevería a ser violento con nadie. Al menos eso creía. Ya no podía poner la mano en el fuego por él.

—Lo peor de todo esto es que seguro que le habrá dicho a su amante que ha sido él quien te ha dejado a ti por ella. Dan ganas de ir al hospital y contarle unas cuantas cositas a esa enfermera.

—¿Para qué? No merece la pena. Me da igual lo que le haya contado. Ella sabrá. Igual que me engañó a mí, lo hará con ella.

—¡Qué lógica eres a veces!

—No es eso. Claro que me han dado ganas de ir y llamarla de todo. Pero ella no es la culpable, ella no me debía fidelidad. Que yo no me liara con un hombre con pareja no significa que...

—¿No significa qué? Las mujeres deberíamos tener un contrato entre nosotras. Dejar de competir las unas con las otras. Deberíamos tener principios comunes. En vez de boicotearnos las unas a la otras. Nos han educado para no ser amigas. Vivimos en una sociedad en la que cada vez que una mujer consigue algo, aparece el viejo rumor de cómo habrá llegado a ese puesto... Y las peores somos, muchas veces, las mujeres.

—¿Ya empiezas?

—Ada, sabes que es verdad. Competimos por todo. Y no nos damos cuenta de que con quien verdaderamente competimos es con nosotras mismas. Nos infravaloramos y vemos en las demás lo que nos gustaría ser.

—Será que tú tienes muchos defectos.

—Ada, todos los tenemos... Y, sobre todo, todo nos vemos muchos más defectos a nosotros mismos de los que nos ven los demás, de los que, en realidad, tenemos. Pero la mayoría de esos defectos que nos vemos, ni siquiera existen.

—Bueno, te aseguro que los míos existen...

—Los defectos son temporales. Lo que en una edad nos parece un defecto o una virtud, con el tiempo cambia... Mira tu madre. ¿Quién nos iba a decir que, con los años, se daría cuenta de sus errores? Su rigidez era un gran defecto y ahora...

Tenía toda la razón. Toda su vida siendo de una manera y desde su conversación la llamaba varias veces a la semana e, incluso, había ido un domingo a comer a su casa. Su padre seguía siendo distante y frío, pero dudaba de que fuera a cambiar. Tampoco le importaba. Su madre había hecho todo por volver a acercarse a ella, ahora le tocaba a ella hacer algo por su

madre.

Estaba en la recepción de la asociación, comentando con un compañero el último caso que les había entrado. Era un tema delicado. Una adolescente paraguaya cuya familia la había vendido como esclava sexual. Una historia desgarradora e incomprensible. Cruzar el océano pensando que sus tías iban a cuidar de ella, sin saber que la iban a utilizar para librarse de la deuda que ellas tenían con los proxenetas. Javier, su compañero, estaba destrozado de solo escuchar su historia. Y le asombraba la fuerza que tenía esa joven de solo diecisiete años, que se había librado de ese infierno gracias a la intervención de una mediadora social que recorría esas zonas, sabedora de lo que ocurría en esas calles.

—Ada, tienes una llamada.

Se volvió extrañada. El tono que había utilizado Montse no era el habitual. Dejó el informe encima de la mesa y cogió el auricular que le pasaba mientras le sonreía. Se la veía nerviosa.

—Dígame.

—¿Ada Gutiérrez?

—Sí, soy yo.

—Llamo del Hospital Clínico de Salamanca.

¿Salamanca? Se le cortó la respiración. Todos los recuerdos de esos quince días la atacaron. Y notó cómo ese maldito pinchazo volvía a rajarla por dentro. De pronto se percató. ¿Había dicho hospital? ¿Quién estaba ingresado? ¿Qué había pasado? Y, sobre todo, ¿por qué la llamaban a ella?

—¿Qué ha pasado?

—Ha ingresado una paciente. —¿Una?—. Se llama Lourdes Gómez.

¿Lourdes? Sus ojos marrones, temblorosos, volvieron a su mente. Bueno, realmente nunca se habían ido. Desde que se había marchado del pueblo no había pasado un solo día en el que no la recordase y se preguntara cómo estaría. ¿Por qué la llamarían desde un hospital? Se puso en lo peor.

—¿Qué le ha pasado?

—Necesitamos, si es posible, que venga lo antes posible. Sé que no vive aquí pero...

—Claro que iré. Pero ¿está bien?

—Ha sufrido una paliza...—Sintió cómo le temblaban las piernas y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no se le cayera el teléfono de entre las manos—. Está fuera de peligro, pero se niega a hablar.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Ha repetido su nombre y nos ha dado una tarjeta suya.

Revivió la expresión de sus ojos cuando le había dado la tarjeta. Se la había dado intentando no guardar esperanzas. Tenía la mala experiencia de saber que muchas veces su tarjeta iba directamente al cubo de la basura. Pero Lourdes la había guardado. La había guardado y quería hablar con ella.

Tenía que darse prisa. No podía fallarle. Le dijo a la interlocutora que estaría allí lo antes posible; ella le dio la dirección y el nombre de la doctora por la que tenía que preguntar y, tras despedirse, colgaron.

Se dirigió corriendo al despacho de Rubén ante la asombrada mirada de Montse y Javier. Ya se lo explicaría más tarde. Ahora no tenía tiempo que perder. Lourdes la necesitaba.

Entró sin llamar, como era su costumbre. Algún día se encontraría interrumpiendo alguna reunión o consulta. Tenía que empezar a cambiar esa

rutina, pero ese no era el día. Rubén estaba enfrascado en una montaña de papeles y se quedó sorprendido al verla.

—¿Qué pasa?

—Tengo que irme...

Las palabras salían atropelladas de su boca. Rubén levantó una ceja sin comprender.

—¿Qué ha pasado? ¿Tienes que salir antes?

Respiró. Las prisas nunca eran buenas en esas situaciones.

—¿Te acuerdas de Lourdes? —La expresión de Rubén era de auténtico desconcierto—. La chica de Salamanca de la que te hablé.

—Sí. ¿Qué ha sucedido?

Vio en sus ojos el miedo que ella misma había experimentado segundos antes. El fantasma de Almudena sobrevolaba por sus cabezas.

—Está en el hospital. Su padre le ha debido dar una buena paliza pero está bien. Parece ser que solo quiere hablar conmigo.

Dijo la última frase con miedo. Rubén entendió lo que le estaba pidiendo. Y ella era consciente de cómo trastocaba todo el horario y la planificación de la asociación.

—La chica era huérfana de madre, ¿verdad?

—Sí.

—Pásame por wasap, en cuanto puedas, su nombre y apellidos. Hablaré con nuestra asesoría legal para que entre dentro de nuestro programa...

—¿Entonces?

—Ve. Estás tardando. Mantenme informado de todo.

Lo abrazaría. Si no fuera porque tenía muchísima prisa, lo haría. Corrió a su despacho para coger su portátil, el bolso y su chaqueta. Tenía que pasar por su casa para hacer una maleta rápida y ya desde allí salir. No tenía mucho tiempo. Cuanto más tiempo pasara, las dudas podrían ganar espacio en la mente de Lourdes...

Salió corriendo de la oficina. El corazón le iba a mil por hora. No se molestó en ver cuánto tardaría en llegar el autobús; se dirigió velozmente a la parada de taxis y pilló uno. Mientras llamó a Alicia para informarla de que estaría fuera unos días. Luego hizo lo mismo con su madre. Y sonrió al hacerlo. Un mes antes ni se le hubiera pasado por la cabeza.

Llegó a su casa y se dirigió directa a su habitación. Casi ni se fijó en lo que metía o dejaba de meter en la maleta. Mientras lo hacía recibió un mensaje de Montse. «Te he reservado habitación de hotel. Recuerda pedir la factura a nombre de la asociación». Sonrió. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza llamar para reservar una habitación. Estaba segura de que hubiera podido encontrar alguna al salir del hospital, pero mucho mejor así. Además, eso le demostraba que tenía todo el apoyo de la asociación detrás y, en esos casos, le daba mucha seguridad.

Llegó al hospital. No tenía claro si no le caería una multa por exceso de velocidad durante el recorrido. Tenía que reconocer que había sido más imprudente de lo normal. No era algo que hubiera planeado. Su mente solo estaba en esa habitación del hospital donde la esperaba Lourdes. En la recepción preguntó por la doctora Estefanía Valero.

Era una mujer de mediana edad, pelo cobrizo y piel morena. La acogió con una dulce sonrisa y le indicó que la siguiera.

—¿Cómo está?

—La encontraron unos vecinos en mitad de la calle. Tiene un brazo roto y varias costillas. Además de varios golpes por diversas partes del cuerpo. Hemos encontrado lesiones mal curadas y golpes viejos.

Apretó los labios. Recordaba las marcas que había podido observar en su cuerpo durante los quince días que había durado el campamento. Pero tenía que ver la parte positiva. Ahora ya tendrían pruebas médicas. Y Lourdes estaba dispuesta a hablar. Al menos, eso parecía.

—¿Sigue sin decir nada?

—No. Solo ha repetido su nombre y nos ha dado su tarjeta. Ahora está descansando. La pobre lo necesita. La policía también está esperándola. Esa chica ha debido pasar un infierno.

No dijo nada. Solo asintió en silencio. Sabía que la doctora tendría miles de preguntas que hacerle, pero en esos momentos solo tenía una prioridad: atender a Lourdes.

Había visto a muchas chicas víctimas de abusos y palizas. Había visto las mismas marcas en el rostro y en el cuerpo. Los mismos ojos que parecían vacíos tras haberles eliminado toda su inocencia. Sin embargo, por mucho que estuviera acostumbrada a verlos, siempre le impactaban de la misma manera, siempre la destrozaban por dentro. No se acostumbraba. Y esperaba nunca llegar a hacerlo. Ese día habría perdido parte de su humanidad.

Lourdes parecía aún más pequeña en esa cama de hospital. El rostro magullado. Los rasgos aún más marcados. Había perdido peso desde la última vez que se habían visto. Parecía dormida. Sin embargo, al oír el ruido de la puerta se volvió hacia ella con los ojos bien abiertos y su mirada pareció iluminarse nada más verla.

Ada se acercó corriendo a su lado y, sin pensárselo, le dio un suave abrazo y la besó en la frente.

—Lourdes, ¿cómo estás? Ya estoy aquí...

—Ada, yo...

—Tranquila, ya estás a salvo.

Lourdes bajó la mirada. Algo le preocupaba. Algo rondaba su cabeza y no se atrevía a decírselo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está tu padre?

Lourdes no se sorprendió con su pregunta. Sin embargo, se apretó con más fuerza a su cuerpo y empezó a llorar.

—Ada... lo he... creo que lo he matado.

Algo se heló en su interior. La separó con delicadeza. No podía ser cierto. Las cosas no podían complicarse así. Esa no podía ser la única manera en que había podido huir.

—Tranquila, ¿dónde está?

—En nuestra casa.

—Espera un segundo... No te preocupes. Todo va a salir bien.

Se separó de Lourdes y se dirigió de nuevo al pasillo donde esperaban los policías. Todo su cuerpo le pedía que no se separara de ella, pero en esos momentos había una urgencia mayor. Debían comprobar si el padre de Lourdes estaba bien o no. Por mucho que deseara que ese cerdo muriera desangrado, sabía que eso podría complicar bastante el futuro de Lourdes.

Un par de policías se apoyaban en la pared de enfrente a la puerta. Parecían algo cansados de estar allí. No los culpaba. Era frustrante no sentirse útiles y tener que esperar para poder hacer tu trabajo. Se dirigió a ellos con una sonrisa.

—¿Han localizado al padre de Lourdes?

—No. No ha ido a trabajar y no contesta en su casa —le respondió el más joven de los dos.

—Lourdes dice que lo dejó allí. Teme haberle hecho daño cuando intentaba huir de allí.

—Mando a unos compañeros a que se acerquen. ¿Tenemos las llaves de su casa?

—Pediré a la enfermera que traiga sus objetos personales. Quizás en el bolso haya una copia. —La doctora les indicó que la siguieran para hablar con la enfermera y poder ponerse en marcha.

Ada volvió a entrar en la habitación. Lourdes tenía la vista puesta en la nada. Suspiró. Cogió una silla y la acercó al borde de la cama. Se sentó y esperó. Lourdes tardó un par de minutos en volverse para ella con una triste y melancólica sonrisa.

—Cuéntame... ¿Qué pasó?

—Yo estaba en casa, leyendo un libro. Lo oí llegar y ya supe lo que pasaría. Días antes había comprado e instalado, sin que él se diera cuenta, un cerrojo en la habitación. No era muy bueno pero esperaba que eso le disuadiera de...

—Lourdes bajó la cabeza. Ella le cogió las manos entre las suyas y se las apretó con fuerza—. No fue así. Todo lo contrario. Se enfureció aún más. Rompió de un golpe la puerta de mi habitación y se abalanzó sobre mí. Del impulso me caí y me golpeé con la mesilla de noche. Y todo... No sé... sucedió como si fuera una película. Una horrible película. Se tumbó encima de mí, aplastándome, como hacía siempre. Le gustaba agarrarme del cuello, pero hoy estaba... Pensé que me iba a matar. Casi no podía respirar...

»Pero no me quedé quieta como otras veces... Ya no podía más. Le intenté empujar, retirar de encima de mí. Él se rio y me golpeó. No sé cómo lo hice. Busqué algo con la mano, sin ver. Al chocar con la mesilla de noche, mi lamparilla se había caído. La sujeté y lo golpeé... con fuerza, con mucha fuerza... E intenté huir. Me agarró del pie, tirándome al suelo de golpe. Y yo pataleé... Y otra vez de pie...

»Cuando llegué a las escaleras me alcanzó... Y caímos los dos. Y él... El cayó debajo. Y no se movía... Y le sangraba una herida en la ceja... Y yo... Yo solo pensé en huir... Mi padre estaba inconsciente por mi culpa y yo... yo lo he dejado tirado.

Tenía el corazón en un puño y la garganta seca y sin saber muy bien qué decirle.

—Lourdes, nada de lo que ha pasado es culpa tuya. Solo te has defendido. Solo has sobrevivido. Eres toda una heroína. Eres mi heroína.

Lourdes se abalanzó en su abrazo y permanecieron así un rato. Luego se levantó, se sentó en la cama de Lourdes y, mientras seguía abrazándola, le acarició el cabello con delicadeza para que pudiera descansar. Ya hablarían del resto más tarde. Ahora necesitaba mimos y cuidados.

Lourdes se quedó dormida entre sus brazos. Con mucho cuidado se retiró y la dejó, suavemente, entre las sábanas de su cama, y luego salió de la habitación. Tenía que hablar con Rubén. Y tenía que enterarse qué había pasado con el padre. Sí. Eso era lo primero. Vio a los dos policías de antes, sacándose un café de la máquina y se acercó a ellos.

—Buenas.

—Hola, ¿cómo está la chica?

—Se ha quedado dormida... Va a necesitar tiempo y muchos mimos...

—Normal. Maldito...

—¿Han encontrado al padre?

Tenía miedo de preguntar. Tenía miedo de la respuesta.

—Está ingresado.

—¿En este mismo hospital?

Ahora el miedo se instaló en su cuerpo.

—Sí. Pero bajo arresto. No te preocupes. Nuestra prioridad es que a la chica no le pase nada.

—¿Y él cómo está?

—Una herida en la cabeza, pero poco más. No tienes que preocuparte por ella, no le pasará nada. Además, creo que ya está haciéndose cargo del caso su

abogado.

—¿Su abogado? No sabía que había llegado ya.

—Estaba hablando con la doctora. No quería molestar a Lourdes.

El teléfono empezó a sonar. Era Rubén. Se despidió de los policías y descolgó.

—Justo iba a llamarte ahora mismo.

—No te preocupes. Imaginé que estarías con Lourdes. ¿Cómo está?

—Mejor físicamente que psicológicamente. Pero se recuperará. Es una chica fuerte... Aunque queda mucho trabajo por delante.

—Ya he empezado a gestionar todo esto... No te preocupes.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

—Pero solo por mi cuerpo.

Se rieron. Se sentía afortunada de tener un equipo tan increíble detrás. No todo el mundo contaba con la suerte de que su jefe los apoyara de esa manera y confiara tanto en su trabajo.

También era agradable ver que Rubén volvía a ser, poco a poco, el mismo de antes. A bromear con el mismo desparpajo que antes de su separación. Seguía siendo todo un modelo para ella.

—Por cierto, antes de que se me olvide. Ya ha ido un abogado para allá. Realmente te llamaba por eso.

—Sí, me lo han dicho los policías. Pero aún no lo he visto. ¿Sabes quién es?

—Bueno... Lo cierto es que...

Tenía que haberlo previsto. ¿Cómo no se le había ocurrido? Estaba tan preocupada por Lourdes que ni se le había pasado por la cabeza, que ni había

caído en cuenta. No necesitó que Rubén se lo dijera. Y no porque de pronto se le encendiera una luz en la mente. No. No necesito que se lo dijera porque, al instante, apareció doblando la esquina.

—Luego te llamo.

No le dejó ni despedirse ni añadir nada más. Colgó y, sin mirar lo que hacía, dejó el teléfono en su bolso. No podía retirar la vista de él, de esos ojos claros, de esa veta oscura. Él también la miraba fijamente. Y parecía ilusionado de verla, ansioso por llegar a su lado... Y cuando lo hizo se quedaron quietos, contemplándose, sin decir nada. Era como si el tiempo se hubiera paralizado, como si no existiera nada más...

Sentía cómo el corazón le iba a mil por hora y cómo la respiración se le agitaba y la boca se le secaba... No sabía cuánto tiempo habían pasado así, hasta que él se decidió a dar el primer paso y le dio dos breves y rápidos besos. Muy alejados de los que solía darle cuando se veían.

—Hola, Ada, imaginaba que estarías aquí. ¿Cómo está Lourdes? No quería entrar antes y molestaros.

Se quedó desconcertada. Ángel había sonado tan serio, tan profesional. Y no es que lamentara que fuera profesional, ni muchísimo menos. Pero... Ella había sentido cómo su corazón latía a toda velocidad al verlo aparecer... Ella había pasado tantas noches recordando su beso, rememorando sus caricias y su voz...

—Está durmiendo... La pobre ha pasado mucho.

—Es bueno que descanse. Aún queda un largo trecho para que pueda rehacer su vida del todo.

—Sí.

—Estoy intentando localizar a los abuelos maternos. No han vuelto a tener casi contacto desde la muerte de la madre.

—Sí.

Se sentía una estúpida que solo sabía decir monosílabos, ¿qué narices le pasaba? Vale. Él quería que su encuentro fuera solamente profesional, lo sería.

—¿Cómo está el padre?

—Bien. Unas lesiones leves pero nada grave.

—Me alegro. Hubiera sido un gran problema para ella. Igualmente, voy a decirle a los policías que hoy no va a poder declarar. Con el parte de lesiones tendrán suficiente por el momento.

No esperó su respuesta. Se dirigió a los policías para hablar con ellos con tranquilidad. Se despidió y volvió a dirigirse a la puerta de la habitación de Lourdes. La miró en silencio. Seguía durmiendo.

—Habrás que dejarlo descansar.

Ángel se había apoyado a su lado. Su voz grave la sobresaltó. Intentó mantener la calma.

—Sí. Y yo también necesito descansar. El día ha sido largo y mañana quiero estar aquí a primera hora.

—¿Dónde te alojas?

—En un hotel cercano...

—Ya... Estaba pensando, ¿te apetece cenar conmigo? Hay varias cosas sobre el caso que me gustaría comentarte.

Debería decir que no. Que siempre podrían hablar de todos los temas pendientes por la mañana. Podía alegar que estaba agotada por el viaje...

—Claro. Me encantaría.

—Perfecto. ¿Has traído tu coche?

—Sí, claro...

—Genial, porque yo vine en taxi...

¿Qué estaba insinuando? ¿Y por qué no había hecho caso a su cabeza?

—¿Dónde quieres ir a cenar?

—A casa. Allí estaremos solos y sin que nadie nos moleste. No te preocupes. Luego te acompañaré de vuelta al hotel.

Y si antes no había rechazado la oferta, ese era el momento para hacerlo. Pero, simplemente, asintió con la cabeza y salieron juntos del hospital.

Se miró en el espejo. Se sentía tan extraña en esa casa. No había podido negarse. ¿No había podido o no había querido? Era cierto que esa casa le traía recuerdos que prefería olvidar... Pero también recordaba que allí lo había conocido. ¿Eso estaba bien? Ángel era el hermano de su exnovio. Pero aún sentía el sabor de sus labios palpitando sobre los suyos, aún recordaba cómo con solo acariciarla le había hecho sentir mil cosas... Y lo había echado de menos. Muchísimo.

Se miró en el espejo y se lamentó de no haber metido en la maleta algún vestido bonito. Se golpeó la frente. ¿Qué hacía pensando en eso? Había ido a ayudar a Lourdes, no a ligar. Además, Ángel había sido educado y agradable pero había algo distinto, era demasiado educado. No podía culparlo. No se había atrevido a llamarlo en todo ese tiempo. Lo último que había sabido de ella era lo que había sucedido en su casa. Había luchado tanto por olvidarlo...

Suspiró. Eso solo era una cena. Él la había olvidado, si es que en algún momento había significado para él lo mismo que para ella. ¿Para ella? ¿Qué había significado para ella? Llevaba tanto tiempo negándose que sentía algo por él que al volver a verlo, al volver a sentirle a su lado, escuchar su voz... No podía negar que estaba colgadita por él. Y ahora que reconocía sus sentimientos se daba cuenta de que no era recíproco. Quizás todo fue, simplemente, un juego que se le fue de las manos. Y, probablemente, fuera mejor así. ¿Cómo iba a funcionar esa relación? Las cenas de Navidad hubieran sido muy divertidas.

Se colocó levemente el cabello y salió del cuarto de baño. No podía pasarse toda la noche dominada por las dudas. Era una simple cena con un colega de profesión. Alguien que estaba igual de preocupado que ella por Lourdes. Que la última vez que habían estado juntos habían estado a punto de hacerlo contra la puerta de la casa de él era una información y un detalle que tenían que

olvidar.

Bajó las escaleras. La luz del salón estaba encendida pero no había nadie. Ángel había preparado la mesa y del tocadiscos salía una suave melodía. Se volvió hacia la cocina. Mientras iba recordó la primera vez que lo había visto cocinando y lo nerviosa que se puso al ver su torso desnudo. Vale, esos no eran los pensamientos más adecuados si lo que quería era eliminar cualquier tensión sexual que pudiera haber entre los dos.

Entró en la cocina. Ángel estaba de espaldas a ella, completamente vestido. Aunque no por eso no pudo dejar de admirar su cuerpo y cómo el suyo reaccionaba. Ángel se volvió hacia ella con una sonrisa y se acercó en dos zancadas para darle un beso en la mejilla mientras la agarraba, con un brazo, por cintura.

—Estás preciosa.

—No es cierto. Hice la maleta en dos segundos y metí lo primero que pillé.

—Metiste la percha, que es lo importante.

Se puso roja y él retiró un mechón de su rostro; luego, con un dedo, recorrió, acariciándolo lentamente, el contorno de su rostro. Definitivamente, el Ángel educado y cortés que se había encontrado en el hospital se había quedado en ese edificio y volvía a ser el de siempre.

—Eres un zalamero —intentó bromear mientras se alejaba de él. Necesitaba beber algo. Se sentía perdida. No acababa de saber si él estaba jugando o no —. ¿Abro algo de vino?

—Claro.

Ángel se volvió hacia los fogones mientras ella sacaba dos copas y una botella. Le costó descorcharla. Le temblaban las manos. Él parecía, como siempre, más tranquilo.

—¿Te echo una mano en algo?

Le tendió una de las copas y él la cogió con una sonrisa. .

—No hace falta. ¿Un brindis?

—Claro... ¿Por qué quieres brindar?

—Lo primero por Lourdes, porque su futuro se llene de luz por fin...

—Me encanta.

Alzaron las copas el uno hacia el otro, sin dejar de mirarse a los ojos. Ángel siguió hablando con voz suave y grave.

—Y por volver a encontrarnos.

Ella no dijo nada, pero una dulce sonrisa iluminó su rostro. Brindaron y bebieron un trago de vino. Afrutado y dulce. Entraba muy fácilmente. Luego miró alrededor... Buscaba algo de lo que hablar, algo de lo que conversar. No quería volver a sacar el tema de Lourdes. No quería hablar de trabajo esa noche. Aunque esa había sido la excusa que él había puesto para invitarla.

¿Había sido realmente una excusa para tener una primera cita? ¿Podía llamar a eso cita? Él le estaba haciendo la cena, sonaba buena música, tenían vino... Muchas mujeres matarían por tener una cita que se pareciera a ese momento. La mayoría de las veces no se necesitan grandes actos ni enormes demostraciones... Algo tan sencillo y tan fácil como eso era el mayor regalo del mundo.

—¿Estás recordando el verano?

La frase de Ángel la sacó de su ensoñación. No. No quería que él pensara que se acordaba de Gabriel.

—No exactamente... —Dejó la copa de vino encima de la encimera y se subió en ella de un salto.

—¿Entonces?

Ángel se acercó a ella y se situó solo a unos centímetros de sus piernas. Nada más hablar bebió un largo trago de vino, sin dejar de mirarla ni un solo

instante.

—Me he acordado de la primera vez que te vi. Intentaste engañarme.

—Aún me debes un beso.

Se le secó la garganta de golpe, pero no iba a demostrárselo. Cogió la copa de vino y, sin dejar de mirarlo con una sonrisa pícaro, bebió un poco.

—Creo que se confunde... Te reconocí desde el primer instante...

Se quedaron mirándose. La tensión se podía cortar con un cuchillo y ella solo tenía ganas de que él se acercara unos centímetros más y volver a fundirse el uno con el otro. Y se contenía para no ser ella quien diera ese paso. No. Ella ya se había lanzado a sus brazos una vez... Bastante avergonzada estaba aún porque él la parara... No volvería a confundir la situación, aunque se moría de ganas.

Hay momentos que marcan un antes y un después; momentos que no puedes pararte a pensar, que tienes que dejarte llevar por tus instintos y tus deseos... Momentos que tan rápido como llegan, se pueden ir... Y, lo peor, es que muchas veces no te das cuenta de que lo son hasta que han pasado.

Y esa noche se estaba convirtiendo en una velada increíble. No quería que pasara demasiado rápido ni quería precipitarse. Diez minutos después se arrepentiría...

—¿Y qué tenemos para cenar? —preguntó mientras le dedicaba una mirada pícaro.

—Pues estaba pensando en prepararte unas ostras. —Ada levantó una ceja divertida—. Pero no me ha dado tiempo de ir a buscar unas frescas. Así que... risotto. ¿Le parece bien a la señorita?

—Me encanta.

De pronto, un sonido llamó su atención. ¿Eso había sido una puerta cerrándose? No... Habría sido el viento. ¿Quién iba a ir a esas horas a esa casa? Se quedó blanca... ¿No sería? Miró a Ángel, por la expresión de su cara debía estar pensando lo mismo que ella. Sintió cómo se alejaba de ella de manera instintiva. Tragó saliva mientras se bajaba de la encimera. El corazón volvía a irle a toda velocidad; sin embargo, era de un modo completamente diferente a minutos antes.

Y apareció. ¿Qué narices hacía ahí? Parecía que iba solo. ¿Por qué habría ido allí un día de diario? Él, sin embargo, no parecía sorprendido de verla.

—Ada...

Se acercó a ella a paso ligero. Ella seguía tan anonadada que ni reaccionó.

—Esperaba que estuvieras aquí.

—No lo entiendo. ¿Qué haces aquí? —Se sintió extraña preguntándole qué hacía en su propia casa cuando era ella la invitada—. ¿Por qué esperabas que estuviera aquí?

—En el hospital me han dicho que habéis salido juntos...

—¿En el hospital? No lo entiendo.

Aquello no tenía sentido. No comprendía qué era lo que le decía.

—Puse una alarma relacionada con el nombre de la chica del campamento. Si la ingresaban o le pasaba algo... me enteraría.

—¿Por qué has hecho eso?

Nunca había mostrado un interés real por lo que le pasara a Lourdes. Ni siquiera, a pesar de haber puesto esa alarma, había sido capaz de llamarla, en esos momentos, por su nombre. No lo entendía. Quizás, aunque fuera despistado y no recordara cómo se llamaba, quizás sí se preocupaba por Lourdes. Quizás sí le importaba lo que a ella le afectara. Se equivocaba.

—Porque no me coges el teléfono... Mandas a tu amiga a recoger tus cosas... Me has prohibido la entrada a tu oficina... ¿Cómo querías que hablara contigo?

—De ninguna manera. A pesar de todo lo que he hecho, ¿no has pillado que no quiero hablar contigo, que no me interesa lo que me digas o dejes de decir? Me estuviste engañando a mis espaldas durante... ¿cuánto?

—Ada, fue un error... Yo te quiero a ti. Y lo sabes.

—Si me quisieras no me habrías puesto los cuernos...

—¿Es simplemente eso? ¿Tu orgullo herido?

Cogió la copa que anteriormente había olvidado encima de mesa y la terminó de un trago, intentando calmar su mala leche. Al menos eso era lo que quería...

—¿Mi orgullo? ¿Crees que estamos así por un simple orgullo dañado?

—Éramos felices...

—Sobre todo tú. Tirándote a dos tías a la vez...

—Tampoco es que tú y yo tuviéramos una vida sexual apasionante.

—Yo... Creo que mejor os dejo solos.

Ángel hizo el amago de irse de la cocina. Lo que menos le apetecía era quedarse a solas con Gabriel, y menos después de esa frase. No temía que él le fuera hacer daño. Más bien temía ser ella quien le estampara algo en la cabeza a él.

—No. No tenemos nada de lo que hablar. Gracias por la invitación, Ángel, pero me voy...

Se dirigió a la puerta maldiciendo por dentro. Una velada que prometía tanto... Notó que Gabriel la cogía con fuerza de la muñeca. Miró su mano y el rostro de su exnovio de manera alternativa.

—Suéltame. Vete con la chica con la que tenías una gran vida sexual.

—Siento lo que te he dicho... Yo... Yo te quiero... Lo sabes... ¿Te acuerdas cuando te llevé al banco y...?

—Para Gabriel. No tiene sentido. Yo ya no te quiero. No quiero estar contigo.

—¿Estás con otro? ¿Es eso? ¿Cuánto tardaste en sustituirme? ¡Mira la digna!

Se soltó de golpe. Tenía ganas de abofetearlo...

—¡Pero tú de qué vas! Yo no soy como tú. Y aunque estuviera con otro... Nunca hice nada con otra persona mientras estaba contigo... ¡Y, sinceramente,

ahora me arrepiento! Y si no tienes ningún otro insulto que dedicarme, yo me voy... Y si lo tienes, me da igual. Hasta nunca, Gabriel.

Se dio la vuelta y se fue de la cocina. Cogió su bolso y su chaqueta, que colgaban en el perchero de la entrada, y salió de la casa. No se escuchó ningún ruido mientras se iba. Y ella notaba cómo un dolor agudo se instalaba en su pecho. No. Definitivamente, así no era cómo quería que acabara su día.

—¡Ada, espera!

Sintió cómo el cuerpo le daba un brinco. Ángel había salido detrás de ella. No se volvió. Siguió andando hacia su coche. Sin embargo, Ángel llegó antes de que abriera la puerta.

—¡Ada, espera!

—Ángel, yo...

—Lo siento... Yo no me podía imaginar que fuera a aparecer.

—No es culpa tuya... Pero no me apetece estar más en esta casa. Tenía que haberme dado cuenta de que era una mala idea venir...

Se arrepintió en cuanto lo dijo. Y, por si no se sentía lo suficientemente mal, el rostro de Ángel y la tristeza que le dominó la golpearon.

—No quería decir... Deberíamos haber ido a un restaurante o algo así...

—Es posible... No lo pensé. Lo siento...

Suspiró. Odiaba despedirse de él, pero no quería estar más tiempo en esa casa.

—Supongo que mañana nos veremos...

—Te acerco al hotel.

—Si hemos venido en mi coche...

—Pero no estás en condiciones de conducir.

Ángel alargó la mano y le quitó las llaves.

—No he bebido tanto...

—No me refiero a eso... Lo digo por los nervios...

Iba a protestar pero sabía que tenía razón. Asintió con la cabeza, dio la vuelta al coche y se sentó en el asiento del copiloto. Sintió que él se sentaba en el asiento del conductor y encendió el coche. No quiso ni mirarlo. Tenía ganas de llorar pero no iba a hacerlo delante de él.

—¿Quieres que ponga algo de música?

Dudó. Pero sus antecedentes con la música y ellos no eran muy buenos. No estaba preparada para que hurgaran un poco más en la herida.

—No. Gracias.

Y no volvieron a decir nada más durante todo el trayecto. Llegaron al hotel, aparcó el coche en el parking y salieron. Sin una sola palabra entre ellos. Pensó que él se despediría allí, pero no lo hizo. Y ella no sabía ni qué decir. Se sentía como una adolescente cuando se quedaba a solas por primera vez con el chico que le gustaba. Era completamente ridículo.

Llegaron a la habitación. Abrió y entró.

—Yo... Bueno... Supongo que querrás quedarte sola.

Se volvió hacia él. ¿Quedarse sola? Quizás era lo mejor. Alejarse de él. Tener el mínimo contacto. Pero lo miró a los ojos, a esa veta negra que la había conquistado desde el primer momento en que se vieron. Se mordió el labio...

—Al final no terminamos de cenar. Tengo un poco de hambre... Podríamos bajar al restaurante. Quizás tomar unas tapas o algo...

—Me parece un gran plan.

Se acercó a él, que estaba de pie al lado de la puerta. Las frases de ambos eran forzadas, nada relajadas. La tensión que habían sufrido un rato antes, la escenita protagonizada por Gabriel les había dejado tocados. Se preguntó si serían capaces de volver a hablar con normalidad, con la fluidez y la intimidad que estaban disfrutando horas antes... Y al acercarse a él para dirigirse a la calle, él la abrazó. Era un abrazo sincero, amistoso, consolador... Y ella se dejó abrazar. Se apoyó en su pecho y cerró los ojos. Se sumergió en su olor y en el latido de su corazón.

Él le acarició el cabello, con suavidad, con ternura. No supo cuánto tiempo pasaron así. Tampoco le importaba. Se sentía tan bien allí. Subió una de sus manos hasta el pecho de él, en un gesto innato, casi involuntario. Ángel llevaba aún la chaqueta, abierta. La retiró para apoyarse en la camiseta y sentir su calor. Ese gesto cambió todo. El corazón de Ángel se aceleró. Lo notó. Y notó también cómo las caricias suaves y delicadas que él le regalaba en su espalda y su cabello tomaban otro cariz, incrementando su intensidad. Y el notar cómo él apretaba sus dedos sobre su espalda le hizo soltar un leve gemido...

Levantó la cabeza para mirarlo. Él tenía su vista puesta en ella y se quedaron así, contemplándose fijamente, perdidos el uno en el otro, con los labios entreabiertos y la piel rezumando deseo. El recuerdo del sabor de sus besos seguía presente en ella. Había intentado olvidarlo, esconder sus ganas en lo más profundo de su cuerpo. Y ahora, allí, no podía retenerlas por más tiempo.

Se puso de puntillas y él agachó un poco más su cabeza. No hablaron nada. No se dijeron nada. No lo necesitaban. Y sus bocas se unieron, primero lentamente, examinándose, casi con miedo al que el otro parara, se arrepintiera... Pero cuando sus labios se rozaron, cuando sus lenguas contactaron, sintió un escalofrío de placer y todo se aceleró... El beso se encendió, se intensificó y la pasión que llevaban guardando en su interior los dominó.

Subió las manos, acariciándolo por encima de la camiseta, y le quitó la cazadora, que cayó sonoramente al suelo. Y él comenzó a acariciarla por completo... Notó sus manos en su pecho, en su trasero, en su espalda... Parecía no querer dejar ni una sola parte de su cuerpo sin sentir...

Pararon unos segundos y se contemplaron... Con el corazón a toda velocidad, la respiración agitada... Ángel le acarició el rostro. Y sabía que le preguntaba con la mirada, le daba la oportunidad de echarse atrás. ¿Echarse atrás? El deseo palpitaba en cada poro de su piel. Con solo un beso, con solo acariciarla por encima de la ropa, había conseguido que todo su cuerpo se derritiera, se llenara de mil emociones...

Lo cogió de la mano, enredando sus dedos con los suyos, deleitándose con su suavidad, ansiosa al saber que en unos minutos esas manos iban a recorrer su cuerpo. Y sin dejar de mirarlo se dirigió hacia la cama. Él, al adivinar sus intenciones, frenó, la volvió a acercar a su cuerpo y, sin poder controlar sus deseos, la besó mientras empezaba a desnudarla. Y ella, muerta de ganas, no solo le dejó hacer, sino que también empezó a desnudarlo.

Se despertó sintiendo la boca de Ángel recorriendo su espalda. No habían cerrado las cortinas y el sol inundaba la habitación. Se volvió hacia él, que dejó de besarla y posó la vista en sus ojos. La mano de él empezó a acariciarle la cintura... Y ella no podía hacer otra cosa que perderse en esa veta oscura...

—¿Cómo puedes estar tan bonita recién despierta?

Y la besó. Un beso dulce que, poco a poco, fue cogiendo más intensidad... Y la apretó contra él. Estaban completamente desnudos y el roce de sus pieles subiendo de temperatura le activó todos los sentidos.

—¿Aún te quedan fuerzas después de esta noche?

Él se rio ante la pregunta de ella. Lo cierto era que no habían dormido mucho. Demasiadas ganas acumuladas, demasiado deseo contenido... Demasiadas fantasías. Le retiró un mechón que había caído sobre sus ojos...

—Preciosa, ¿sabes lo que llevo esperando tenerte así? ¿Sabes la de veces que he soñado con esto? Aún no me lo creo.

—Ni yo.

Ángel se elevó un poco, apoyándose en su codo para mirarla fijamente. Y por su expresión adivinó que se acercaba una charla. Se le hizo un nudo en el estómago y todas las dudas que la habían gobernado desde que lo conoció volvieron a su mente.

—Ada, el día que te fuiste de mi casa —notó que se ponía colorada al recordarlo—, me prometí que si un día volvía a tener la oportunidad de...

bueno, de tenerte... no iba a desaprovecharla. Sin plantearme nada. Que me darían igual tus motivos, porque merecía la pena...

—¿Pero?

Tenía un miedo atroz a que él le dijera que eso había sido un grave error. Porque ella no lo sentía así. Todo lo contrario. Por primera vez en muchísimo tiempo tenía bien claro lo que quería.

—No hay peros, Ada. Solo tengo que hacerte otra vez una pregunta y necesito que seas completamente sincera. Y si la respuesta es la primera, lo asumiré...

Ada se rio. No estaba acostumbrada a ver tantas dudas y miedos en Ángel.

—No te rías. Que estoy hablando en serio...

—No, estás farfullando muy en serio. ¿Qué es lo que quieres preguntarme?

—¿Esto ha sido por venganza hacia mi hermano o por mí?

Recordaba perfectamente esa pregunta. Se la había hecho el día que fue a su casa tras descubrir la infidelidad de Gabriel. Alzó una mano y le acarició el rostro.

—Por ti. Siempre fue por ti. Incluso aquel día. Pero me daba miedo reconocérmelo... —Suspiró un segundo, tenía que sincerarse completamente. Con él y con ella misma—. Desde que apareciste... has sido tú.

Una sonrisa iluminó el rostro de Ángel. Parecía como si se hubiera librado de un gran peso. Le subió un poco la cabeza y le dio un leve beso, que fue intensificando... Notó cómo él tiraba de ella para volver a colocarla entre él y el colchón... Estaba claro que ese chico no se cansaba. Si seguían así iba a tener más sexo en unas horas que en muchos meses junto a Gabriel. Sin embargo, había algo que la ponía nerviosa. Ella se había medio declarado, le había dicho que, desde que apareció en su vida, era él. Y Ángel solo le había dicho que la deseaba...

Ángel notó que algo le sucedía, que sus besos eran distraídos y menos desinhibidos que los que le había regalado durante toda la noche. Se apoyó en

sus codos para mirarla desde esa posición.

—¿Qué te pasa, preciosa?

—¿Y para ti...?

No sabía muy bien cómo plantearle la pregunta sin que sonara a que le pedía un compromiso. Ella tenía claro que no quería un simple rollo de una noche. Le había costado darse cuenta de sus sentimientos hacia Ángel, pero no quería hacerle salir huyendo ni tampoco hacer el tonto creyendo que lo que estaba pasando entre ellos era algo más y encontrarse, de bruces, con la realidad.

—No te entiendo, preciosa.

—Un día me contaste que os educaron para competir en todo. ¿Es por mí o parte de esa retorcida rivalidad fraternal?

—Si hubiera sido por lo segundo, el día que apareciste en mi puerta no te hubieras ido. Si hubiera sido por eso, te hubiera llevado al límite mucho antes... Si hubiera sido por eso, no me hubiera contenido en muchas ocasiones... Tuvimos muchas oportunidades de besarnos mientras estabas con mi hermano...

Y aunque le fastidiaba admitirlo, sabía que él tenía razón. Recordó la noche que salieron de fiesta con Alicia, el baile en el campamento, la primera vez que fue a su casa... Si hubiera querido habría caído en su red porque estaba deseando caer, aunque se convenciera de lo contrario.

—Entonces...

Necesitaba oírsele decir, necesitaba escucharlo de sus labios. Ángel le sonrió con tanta dulzura, comprendiendo lo que le pasaba.

—Por ti... Siempre ha sido por ti. Desde ese primer momento en que te vi bailando en la cocina mientras cantabas a Tequila.

Y sin necesitar nada más, sin precisar palabra alguna, se besaron con una profundidad y un deseo que solo surge cuando dos mentes y dos cuerpos están libres de toda duda y temor.

Les costó mucho salir de la cama. Pero sus estómagos empezaron a protestar ruidosamente. Al fin y al cabo, la noche anterior se habían quedado sin cena, aunque tampoco les importó mucho. Después de pedir que les subieran el desayuno, una ducha que iba a empezar siendo corta y acabó haciendo realidad aquel sueño que meses antes había tenido, tocaba volver a la realidad.

Y era una realidad esperanzadora. La asistente social del hospital había conseguido localizar a los abuelos maternos de Lourdes, que llegaban esa misma mañana desde Madrid. El padre, aunque también hospitalizado, estaba bajo arresto.

Ángel la dejó en el hospital. Había quedado en volver a ver a Lourdes. Ningún médico había puesto problemas con que fuera ella la que llevara su caso. Había hablado con Rubén y, a falta de que los abuelos dieran su consentimiento, se encargaría de ayudarla a recuperar su vida. Ángel también había hecho unas gestiones con su bufete. Todo parecía estar saliendo bien, por fin.

Aunque quedaba un duro camino. Y tampoco sabían cuáles serían los planes de los abuelos. No sabían si querían llevársela a Madrid, donde ellos vivían, o permanecer en el pueblo. Las dos opciones tenían sus ventajas e inconvenientes. Lo único que tenía claro era que no iba a abandonarla y que no iba a perderla como a Almudena. No. Eso no iba a volver a suceder.

—He quedado con Silvia en ir yo a recoger a los abuelos de Lourdes. Te dejo en el hospital y, si me dejas tu coche, voy directamente a por ellos.

Silvia era la asistente social. Iban ya en el coche y se dio cuenta de que no se le quitaba la sonrisa de la boca.

—¿Y si no te lo dejo?

—Pues tendré que coger un bus hasta mi casa, coger mi coche e ir a por ellos... Lo que pasa es que como alguien me ha entretenido esta mañana, seguramente llegue tarde y los pobres ancianitos se quedarán esperando en la estación con los nervios a flor de piel porque su...

—Calla... Qué morro tienes. Así que te he entretenido... Si tanto te molesta, esta noche no lo haré...

—Ni se te ocurra.

Ángel aprovechó que ella acababa de aparcar delante del hospital para acercarse y darle un beso con fuerza y pasión. Sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo y un cosquilleo centralizándose en una parte muy concreta de su organismo. Y respondió a su fuego con más fuego... Notó cómo las manos de Ángel la apretaban contra él.

—O paramos o nos van a detener por escándalo público.

Salió del coche, Ángel la imitó y fue hacia su lado. No se había ido y ya tenía ganas de que volviera. Se quedaron mirándose fijamente unos segundos.

—¿Te he dicho ya que esta noche ha sido maravillosa?

—¿Vas a salir huyendo con mi coche? Lo necesito para volver a Madrid.

—Graciosilla...

Ángel le hizo cosquillas y ella se refugió en su cuerpo. Inspiró su olor y pasó sus brazos alrededor de su tronco. Emanaba calor. Y le hacía perder la cabeza. Subió el rostro para mirarlo a los ojos, pero enseguida Ángel se lanzó a su boca, devorando sus labios y llenando su cuerpo de fuego y ganas de más.

—¿Qué decías antes del escándalo público?

Ángel se burló entre besos. Ella lo golpeó entre risas y lo echó para atrás, separándose de él, que no pudo evitar soltar una gran carcajada.

—Vete, que dejarás esperando en la calle a dos ancianitos.

Tenía ganas de besarlo pero sonrió, se dio la vuelta y se dirigió al hospital. Se volvió un segundo y vio cómo él la observaba con una sonrisa en el rostro. Y ella se mordió el labio mientras lo contemplaba.

Volvió a girarse y entró en el edificio. Tenía que concentrarse en Lourdes, no era cuestión de entrar en su habitación con esa sonrisa de tonta enamorada que tenía. Enamorada. ¿Desde cuándo lo estaba? ¿Podría llamar a esa sensación enamoramiento? Sí. Le costaba creer que en tan poco tiempo pudiera enamorarse de alguien... Y, encima, del hermano de su expareja... Pero ahí estaba... Con esa sonrisa tonta y esa necesidad de estar con él. ¿Qué importaba si era enamoramiento o no? No iba a pensar en eso. Solo iba a disfrutar de todas sus sentimientos y dejarse llevar por todas esas nuevas sensaciones y experiencias.

Vio a la pareja de policías del día anterior hablando con la doctora, les hizo un gesto con la mano y entró en la habitación de Lourdes. Estaba leyendo una de las revistas que le había llevado el día anterior para que se entretuviera un poco. Se volvió con una sonrisa al verla.

—¿Cómo estás? ¿Has pasado una buena noche?

—Sí. No sé qué me dieron, pero me quedé frita.

—Perfecto. —Se acercó a ella y se sentó a su lado, le tocaba una parte difícil —. Tenemos que hablar. La policía está fuera.

—¿Mi padre?

Se la quedó mirando. Tenía los ojos temblorosos. ¿Nadie le había dicho que no había hecho nada grave a su padre? No se lo podía creer.

—Tu padre está bien. Ingresado por control. Y detenido...

Lourdes suspiró. Le había quitado un peso de encima. Pero eso era el paso fácil.

—Lourdes, los agentes están esperando para tomarte declaración...

Vio que la chica posaba la vista en el infinito. No era fácil. Tenía que declarar en contra de su padre, tenía que confesar en voz alta todo lo que llevaba guardando tanto tiempo... No era fácil.

—Yo estaré a tu lado... Y en nada vendrán tus abuelos...

—¿Mis abuelos vienen?

Una lágrima recorrió el rostro de Lourdes; sin embargo, presintió que esta vez no era una lágrima de tristeza. Había esperanza en su voz.

—Llevo sin verlos desde...

—Lo sé. Todo va a ir mucho mejor. Te lo prometo. Estaré a tu lado. Y ellos también.

Sabía que no era muy profesional prometerle esas cosas a una clienta. No podía evitarlo. Lourdes le había tocado hondo desde el primer momento y, tras la muerte de Almudena, no podía fallarle. No se lo perdonaría nunca.

—Vale... No hace falta esperar a mis abuelos... —Comprendió que no quería que sus familiares tuvieran que escuchar ciertos detalles que podrían hacerles daño—. Si tú estás...

—No me moveré de tu lado.

La declaración de Lourdes no duró mucho tiempo. Los policías no quisieron alargar el sufrimiento que se le veía en los ojos y ella lo agradecía profundamente. Con los informes médicos, las declaraciones de Lourdes, la suya y alguna otra más tenían suficiente. Le había mandado un mensaje a Ángel para que intentara ver si Lucía, la amiga de Lourdes, estaba dispuesta a declarar. Bueno, más bien para que fuera a hablar con los padres. Cuando había menores por medio todo se complicaba diez veces más.

La dejaron sola en la habitación para que descansara un rato antes de que llegaran sus abuelos. Se despidió de los policías y se fue a por un café de la máquina. Si es que a eso que se podía adquirir allí fuera café. Pero necesitaba cafeína tras no haber casi dormido.

Otra vez esa sonrisa tonta. Otra vez todos los recuerdos de esa noche increíble llena de besos, caricias, palabras al oído...

—¿Ada?

Se volvió a quedar paralizada durante unos instantes. Se giró y allí estaba. ¿No se iba a poder librar de él? ¿La estaba acosando? Lo único positivo era que no iba a montarle un pollo en mitad del hospital.

—¿Qué diablos haces aquí? Creía que te había dejado claro anoche que no quería saber más de ti. —Intentaba no gritar pero ser muy tajante en su tono.

—Joder, Ada... Ayer estaba nervioso... Tenía muchas ganas de verte y arreglar las cosas y...

—Gabriel, para. No hay nada que arreglar. Rompiste lo que teníamos... Y yo ya no quiero estar contigo... Lo siento.

Gabriel se quedó mirándola fijamente. Ella decidió que no quería seguir con esa conversación de besugos que solo la dañaba por dentro. Además, Ángel estaría a punto de llegar y no le apetecía que volviera a presenciar una escenita de esas características. Tenía miedo de que le pesara más la posible ruptura con su hermano que su incipiente relación.

—Ada... —Gabriel se acercó hasta ella y le agarró la mano que tenía libre—. No puedo dejar de pensar en ti, en el error de cometí. Y si hace falta me pasaré la vida demostrándote que no soy así, que solo fue un fallo estúpido. Sabes que soy todo lo que deseabas... Éramos tan felices juntos...

Notó cómo las lágrimas se le acumulaban en los ojos. Odiaba sentirse así. Odiaba encontrarse en situaciones como esa. Buscó en lo más profundo de su interior, intentando encontrar algo que le recordara los buenos momentos juntos... No iba a negar que los habían tenido. Por mucho que le doliera, por mucho rencor que le tuviera, no quería renunciar a los recuerdos dulces, a esos instantes que la habían hecho feliz...

—Gabriel... Ya no te quiero. Lo siento. Te quise mucho, pensé que lo nuestro sería definitivo. Pero todo ha cambiado. —Mientras hablaba retiró su mano de entre los dedos de él.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado?

Suspiró. Sabía cuál era la respuesta. Sabía que era la solución para todo ese acoso, pero ¿cómo decirle que estaba enamorada de su hermano?

—He conocido a alguien... No lo busqué... Nunca pensé que ocurriría. Y menos tan pronto. Pero...

La cara de Gabriel iba pasando por diversos colores. Se estaba conteniendo. Se le notaba. Y se alegró de estar soltándose todo en ese lugar.

—¿Quién es él?

—Eso no importa.

—¡A mí me importa!

Gabriel levantó levemente el tono de la voz. Tenía que terminar esa conversación cuanto antes o no estaba segura de que él no se olvidara de sus principios y acabara gritando en medio de un hospital.

—Soy yo.

Se quedó helada. No lo había visto venir. Tampoco se esperaba una salida así. Gabriel se volvió hacia su hermano con los ojos inyectados en rabia. Tampoco podía culparlo. Podía imaginarse todas las barbaridades que se le estarían pasando por la cabeza en esos momentos.

—¿Como que tú? ¿Te has acostado con mi novia? —Gabriel ya ni la miraba. Ella lo observó preocupada. Había cerrado los puños con furia y todo su cuerpo emitía una energía de pelea que nunca había visto en él.

—No. Nunca la toqué mientras estabais juntos.

Eso no era del todo cierto, pero no iba a ser ella quien le llevara la contraria.

—¡Sabías que la quería!

—Si realmente la quisieras, no te habrías tirado a la enfermera.

Gabriel empezó a andar de un lado a otro, sin sentido, sin rumbo fijo. Y ellos aprovecharon para intercambiar una mirada. Ella aún no estaba muy convencida de que contarle la verdad hubiera sido lo mejor...

—Lo haces por venganza.

La voz de Gabriel parecía perdida, como si hablara consigo mismo. Sin embargo, luego subió y miró fijamente a Ángel. Le decía algo con la mirada que ella no comprendía y parecía que él tampoco.

—¿Venganza? ¿Por qué iba a querer vengarme de ti?

—Por Isa.

¿Isa? ¿Quién diablos era Isa? Ángel pareció sorprendido durante unos instantes, hasta que pareció caer en lo que le decía su hermano y soltó una gran

carcajada.

—¿Por Isa? Hace siglos de eso. Además, estoy hasta convencido de que me hiciste un favor liándote con ella.

—¿Liándose con quién? —interrumpió la conversación de los hermanos. De pronto sentía que ella no era realmente importante en esa conversación, sino que ese miedo que había sentido sobre la rivalidad fraternal era real.

—Mi primera novia.

¿Su primera novia? ¿Aquella cuya historia les había contado al lado de la cascada? ¿Gabriel era el chico con el que la había pillado liándose? No se lo podía creer. Tenía que ser una confusión suya.

Entró en su coche. Acababa de dejar a los abuelos de Lourdes en el hotel, el mismo donde se alojaba ella, el más cercano posible al hospital. Había tenido que arrastrarlos fuera de la habitación de Lourdes, no querían separarse de ella ni un solo instante. Los comprendía. Pero al menos había conseguido que fueran al hotel a ducharse y cambiarse, y luego la abuela iría a pasar la noche con ella. Les había dicho que se quedaba ella, que no se preocuparan, pero en eso no habían cedido.

—Lourdes nos ha dicho todo lo que has hecho por ella.

La abuela la había pillado en un momento en que se habían quedado a solas. La había abrazado con fuerza.

—Ojalá hubiera podido hacer más... y mucho antes.

—Usted vio lo que ningún otro vimos, aunque creo que no quisimos verlo. Mi hija cambió cuando se casó, pero siempre le quité importancia. Me convencí de que al irse a vivir a otra provincia, era normal que se distanciara...

Ada la escuchaba en silencio. Todo parecía indicar que el comportamiento de Carlos, el padre de Lourdes, no era una novedad. Siempre había pensado que el duelo por la pérdida de su mujer le había enloquecido, que la depresión y el alcohol le habían hecho perder la cabeza. En esos momentos dudaba de si todo eso no habría comenzado mucho antes. Si la madre de Lourdes no habría sido también una víctima y el infierno que vivía Lourdes no habría durado todo lo que había sido su vida hasta ese momento.

Sacó su móvil del bolso que había dejado sobre el asiento del copiloto. Tenía varias llamadas de Ángel. Sabía que tenía que llamarlo. Y, en el fondo, se moría de ganas de hacerlo. Llevaba solo unas horas sin verlo y lo echaba de

menos.

Dudó varios segundos. Luego marcó y esperó que le respondieran. Alicia no tardó mucho en hablar al otro lado de la línea.

—¡Hola, niña! ¿Qué tal todo? ¿Cómo está Lourdes?

—Bien. Acabo de dejar a sus abuelos en el hotel... Necesito hablar contigo.

—¿Y eso?

—Ayer me acosté con Ángel.

Alicia pegó un grito y ella no pudo evitar soltar una carcajada. Empezó a contarle todo lo que había pasado desde que se habían vuelto a ver hasta el encontronazo con Gabriel esa mañana.

—Así que la historia que nos contó del colega que se lio con su novia era Gabriel... ¿Y qué hiciste cuando te enteraste?

—Me largué de la sala. Les dije que no quería numeritos a causa de batallas pasadas y me fui.

—Bien hecho. —Alicia se quedó callada unos instantes, pensativa, para luego volver con el tema—. ¡Qué fuerte! Liarte con la novia de tu hermano...

—Bueno, Alicia... No es que ahora sea muy diferente.

—La diferencia es que tú eres su exnovia. No habéis hecho nada antes de que lo dejaras...

—Pero estuvo a punto de pasar varias veces...

—Pero no pasó... ¿Qué es lo que te preocupa realmente?

Dudó. Miró al infinito y suspiró.

—¿Y si Gabriel tiene razón y lo ha hecho solo por venganza?

—Tú misma te has respondido antes, Ada, y no quiero que te enfades conmigo, pero las dos sabemos que si Ángel hubiese querido, el día del baile os hubieseis liado.

Asintió con la cabeza. Gesto estúpido porque Alicia no podía verla. Pero se lo decía a ella misma.

—¿Entonces...?

—Creo que es eso lo que te asusta realmente... Que esto no es un juego, no es una venganza... Es real.

—Pero casi no nos conocemos...

—Y nadie te está diciendo que te tengas que casar mañana con él... Y no te voy a decir que seguro que es el hombre de tu vida... Pero mientras me hablabas de los momentos junto a él, tu voz brillaba...

—La voz no brilla... —Intentó quitarle seriedad y profundidad a lo que le estaba diciendo. Tenía razón. Le asustaba que aquello, que todos los sentimientos que Ángel le provocaba, no era algo que ella tuviera planificado ni que supiera controlar... Ni siquiera podía etiquetarlo.

—¡Ahora no me seas cínica! Ese es mi rol. Deja de darle tantas vueltas a las cosas. Ángel te gusta. Entre vosotros hay química desde el primer instante. Compartís una manera de ver la vida. Comprende tu trabajo... No está mal para conoceros tan poco... Romeo y Julieta se conocían de mucho menos...

—Romeo y Julieta acabaron muertos.

Alicia se rio y ella la acompañó en la risa. Sin embargo, a pesar de la broma, había entendido perfectamente qué era lo que le quería decir.

—Me vuelvo al hospital. Seguro que está allí. Gracias por todo, Alicia, no sé qué haría yo sin ti.

—Estar muy aburrida. Y ahora que lo pienso... Deberías darme algo a cambio de mis valiosos consejos.

—A ver, dime.

No podía parar de reír.

—Pues te doy dos opciones... Me das permiso para tirarme a Rubén... O me cuentas qué es el famoso tatuaje de Ángel.

—Ya hablamos...

Colgó el teléfono entre risas mientras oía cómo su amiga protestaba al otro lado de la línea. Y su mente viajó a ese tatuaje que había acariciado por primera vez esa noche. Era un tigre hecho con formas geométricas. Nunca había visto nada igual. De sus patas, como si fueran las huellas que iba dejando, salían fuegos de diversos colores... Ese tigre era como él. Un animal inteligente, salvaje, bello, diferente...

Sonrió, encendió el coche y se dirigió al hospital. Tenía muy claro qué era lo que quería hacer y aunque tuviera dudas no iba a dejar que estas dominaran su vida personal.

En el amor lo complicado, incluso lo malo, era no tener dudas nunca.

Ángel estaba hablando con Lourdes cuando entró en la habitación. Los dos se volvieron de golpe al oír cómo la puerta se abría para dejarle paso. Y se quedó, unos instantes, quieta, sin saber muy bien qué hacer ni qué decir. Posó la mirada en los ojos de él, intentando saber qué era lo que sentía, qué se le pasaría a Ángel por la cabeza en esos momentos... La ayudaría tanto...

—Tus abuelos están descansando un poco en el hotel.

—Gracias...

Con la excusa se acercó a la cama donde estaba tumbada y donde, justo al otro lado, estaba Ángel, que no le había quitado la vista de encima. Y notó cómo se ponía colorada. Suspiró. Había ido allí para hablar con él y era lo que iba a hacer.

—Lourdes, ¿te importa que te robe unos instantes a tu abogado? Tengo que comentarle unas cosas.

—Claro.

Lourdes utilizaba un tono burlón, a juego con el que había usado ella al llamar a Ángel usando su puesto laboral, como si Lourdes no los hubiera visto juntos en la vida.

Salieron de la sala y ella siguió andando. No tenía muy claro a dónde ir. Vio un cartel de escaleras encima de una puerta, la abrió y tras colarse los dos por esa puerta y comprobar que estaban solos, se quedó quieta apoyada en una pared.

—Siento lo de antes... —empezó ella a hablar. Era una conversación en la que

deseaba tener la voz de mando.

—No ha sido culpa tuya.

Ángel se acercó y la miró fijamente a los ojos mientras, con la mano derecha, le retiró un mechón del rostro y le acariciaba la mejilla. Ella sintió cómo le temblaban las piernas y un enorme nudo se adueñó de su estómago.

—No paro de darle vueltas a todo...

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué dudas tienes?

Suspiró. No era fácil. No era justo. Después de todas las vueltas que le había dado a todo, después de todas sus inseguridades y sus miedos... Cuando por fin daba el paso y se lanzaba, la realidad la golpeaba...

—Ada, si es por lo que ha dicho mi hermano, recuerda lo que te he dicho esta mañana. Desde que entraste en mi vida, no he pensado en nadie que no seas tú.

—¿No es por venganza? ¿Por qué no me dijiste que fue tu hermano quien se lio con tu primera novia?

—¿Qué hubiera arreglado eso? Yo, por aquel entonces, pensaba que tú eras feliz con él... Y me dolía por dentro... Porque no podía parar de imaginarte a todas horas, te deseaba tanto...

Se puso colorada... Se mordió el labio inferior. Él la cogió por la barbilla, le subió el rostro y la besó. Enganchó su labio entre los suyos, succionando levemente y, luego, profundizó el beso con pasión...

—Y cada día te deseo más...

—Y yo a ti...

Subió las manos hasta su pecho, acariciándolo por completo. Sentía su piel ardiendo, el beso palpitando aún en sus labios y todo su cuerpo pidiéndole más. Pero necesitaba centrarse... Se separó levemente de él y se acercó a una ventana. Sintió cómo él se ponía justo detrás de ella.

—¿Qué es lo que te pasa? No estoy contigo por vengarme de mi hermano. Si esa hubiera sido mi motivación, el sábado que salimos juntos no hubiera parado... O la noche que estuvimos charlando en el porche... Me da igual mi hermano. Y por supuesto que me da igual lo que pasara hace quince años... Y Gabriel lo sabe. ¿No te das cuenta de que lo ha dicho aposta para crear las dudas entre nosotros? Porque sabe, desde mucho antes de que tú y yo nos conociéramos, que estamos hechos el uno para el otro...

—¿Desde antes?

—Claro, ¿por qué, si no, no te comenté que tenía un hermano gemelo que trabajaba en un área parecida a la tuya? Y te repito que no lo culpo... Yo hubiera hecho lo mismo... Y es lo que voy a hacer... No voy a permitir que nada ni nadie nos separe.

Se volvió hacia él y se refugió en su abrazo.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

—Pues a mí se me ocurre... meterte en el baño, subirte a la encimera, pasar mis manos por debajo de tu falda, acariciando tu piel lentamente... ascendiendo hasta tu ropa interior... mientras no paro de besarte, de morderte el cuello y la clavícula...

—No me refiero a eso... —Estaba completamente colorada. Colorada y excitada—. Me refiero con tu hermano. No podemos hacer como si no existiera Yo no quiero ser la que separe a...

—¿A qué? ¿A dos gemelos? ¿A dos hermanos? Ada, la familia no la hace la sangre, eso solo te hace ser parientes, pero familia es mucho más. Familia es quererse, apoyarse, animarse en los malos momentos, alegrarse por los buenos... Y hace mucho que mi hermano y yo no lo hacemos.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Esto es como ser conocidos o amigos, no es lo mismo. Gabriel es mi pariente, pero no es mi familia. Y si te vas a preocupar por las comidas de Navidad, llevamos como tres años sin reunirnos todos

juntos, dudo que quiera restaurar la tradición ahora mismo.

Se rio. Lo necesitaba.

—Ada... —Ángel volvió a cogerle la barbilla para que lo mirara fijamente—. No puedo prometerte un camino de rosas ni que no haya momentos difíciles... Y sé que no es un tema fácil para ti... Pero si tú quieres, no hay nada en el mundo que me haga más feliz que intentar ver a dónde nos lleva esta relación...

—No será fácil... —Ada subió su mano y le acarició el rostro; con la mirada iba siguiendo la dulce caricia que dibujó en el contorno de la cara de Ángel—. Pero si he tenido que pasar por todo lo que me ha sucedido en estas semanas, cuernos incluidos, todo merece la pena. Porque me das la vida... Hacía siglos que no me sentía tan llena y tan feliz. Y eso es lo único que necesito: un hombre que ilumine mi mundo.

—Tú iluminas el mío.

Ángel la rodeó por la cintura y la besó. Era casi un beso de película y ella se acercó un poco más hasta su cuerpo. Necesitaba sentirle pegado a su cuerpo, demostrándole que esa historia no era un sueño, que era muy real. Y esperaba que lo fuera el resto de su vida. El amor era eso. Poder ser uno mismo, no perder tu independencia... Y ella no podía poner la mano en el fuego por ellos... Pero tenía claro que iba a luchar.

Merecía la pena rendirse al amor... Merecía la pena todo.

EPÍLOGO

Terminó de escribir unas leves anotaciones en su cuaderno. Era una preciosa tarde de otoño. El sol entraba por la ventana de su consulta. Estaban sentadas en los sofás, la una al lado de la otra. En tan solo unas semanas el rostro de Lourdes había cambiado radicalmente. Ya no tenía tantas ojeras, los ojos le brillaban y había conseguido engordar un poquito. Aún le quedaba un largo camino que recorrer, pero la fuerza que había demostrado desde que empezaron la terapia era increíble.

Tras la muerte de Almudena había perdido confianza en ella misma y en su trabajo. Había pasado muchas horas pensando en qué había hecho mal, si realmente servía para algo lo que hacía. Lourdes le había devuelto la fe en todo eso. Solía darle las gracias por haberla salvado de un infierno... Y no se daba cuenta de que ella también la había salvado a ella.

Lourdes se había mudado a Madrid. Estaba triste por haber dejado a sus amigos más cercanos en Salamanca. Pero poder alejarse de todo, empezar una nueva vida y vivir en la gran ciudad era algo que la llenaba de alegría. Echaba de menos la casa en la que había crecido o, más bien, todos los recuerdos que tenía de su madre entre esas cuatro paredes.

Su padre estaba en prisión preventiva. Le habían retirado la custodia a favor de los abuelos maternos y parecía que iba a pasar una larga temporada en la cárcel. Aunque, se temía, que muchos menos de los que debería. Sin embargo, eso no era algo que fuera a comentar con Lourdes.

—¿Sabes cuándo va a ser el juicio?

Parecía como si Lourdes le leyera la mente. Alargó la mano y le cogió la mano entre los dedos.

—Por eso no te preocupes. Ángel ya nos dirá cuándo es y te preparará bien. Estaremos a tu lado en todo momento. No lo dudes.

—Gracias.

—Deja de darlas...

Se rio. Y Lourdes la acompañó en la risa. Y volvió a mirarla con admiración. Era una adolescente a la que le habían robado la infancia, que había sido traicionada por la persona encargada de cuidarla y protegerla, y no paraba de luchar por ser una adolescente como las demás. Sin darse cuenta de que eso no sería posible jamás. Siempre sería especial. Vencer las dificultades, las piedras del camino, nos hace más fuertes, más invencibles.

Lourdes se levantó y ella la acompañó hasta la puerta. No se sorprendió de encontrarse a Ángel hablando, en la sala de espera, con la abuela de Lourdes. Era una mujer encantadora. Solía llevarles tartas que hacía ella y no paraba de invitarlos a ir un día a comer con ellos. Nada más verlos supo que había vuelto al ataque de nuevo.

—Claro que sí. Iremos en cuanto termine todo el papeleo del juicio. No se preocupen. Que si hace toda la comida como las tartas... No me lo pierdo por nada del mundo.

Se acercó a ellos y le dio un leve beso en los labios mientras le susurraba al oído que era un pelota. Al volverse se percató de que Lourdes los miraba como si fuera una niña pequeña y ellos el juguete estrella de la colección.

—Sabía que acabaríais juntos. Desde el primer día que os vi.

—¿Desde el primer día?

—Sí... Solo había que ver los ojitos que no paraba de ponerte Ángel.

—Así que me ponías ojitos... —Se volvió divertida hacia Ángel.

—Vaya traición, Lourdes, no esperaba eso de ti.

Todos se rieron, incluida la abuela. Luego se despidieron y ella se encaminó a

su consulta a coger unas cosas. Cuando oyó la puerta cerrarse, no pudo evitar dar un brinco del susto.

—¿No nos vamos ya?

—¿Sabes? Cuando diste aquella primera charla en el campamento no podía parar de pensar en lo que sería hacértelo en una de esas mesas.

Ángel se había acercado hasta ella, le había rodeado la cintura con uno de sus brazos para atraerla hacia él y empezar a recorrerle el cuello con la boca. Agradeció que la sujetara bien, porque sentía que si no caería al suelo.

—Eres un perverso —bromeó.

—Es culpa tuya. Me has vuelto un adicto a ti, a tu piel, a tus labios...

Mientras hablaba la cogió en volandas y la dejó encima de la mesa de su consulta. Ella quiso fingir algo de resistencia pero no se engañaba... Seguía volviéndola tan loca como el primer día. Quizás, incluso, más. La intimidad que habían alcanzado era tan increíble...

—Vamos a llegar tarde...

Mientras hablaba notaba cómo él había colado su mano por debajo de su falda y la había empezado a acariciar por encima de sus braguitas, humedeciéndolas. Echó las manos para atrás, agarrándose de los bordes de la mesa, sumergiéndose en el placer que le daba.

—Alicia me quiere, lo comprenderá.

Y lo peor era que no le quedaba la menor duda de que sería así.

—Demasiado bien os lleváis...

—No te preocupes. No es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo?

Hablaban entre jadeos, entre caricias y besos... Se había rendido a lo

evidente, lo deseaba y ansiaba sentirle en su interior. Y, tenía que reconocerlo, el morbo de hacerlo en el trabajo, con el resto de los compañeros en sus respectivas consultas, la ponía a cien.

—Tú.

Y mientras lo decía se introdujo en ella de golpe. Tuvo que callarle la boca con un beso para que no emitiera ningún grito.

—Eso se lo dirás a todas...

—Solo a ti... Y pienso seguir demostrándotelo todos los días de mi vida... Y, si me dejas, varias veces al día.

Ángel le guiñó un ojo mientras seguía moviéndose, a compás, encima de la mesa de su despacho. Y ella no pudo hacer nada más que cerrar los ojos y disfrutar. No solo del acto, sino también de las palabras... Y de darse cuenta de que ella también sentía lo mismo.

Nunca había creído que existiera el hombre perfecto —y Ángel no lo era precisamente—, pero era perfecto para ella, encajaban... Y, por primera vez en su vida, no tenía dudas, no tenía miedos sobre su futuro sentimental. Por primera vez en su vida sabía que ese era el hombre con el que viviría el resto de su vida. Las dudas, los secretos y los miedos habían pasado a formar parte del pasado.

Ya solo miraba al futuro.

Un futuro lleno de sueños por cumplir.

Juntos.

AGRADECIMIENTOS

Dicen que los escritores somos seres solitarios. Y, en cierta parte, tienen razón. Necesitamos muchas horas de soledad durante el periodo de creación. Robamos mucho tiempo de nuestra vida para sumergirnos en este mundo de letras que nos permite seguir respirando... pero podemos hacerlo porque tenemos mucha gente detrás que nos apoya, nos ayuda y, de vez en cuando, nos obliga a salir de nuestra pequeña burbuja. Y este es, siempre, nuestro momento de dar las gracias.

Los primeros, siempre, mis padres. Mis primeros apoyos, mis grandes ejemplos... los primeros en animarme a seguir mis sueños e incentivaron, todo lo posible, mi pasión por la escritura. Porque viven cada día mis logros con orgullo y siempre tienen mil consejos para hacerme mejorar.

Luismi, mi peque mi compañero en este viaje. La mayor víctima de este modo de vida. Sin su apoyo, sin su energía y su comprensión me sería imposible estar donde estoy.

Sara, mi ñaja. Mi hermana, mi amiga. Compañera de infancia, adolescencia y madurez...

Felix, mi lector cero. Simplemente, Siempre.

Montse y Elias, los rostros de lector cero. Fieles amigos que desde que comencé en este mundo han estado a mi lado. Gracias Montse por no callarte nunca y decirme las verdades a la cara.

Las “malahuanas y batman” por las risas, confianzas... por demostrar que la amistad no entiende ni de distancia, ni edad, ni gustos...

Mi tía Pilar, Ivan, Inma, Katy... por estar, por dar un significado a la palabra “familia”.

A todos mis lectores... ¿Qué sería yo sin vosotros? A todos los bloggers (en especial al Club lunero). A mis compañeros escritores que me inspiran para ser mejor cada día (Lourdes, Lena, Pat, Dulce, Vanessa, Joana, Jesús, Noelia, Manolo... y tantos que no acabaría nunca). A mis seguidores de twitter, de facebook (un apartado especial para Cecilia y su grupo Divinas Lectoras y otro para los administradores de Escritores y Lectores), instagram...

Gracias a tantas personas... Por ayudarme a cumplir mi sueño.

Y gracias a ti que estás leyendo ahora estas letras.

SOBRE MÍ

Madrileña, enamorada de la ciudad que me vió nacer. Alma gallega. Vivo con eterna morriña. Medio corazón en Mozambique (una vez que cruzas el Sahara, tu piel queda impregnada de su esencia y siempre te acompañará).

Respirar y escribir... No puedo vivir sin ninguna de las dos. Quizás empecé a escribir antes que a andar y a soñar antes que a ver.

Con vocación pedagógica, amante de los deportes (#basketlover forever) y ganas de disfrutar de cada segundo. Deseosa de seguir haciendo mis sueños realidad. Luchando por ello.

Mejor autopublicada 2017 por la revista literaria Avenida.

OTRAS OBRAS

- * Remiendos del pasado (2015).
- * Sueño de Cristal (2016). Ganadora de los premios Eriginal Books 2017 a la calidad literaria en la categoría de romance. Novela más votada en la iniciativa del ayuntamiento de Madrid “Mi libro para Madrid 2018).
- * Miradas perdidas (2017). Top 10 del concurso amazon 2017.
- * El amanecer de un sueño (2018).

PUEDES ENCONTRARME EN...

Twitter: [@martasebastian](#)

Facebook: <https://www.facebook.com/MartaSebastianP/>

instagram: [marta_sebastian_](#)

página web: www.martasebastian.com

blog: <http://blog.martasebastian.com/blog/>

email: martasebastianperez1981@gmail.com

¡¡NO DUDES EN CONTACTAR CONMIGO!!